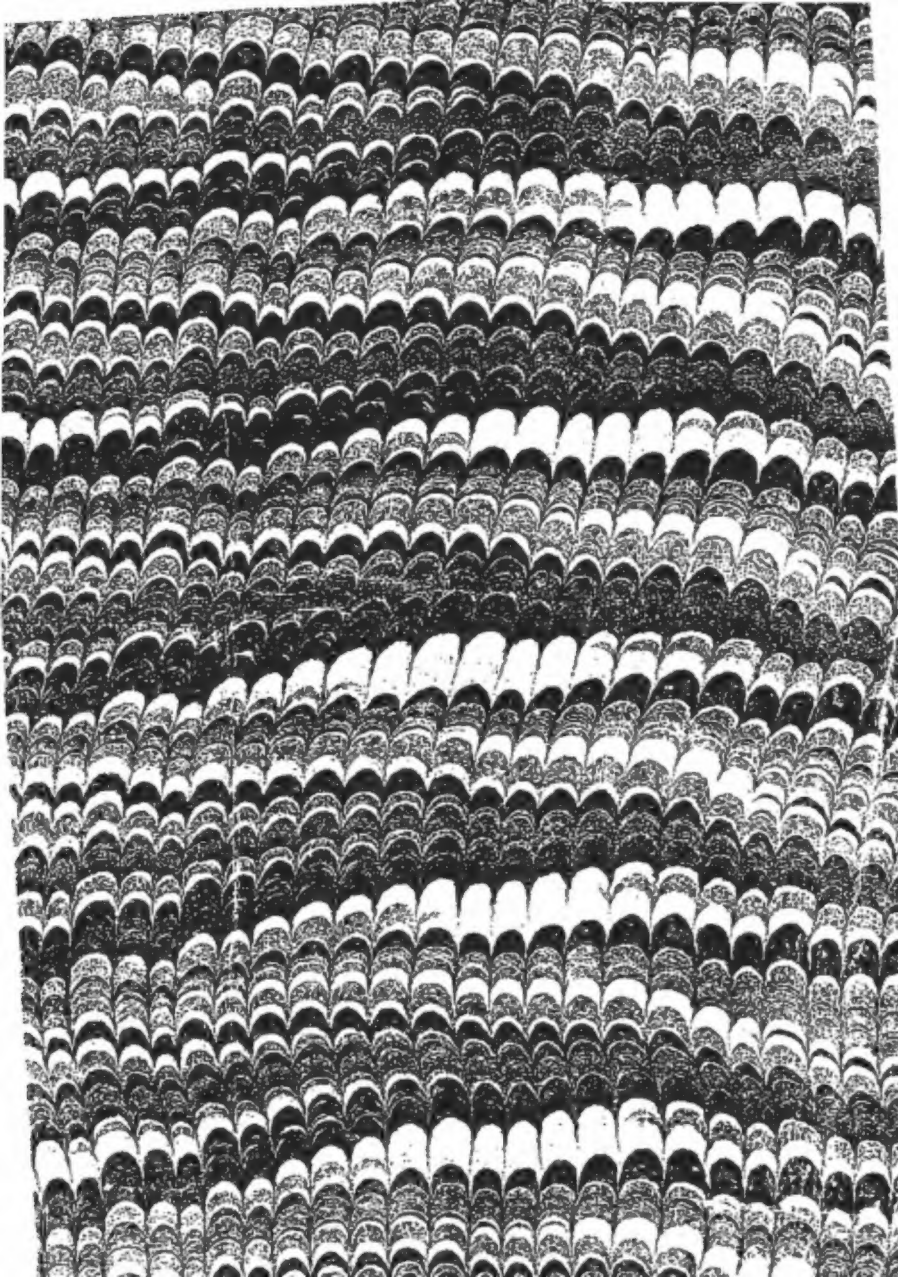
POE

22

LIBRERIA IMPRENTA
Y PAPELERIA
A. Esteban Abella y Cia.
5 DE MAYO 43
MEXICO, D.F.

9

118922



# NOVELAS Y CUENTOS

EDGAR POE

# NOVELAS Y CUENTOS

TRADUCIDOS DIRECTAMENTE DEL INGLÉS

POR

CARLOS OLIVERA

Precedidos de una noticia escrita en francés por CARLOS BAUDELAIRE

La Máscara de la Muerte. — Berenice. — Ligeia.
Los Crímenes de la calle Morgue.
El Misterio de María Rogêt. — La Carta robada.
Mr. Valdemar.
El Doctor Brea y el Profesor Pluma.
El Pozo y el Péndulo.
Hop-Frog. — El tonel de amontillado.
Cuatro bestias en una.
El Retrato oval.

PARÍS
GARNIER HERMANOS, LIBREROS-EDITORES
6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

BIBLIOTECA MADRID

# AL LECTOR

Conozco dos traducciones de trabajos de Poe, una, francesa, de Carlos Baudelaire, y otra, española de D. José Comas. La primera, es indudablemente un notable trabajo, pero no tan completo como creo que es posible hacerlo. La segunda, hecha del francés al español, según es fácil comprender comparándola con el original de aquel malogrado escritor, no merece ni aun la pena de ser leída. Basta decir, que siendo lo que se llama una *traducción libre*, ha tomado esa libertad de Baudelaire, que la tomó á su vez, al hacer la suya. De manera que si el original francés se parece un poco al original de Poe, el español se le parece todavía menos.

He hablado incidentalmente de *traducciones libres*, y..... ¡ vamos ! no puedo hurtarme al imperioso deseo de decir dos palabras sobre ellas.

*Traducir*, es verter de un idioma en otro; reflejar en el espejo de una lengua, la imagen reflejada en el espejo de otra. De manera que cuanto más

fiel sea esa copia de imágenes, tanto mejor será la traducción. Es, pues, preciso representar la obra extranjera con todos sus elementos, con todos sus detalles, con todos sus defectos, sus más delicados contornos, sus más íntimas sutilidades de forma ó de pensamiento. Mejorar una obra, al traducirla, es hacer una mala traducción. ¿ Se concibe una obra sin los detalles ? No, puesto que son los detalles los que hacen el todo.

Ahora bien; el artista da á su obra verdaderos tintes propios, detalles que sólo á él pertenecen, fisonomías que podrán ser defectos ó bellezas, pero que son de él, absolutamente de él solo. Esos rasgos inherentes á su personalidad, todo lo de íntimo y subjetivo que imprime al producto de su alma, es precisamente lo *único* que la obra tiene de original. El mármol, el bronce, las ideas, en fin, que han entrado en la composición de la obra de arte, pueden ser adquiridos por todo el mundo; pueden ser arrancados á la misma entraña de la tierra, y al mismo trozo, ó vibrar con igual intensidad en otros cerebros; pero la *manera* con que los agrupa el artista, son su propiedad especial, el solo sello de originalidad.

En una obra literaria, además de lo subjetivo que encarnan los tipos en sí, está lo subjetivo del ropaje con que los viste el escritor, lo subjetivo de la forma á través de la cual permite que se les vea, lo subjetivo del ritmo especial en que se

mueven las palabras, el calor propio de esas palabras, hasta sus condiciones de sonoridad, de extensión en el papel y en el tiempo, que arrastran consigo simpatías ó antipatías para el oído ó la vista, es decir, armonías.

¡ Qué profundos misterios de detalle, qué infinitos secretos de yunque, no encierran las bellas obras literarias ! El que tiene que tallar figuras sólo con ideas, é ideas sólo con palabras, necesita tejer una malla tan unida, tan severa, tan regiamente artística, que haga imposible la entrada del dardo más sutil. Es menester que la cadena se eslabone de tal modo, que los conceptos nazcan tanto uno de otro, que aparezcan á los ojos del mundo, como la obra de una sola inspiración, como una sola pieza, ¡ Minerva del talento !

Y esos detalles delicados, esos impalpables anillos que se unen en eterna sucesión, y uniéndose van llevando el pensamiento del lector por una pendiente suavísima, hasta depositarlo emocionado y tembloroso en la amable cúspide de una alegría, ó en el fondo de un abismo de dolor y duelo — esa mágica senda que es la *unidad* de la obra, es también el secreto de su éxito, su valor todo.

¡ Senda susceptible de interrumpirse á la más mínima desarmonía, puente que se rompe con la más desesperante facilidad, collar de perlas, que se desata, como de una alma enamorada, una lágrima ó un beso !

¡ Y bien ! el solo misterio que eslabona esos anillos, el solo y delicado hilo que sujeta tanta perla, dando á la obra la magistral unidad requerida por el Arte, es la especial elección de las palabras, la mezcla armónica de los tintes.

¿ Por qué, entonces, hacer *traducciones libres ?* ¿ Qué quiere decir eso de traducciones libres, sino vestir según el capricho del que traduce, figuras que el autor original ha vestido ya á su manera ?

Sin embargo, es la creencia más común respecto á traducciones. Es el poder que tienen ciertas frases sonoras ; las pronuncia alguien reputado como perito ; las repiten cuatro ó cinco cabezas huecas, con aire de dogmatismo y doctoría, y la verdad de la proposición queda sentada.

¡ Misterios de simple armonía para los oídos sensibles, en los que reside el éxito de muchos oradores populares !....

Hacer una buena traducción, es hacer una buena copia. Cuanto menos subjetiva es una traducción, tanto mejor.

Dice Richter, que los alemanes creen tanto más nacional, tanto más buena una obra, cuanto más difícil es traducirla á otros idiomas. ¡ Qué no se podría decir á ese respecto de Edgar Poe, cuyas maravillosas producciones, versando á veces sobre lo que hay de más intangible en el pensamiento, y de más impalpable en la vida, son desarrolladas

por medio de un lenguaje único en el mundo literario!

Ciertas ideas exageradas ó simplemente sólo concebibles en un estado anormal de la inteligencia, no pueden ser presentadas de improviso, de pronto, sin ir preparando la imaginación del lector, poco á poco, paulatina y sutilmente á no recibirlas con repugnancia.

El efecto estético total es, particularmente en las obras literarias, lo más delicado, lo más vidrioso del mundo.

Basta á veces una sola frase, una sola palabra descolocada, ó demasiado viva, ó débil, ó gráfica, para llevar los recuerdos del que lee, hacia el objeto representado por la palabra, ó unido á ella, por la ley de la asociación, y apartar por ahí su mirada de la obra; lo que importa derribar en un minuto todo el edificio que había elevado el escritor hasta entonces.

Á las operaciones cerebrales, presiden leyes siempre unas, que la fisiología moderna va constatando día á día.

El último pensamiento que nace en la inteligencia, cuando se lee, es el que representa la última palabra leída. Una idea extravagante, puede ser presentada al cerebro, como la más común de las ideas, por medio de un trabajo sutil y refinado, que vaya preparando el alma de un modo conveniente.

Es el secreto del éxito maravilloso de Edgar Poe. Sus conclusiones, es decir, el objeto que le guía, es siempre alcanzado; inevitablemente.

Si se lee con atención, se le cree; es fatal. La ilusión sólo es sensible cuando la diaria realidad ha recobrado su imperio sobre el espíritu.

Esas conclusiones extrañas, sólo son alcanzables, cuando el autor ha ido llevando al pensamiento, de pendiente en pendiente hasta el punto capital; y la no repugnancia con que son recibidas las ideas que conducen al objeto deseado, es un secreto de puro arte; es que un concepto se ha apoyado, para nacer, en un concepto anterior, y así, sucesivamente, hasta llegar al fin. Y como la última idea es la que deja la última palabra leída, resulta que la idea siguiente, se encontrará sin base en que sostenerse, cuando se haya alterado la colocación requerida por el arte.

Decir eso, asegurar eso, respecto á cualquier autor, es exactamente lo mismo que decir: Toda traducción que no imite hasta el movimiento de las palabras del original — toda traducción que varíe según estéticas caprichosas ó privativas de cada uno, el color de esas palabras, y el *orden* de ellas, cuando es posible conservarlo, es una mala traducción.

Y si tal cosa se puede hablar de cualquier escritor, ¡con cuánta más razón no se ha de decirlo de Edgar Poe, cuyo secreto de éxito, como lo he

hecho ver antes, reposa casi exclusivamente sobre el estilo!

Es posible que plumas como la de D. Eugenio de Ochoa, hagan de un bello trabajo extranjero, una bella obra española. Concedido. Pero se olvida que la tarea del traductor alcanza más allá, que no sólo se trata de dar á conocer las ideas de otro autor, sino también, su estilo.

Es por eso que la *Marianne* de Jules Sandeau contiene, en español, las ideas de Sandeau, y el estilo de Ochoa.

Hay hasta quien dice que esa traducción hace al original más lindo de lo que es. Sin embargo, la mejor traducción sería la que encerrara las ideas de Sandeau, y el estilo de Sandeau.

Con arreglo á esas creencias, que son mi fe en teogonía literaria, han sido hechas las traducciones de Poe que van á leerse, así como se ha traducido la reseña sobre su vida y sus obras de Carlos Baudelaire, que va en seguida.

Buenos Aires, 1884.

C. O.

# EDGAR POE

## *SU VIDA Y SUS OBRAS*

POR

CARLOS BAUDELAIRE

> ..... Algún desdichado á quien la inexorable fatalidad ha dado una caza encarnizada, siempre más encarnizada, hasta que sus cantos no tengan más que un solo estribillo, hasta que los cantos fúnebres de su Esperanza hayan adoptado este melancólico refrán: ¡ Nunca! ¡ Nunca más!
>
> (EDGAR POE. — *El Cuervo.*)

> Sur son trône d'airain le Destin qui s'en raille
> Imbibe leur éponge avec du fiel amer
> Et la Nécessité les tord dans sa tenaille.
>
> (TÉOPHILE GAUTIER. — *Ténèbres.*)

I

En estos últimos tiempos, un desdichado fué sometido á nuestros tribunales. Su frente estaba adornada de un raro y singular tatuaje: *¡ Mala suerte!* Llevaba así, arriba de sus ojos la etiqueta de su vida, como un libro su título, y el interrogatorio probó que ese extravagante letrero era cruelmente verídico. Hay en la historia literaria, destinos análogos, verdaderas condenaciones — hombres que llevan la palabra *desgracia* escrita en caracteres misteriosos, en los pliegues sinuosos de su

frente. El ángel ciego de la expiación se ha apoderado de ellos y los castiga para la edificación de los otros.

En sus vidas muestran talento y virtudes; la Sociedad tiene para ellos las enfermedades que su persecución les ha dado. —¿Qué no hizo Hoffman para desarmar el destino, y qué no emprendió Balzac para conjurar la fortuna? —¿Existe pues una Providencia diabólica que prepara la desdicha desde la cuna, que arroja con premeditación naturalezas espirituales y angélicas en medios hostiles, como mártires á los circos? ¿Hay, pues, almas *sagradas*, destinadas al altar, condenadas á marchar á la muerte y á la gloria, á través de sus propias ruinas? ¿La pesadilla de las *Tenèbres* asediará eternamente esas almas elegidas? — En vano se debaten, en vano se acostumbran al mundo, á sus prevenciones, á sus astucias; perfeccionarán la prudencia, taparán todas las salidas, cubrirán las ventanas contra los proyectiles del azar; el Diablo entrará por una cerradura; una perfección será la falta de sus corazas, y una cualidad superlativa el germen de sus condenaciones.

> L'aigle, pour le briser, du haut du firmament
> Sur leur front découvert lâchera la tortue,
> Car *ils* doivent périr inévitablement.

Su destino está escrito en toda su constitución; se ostenta con un brillo siniestro en sus miradas y en sus gestos, circula en sus arterias con cada uno de sus glóbulos sanguíneos.

Un autor célebre de nuestro tiempo, ha escrito un libro para demostrar que el poeta no podía encontrar un buen lugar, ni en una sociedad democrática ni en

una aristocrática, no más en una república que en una monarquía absoluta ó atemperada. ¿ Quién ha sabido responderle perentoriamente? Traigo hoy una nueva leyenda en apoyo de su tesis, agrego un santo nuevo al martirologio; tengo que escribir la historia de uno de esos ilustres desdichados, demasiado rico en poesía y en pasión, que ha venido, después de tantos otros, á hacer en este bajo mundo, el rudo aprendizaje del genio entre las almas inferiores.

¡Qué lamentable tragedia es la vida de Edgar Poe! ¡ Su muerte, desenlace horrible cuyo horror es acrecido por la trivialidad! — De todos los documentos que he leído, resulta para mí, la convicción de que los Estados Unidos no fueron para Poe mas que una vasta prisión, que recorría con la agitación febril de un ser hecho para respirar en un mundo más aromático — mas que una gran barbarie alumbrada á gas — y que su vida interior, espiritual, de poeta ó hasta de ebrio, no era más que un esfuerzo perpetuo para escapar á la influencia de esta atmósfera antipática. ¡ Desapiadada dictadura, la de la opinión en las sociedades democráticas; no imploréis de ella ni caridad, ni indulgencia! Ni elasticidad cualquiera en la aplicación de sus leyes á los casos múltiples y complejos de la vida moral. Se diría que del amor impío de la libertad ha nacido una tiranía nueva, la tiranía de las bestias, ó zoocracia, que por su insensibilidad feroz se parecen al ídolo de Jaggernaut. — Un biógrafo nos dirá gravemente (1): — tiene

(1) No debe extrañarse que esto mismo haya aparecido á la cabeza de una traducción española de algunas de las obras de Poe, firmado por D. E. Cano y Cueto, quien con una desvergüenza notable, se ha apropiado de esa manera los bellos pensamientos del malogrado Baudelaire. — (N. del T.)

buena intención, el buen hombre, —que Poe si hubiera querido regularizar su genio y aplicar sus facultades creadoras de una manera más apropiada al suelo americano, habría podido ser un autor de dinero, *a money making author;* otro: un ingenuo cínico — que por más bello que sea el genio de Poe, hubiera valido más para él no tener sino talento, cotizándose el talento siempre mejor que el genio. Otro, que ha dirigido diarios y revistas, un amigo del poeta, confiesa que era difícil emplearle y que se estaba obligado á pagarle menos que á los otros, porque escribía en un estilo demasiado superior al vulgo. *¡Qué olor á almacén!* como decía José de Maistre.

Algunos se han atrevido más, y uniendo el desconocimiento más completo de su genio á la ferocidad de su hipocresía burguesa, lo han insultado á cual mejor; y después de su repentina desaparición han morigerado rudamente ese cadáver; en particular Mr. Rufus Griswold, quien, para recordar aquí la expresión vengadora de Mr. George Graham, cometió entonces una inmortal infamia. Poe experimentando acaso el siniestro presentimiento de un fin súbito, había designado á Mrss. Griswold y Willis para poner en orden sus obras, escribir su vida y restaurar su memoria. Ese pedagogo-vampiro ha difamado largamente á su amigo en un enorme artículo, vulgar y odioso, puesto nada menos que á la cabeza de la edición póstuma de sus obras. —¿No hay pues en América, una disposición que prohibe á los perros la entrada á los cementerios? — En cuanto á Mr. Willis, ha probado al contrario que la benevolencia y la decencia marchaban siempre con el verdadero talento y que la caridad hacia nuestros co-

frades, que es un deber moral, era también uno de los mandatos del gusto.

Hablad de Poe con un americano; confesará acaso su genio; quizá se mostrará hasta altivo de él; pero, con un tono sardónico superior que revela al hombre positivo, os hablará de la vida desarreglada del poeta, de su aliento alcoholizado que se habría encendido con un fósforo, de sus hábitos vagabundos; os dirá que era un ser errático y heteróclito, un planeta fuera de su órbita, que rodaba sin cesar de Baltimore á New-York, de New-York á Filadelfia, de Filadelfia á Boston, de Boston á Baltimore, de Baltimore á Richmond. Y, si con el corazón conmovido por esos preludios de una historia dolorosa, dais á entender que el individuo no es el único culpable, y que debe ser difícil pensar y escribir cómodamente en un país donde hay millones de soberanos, un país sin capital, propiamente dicho, y sin aristocracia — entonces veréis dilatarse sus pupilas y arrojar relámpagos, subirle á los labios la baba del patriotismo atacado, y la América, por su boca, lanzar injurias á la Europa su vieja madre, y á la filosofía de los tiempos antiguos.

Repito que tengo la persuasión de que Edgar Poe y su patria no estaban al nivel. Los Estados Unidos son un país gigantesco y niño, naturalmente celoso del viejo continente. Altivo de su desenvolvimiento material, anormal y casi monstruoso, ese recién venido en la historia, tiene una fe ingenua en el todopoderío de la industria; está convencido, como algunos desdichados entre nosotros, que acabará por comerse al Diablo; ¡ el tiempo y el dinero tienen entre ellos un valor tan grande! La actividad material, exagerada hasta las

proporciones de una manía nacional, deja en los espíritus muy poco lugar para la cosas que no son de la tierra. Poe, que era de buen tronco, y que por otra parte creía que la gran desgracia de su país, era no tener aristocracia de raza, atento decía, que en un pueblo sin aristocracia el culto de lo Bello no puede más que corromperse, empequeñecerse y desaparecer — que acusaba entre sus conciudadanos, hasta en su lujo enfático y costoso, todos los síntomas del mal gusto característico de los *parvenus* — que consideraba el Progreso, la gran idea moderna, como un éxtasis de papa-moscas, y que llamaba á los *perfeccionamientos* del habitáculo humano, cicatrices y abominaciones rectangulares. — Poe era entre ellos, un cerebro singularmente solitario. No creía más que en lo inmutable, en lo eterno, en el *self same*, y gozaba — cruel privilegio en una sociedad enamorada de sí misma — de ese gran buen sentido á lo Maquiavelo, que marcha delante del sabio, como una columna luminosa, á través del desierto de la historia. — ¿ Qué hubiera pensado, qué hubiera escrito, el infortunado, al oir á la teología del sentimiento suprimir el Infierno por amistad al género humano, al filósofo de la cifra proponer un sistema de seguros, una suscrición de un sueldo por cabeza para la supresión de la guerra, y la abolición de la pena de muerte y de la ortografía, dos locuras correlativas, y tantos otros enfermos que escriben con el *oído inclinado al viento*, fantasías giratorias tan flatuosas como el elemento que se las dicta ? — Si agregáis á esta visión impecable de lo verdadero — enfermedad en ciertas circunstancias, — una delicadeza exquisita de sentidos á la que torturaba una sola nota

falsa, una finura de gusto á la que todo, excepto la exacta proporción, repugnaba, un amor insaciable de lo Bello, que había tomado el poder de una pasión mórbida, no os sorprenderéis que para semejante hombre, la vida se convirtiera en un infierno y que haya concluído mal; os admiraréis de que haya *durado* tanto tiempo

## II

La familia de Poe era una de las más respetables de Baltimore. Su abuelo materno había servido en la guerra de la Independencia como quarter-master-general, y Lafayette le tenía en alta estima y amistad. Éste, en su último viaje á los Estados Unidos, quiso ver á la viuda del general y testificarle su gratitud por los servicios de que era deudor á su marido. El bisabuelo había desposado una hija del almirante inglés Mac Bride, que estaba aliado con las más nobles casas de Inglaterra. Daniel Poe, padre de Edgar é hijo del general, se enamoró perdidamente de una actriz inglesa, Elisabeth Arnold, célebre por su belleza; huyó con ella y la desposó. Para mezclar más intimamente sus destinos, se hizo comediante y apareció con su mujer en diferentes teatros, en las principales ciudades de la Unión. Los dos esposos murieron en Richmond, casi al mismo tiempo, dejando en el abandono y la desnudez más completa, tres niños de corta edad, uno de los cuales era Edgar.

Edgar Poe había nacido en Baltimore, en 1813. — Es

según él mismo que doy esta fecha, pues ha reclamado contra la afirmación de Griswold, que coloca su nacimiento en 1811. Si alguna vez el espíritu de novela, para servirme de una expresión de nuestro poeta — ¡ espíritu siniestro y borrascoso ! — ha presidido á un nacimiento, fué ciertamente al suyo. Poe fué el hijo de la pasión y de la aventura. Un rico negociante de la ciudad, Mr. Allan, se prendó de aquel bonito desdichado á quien la naturaleza había dotado de una manera encantadora, y como no tenía hijos, le adoptó. Poe se llamó, pues, en adelante Edgar Allan Poe. Fué así educado en una bella comodidad y con la esperanza legítima de una de esas fortunas que dan al carácter una soberbia certidumbre. Sus padres adoptivos, en un viaje, le llevaron á Inglaterra, Escocia é Irlanda, y antes de volver á su país, le dejaron en casa del Dr. Bransby, que tenía una importante casa de educación en Stoke-Newington, cerca de Londres. Poe mismo, en *William Wilson*, ha descrito esa extraña casa, edificada en el viejo estilo de Elisabeth y las impresiones de su vida de escolar.

Volvió á Richmond en 1822 y continuó sus estudios en América, bajo la dirección de los mejores maestros. En la Universidad de Charlottesville, donde entró en 1825, se distinguió no solamente por una inteligencia casi milagrosa, sino también por una abundancia casi siniestra de pasiones — una precocidad verdaderamente americana, que por último, fué la causa de su expulsión. Es bueno notar de paso, que Poe, en Charlottesville, había ya manifestado una aptitud de las más sorprendentes para las ciencias físicas y matemáticas. Más tarde, hará de ella un uso frecuente en sus

extraños cuentos, y sacará de ahí medios inesperados. Pero tengo razones para creer que no es á este orden de composiciones al que daba más importancia y que — á causa quizá de esta precoz aptitud — no estaba lejos de considerarlas como fáciles juglerías, comparativamente á las obras de pura imaginación.

Algunas malhadadas deudas de juego hicieron que entre él y su padre adoptivo hubiera un enojo momentáneo, y Edgar — hecho de los más curiosos, y que prueba, por más que se diga, una dosis de *chevalerie*, bastante fuerte en su impresionable cerebro — concibió el proyecto de mezclarse á la guerra de los Helenos é ir á combatir los Turcos. Partió pues para la Grecia. —¿Qué le sucedió en Oriente, que hizo allí? —¿Estudió las riberas clásicas del Mediterráneo — porque le volvemos á encontrar en San Petersburgo, sin pasaporte — comprometido y en qué especie de negocio — obligado á apelar al ministro americano, Henry Midleton, para escapar á la penalidad rusa y volver á su hogar? — Se ignora; hay ahí un claro que sólo él hubiera podido llenar. La vida de Edgar Poe, su juventud, sus aventuras en Rusia y su correspondencia han sido largo tiempo anunciadas por los diarios norte-americanos, pero no han aparecido jamás.

Vuelto á América, en 1829, manifestó el deseo de entrar á la escuela militar de West-Point; fué admitido en ella, en efecto, y ahí, como en todas partes, dió muestras de una inteligencia admirablemente dotada, pero indisciplinable, y al cabo de algunos meses fué despedido. — Al mismo tiempo aconteció en su familia adoptiva, un suceso que debía tener las consecuencias más graves sobre su vida. La señora Allan, por la cual

*un centavo* — agrega el mismo Griswold, con un matiz de desdén.

Era una señorita Virginia Clemn, su prima.

No obstante los servicios hechos á su diario, Mr. White se disgustó con Poe al cabo de dos años, poco más ó menos. La razón de esta separación se encuentra evidentemente en los accesos de hipocondría y las crisis de embriaguez del poeta — accidentes característicos que cubrían de sombras su cielo espiritual, como esas nubes lúgubres que dan repentinamente al paisaje más romántico, un aire de melancolía en apariencia irreparable. — Desde entonces, veremos al infortunado levantar su tienda, como un hombre del desierto y transportar sus ligeros penates á las principales ciudades de la Unión. En todas partes, dirigirá revistas ó colaborará en ellas, de una manera brillante. Derramará con deslumbradora rapidez artículos críticos, filosóficos y cuentos llenos de magia que aparecen reunidos bajo el título de *Tales of the Grotesque and the Arabesque* — título notable é intencional, pues los adornos grotescos y arabescos rechazan la figura humana, y se verá que á muchos respectos la literatura de Poe, es extra ó suprahumana. Sabremos, por noticias hirientes y escandalosas insertas en los diarios, que Poe y su mujer se encuentran peligrosamente enfermos en Fordham y en una absoluta miseria. Poco tiempo después de la muerte de la señora Poe, el poeta sufrió los primeros ataques del *delirium tremens*. Una noticia aparece repentinamente en un diario — esa, más que cruel — que acusa su menosprecio y su disgusto del mundo, y le hace uno de esos procesos de tendencia, verdaderas requisitorias de la opinión, contra las cuales tuvo

siempre que defenderse, una de las luchas más estérilmente fatigantes que conozco.

Sin duda, ganaba dinero, y sus trabajos literarios podían costearle más ó menos bien la existencia. Pero tengo pruebas de que tenía disgustantes dificultades que superar. Soñó, como tantos otros escritores, en una revista *propia*, quiso estar en *lo suyo*, y el hecho es que había sufrido suficientemente para desear con ardor este abrigo definitivo á su pensamiento. Para llegar á este resultado, para procurarse una suma de dinero suficiente, recurrió á las *lecturas*. Se sabe lo que son estas lecturas — una especie de especulación, el Colegio de Francia puesto á disposición de todos los literatos; el autor no publica lo que *lee* sino después que ha sacado el más grande provecho posible. Poe había dado ya en New-York una *lectura de Eureka*, su poema cosmogónico, que había hasta levantado fuertes discusiones. Imaginó esta vez dar lecturas en su país, en la Virginia. Contaba, cuando escribió Willis, con dar una vuelta por el Oeste y Sud, y esperaba el concurso de sus amigos literarios y de sus antiguos conocidos de colegio y de West-Point. Visitó, pues, las principales ciudades de la Virginia, y Richmond volvió á ver al que había conocido tan joven, tan pobre y tan desnudo. Todos los que no habían visto á Poe desde los tiempos de su obscuridad, acudieron en multitud á contemplar al ilustre compatriota. Apareció bello, elegante, correcto como el genio. Creo que había llegado su condescendencia hasta hacerse admitir en una sociedad de temperancia. Escogió un tema tan fecundo como elevado : *El principio de la Poesía*, y lo desarrolló con esa lucidez que es uno de sus privilegios.

Creía, como verdadero poeta que era, que el fin de la poesía, es de la misma naturaleza que su principio, y que no debe tener en vista otra cosa que sí misma.

La buena acogida que se le hizo inundó su pobre corazón de orgullo y de gozo; se encontraba tan encantado que habló de establecerse definitivamente en Richmond y de concluir su vida en los sitios que su infancia le había hecho queridos. Sin embargo, tenía que hacer en New-York, y partió, el 4 de Octubre, quejándose de estremecimientos y debilidades. Sintiéndose siempre bastante mal, al llegar á Baltimore, el 6, á la noche, hizo llevar su bagaje al embarcadero, de dondo debía dirigirse á Filadelfia, y entró en una taberna para tomar un excitante cualquiera. Ahí, desdichadamente, encontró viejos camaradas y se retardó. Al día siguiente por la mañana, á la luz pálida de la madrugada, fué encontrado un cadáver sobre la vía — ¿debe decirse así?— no, un cuerpo vivo todavía, pero que la muerte había ya marcado con su real sello. Sobre ese cuerpo, cuyo nombre se ignoraba, no se encontró ni papeles, ni dinero, y se le llevó á un hospital. Ahí fué dónde murió Poe, esa misma noche del Domingo, 7 de Octubre de 1849, á la edad de 37 años, vencido por el *delirium tremens*, terrible huésped que había ya visitado su cerebro una ó dos veces. Así desapareció de este mundo uno de los más grandes héroes literarios, el hombre de genio que había escrito en el *Gato Negro*, estas palabras fatídicas : *¿ Qué enfermedad es comparable al alcohol?*

Esta muerte es casi un suicidio — un suicidio preparado desde hacía mucho tiempo. Al menos ella causó un escandalo igual al de un suicidio. El clamor fué

grande y la *virtud* hizo ostentación de su *cant* (1) enfático, libre y voluptuosamente. Las oraciones fúnebres más indulgentes no pudieron dejar de dar curso á la inevitable moral burguesa que tuvo cuidado de no faltar en tan admirable ocasión. Mr. Griswold difamó; Mr. Willis, sinceramente afligido, estuvo más que conveniente. — ¡ Ay! el que había franqueado las alturas más arduas de la estética y visitado los abismos menos explorados del intelecto humano, el que, á través de una vida que se parece á una tempestad sin calma, había encontrado medios nuevos, procedimientos desconocidos para admirar la imaginación, para seducir los espíritus sedientos de lo Bello, acababa de morir en algunas horas en un lecho de hospital — ¡ qué destino! ¡ Y tanta grandeza y tanta desdicha, para levantar un torbellino de fraseología burguesa, para convertirse en el alimento y el tema de diaristas virtuosos! *Ut declamatio fiat!*

Esos espectáculos no son nuevos; es raro que una sepultura reciente é ilustre no sea una cita de escándalos. Por otra parte la Sociedad no ama á esos rabiosos desdichados, y sea que ellos turben sus fiestas, sea que ella los considere como remordimientos, tiene incontestablemente razón. ¿ Quién no recuerda las declamaciones parisienses, cuando la muerte de Balzac, que sin embargo, murió correctamente?

Y más reciente todavía — hace hoy, 26 de Enero, un año justo cuando un escritor de una honradez admirable, de una alta inteligencia y que *fué siempre lúcida*, fué discretamente, sin incomodar á nadie — tan discre-

(1) Del inglés, *mogigatería*. (N. del T.)

tamente que su discreción se parecía al menosprecio — á libertar su alma en la calle más negra que pudo encontrar (1) — ¡ qué disgustantes homilias ! — ¡ qué asesinato refinado! Un diarista célebre á quien Jesús no enseñará jamás las maneras generosas, encontró la aventura bastante jovial para celebrarla en un equívoco. — Entre la enumeración de los *derechos del hombre* que la sabiduría del siglo XIX recomienda tan á menudo y tan complacientemente, dos bastante importantes han sido olvidados, que son el derecho de contradecirse y el de *irse*. Pues la *Sociedad* mira al que se va como á un insolente; castigaría con gusto á ciertos despojos fúnebres, como ese infeliz soldado, atacado de vampirismo, á quien la vista de un cadáver exasperaba hasta el furor. — Y no obstante se puede decir, que bajo la presión de ciertas circunstancias, después de un serio examen de ciertos incompatibilidades, con firmes creencias en ciertas dogmas y metempsicosis — se puede decir, sin énfasis y sin juego de palabras, que el suicidio es algunas veces la acción más razonable de la vida (2). — Y así se forma una compañía de fantasmas ya numerosa, que nos visita familiarmente, y cuyos miembros vienen á alabarnos su reposo actual y trasmitirnos sus persuasiones.

Confesemos sin embargo que el lúgubre fin del autor de *Eureka* suscitó algunas consoladoras excepciones, sin lo cual sería menester desesperar y la plaza no se podría sostener. Mr. Willis, como lo he dicho, habló honestamente y hasta con emoción de las buenas rela-

(1) Gerardo de Nerval, que se ahorcó. (N. del T.)
(2) Baudelaire murió loco, á causa del abuso del haschish. (N. del T.)

ciones que había tenido con Poe. Mr. John Real y George Graham, llamaron á Mr. Griswold al pudor. Mr. Longfellow — y éste es tanto más merecedor cuanto que Poe le había cruelmente maltratado — supo alabar de una manera digna su alto poder como poeta y como prosista. Un desconocido escribió que la América literaria había perdido su más fuerte cabeza.

Pero el corazón herido, el corazón desgarrado, el corazón atravesado por los siete puñales, fué el de Mrs. Clemn. Pues Edgar Poe era á la vez, su hijo y su hija. ¡Rudo destino, dijo Willis, de quien tomo estos detalles, casi palabra por palabra, rudo destino, el que ella vigilaba y protegía! Pues Edgar Poe era un hombre incómodo; además de escribir en un *estilo superior al nivel intelectual común*, para que se le pudiera pagar caro, estaba siempre afligido por falta de dinero, y á menudo él y su mujer carecían de las cosas más necesarias á la vida. Un día Willis vió entrar en su oficina una mujer, anciana, dulce, grave. Era Mrs. Clemn. Buscaba *trabajo* para su querido Edgar. El biógrafo dice, que fué singularmente sorprendido del elogio perfecto, de la apreciación exacta que hacía de los talentos de su hijo, como también de todo su ser exterior — de su voz dulce y triste, de sus maneras un poco añejas, pero bellas y nobles. Y durante muchos años, agrega él, hemos visto á ese infatigable servidor del genio, pobre é insuficientemente vestido, yendo de diario en diario para vender un poema ó un artículo, diciendo algunas veces que *él* estaba enfermo — única explicación, única razón, invariable excusa que daba cuando su hijo se encontraba herido momentáneamente por una de esas esterilidades que conocen los escri-

tores nerviosos — y no permitiendo jamás á sus labios decir una sílaba que pudiera ser interpretada como una duda, como un debilitamiento de confianza en el genio y la voluntad de su bienamado. Cuando su hija murió, se ligó al sobreviviente de la desastrosa batalla, con un ardor maternal reforzado, vivió con él, le cuidó vigilándole, defendiéndole contra la vida y contra él mismo. Ciertamente — concluye Willis, con una alta é imparcial razón — si la abnegación de la mujer, nacida con un primer amor y mantenida por la pasión humana, glorifica y consagra su objeto, ¿ qué no dice en favor del que inspiró una abnegación como ésta, pura, desinteresada y santa como un centinela divino? Los detractores de Poe habrían debido notar en efecto que hay seducciones tan poderosas que no pueden ser más que virtudes.

Se advina cuán terrible fué la noticia para la desdichada mujer. Escribió á Willis una carta de la que doy algunas líneas:

« He sabido esta mañana la muerte de mi bienamado
« Eddie... ¿ Podéis trasmitirme algunos detalles, algu-
« nas circunstancias ?... ¡ Oh! no abandonéis á vues-
« tra pobre amiga en esta amarga aflicción... Decid á
« Mr... que venga á verme; tengo una comisión para
« él de parte de mi pobre Eddie... No tengo necesidad
« de suplicaros que anunciéis su muerte y que hableis
« bien de él. Sé que lo haréis. *Pero decid qué hijo afec-*
« *tuoso era para mí*, su pobre madre desconsolada... »

Esta mujer me aparece grande y más que antigua. Herida por un golpe irreparable, no piensa más que en

la reputación del que era todo para ella, y no basta, para contentarla, que se diga que él era un genio : es necesario que se sepa que era un hombre de deber y de afección. Es evidente que esta madre — antorcha y hogar encendido por un rayo del más alto cielo — ha sido dada en ejemplo á nuestras razas demasiado poco cuidadosas de la abnegación, del heroismo y de todo lo que es más que el deber. ¿ No era justicia inscribir á la cabeza de las obras del poeta el nombre de la que fué el sol moral de su vida (1) ? Embalsamará con su gloria el nombre de la mujer cuya ternura sabía curar sus llagas, y cuya imagen revoloteará incesantemente por arriba del martirologio literario.

## III

La vida de Poe, sus costumbres, sus maneras, su ser físico, todo lo que constituye el conjunto de su personaje, nos aparecen como algo de tenebroso y de brillante á la vez. Su persona era singular, seductora, y como sus obras, marcada con un indefinible sello de melancolía. Era notablemente bien dotado de todas maneras. Joven, había mostrado una rara aptitud para los ejercicios físicos, y bien que fuera pequeño, con pies y manos de mujer, llevando además en todo su aspecto

(1) Baudelaire ha dedicado en efecto su traducción á Mrs. Marta Clema. (N. del T.)

un carácter de delicadeza femenina, era más que robusto y capaz de maravillosos rasgos de fuerza. En su juventud ha ganado una apuesta de nadador que sobrepasa la medida ordinaria de lo posible. Se diría que la Naturaleza da á aquellos de que quiere sacar grandes cosas, un temperamento enérgico, como da una poderosa actividad á los árboles encargados de simbolizar el duelo y el dolor. Esos hombres, con apariencias miserables, algunas veces, están tallados como atletas, buenos para la orgía y para el trabajo, prontos á los excesos y capaces de sorprendentes sobriedades.

Hay algunos puntos relativos á Edgar Poe sobre los cuales hay acuerdo unánime, por ejemplo, su alta distinción natural, su elocuencia y su belleza, de la que era, según se dice, un poco orgulloso. Sus maneras, mezcla singular de nobleza y dulzura exquisita, estaban llenas de firmeza. Fisonomía, paso, gestos, aires de cabeza, todo lo designaba, sobre todo en sus buenos días, como una criatura elegida. Su ser todo respiraba una solemnidad penetrante. Era realmente un tipo marcado por la naturaleza, como esas figuras de pasantes que atraen la mirada del observador y preocupan su memoria. El pedante y agrio Griswold mismo, confiesa que cuando fué á devolver visita á Poe, y que le encontró pálido y enfermo todavía por la enfermedad y muerte de su mujer, se sorprendió hasta el extremo, no solamente de la perfección de sus maneras, sino hasta de la fisonomía aristocrática, de la atmósfera perfumada de su cuarto, bastante modesto sin embargo. Griswold ignora que el poeta tiene más que todos los hombres ese maravilloso privilegio atribuído á la mujer parisiense y á la española, de saberse adornar con una

nada, y que Poe, apasionado de lo bello en todas cosas, habría encontrado el arte de transformar una choza en un palacio de especie nueva. ¿ No ha escrito, con el espíritu más original y más curioso, proyectos de mobiliarios, planes de casas de campo, jardines y reformas de paisajes?

Existe una carta encantadora de Mrs. Frances Osgood, que fué una de las amigas de Poe, y que nos da sobre sus costumbres, su persona y su vida íntima, los más preciosos detalles. Esta mujer, que era ella misma un literato distinguido, niega valerosamente todos los vicios y todas las faltas reprochadas al poeta. « Con los hombres, dice á Griswold, acaso era tal como lo pintáis y como hombre podéis tener razón. Pero afirmo que con las mujeres era totalmente distinto, y que jamás ninguna mujer ha podido conocerle sin experimentar por él un profundo interés. Nunca se me ha aparecido sino como un modelo de elegancia, de distinción y de generosidad...

« La primera vez que nos vimos, fué en *Astor-House*. Willis me había prestado *El Cuervo*, sobre el cual el autor, me dijo, deseaba conocer mi opinión. La música misteriosa y sobrenatural de ese poema extraño, me penetró tan íntimamente, que, cuando supe que Poe quería serme presentado, experimenté un sentimiento singular y que se parecía al terror. Apareció con su bella y orgullosa cabeza, sus ojos sombríos que arrojaban una luz de sentimiento y de pensamiento, con sus maneras, mezcla intraducible de elevación y de suavidad — me saludó tranquilo, grave, casi frío ; pero bajo aquella frialdad vibraba una simpatía tan marcada que no pude dejar de impresionarme profundamente. A partir de

aquel momento hasta su muerte, fuimos amigos... y sé que en sus últimas palabras, he tenido mi parte de recuerdo, y que me ha dado, antes de que su razón cayera de su trono de soberana, una prueba suprema de su fiel amistad.

« Era, sobre todo en su interior á la vez simple y poético, que el carácter de Edgar Poe aparecía para mí en su más bella luz. Dócil, afectuoso, espiritual, tan pronto dócil y tan pronto malo como un niño mimado, tenía siempre para su joven, dulce y adorada mujer, y para todos los que le buscaban, hasta en medio de sus más fatigantes tareas literarias, una palabra amable, una sonrisa benevolente, atenciones graciosas y corteses. Pasaba interminables horas en su pupitre, bajo el retrato de su *Leonor*, la amada y la muerta, siempre asiduo, siempre resignado y fijando con su admirable letra las brillantes fantasías que atravesaban su cerebro, incesantemente en actividad. Me acuerdo haberle visto una mañana más contento y más alegre que de costumbre. Virginia, su dulce mujer, me había suplicado que los visitara y me era imposible resistir á sus solicitaciones... Le encontré trabajando en la serie de artículos que ha publicado bajo el título : *The Litterati of New-York* y me dijo desplegando con una risa de triunfo muchos rollitos de papel (escribía sobre tiras estrechas, sin duda para conformar su copia á la *justificación* de los diarios) : — Voy á mostraros por la diferencia de largos, los diversos grados de estimación que tengo por cada uno de vuestros literatos ; en cada uno de estos papeles, uno de vosotros está envuelto y perfectamente discutido. — ¡Venid, Virginia, y ayudadme! — Y los desenrollaron todos uno á uno.

Al fin, había uno que parecía interminable. Virginia, riendo, retrocedía hasta un ángulo del cuarto teniéndole por un extremo y su marido hacia lo mismo del otro lado. —¿ Y quién es el dichoso — dije — que habéis juzgado digno de esta inconmensurable dulzura? — ¿ La ois? exclamó él — ¡ como si su vanidoso corazoncito no le hubiera ya dicho que es ella misma!

« Cuando me ví obligada á viajar por mi salud, mantuve una correspondencia regular con Poe, obedeciendo en eso á las vivas solicitaciones de su mujer, que creía que yo podía obtener sobre él una influencia y un ascendiente saludables...

« En cuanto al amor y á la confianza que existían entre su mujer y él, y que eran para mí un espectáculo delicioso, no sabría pintarlos con la convicción y el calor merecido. Olvido algunos pequeños episodios poéticos en los cuales fué arrojado por su temperamento novelesco. Pienso que era la única mujer á quien haya verdaderamente amado... »

En las Novelas de Edgar Poe, no hay jamás amor. Al menos *Ligeia*, *Eleonora*, no son, propiamente hablando, historias de amor, pues la idea principal sobre que gira la obra, es otra. Quizá creía que la prosa no es una lengua á la altura de ese caprichoso y casi intraducible sentimiento; porque sus poesías, al contrario, están fuertemente saturadas de él. La divina pasión aparece en ellas, magnífica, estrellada, y siempre velada por una irremediable melancolía. En sus artículos, habla algunas veces del amor hasta como de una cosa que hace estremecer la pluma. En *The Domain of Arnheim*, afirmará que las cuatro

condiciones elementales de la dicha, son : la vida en pleno aire, *el amor de una mujer*, la ausencia de toda ambición y la creación de un Bello nuevo. — Lo que corrobora la idea de Mrs. Francis Osgood relativamente al respeto caballeresco de Poe por las mujeres, es, que no obstante su prodigioso talento para lo grotesco y lo horrible, no hay en toda su obra un solo pasaje que ofrezca lubricidad ó siquiera goces sensuales. — Sus retratos de mujer son, por decirlo así, aureolados; brillan en el seno de un vapor sobrenatural y están pintados con la manera enfática de un adorador. — En cuanto á los pequeños *episodios novelescos*, ¿hay motivo para sorprenderse de que un ser tan nervioso, cuya sed de lo Bello era acaso el rasgo principal, haya cultivado á veces la galantería con un ardor apasionado — la galantería, esa flor volcánica y olorosa para quien el cerebro hirviente de los poetas es un terreno predilecto?

De su singular belleza, acerca de la que hablan muchos biógrafos, el espíritu puede, creo, hacerse una idea aproximativa recurriendo á todas las nociones vagas, pero sin embargo características, contenidas en la palabra *romántica*, palabra que sirve generalmente para pintar los géneros de belleza que consisten sobre todo en la expresión. Poe tenía una frente ancha, dominadora, en que ciertas protuberancias traicionaban las facultades encargadas de representar — construcción, comparación, causalidad — y donde tenía su trono, en un orgullo tranquilo, el sentido de la idealidad, el sentido estético por excelencia. Sin embargo de esos dones, ó hasta á causa de esos privilegios exhorbitantes, aquella cabeza, vista de perfil, no ofre-

cía acaso un aspecto agradable. Como todas las cosas excesivas por un sentido, un déficit podía resultar de la abundancia, una pobreza de la usurpación. Tenía grandes ojos á la vez sombríos y llenos de luz, de un color indeciso y tenebroso, tirando á violeta, la nariz noble y sólida, la boca fina y triste, aunque ligeramente sonriente, la tez morena clara, el rostro pálido casi siempre, la fisonomía un poco distraída é imperceptiblemente sellada por una melancolía habitual.

Su conversación era de las más notables y esencialmente instructiva. No era lo que se llama un *beau parleur* — cosa horrible — y su palabra como su pluma huía de las formas convenidas; pero su vasto saber, una lengüística (1) poderosa, serios estudios, impresiones amontonadas en muchos países, hacían de su palabra una cátedra. Su elocuencia, esencialmente poética, llena de método y moviéndose sin embargo fuera de todo método conocido, un arsenal de imágenes sacadas de un mundo poco frecuentado por la mayor parte de los espíritus, un arte prodigioso en deducir de una proposición evidente y absolutamente aceptable, resúmenes secretos y nuevos, en abrir sorprendentes perspectivas, y en una palabra, el arte de arrobar, de hacer pensar, de hacer soñar, de arrancar las almas de los fangos de la rutina, tales eran las deslumbrantes facultades de que muchas gentes han guardado el recuerdo. Pero sucedía algunas veces — se dice al menos — que el poeta, complaciéndose en un capricho destructor, llamaba bruscamente sus amigos á la tierra por un ci-

(1) Poe conocía el griego, el latín, el alemán, el italiano, el portugués, el francés, el español y el árabe. (N. del T.)

nismo afligente, y demolía su obra de espiritualidad. Por otra parte, es necesario decir que era muy poco difícil en la elección de sus auditores, y creo que el lector encontrará sin trabajo en la historia, otras inteligencias grandes y originales, para quienes toda compañía era buena. Ciertos espíritus, solitarios en medio de la multitud y que se alimentan con el monólogo, no tienen que hacer delicadeza en materia de público. Es, en suma, una especie de fraternidad basada en el menosprecio.

De esta ebriedad — celebrada y reprochada con una insistencia que podría dar á creer que todos los escritores de los Estados Unidos, e xcepto Poe, son ángeles de sobriedad — es necesario hablar, sin embargo. Muchas versiones son plausibles y ninguna excluye las otras. Ante todo, estoy obligado á hacer notar que Willis y Mrs. Osgood, afirman que una cantidad mínima de vino ó de licor bastaba para perturbar completamente su organización. Es fácil suponer, además, que un hombre tan realmente solitario, tan profundamente desdichado, y que ha podido á menudo considerar todo el sistema social como una paradoja y una impostura, un hombre, que, acosado por un destino sin piedad, repetía con frecuencia que la sociedad no es más que una batahola de miserables (es Griswold quien cuenta eso, tan escandalizado como un hombre que puede pensar la misma cosa, pero que no la dirá jamás) — es natural, digo, suponer que ese poeta, arrojado niño aún en los azares de la vida libre, con el cerebro acosado por un trabajo áspero y continuo, haya buscado algunas veces una voluptuosidad de olvido en las botellas. Rencores literarios, vértigo de lo infinito, dolores

íntimos, insultos de la miseria; Poe huía de todo eso, sumergiéndose en lo negro de la embriaguez como en una tumba preparatoria. Pero por más buena que parezca esta explicación, no la encuentro suficiente y desconfío de ella á causa de su deplorable simplicidad.

Sé que no bebía como glotón, sino como bárbaro, con una actividad y una economía de tiempo, por completo americanas, como cumpliendo una misión homicida, como teniendo en él *algo que matar: a worm that would not die.* Se narra, además, que un día, en el momento de volverse á casar (las amonestaciones estaban publicadas, y como se le felicitara por una unión que ponía en sus manos las más altas condiciones de dicha y bienestar, había dicho: « es posible que hayáis visto amonestaciones pero notad bien esto: no me volveré á casar ») fué, espantablemente ebrio, á escandalizar el barrio de la que debía ser su mujer, recurriendo así á su vicio para desembarazarse de un perjurio hacia la pobre muerta cuya imagen vivía siempre en él, y á quien había cantado tan admirablemente en *Annabel Lee.* Considero, pues, en un gran número de casos, el hecho infinitivamente preciso de premeditación, como adquirido y constatado.

Leo, además, en un largo artículo del *Southern Litterary Messenger* — la misma revista cuya fortuna había comenzado — que nunca la fuerza, lo acabado de su estilo, nunca la claridad de su pensamiento, nunca su ardor al trabajo fueron alterados por este horrible hábito; que á la confección de la mayor parte de sus excelentes trozos ha precedido ó seguido una de sus crisis; que después de la publicación de *Eureka* se

sacrificó deplorablemente á su inclinación, y que en New-York, en la mañana misma en que aparecía *El Cuervo*, mientras que el nombre del poeta estaba en todas las bocas, atravesaba á Broadway bamboleándose vergonzosamente. Notad que las palabras *precedido ó seguido*, implican que la embriaguez podía servir de excitante así como de reposo.

Ahora bien, es incontestable que — semejante á esas impresiones fugitivas é hirientes, tanto más hirientes en sus retornos cuanto más fugitivas son, que siguen algunas veces á un síntoma exterior, á una especie de advertencia, como un sonido de campana, una nota musical ó un perfume olvidado y que son ellas mismas seguidas de un suceso parecido á otro ya conocido y que ocupaba el mismo lugar en una cadena anteriormente revelada, semejantes á esas singulares alucinaciones que frecuentan nuestros sueños — existen en la embriaguez, no sólo encadenamientos de sueños, sino series de razonamientos, que tienen necesidad para reproducirse, del medio que les ha dado vida. Si el lector me ha seguido sin repugnancia, ha adivinado ya mi conclusión; creo que en muchos casos, no ciertamente en todos, la embriaguez de Poe era un medio nenmónico, un método de trabajo, método enérgico y mortal, apropiado á su naturaleza apasionada. El poeta había aprendido á beber como un literato cuidadoso se ejercita en hacer cuadernos de notas. No podía resistir al deseo de volver á encontrar las visiones maravillosas ó aterrantes, las concepciones sutiles que había asido en una tempestad precedente; eran viejos conocidos que le atraían de una manera imperiosa, y para reanudar amistad con ellos, tomaba el camino más pe-

ligroso, pero el más directo. Una parte de lo que hace hoy nuestro goce, es lo que lo ha muerto.

## IV

De las obras de este singular genio, tengo poca cosa que decir; el público hará ver lo que piensa de ellas. Me sería difícil, quizá, pero no imposible desembrollar su método, explicar su procedimiento, sobre todo en la parte de sus obras cuyo principal efecto consiste en un análisis bien conducido. Podría introducir al lector en los misterios de su fabricación, extenderme largamente sobre esta porción de genio americano que lo hace regocijarse de una dificultad vencida, de un enigma explicado, de un *tour de force* feliz — que lo lleva á jugar con una voluptuosidad infantil y casi nerviosa en el mundo de las probabilidades y de las conjeturas, y crear *canards* á los cuales su arte sutil ha dado una vida verosímil. Nadie negará que Poe es un juglar maravilloso, y sé que daba sobre todo su estima á otra parte de sus obras. Tengo algunas observaciones más importartes que hacer, muy breves.

No es más que por esos milagros materiales, que sin embargo han hecho su fama, que le sería dado conquistar la admiración de las gentes que piensan; es por su amor de lo bello, por su conocimiento de las condiciones armónicas de la belleza, por su poesía profunda y quejumbrosa, adornada no obstante, trasparente y correcta como un dije de cristal, por su admirable estilo, puro y extravagante — apretado como las mallas de una armadura, complaciente y minucioso, y

cuya más ligera intención sirve para llevar dulcemente al lector hacia un fin deseado — y en fin por ese genio especial, por ese temperamento único que le ha permitido pintar y explicar, de una manera impecable, sorprendente, terrible, *la excepción en el orden moral.*

En él, toda entrada en materia, es atrayente sin violencia, como un torbellino. Su solemnidad sorprende y tiene despierto el espíritu. Se siente desde luego que se trata de algo grave. Y lentamente, poco á poco, se desarrolla una historia cuyo interés todo reposa sobre una imperceptible desviación del intelecto, sobre una hipótesis audaz, sobre un dosaje imprudente de la naturaleza en la amalgama de las facultades. El lector, presa del vértigo, está obligado á seguir al autor en sus arrastradoras deducciones.

Ningún hombre, lo repito, ha narrado con más magia las *excepciones* de la vida humana y de la naturaleza; los ardores de la curiosidad de la convalecencia, los fines de estación cargados de esplendores enervantes, los tiempos cálidos, húmedos y brumosos, en que el viento del Sur debilita y distiende los nervios como las cuerdas de un instrumento, en que los ojos se llenan de lágrimas que no vienen del corazón; la alucinación, dejando al principio lugar á la duda, bien pronto convencida y razonadora como un libro; el absurdo instalándose en la inteligencia y gobernándola con una espantable lógica; la historia usurpando el sitio de la voluntad, la contradicción establecida entre los nervios y el espíritu, y el hombre desacordado hasta el punto de expresar el dolor por la risa. Analiza lo que hay de más fugitivo, pesa lo imponderable y describe, con esa manera minuciosa y cien-

tífica, cuyos efectos son terribles, todo eso imaginario que flota alrededor del hombre nervioso y lo conduce al mal.

El ardor mismo con el cual se arroja en lo grotesco por el amor de lo grotesco, y en lo horrible por el amor de lo horrible, me sirve para verificar la sinceridad de su obra, y el acuerdo del hombre con el poeta. — He notado ya que en muchos hombres este ardor era á menudo el resultado de una vasta energía vital desocupada, algunas veces de una pertinaz castidad y también de una profunda sensibilidad sin empleo. La voluptuosidad sobrenatural que el hombre puede experimentar en ver correr su propia sangre, los movimientos repentinos, violentos, inútiles, los grandes gritos arrojados al aire sin que el espíritu haya mandado á la garganta, son fenómenos todos del mismo orden.

En el seno de esta literatura en que el aire está rarificado, el espíritu puede experimentar esa vaga angustia, ese miedo pronto á las lágrimas y ese malestar del corazón, que habitan los sitios inmensos y singulares. ¡Pero la admiración es la más fuerte, y además el arte es tan grande!

Los fondos y los accesorios son en él, apropiados á los sentimientos de los personajes. Soledad de la naturaleza ó agitación de las ciudades, todo está descrito nerviosa y fantásticamente. Como nuestro Eugenio Delacroix, que ha elevado su arte á la altura de la grande poesía, Edgar Poe ama el agitar sus figuras sobre fondos violáceos y verdosos, en que se revelan la fosforescencia de la podredumbre y el olor de la tempestad. La naturaleza llamada inanimada participa de la naturaleza de los seres vivientes y, como ellos, se estremece

con un temblor sobrenatural y galvánico. El espacio es profundizado por el opio (1); el opio da un sentido mágico á todos sus tintes, y hace vibrar todos los ruidos con una más significativa sonoridad.

Algunas veces perspectivas magníficas, llenas de luz y de calor, se abren repentinamente en sus paisajes, y se ve aparecer en el fondo de sus horizontes, ciudades orientales y arquitecturas, vaporizadas por la distancia en que el sol arroja lluvias de oro.

Los personajes de Poe, ó más bien el personaje de Poe, el hombre de facultades sobreagudas, el hombre cuya voluntad ardiente y paciente arroja un desafío á las dificultades, aquel cuya mirada está tendida con la rigidez de una espada sobre objetos que se agrandan á medida que los mira — es Poe mismo. Y sus mujeres, todas luminosas y enfermas, muriendo de males extravagantes, y hablando con una voz que se parece á una música, son todavía él; ó al menos por sus aspiraciones extrañas, por su valor, por su melancolía incurable, participan fuertemente de la naturaleza de su creador. En cuanto á su mujer ideal, á su Titánida, se revela bajo diferentes retratos derramados en sus poesías bastante poco numerosas, retratos, ó más bien, maneras de sentir la belleza, que el temperamento del autor aproxima y confunde en una unidad vaga pero sensible, y donde vive más delicadamente quizá que en otra parte, ese amor insaciable de lo Bello, que es su gran título, es decir, el resumen de sus títulos á la afección y al respeto de los poetas.

(1) Baudelaire, como he dicho, era un gran bebedor de haschis. (N. del T.)

EDGAR POE

# NOVELAS Y CUENTOS

## LA MÁSCARA DE LA MUERTE

*La Muerte Roja* había devastado grandemente la comarca. Nunca se había visto una epidemia más fatal, más horrorosa. La sangre era su Avatar, y su sello — lo rojo y lo horrible de la sangre. Eran dolores agudos, vértigos repentinos y luego una abundante hemorragia á la que seguía la muerte. Las manchas escarlatas sobre el cuerpo y especialmente sobre el rostro de la víctima, eran los anuncios de la peste, que le alejaban de la ayuda y de la simpatía de sus semejantes. Y entre el comienzo, progreso y terminación de la enfermedad, no pasaba más de media hora.

Pero el príncipe Próspero era feliz, é intrépido, y

sagaz. Cuando sus dominios hubieron sido despoblados de casi la mitad, llamó á su presencia á un millar de vigorosos y alegres amigos que escogió entre los caballeros y damas de su corte, y se retiró con ellos á la profunda soledad de uno de sus almenados castillos.

Era un extenso y magnífico edificio, creación del excéntrico aunque regio gusto del príncipe mismo. Una fuerte y elevada muralla lo circundaba completamente. Esta muralla tenía puertas de hierro. Los cortesanos, una vez dentro, con ayuda de hornos y gruesos martillos, soldaron los cerrojos. Habían resuelto no dejar medios ningunos de entrada á los impulsos repentinos de la desesperación ó á los de frenesí, del interior. El castillo fué abundantemente provisto de víveres. Con semejantes precauciones, los cortesanos podían mandar desafiar á la epidemia. El mundo del exterior se cuidaría á sí propio. Mientras tanto, era un crimen apesadumbrarse ó pensar. El príncipe había llevado todos los accesorios del placer. Había bufones, había improvisadores, había bailarines, había músicos, había belleza, había vino. Todo esto y la seguridad, adentro. Afuera, la *Muerte Roja*.

Fué hacia el fin del quinto ó sexto mes de reclusión, y mientras la peste asolaba más furiosamente en el exterior, que el príncipe Próspero convidó sus mil amigos para un baile de máscaras de la más soberbia magnificencia.

Era una voluptuosa escena, aquella mascarada. Pero dejad que describa antes las habitaciones en que tenía lugar. Eran siete; una serie imperial. En muchos palacios, sin embargo, tales series forman una larga perspetiva recta, pues las batientes de las puertas, asenta-

das contra la pared, á cada lado, no impiden en alguna manera, que la vista penetre hasta el fin. En este caso, era muy diferente, como podía esperarse del amor del soberano por lo *extravagante*.

Los departamentos estaban tan irregularmente dispuestos, que la visión abrazaba muy poco más de uno á la vez. Había un recodo agudo á cada veinte ó treinta yardas, y en cada recodo, un nuevo efecto. Á derecha é izquierda, en mitad de cada pared, una alta y estrecha ventana gótica daba sobre un cerrado corredor que proseguía los recodos de la serie. Estas ventanas eran de cristales pintados, cuyo color variaba, de acuerdo con el que dominaba en las decoraciones de la pieza á que daba acceso. Por ejemplo, la situada en la extremidad oriental estaba adornada de azul, y tenía las ventanas azules. El segundo cuarto era púrpura en sus adornos y tapicerías, y los cristales eran color púrpura. El tercero era verde enteramente, y verdes eran los vidrios. El cuarto estaba adornado de amarillo; el quinto de blanco; el sexto de violeta; el color de los cristales era siempre igual á los adornos. El séptimo salón estaba completamente tapizado de terciopelo negro, que cubría el techo y paredes, cayendo en pesados dobleces sobre una alfombra de la misma tela y color. Unicamente en esta pieza el color de los cristales dejaba de estar en armonía con las decoraciones. Los vidrios eran escarlata: un profundo color de sangre.

Además, en ninguna de las siete habitaciones había lámparas ni candelabros, entre la profusión de ornamentos de oro que se hallaban distribuídos por todas partes, ó colgaban del techo. Ni una sola luz emanaba de lámpara ó bujía en la serie de cuartos adornados.

Pero en los corredores que seguían á las habitaciones, había, frente á cada ventana, un sombrío trípode, lleno de carbones encendidos, que proyectaban sus rayos á través de los pintados cristales, iluminando brillantemente la pieza. Y así se producían una multitud de apariencias ostentosas y fantásticas. Pero en el cuarto occidental ó negro, el efecto de la luz-de-fuego, temblando sobre las oscuras tapicerías, después de pasar por los cristales color sangre, era sombrío en extremo, y producía un tan extraño efecto sobre los rostros de los que en él entraban, que había muy pocos entre la concurrencia, suficientemente intrépidos para experimentarlo.

Era en ese salón, también, donde se encontraba colocado, contra la pared occidental, un gigantesco reloj de ébano.

Su péndulo se movía de un lado á otro con un chirrido triste, grave, monótono; cuando el minutero recorría el círculo, y la hora estaba á punto de sonar, salía de entre los pulmones de bronce del reloj, un sonido que era claro, y agudo, y profundo, y extremadamente musical; pero de un tono y énfasis tal, que á cada hora, los músicos de la orquesta se veían obligados á hacer una pausa, momentáneamente, en su ejecución, para escuchar el sonido; y entonces los valsadores cesaban en sus movimientos; y había una pequeña nube en la alegre compañía; y mientras que duraban los golpes de la campana, se notaba que los más festivos se volvían pálidos, y que los más viejos se pasaban la mano por la frente, como si les atormentara una fantástica meditación. Pero cuando los ecos habían cesado por completo, una alegre carcajada escapaba de todos

los pechos; los músicos se miraban unos á otros y sonreían como de su propia nerviosidad y tontería, y en voz baja juraban entre sí, que el próximo sonido del reloj no produciría en ellos semejante emoción; y entonces y después del lapso de los sesenta minutos — que abraza tres mil seiscientos segundos del tiempo que huye — volvía otra vez el sonido del reloj y sucedía lo mismo que antes: el mismo desconcierto, el mismo temblor, la misma meditación.

Pero, á despecho de esas cosas, era una alegre y magnífica bacanal. Los gustos del príncipe eran singulares. Tenía buen ojo para los colores y los efectos. Desdeñaba las decoraciones de la simple moda. Sus planes eran atrevidos y salvajes, y sus concepciones brillaban por una esplendidez soberana. Hay gentes que le hubieran creído loco. Sus compañeros comprendían que no lo era. Era necesario oirle, verle y tocarle para *convencerse* de que no lo era.

Había dirigido, en gran parte, el embellecimiento de los siete cuartos, en ocasión de esta gran fiesta, y había sido su propio gusto el que había dado carácter á los disfraces. Seguramente eran grotescos. Había mucho brillo, mucho de picante y de fantástico — mucho de lo que se ha visto después en *Hernani*. Había figuras arabescas, con adornos y vestidos extraños. Había caprichos de delirio como los trajes de los locos. Había mucho de bello, mucho de fastuoso, mucho de *extravagante*, algo de terrible y no poco de lo que puede excitar disgusto. En una palabra, los siete cuartos eran recorridos por una multitud de ensueños, que se balanceaban aquí y allá. Y éstos — los ensueños — se agitaban en todos sentidos, tomando color diferente en

cada pieza, y haciendo que la salvaje música de la orquesta, pareciera el eco de sus pasos. Y, cada hora, suena el reloj de ébano que está en el cuarto de terciopelo. Y entonces, durante un momento, todo enmudece, salvo la voz del reloj. Los ensueños quedan inmóviles en el sitio que ocupan — helados.

Pero los ecos de la campana se apagan de nuevo — no han durado más que un instante — y apenas han desaparecido, una alegre aunque temblorosa carcajada entreabre los labios de los que danzan. Y entonces la música se dilata otra vez, y los ensueños se ponen en movimiento, y se tuercen acá y allá más jovialmente que nunca, tomando el color de los pintados vidrios, á través de los cuales fluyen los rayos de los trípodes. Pero en el cuarto que está más al occidente de los siete, ninguno de los máscaras se aventura ahora; porque la noche pasa rápidamente; y penetra una luz siempre más roja á través de los vidrios color sangre; y la negrura de los fúnebres paños, aterra; y el que pone sus pies sobre la negra alfombra, recibe del cercano reloj de ébano un sordo repique, más solemnemente enfático que los percibidos por los que se abandonan á indolente alegría en las otras habitaciones.

Pero estas otras habitaciones estaban llenas por una inmensa multitud. Y en ellas latía más febrilmente el corazón de la vida. Y la orgía prosiguió en su remolino, hasta que por fin comenzó el anuncio de la media noche en el reloj y entonces la música calló, como he dicho, y las evoluciones de los valsadores se interrumpieron; y hubo una penosa cesación de todo — lo mismo que antes.

Pero ahora el reloj tenía que golpear doce veces con

su campana; y así sucedió, quizá, que muchos pensamientos se deslizaron con más tiempo, hasta en las meditaciones de los recelosos que había en aquella bacanal. Y así, además, sucedió, quizá, que cuando el último eco de la última campanada se hundió completamente en el silencio, hubo muchos de los asistentes que pudieron apercibirse de la presencia de un enmascarado, que hasta entonces no había llamado la atención de nadie. Y habiéndose derramado en voz baja el rumor de aquella nueva presencia, surgió por último de todos los convidados, un susurro ó murmullo de desaprobación y sorpresa — que se cambió por fin en expresión de terror, de horror y de disgusto.

En una asamblea de fantasmas como la que he pintado, se puede suponer que ninguna apariencia vulgar hubiera causado tal sensación.

Á la verdad, la licencia de trajes en los máscaras era casi ilimitada; pero la figura en cuestión había ultrapasado á Herodes é ido hasta más allá de los límites del problemático *decorum* del príncipe. Hay cuerdas en los corazones de los más enviciados, que no pueden ser tocadas sin emoción. Hasta para los más completos perdidos, para quienes la vida y la muerte son motivo de burlas, hay asuntos sobre los que no puede dirigírseles una sola chanza. Toda la concurrencia parecía comprender profundamente que en el traje y aspecto del extranjero, no había ni gracia ni decencia. La figura era alta y flaca y estaba cubierta desde la cabeza á los pies por los atavíos del sepulcro. La máscara que ocultaba el rostro copiaba tan bien el exterior de un cuerpo rígido, que el examen más atento hubiera tenido dificultad en descubrir la impostura. Y todavía se hubiera

sufrido esto, si no aprobado, por aquellos disolutos. Pero el desconocido había llevado su imprudencia hasta representar á la *Muerte Roja*. Sus vestiduras estaban salpicadas de *sangre*, y su ancha frente, así como los rasgos de la cara, estaban rociados con el horrible color escarlata.

Cuando los ojos del príncipe Próspero cayeron sobre la espectral imagen (que, con pausado y solemne movimiento, como para sostener mejor su *rol*, se pavoneaba aquí y allá entre los valsadores) se le vió convulso; en el primer instante con un largo estremecimiento de terror ó disgusto; pero en el siguiente, su frente se enrojeció de rabia.

— ¿Quién se atreve? preguntó roncamente á los cortesanos que estaban á su lado —¿quién se atreve á insultarnos con esta burla blasfema? Prendedle y quitadle el antifaz; ¡que sepamos á quién tenemos que colgar mañana de las almenas!

Cuando el príncipe Próspero pronunció estas palabras, estaba en el cuarto occidental ó azul. Resonaron á través de las siete habitaciones, alta y claramente, porque el príncipe era un hombre intrépido y robusto, y la música había callado á una señal de su mano.

Era en el cuarto azul dónde estaba el príncipe con un grupo de pálidos cortesanos á su lado. Al principio, cuando habló, hubo en el grupo un pequeño movimiento en dirección al intruso, que se hallaba cerca en ese instante, pero que, entonces, con paso lento é imponente se aproximaba cada vez más al príncipe. Pero á causa de un cierto temor sin nombre que el fantástico aspecto del desconocido había inspirado á la concurrencia, no hubo uno solo que adelantara la mano para

detenerle; de manera que pasó libremente á una vara de la persona del príncipe; y, mientras la numerosa reunión, como por un solo impulso, retrocedía del centro de los cuartos hacia las paredes, él prosiguió su camino sin que nadie le interrumpiera — con el mismo paso solemne y mesurado que lo había distinguido desde el principio. Del cuarto azul pasó al púrpura; del púrpura al verde; del verde al amarillo; de éste al blanco, y de allí al violeta, antes que se hubiera hecho un movimiento decidido para apresarlo. Fué entonces, sin embargo, que el príncipe Próspero, enloquecido por la rabia y la vergüenza de su propia aunque momentánea cobardía, se arrojó corriendo á través de los seis cuartos, sin que ninguno lo siguiera, á causa del mortal terror que de todos se había apoderado.

Empuñando una brillante daga, se había aproximado impetuosamente al fugitivo personaje, cuando éste, habiendo alcanzado la extremidad del cuarto de terciopelo, se volvió de repente y miró á su perseguidor. Se oyó un agudo grito — y la daga cayó relampagueando sobre la negra alfombra, en la cual, instantáneamente después se desplomó el cadáver del príncipe Próspero. Entonces, animados los cortesanos por el salvaje valor de la desesperación, entraron en el salón negro, y asiendo al enmascarado, cuyo alto cuerpo se mantenía recto é inmóvil en la sombra del reloj de ébano, quedaron presa de inexplicable horror, al encontrar que bajo la mortaja y *máscara de la muerte*, á que habían echado mano con tan violenta rudeza, no habitaba ninguna forma tangible.

Y entonces se conoció la presencia de la *Muerte Roja*. Había entrado como un ladrón de noche. Y uno

por uno fueron desplomándose los convidados en los cuartos rociados de sangre, y cada uno murió en la postura desesperada de su caída. Y la vida del reloj de ébano, acabó también con la de la última víctima. Y las llamas de los trípodes expiraron. Y la Oscuridad y la Ruina, y la *Muerte Roja* ejercieron su ilimitado imperio sobre todo.

---

# BERENICE

> Dicebant mihi sodales, si sepulchrum amicæ visitarem, curas meas, aliquantulum fore levatas.
>
> (Ebn Zaiat.)

La miseria es múltiple. La desgracia afecta diversas formas. Extendiéndose por el vasto horizonte como el arco iris, sus colores son tan variados, tan distintos y hasta tan íntimanente mezclados, como los que presenta ese fenómeno. ¡ Extendiéndose por el vasto horizonte como el arco iris ! ¿ Cómo es que de la belleza he derivado un tipo de lo desagradable? ¿ del anuncio de paz, un símil de dolor? Pero así como en ética el mal es una consecuencia del bien, en la realidad, es del placer que ha nacido el dolor. Ó la memoria de la dicha pasada es la pena de hoy, ó las agonías presentes tienen su origen en los éxtasis que *pueden haber* existido.

Mi nombre de bautismo es Egœus ; el de mi familia no lo diré. No hay en la tierra mansión más antigua que

mi sombrío, gris y hereditario castillo. Nuestra raza ha sido llamada raza de visionarios; y en algunas circunstancias extrañas, en el carácter de la casa señorial, en los frescos del salón principal, en las tapicerías de los dormitorios, en el cincel de algunas columnas de la sala de armas, en la forma de la biblioteca, y, en fin, en la naturaleza verdaderamente singular de los libros encerrados en ella, hay más que suficiente materia para disculpar esa creencia.

Los recuerdos de mis primeros años datan de ese cuarto y de esos volúmenes. Ahí murió mi madre. Ahí nací yo. Pero sería simplemente una tontera el decir que yo no había vivido antes, que el alma no tiene existencia anterior. ¿Lo negáis? no discutamos sobre este asunto. Convencido yo, no busco convencer á los demás. Existe, sin embargo, un recuerdo de aéreas formas, de ojos espirituales y expresivos, de sonidos musicales, aunque tristes; un recuerdo que no quiere abandonarme, una memoria como de una sombra, vaga, variable, indefinida, irregular; sombra de la que no podré verme libre, mientras brille el sol de mi razón.

En ese cuarto nací. Despertándome así de la larga noche de lo que parecía, pero no era, la no existencia, en medio mismo del país de las hadas, en un palacio imaginario, en el extravagante dominio del pensamiento y la erudición monásticas, no es singular que dirigiera á mi alrededor miradas estremecidas y ardientes, que malgastara mi infancia en libros y disipara mi juventud en fantasías; pero es singular que, habiendo corrido los años, la virilidad me encontrara todavía en la mansión de mis padres; es sorprendente

que esta estagnación cayera sobre la primavera de mi vida, sorprendente la inversión total que se hizo sitio en el carácter de mis ideas más comunes. Las realidades del mundo me afectaban como visiones, y como visiones solamente, mientras que los locos pensamientos de la tierra de los sueños se convertían, á su turno, no en el alimento de mi vida diaria, sino en mi vida misma.

. . . . . .

. . . . . .

Berenice y yo éramos primos, y ambos crecimos en mi casa paterna. Sin embargo, crecimos diferentemente : yo, débil de salud y sumergido en mi tristeza, ella, ágil, graciosa, desbordando energía ; para ella, los paseos en la colonia; para mí, los estudios del claustro; vivía en mi propio corazón, y dedicado en cuerpo y alma á la meditación más penosa ; ella, errando descuidada á través de la vida, sin pensar en las sombras de su camino ó el silencioso vuelo del alado cuervo de las horas. ¡Berenice! ¡Invoco su nombre! ¡Berenice! y entre las ruinas de mi memoria se agitan á ese llamado mil tumultuosos recuerdos! ¡Ah! ¡ Su imagen está ahora delante de mí, como en los primeros días de su sincero gozo! ¡ Oh esplendente, aunque fantástica belleza! ¡ Oh sílfide de las florestas del Arnheim! ¡Oh náyade de sus fuentes! Y después, después, todo es misterio y terror; una historia que no debía ser narrada. Una enfermedad, una fatal enfermedad cayó como el simoún sobre su cuerpo ; y hasta mientras yo la miraba, el espíritu del cambio se deslizaba en ella, apoderándose de su ánimo, sus trajes y su carácter, y de la manera más sutil y terrible, perturbando hasta

su identidad personal. ¡Ay! el destructor iba y venía; y la víctima, ¿dónde está? ¡No la conozco, ó no la conozco ya como Berenice!

Entre el numeroso cortejo de enfermedades que siguieron á la que efectuó tan horrible revolución en el ser moral y físico de mi prima, debe ser mencionada, como la más aflictiva y obstinada en su naturaleza, una especie de epilepsia, que terminaba frecuentemente en *catalepsia*, catalepsia que se parecía muchísimo á la muerte positiva, y de la que volvía, en el mayor número de casos, con un brusco estremecimiento. Mientras tanto, mi propio mal, pues se me ha dicho que no debía llamarlo con otro nombre, mi propio mal crecía rápidamente, hasta asumir, por último, un carácter monomaníaco de una nueva y extraordinaria forma, ganando vigor de hora en hora y de momento en momento, y obteniendo, por fin, sobre mí, el más incomprensible ascendiente. Esta monomanía, si debo llamarla así, consistía en una mórbida irritabilidad de esas cualidades del alma, conocidas en la ciencia de la metafísica por cualidades *de atención*. Es más que probable que no sea entendido; pues temo, á la verdad, que no me sea posible trasmitir á la generalidad de los lectores una idea adecuada de esa nerviosa *intensidad de interés*, con que en mi caso las potencias meditativas, para no emplear tecnicismos, se hundían en la contemplación de los objetos más comunes del universo.

Cavilar infatigablemente horas enteras, con la atención fija sobre alguna frívola observación encontrada en el margen ó en la tipografía de un libro; quedar absorto, durante la mayor parte de un día de verano, contemplando una fantástica sombra que caía oblicua-

mente sobre la tapicería ó el pavimento; olvidarme á mí mismo toda una noche, velando la monótona llama de una lámpara ó las chispas del carbón encendido; soñar varios días con el perfume de una flor; repetir, estúpidamente, alguna palabra vulgar, hasta que el sonido, por la frecuente repetición, cesara de representar una idea cualquiera; perder toda conciencia de movimiento ó vida física, por medio de un largo reposo, obstinadamente prolongado; tales eran algunas de las más comunes y menos perniciosas fantasías producidas por una condición de las facultades mentales, que aunque no sin ejemplo, desafía ciertamente el análisis ó la explicación.

Trataré de hacerme comprender, sin embargo. La irregular, intensa y mórbida atención así excitada por objetos frívolos por naturaleza, no debe ser confundida con esa propensión á meditar, común á toda la humanidad y á la cual se abandonan más especialmente las personas de ardiente imaginación. No era ni siquiera, como se podía haber supuesto al principio, una condición extrema ó exagerada de esa propensión; era, sobre todo, esencialmente distinta de ella. En general, el soñador ó entusiasta, estando interesado por un objeto usualmente *no* frívolo, lo pierde de vista de una manera imperceptible, merced á una multitud de deducciones y sugestiones que proceden del objeto mismo, hasta que al fin, á la conclusión de esa quimera, *á menudo llena de lujuria*, encuentra el *incitamentum*, ó causa primera de sus cavilaciones, enteramente desvanecido y olvidado. En mi caso, el objeto primitivo era *invariablemente frívolo*, aunque asumía, por medio de mi perturbada visión, una im-

portancia imaginaria. Pocas deducciones ó ninguna eran hechas; y esas pocas volvían pertinazmente hacia el punto de partida, como á un centro. Las meditaciones no eran agradables *jamás;* y á la terminación de la causa primera, lejos de haber sido perdida de vista, había alcanzado ese interés sobrenaturalmente exagerado, que era la fisonomía predominante de la enfermedad. En una palabra, la potencia intelectual más ejercitada en mí, como he dicho antes, era la de la *atención*, mientras que en el soñador, es la *especulativa*.

Mis libros en esa época, si no servían para irritar el desorden, participaban, como se verá, por su naturaleza imaginativa é ilógica, de las cualidades características del desorden mismo.

Recuerdo muy bien, entre otros, el tratado del noble italiano Cœlius Secundus Curio, *De Amplitudine Beati Regni Dei*, la gran obra de San Agustín, *La Ciudad de Dios*, y la de Tertuliano, *De Carne Christi*, en la que se encierra la sentencia paradójica: *Mortuus est Dei filius; credibile est quia ineptum est; et sepultus resurrexit; certum est quia impossibile est*, que ocupó todo mi tiempo durante muchas semanas de laboriosas é inútiles investigaciones.

De esta manera, parecerá que, agitada en su balanza sólo por cosas triviales, mi razón tenía similitud con ese peñasco de que habla Ptolomeo Hephestion, que resistía á los ataques de la violencia humana y á la ciega furia de las aguas y de los vientos, pero temblaba al tacto de la flor llamada Asphodel.

Y aunque, para un pensador negligente, pueda parecer un asunto fuera de duda, que la alteración producida en la condición *moral* de Berenice por su des-

graciada enfermedad, me procurara muchos motivos para ejercitar esa intensa y anormal meditación que he tenido tanta pena en explicar, no era eso, sin embargo, lo que me acontecía. En los intervalos lúcidos de mi mal, su enfermedad, es cierto, me causaba dolor, y lamentando profundamente aquella desaparición total de su hermosura, y de su vida, no dejaba de reflexionar, de una manera frecuente y siempre amarga, sobre los maravillosos medios de que se había valido para presentarse una resolución tan extraña. Pero estas reflexiones no participaban de la idiosincracia de mi mal, y eran tales como podían haber ocurrido á la masa ordinaria de los hombres. Lógico con su propio carácter, mi desorden se alimentaba con los menos importantes, pero más sorprendentes cambios operados en el *físico* de Berenice, con la singular y espantosa desaparición de su identidad personal.

Durante los más brillantes días de su incomparable belleza, es seguro que yo no la había amado todavía. Á causa de la extraña anomalía de mi existencia, las simpatías *no han tenido nunca* origen en mi corazón, y mis pasiones han procedido *siempre* del espíritu.

Á través de las nieblas de la madrugada, entre las cruzadas sombras de la selva, al medio día y en el silencio de mi biblioteca, á la noche, ella había flotado ante mis ojos y yo la había visto, no como la viviente y tangible Berenice, sino como la Berenice de un sueño; no como un ser de la tierra, corpóreo, sino como la abstracción de ese ser; no como una cosa para admirar, sino para analizar; no como un objeto de amor, sino como un tema de la más oscura é irregular

especulación. Y *ahora* — ahora me estremecía en su presencia y me ponía pálido al sentir que se aproximaba; sin embargo, lamentando amargamente su desconsoladora enfermedad, me acordé que ella me había amado mucho tiempo, y, en un mal instante, le hablé de mi matrimonio.

Y al último, el período de nuestras bodas se iba aproximando, cuando, en una tarde de invierno del año — uno de esos días intempestivamente calurosos, tranquilos y nublados, que son las nodrizas de la bella Alcion (1) — me senté (y me senté, como pienso, solo) en uno de los salones interiores de la biblioteca. Y levantando los ojos, ví que Berenice estaba delante de mí.

¿Fué mi propia imaginación excitada, ó la influencia de la niebla, ó el incierto crepúsculo del cuarto, ó las sombrías vestiduras que caían á lo largo de su cuerpo — lo que le prestó un contorno tan vacilante y tan indistinto?

No podría decirlo. Berenice no habló una palabra; y yo por nada del mundo hubiera despegado mis labios. Un helado estremecimiento recorrió mi cuerpo; me oprimió una sensación de insuperable ansiedad, y una curiosidad consumidora se apoderó de mi alma; y echándome hacia atrás en la silla, permanecí algunos instantes sin aliento ni movimiento, con mis ojos fijos en su persona. ¡Ay! su extenuación era excesiva, y ni un vestigio del ser primitivo quedaba en una sola

(1) Porque como Júpiter, durante la estación de invierno, da dos veces siete días de calor, los hombres han llamado á ese clemente y atemperado tiempo, las nodrizas de la bella Alcion. (*Simónides.*)

línea de sus contornos. Mis ardientes miradas cayeron por fin sobre su rostro.

La frente era alta, y muy pálida y singularmente plácida; y el cabello, en otro tiempo de azabache, que caía parcialmente sobre ella, sombreando las escavadas sienes con innumerables rizos, era entonces de un rubio vivaz, que reñía discordantemente, en su fantástico carácter, con la melancolía dominante del aspecto. Los ojos no tenían vida ni brillo, y hasta parecían sin pupila. Desvié involuntariamente la vista de sus miradas vidriosas para pasar á la contemplación de sus delgados y encogidos labios. Los abrió, y en medio de una sonrisa de peculiar expresión, *los dientes* de la cambiada Berenice se presentaron lentamente á mis ojos. ¡Pluguiera á Dios que no los hubiera visto, ó que habiéndolos visto, hubiera muerto!

. . . . . .

El ruido de una puerta que se cerraba interrumpió mi meditación, y levantando los ojos, vi que mi prima había abandonado el cuarto. Pero no había partido del desordenado cuarto de mi cerebro, y no quería salir de él la pálida *imagen* de los *dientes*. Ni una mancha en su superficie — ni una sombra en su esmalte — ni una endentadura en sus aristas — que el breve período de su sonrisa no hubiera bastado para grabar en mi memoria. Los veía *entonces* hasta más claramente que cuando los contemplé en *realidad*. ¡Los dientes! ¡los dientes! — estaban aquí y allí y por todas partes, y visible y palpablemente delante de mí; largos, delgados y excesivamente blancos, con los pálidos labios torciéndose por arriba de ellos como en el momento de su primera y terrible exhibición. Entonces hizo presa en mí

la plena furia de mi *monomanía*, y luché en vano contra su extraña é irresistible influencia. En los multiplicados objetos del mundo externo, no tenía pensamientos sino para los dientes. Los deseaba frenéticamente. Todos los otros asuntos y todos los otros intereses llegaban á absorberse en su única contemplación. Ellos, ellos solos estaban presentes á los ojos del espíritu, y ellos, en su individualidad solitaria, se convertían en la esencia de mi vida intelectual. Los sometía á todas las luces. Los volvía en todos sentidos. Examinaba sus caracteres. Detenía mi atención sobre sus peculiaridades. Reflexionaba respecto á su forma. Cavilaba sobre la alteración de su naturaleza. Me estremecía cuando les prestaba, en mi imaginación, un poder sensitivo y sensiente, y hasta sin la ayuda de los libros, una capacidad de expresión moral. De Mademoiselle Salle se ha dicho muy bien : *que todos sus pasos eran sentimientos*, y de Berenice, yo creía lo más seriamente *que todos sus dientes eran ideas. ¡Ideas!* ¡ah! aquí está el pensamiento de idiota que me ha perdido! *¡Ideas!* — ¡ah! por eso es que yo los codiciaba tan locamente! Sentía que sólo su posesión podía devolverme á la paz, y restituirme á la razón.

Y la noche me tomó de esa manera — y llegó la oscuridad, se detuvo y se fué — y volvió á amanecer — y las nieblas de una segunda noche se condensaban alrededor — y todavía estaba sentado en aquel solitario cuarto — y todavía estaba sentado, sumergido en mi meditación, y todavía el *fantasma* de los dientes mantenía su terrible influencia, hasta el punto de que con la más vívida y horrorosa distinción, flotaba aquí y allá entre las vacilantes luces y sombras de la pieza.

Por último, mi sueños fueron interrumpidos por un grito como de horror y desmayo; y en seguida, después de una pausa, resonaron voces turbadas, á las que se mezclaban sordos gemidos de angustia y de dolor. Me levanté de mi asiento, y empujando una de las puertas de la biblioteca, vi de pie en la antecámara á una sirvienta, que bañada en lágrimas, me dijo que Berenice ya no existía. Había sido atacada de la epilepsia por la mañana temprano, y entonces, al cerrar la noche, la sepultura estaba pronta para el huésped y todos los preparativos del entierro estaban concluídos.

. . . . . .

. . . . . .

Me encontré sentado en la biblioteca, y de nuevo sentado solo. Parecía que hubiese despertado recientemente de algún confuso y excitante sueño. Conocí que era entonces media noche, y estaba bien seguro que, después de entrado el sol, había sido enterrada Berenice. Pero de lo que había pasado en ese lúgubre período, no tenía un recuerdo bien positivo, un conocimiento definido. Sin embargo, su memoria estaba repleta de horror — horror más horrible porque era vago, y terror más terrible por su ambigüedad. Era una página siniestra en los anales de mi existencia, escrita toda con recuerdos oscuros, horrorosos é ininteligibles. Me esforzaba por descifrarlos, pero en vano; muy á menudo, y como si fuera el alma de un sonido extinguido, me zumbaba en los oídos un grito agudo y penetrante, una voz de mujer. Yo había hecho una cosa; ¿qué era? Me hacía la pregunta en alta voz, y el eco me contestaba como cuchicheando: *¿Qué era?*

En una mesa cerca de mí, ardía una lámpara y podía verse una pequeña caja. No era de un carácter notable ni extraño; y yo la había visto muchas veces, porque pertenecía al médico de la familia; pero, ¿cómo estaba allí, sobre mi mesa, y por qué me estremecí al mirarla? Estas cosas no eran como para preocuparse, y mis ojos, al último, quedaron fijos en las páginas de un libro, sobre una sentencia subrayada. Eran las singulares, aunque simples palabras del poeta Ebn Zaiat: *Dicebant mihi sodales si sepulchrum amicæ visitarem, curas meas aliquantulum fore levatas.* ¿Por qué, entonces, al leerlas, los cabellos se me erizaron y la sangre se heló en mis venas?

Golpearon ligeramente á la puerta de la biblioteca, y pálido como un huésped de la tumba, un criado entró en puntillas. Sus miradas revelaban extravío y terror, y me habló con una voz trémula, ronca y muy baja. ¿Qué dijo? Oí algunas frases cortadas. Habló de un extraño grito que había interrumpido el silencio de la noche, de la reunión inmediata de los vecinos, de un registro hecho en la dirección del grito; y su voz se hizo aguda y distinta cuando me murmuró de un sepulcro violado, de un cuerpo desfigurado, todavía respirante, palpitando todavía, *¡todavía viva!*

Señaló mis vestidos; estaban manchados con sangre coagulada. Yo no hablaba, y él me tomó suavemente la mano; en ella había impresiones de uñas humanas. Llamó mi atención hacia un objeto que estaba apoyado en la pared; era una azada. Arrojando un grito salté sobre la mesa, y así la caja de que he hablado. Pero no pude abrirla; y en mi temblor, se deslizó de mis manos y cayó pesadamente, y se hizo trizas; y entonces se

escaparon de ella, rodando con un ruido metálico, algunos instrumentos de cirujía dentaria, mezclados con treinta y dos cositas pequeñas, blancas, al parecer de marfil, las cuales se derramaron acá y allá sobre el pavimento.....

---

# LIGEIA

> Y la voluntad que allí se encuentra no muere. ¿Quién conoce los misterios de la voluntad con su vigor? Porque Dios no es más que una gran voluntad que penetra todas las cosas, por la naturaleza de su intensidad. El hombre no cede á los ángeles, ni á la muerte, salvo únicamente por la debilidad de su volición.
>
> (JOSEPH GLANVILL.)

No puedo recordar cómo, cuándo ó siquiera dónde precisamente, hice el conocimiento de lady Ligeia. Largos años han corrido desde entonces, y mi memoria está débil por los sufrimientos. Quizá no puedo *ahora* traer esos puntos á la mente, porque, á la verdad, el carácter de mi amada, su rara instrucción, su singular aunque plácida belleza, y la penetrante y arrebatadora elocuencia de su leve y musical lenguaje, fueron ganando terreno en mi corazón por senderos tan firmes y secretamente progresivos, que no los he notado jamás. Sin embargo, creo que la encontré por primera vez, y lo más frecuentemente, en alguna grande, vieja y arruinada ciudad cerca del Rin. De

su familia la he oído hablar á ella misma, indudablemente. Que es de origen remotísimo, no se puede dudar. ¡ Ligeia ! ¡ Ligeia. Sepultado entre estudios adaptados, más que á ninguna otra cosa, á las muertas impresiones del mundo exterior, es por esa suave palabra sola, por Ligeia, que evoco ante mis ojos la imagen de la que ya no existe. Y ahora, mientras escribo, un recuerdo se derrama sobre mi alma, el recuerdo de que *nunca conocí* el nombre paterno de la que fué mi amiga y mi amada, y que llegó á ser la compañera de mis estudios, y finalmente, la esposa de mi corazón. ¿ Fué un capricho de mi Ligeia ? ¿ Ó fué una prueba de mi fuerza de afección, eso de no hacer preguntas sobre tal punto ? ¿ Ó fué más bien un capricho de mí mismo, una ofrenda extrañamente romántica, en la urna del más apasionado cariño ? Sólo indistintamente puedo recordar el hecho en sí ; ¿ por qué habrá, pues, sorpresa, cuando digo que he olvidado completamente las circunstancias que lo originaron ó acompañaron ? Y, á la verdad, si alguna vez ese espíritu llamado *Romance ;* si alguna vez la pálida *Astapho*, de alas de niebla, que veneraba el idólatra Egipto, presidió como dicen, á los matrimonios de mal augurio, seguramente que presidió el mío.

Existe un tema querido, sin embargo, sobre el que mi memoria no falta. Es la *persona* de Ligeia. Era alta de estatura, algo delgada, y en sus últimos días, hasta enflaquecida. Trataría en vano de retratar la majestad, la suave tranquilidad de su aspecto, ó la incomprensible levedad y elasticidad de su paso. Iba y venía como una sombra. Nunca supe cuándo entraba á mi gabinete de estudio, á pesar de hallarse la puerta cerrada, sino

por la adorada música de su voz tenue y suave, al poner sus manos marmóreas sobre mi hombro. En belleza de rostro, ninguna virgen la igualaba. Era el esplendor de un sueño de opio, una aérea y vaporosa visión más caprichosamente divina que las fantasías que se cernían sobre las soñadoras almas de las hijas de Delos. Sin embargo, sus facciones no eran de ese molde regular que hemos sido falsamente enseñados á adorar en las obras clásicas del gentilismo. « No hay belleza exquisita, dice lord Verulam, sin alguna *singularidad* en la proporción. » No obstante, aunque veía que las facciones de Ligeia no eran de una regularidad clásica, aunque percibía que su hermosura era verdaderamente « exquisita » y que la penetraba mucho de la « singularidad » de que he hecho mención, he tratado en vano de descubrir la irregularidad, y de darme cuenta de mi propia percepción de lo « singular ». Examinaba el contorno de la elevada y pálida frente; era perfecto — ¡ cuán fría es esa palabra para aplicarla á una tan divina majestad ! — el cutis rivalizando con el más puro marfil, la dominadora extensión y reposo, la gentil prominencia de las regiones superiores de las sienes; y después, sus trenzas, negras como el ala del cuervo, brillantes, lujuriosas y naturalmente rizadas, ponían de relieve la completa fuerza de la frase homérica : « ¡ cabellera de jacinto ! » Miraba el delicado contorno de la nariz, y no me acordaba de haber visto una perfección semejante, sino en los graciosos medallones hebráicos.

Tenía la misma suavidad de superficie, la misma apenas perceptible tendencia á lo aguileño, las mismas fositas armoniosamente curvadas, signos de un espíritu

libre. Miraba su dulce boca. Allí residía realmente el triunfo de todas las cosas del cielo : el espléndido vuelo del pequeño labio superior ; el suave y voluptuoso sueño del inferior ; los oyuelos que jugueteaban, y el color que hablaba ; los dientes, reflejando con un brillo casi sorprendente los rayos de la santa luz que caía sobre ellos, al descubrirse, para que la boca derramara la serena y plácida, la más triunfalmente radiosa de todas las sonrisas. Examinaba la forma de su barba, y encontraba en ella la dulzura, la suavidad y la majestad, la plenitud y la espiritualidad de los griegos, el contorno que Apolo no reveló sino en un sueño, á Cleomenes, el hijo del ateniense. Y después hundía mis ardientes miradas en los ojos de Ligeia.

Para aquellos ojos no encontraba modelos en lo remotamente antiguo. Podía haber sido ahí, en los ojos de mi amada, que residía el secreto á que alude lord Verulam. Eran, debo creer, más grandes que los ojos generales á nuestra propia raza. Eran hasta más grandes que los más grandes ojos de las gacelas del valle de Nourjaba. Sin embargo, era únicamente á intervalos, en momentos de intensa excitación, que esta peculiaridad se volvía bien notable en Ligeia. Y en tales momentos era su belleza — quizá lo parecía sólo á mi exaltada imaginación — la belleza de los seres que están arriba ó aparte de la tierra, la belleza de la fabulosa hurí del Turco.

El color de las pupilas era el negro más brillante, y sobre ellas, velándolas, colgaban largas pestañas color azabache. Las cejas, débilmente irregulares en contornos, tenían el mismo tinte. La « singularidad », sin embargo, que yo encontraba en los ojos, era de una

naturaleza distinta de la formación, ó del color, ó del brillo de las facciones, y debe ser referida á la *expresión*. ¡ Ah ! ¡ Palabra sin significado, detrás de cuya vasta latitud de simple sonido refugiamos nuestra ignorancia respecto á lo espiritual. ¡ La expresión de los ojos de Ligeia ! ¡ Cuán largas horas he meditado sobre ella ! ¡ Cuánto he luchado, á veces durante toda una noche de verano, por sondearla ! ¿ Qué era ese algo más profundo que el pozo de Demócrito, qué era lo que había allá en el fondo de las pupilas de mi amada ? ¿ *Qué era?* Tenía una verdadera pasión por descubrirlo. Aquellos ojos, aquellos grandes, aquellos resplandecientes, aquellos divinos astros, llegaron á ser para mí las estrellas gemelas de Leda, y yo para ellas el más dedicado de los astrólogos.

No hay un punto, entre las más numerosas anomalías incomprensibles de la ciencia del alma, más conmovedoramente excitante que el hecho — nunca, creo, notado en las escuelas — de que en nuestras tentativas para evocar algo, hace mucho tiempo olvidado, á menudo nos encontramos *sobre el verdadero límite del recuerdo*, sin poder, al fin, recordar del todo. ¡Cuán frecuentemente, en mis intensos exámenes de los ojos de Ligeia, me he sentido próximo al completo conocimiento de su expresión, he sentido que ya lo alcanzaba, y sin embargo, no lo he llegado ó poseer, y lo he visto, por fin, apartarse enteramente de mí! Y (extraño ¡oh ! el más extraño de los misterios) encontraba en los más comunes objetos del universo un círculo de analogías para aquella expresión. Quiero decir, que subsecuentemente al período en que la belleza de Ligeia pasó á mi espíritu, permaneciendo en él como en una urna,

derivaba yo, de muchas existencias del mundo material, un sentimiento idéntico al que me producía la contemplación de sus grandes y luminosos ojos. Sin embargo, no podía absolutamente definir ese sentimiento, ó analizarlo, ni siquiera considerarlo con alguna firmeza. La reconocía, dejadme repetirlo, algunas veces, en el examen de una niña que crecía rápidamente; en la contemplación de un gusano, una mariposa, una crisálida, una corriente de agua impetuosa. La he sentido en el océano, en la caída de un meteoro. La he sentido en las miradas de la gente extraordinariamente anciana. Y hay una ó dos estrellas en el cielo (una sobre todo, una estrella de sexta magnitud, mudable y cambiante, que se puede encontrar cerca de la gran estrella en la constelación de la Lira), que al mirarlas con un telescopio me han producido ese mismo sentimiento. Me he llenado de él, con ciertos sonidos de templados instrumentos, y no poco frecuentemente con pasajes de algunos libros. Entre otros ejemplos innumerables, recuerdo bien algo de un volumen de Joseph Glanvill, que (quizá es simplemente por su originalidad ¿ quién puede decirlo?) nunca dejó de inspirarme el mismo sentimiento : « Y la voluntad que allí se encuentra no muere. ¿Quién conoce los misterios de la voluntad con su vigor? Porque Dios no es más que una gran voluntad, que penetra todas las cosas por la naturaleza de su intensidad. El hombre no cede á los ángeles y á la muerte, salvo únicamente por la debilidad de su volición. »

Muchos años y subsecuentes reflexiones me han permitido trazar, á la verdad, cierta remota conexión entre el pasaje del moralista inglés y una parte del

carácter de Ligeia. Una *intensidad* de pensamiento, acción ó palabra, era posiblemente en ella un resultado, ó al menos un indicio, de esa gigantesca voluntad que, durante nuestra larga relación, dejó de dar otro y más inmediato testimonio de su existencia. De todas las mujeres que he conocido jamás, ella, la exteriormente tranquila, la siempre plácida Ligeia, era también la que más violentamente se veía presa de los tumultuosos buitres de la pasión. Y de aquella pasión no podía yo formar estima, excepto por la milagrosa dilatación de sus ojos, que de pronto me deleitaban y me espantaban, por la casi mágica melodía, modulación, claridad y placidez de su tenue voz, y por la feroz energía, á la que hacía doblemente efectiva el contraste con su manera de pronunciar las extrañas palabras que habitualmente articulaba.

He hablado de la instrucción de Ligeia; era inmensa, tal como no la he conocido en mujer alguna. Era profundamente versada en las lenguas clásicas, y mis propios conocimientos en los dialectos europeos modernos nunca se encontraron por arriba de su saber. En realidad, ¿hay algún tema de los más admirados, porque son simplemente los más oscuros de la jactada erudición de la Academia, en la que encontrara *jamás* á Ligeia en falta? ¡Cuán singular, cuán conmovedoramente, este solo punto en la naturaleza de mi esposa, ha forzado mi atención, en los últimos tiempos sobre todo! Digo que sus conocimientos eran tales, como nunca los he conocido en mujer alguna; ¿pero dónde está el hombre que ha atravesado, con éxito, *todas* las anchas áreas de la ciencia moral, física y matemática? No ví entonces lo que ahora percibo claramente: que el saber de Ligeia

era gigantesco, sorprendente; sin embargo, conocía bien su infinita supremacía para resignarme, con una confianza de niño, á su guía, á través del caótico mundo de la investigación metafísica, en la cual estaba constantemente ocupado en los primeros años de nuestro matrimonio. ¡Con qué triunfo, con qué vívida delicia, con cuánto de todo lo que es etéreo en esperanza, *sentía* cuando desplegaba delante de mí, en estudios poco buscados pero menos conocidos, esa deliciosa vista que se ensanchaba por lentos grados, y bajo cuyo largo, espléndido y virgen sendero, podía, al último, llegar progresivamente á la meta de una sabiduría demasiado divina y preciosa para no estarme prohibida!

¡Cuán punzante, pues, debe haber sido la pena con que, después de algunos años, contemplé mis bien fundadas esperanzas, echar alas y volar de repente! Sin Ligeia, yo no era más que un niño tanteando en la oscuridad. Su presencia, sólo sus lecturas, hacían vívidamente luminosos los grandes misterios del trascendentalismo en que me hallaba sumergido. Faltando el radiante esplendor de sus ojos, las letras, ligeras y doradas, se hacían más oscuras que el metal saturniano. ¡Ah! y aquellos ojos brillaban menos y menos frecuentemente sobre las páginas de mis libros. Ligeia se enfermaba. Los extraños ojos ardían con un muy glorioso fulgor; y los pálidos dedos se ponían del transparente color de la cera, de los cadáveres, y las azules venas de la elevada frente se hinchaban y deprimían con la marca de la más suave emoción. Vi que debía morir, y luché desesperadamente en espíritu con el horrible Azrael. Y las luchas de mi enamorada esposa

eran, con gran sorpresa de mi parte, más enérgicas aún que las mías propias. Había habido mucho en su severa naturaleza para imprimirme la creencia de que, para ella, la muerte debía llegarle sin el acompañamiento de sus terrores; pero no fué así.

Las palabras son impotentes para participar una justa idea de la ferocidad de resistencia con que luchaba con la sombra. Yo gemía angustiosamente ante el horroroso espectáculo. Yo habría calmado, habría razonado pero en la intensidad de su salvaje deseo por la vida, por la vida, por *nada más* que por la vida, consuelo y razón hubiera sido la mayor de las locuras.

No obstante, ni aun en el último momento, ni aun entre las más convulsivas contorsiones de su espíritu impetuoso, desapareció la externa placidez de su aspecto. Su voz se hacía más suave, más tenue, y yo evitaba el meditar sobre el significado extraño de sus palabras, tan tranquilamente pronunciadas. Mi cerebro se turbaba mientras oía, arrobado, una melodía más que mortal; suposiciones y aspiraciones que la humanidad no había conocido hasta entonces.

Que me amaba, no podía haber dudado; y habría debido presumir fácilmente que, en un corazón como el suyo, el amor no podía haber reinado como una ordinaria pasión. Pero al aproximarse su muerte, fué cuando comprendí por completo hasta dónde llegaba la fuerza de su cariño. Durante largas horas, con mis manos entre las suyas, derramaba delante de mí la rebosante riqueza de un pecho, cuya más que apasionada abnegación era una idolatría. ¿Cómo había yo merecido ser bendecido con aquellas confesiones? ¿Cómo había yo merecido ser maldecido con la partida

de mi amada, en el momento que las hacía? Pero sobre este tema no puedo detenerme. Dejadme decir únicamente que el más que femenil abandono de Ligeia, á un amor¡ ay! del todo inmerecido, dado completamente sin motivos, reconocí al último el principio de su ansia, de su salvaje deseo por una vida que le escapaba con tanta rapidez. Es esa ansia salvaje, es esa ardiente vehemencia de deseo por la vida, por *nada más* que por la vida, el que no puedo retratar, el que no encuentro palabras con que expresar.

Hacia la mitad de la noche en que me abandonó por fin, llamándome perentoriamente á su lado, me suplicó que le repitiera ciertos versos compuestos por ella misma no muchos días antes. La obedecí. Los versos eran éstos:

« ¡Mirad! Es una noche de gala, de los últimos años solitarios. Una multitud de ángeles, alados y envueltos en anchos velos, se sientan, ahogados por las lágrimas, en un teatro, para ver un drama de esperanzas y temores. Mientras, la orquesta suspira á intervalos la música de las esferas. »

* * *

« ¡Mimos, con la forma del Dios de las alturas, murmuran y cuchichean en voz baja, deslizándose de aquí á allá; simples muñecas que van y vienen, según la orden de vastos seres sin forma, que cambian el sitio

de la escena á su capricho, derramando con sus alas de cóndor la invisible Desgracia! »

* * *

« ¡ Drama extraño, que seguramente jamás será olvidado! ¡ Con su fantasma, perseguido eternamente por una muchedumbre que no lo alcanza nunca, en un círculo que siempre vuelve al mismo lugar! Y ¡ mucho de locura, y más de pecado y horror, son el alma de la intriga! »

* * *

« Pero ¡ mirad! ¡ entre la mímica compañía, penetra una forma que se arrastra! ¡ Es algo color de sangre, que se retuerce fuera de la soledad escénica! ¡ Oh, se retuerce! se retuerce con mortales angustias; los mimos le sirven de alimento, y los serafines sollozan al ver que el gusano bebe la sangre de los hombres. »

* * *

« ¡ Se apagan, se apagan las luces todas! Y sobre cada una de las temblorosas formas, el telón, como un paño funerario, cae, cae con la violencia de una tempestad. Y los ángeles, todos estremecidos y pálidos, levantándose, despojados de sus velos, afirman que el drama es la tragedia « Hombre », y su héroe, ¡ el conquistador Gusano! »

— ¡ Oh Dios! gritó Ligeia, enderezándose y extendiendo sus brazos hacia arriba con un movimiento espasmódico. ¡ Oh Dios! ¡ oh Divino Padre! ¿ deben estas cosas suceder implacablemente? ¿ ese conquistador no será alguna vez conquistado? ¿ No somos parte y partícula de ti? ¿ Quién, quién conoce los misterios de la voluntad con su vigor? « El hombre no cede á los ángeles *y á la muerte por completo*, salvo únicamente por la debilidad de su volición. »

Y entonces, como si estuviera agotada por la emoción, dejó caer sus blancos brazos, y reposó solemnemente sobre su lecho de muerte. Y cuando lanzó sus últimos suspiros, mezclado con ellos escapó un ligero murmullo de sus labios. Incliné cuanto pude mi oído, y distinguí de nuevo las finales palabras del pasaje de Glanvill: *El hombre no cede á los ángeles y á la muerte por completo, salvo únicamente por la debilidad de su volición.*

Después murió; y yo, hundido en el polvo por la pena, no pude soportar por más tiempo la solitaria desolación de mi permanencia en la sombría y arruinada ciudad cerca del Rin. No carecía de lo que el mundo llama fortuna. Ligeia me había llevado mucho más, muchísimo más de lo que ordinariamente toca en suerte á los mortales. Después de algunos meses de cansado é incierto vagar por todas partes, compré é hice reparar algo una abadía, que no nombraré, en una de las más salvajes y menos frecuentadas porciones de la hermosa Inglaterra. La lúgubre y horrorosa grandeza del edificio, el bravío aspecto del dominio, los recuerdos melancólicos y venerables que se unían á esas dos circunstancias, se avenían bien con los sentimientos de

completo abandono que me habían llevado á aquella apartada y antisocial región del país. Sin embargo, aunque la parte externa de la abadía con su hiedra de ruina que colgaba sobre ella, permitía poca reparación, me apliqué, con una perversidad de niño, y acaso con una ansiosa esperanza de aliviar mis penas, á desplegar dentro una magnificencia más que regia. Para aquellas extravagancias hasta en la niñez había tenido gran inclinación, y entonces me volvió con más fuerza, como un delirio de mi infelicidad. ¡ Ay! yo sentía cuánto hasta de incipiente locura podía haber sido descubierto en los ostentosos y fantásticos cortinajes, en las solemnes esculturas de Egipto, en las extrañas cornisas y adornos, en los dibujos de las alfombras de oro tejido, y que parecían hechos en Bedlam. Había llegado á ser un obligado esclavo del opio, y mis acciones y órdenes habían tomado un colorido de mis ensueños. Pero no debo detenerme á detallar estos absurdos. Dejadme hablar únicamente de ese solo cuarto, siempre maldecido, donde en un momento de alienación mental recibí del altar, como mi esposa, como la sucesora de la inolvidable Ligeia, á lady Rowena Trenanion, de Tremaine, la de hermosos cabellos y azulados ojos.

No hay un solo detalle individual de la arquitectura y decoración de aquella cámara nupcial, que no esté ahora presente delante de mí. ¿Dónde estaban las almas de la orgullosa familia de la novia, cuando, por pura sed de oro, permitieron pasar el umbral de una habitación así adornada, á una virgen y á una hermana tan querida? He dicho que recuerdo minuciosamente la particularidad de la cámara; sin embargo,

me he olvidado por completo de ciertos tópicos de profunda importancia; y aquí no hay sistema, no hay unión en el fantástico adorno, capaz de imprimirse sobre la memoria. La habitación, que se hallaba en una alta torrecilla de la almenada abadía, era pentagonal en forma, y de gran capacidad. Ocupando toda la faz sur del pantágono, había una sola ventana, un inmenso paño de cristal de Venecia, de un solo trozo, y teñido de color plomizo, de manera que los rayos del sol ó de la luna, pasando á través de él, caían con un sombrío brillo sobre los objetos del interior. Por arriba de la porción superior de aquella enorme ventana se extendía la reja, formada por los brazos de una antiquísima viña, que trepaba las macizas paredes de la torrecilla. El cielo raso, de oscuro roble, era de una elevación extraordinaria, abovedado, y esmeradamente enriquecido con relieves de un gusto el más extravagante y grotesco, semi-gótico, semi-druídico.

De la más central altura de tan melancólica bóveda, pendía, por una sola cadena de oro á grandes eslabones, un enorme incensario del mismo metal, de dibujo sarracénico, y con muchas perforaciones, de tal manera ideadas, que se torcía en y fuera de ellas, como si estuviera dotada de la vitalidad de una serpiente, una continua sucesión de llamas de mil colores.

Algunas pocas otomanas y candelabros de oro de estilo oriental, se veían en varias posiciones; y venía después el lecho, el lecho nupcial, de un modelo indio, bajo y escultado, de sólido ébano, con un pabellón parecido á un paño mortuorio. En cada uno de los ángulos de la cámara, se hallaba parado un gigantesco

sarcófago de granito negro, sacado de las tumbas de los reyes de Luxor, con sus tapas antiguas llenas de inmemorables esculturas. Pero en el cortinaje del cuarto, era donde residía la principal extravagancia. Las elevadas paredes, verdaderamente asombrosas en altura, desproporcionadamente altas, estaban cubiertas del techo al suelo con una pesada tapicería, en apariencia maciza, tapicería que descendía en grandes dobleces, y que era de un material que se encontraba, á la vez, como una cubierta en las otomanas y el lecho de ébano, como un pabellón en el lecho, y como las ostentosas volutas de las cortinas que daban sombra parcialmente á la ventana. El material, era el más rico paño de oro. Estaba todo salpicado, á intervalos irregulares, con figuras arabescas, de cerca de un pie de diámetro, y trabajadas en el paño en modelos del negro más profundo.

Pero estas figuras compartían el verdadero carácter de lo arabesco, únicamente cuando eran miradas de un solo punto de vista. Por una invención, ahora común, y en realidad trazable á un muy remoto período de la antigüedad, eran de un aspecto cambiante. Para el que entraba á la cámara, tenían la apariencia de simples monstruosidades; pero si adelantaba más, esa apariencia desparecía gradualmente; y paso á paso, á medida que la persona movía su posición en el cuarto, se veía rodeado de una infinita sucesión de las lúgubres formas, que pertenecen á la superstición de los normandos, ó nacen en los culpables sueños de los monjes. El fantasmagórico efecto era vastamente acrecido por la introducción artificial de una fuerte y continua corriente de aire por detrás del cortinaje, lo que daba

una horrorosa é inquieta animación á todas las figuras.

En una tal cámara en una cámara nupcial como esa, pasé con lady de Tremaine las profanas horas del primer mes de nuestro matrimonio; las pasé con bastante pena, á la verdad. Que mi esposa temía los caprichos feroces de mi genio; que me evitaba y no me quería, me era imposible dejar de percibirlo; pero ello me daba más bien placer que otra cosa. La aborrecía yo con un odio, que pertenece más al demonio que á los hombres. Mi memoria retrocedía (¡oh, con qué intensidad de amargura!) á Ligeia, la amada, la augusta, la bella, la que habitaba el sepulcro. Me regocijaba con los recuerdos de su pureza, su sabiduría, su elevada y etérea naturaleza, su apasionado é idólatra amor. Y entonces mi espíritu ardía con más pasión que el de ella misma. En las excitaciones de mis sueños de opio (porque, habitualmente, me hallaba bajo el imperio del veneno), la llamaba por su nombre en voz alta, durante el silencio de la noche, ó en las solitarias profundidades de los valles, de día, como si con la salvaje energía, la solemne pasión, el consumidor ardor de mi ansia por la muerta, la hubiera podido volver al sendero que había abandonado sobre la tierra; ¡ah! *¿podía* haber desaparecido para siempre?

Hacia el comienzo del segundo mes del matrimonio, lady Rowena fué atacada por una repentina enfermedad, de la que se recobró muy lentamente. La fiebre que la consumía le hacía inquietas sus noches; y en su perturbado estado de semi-sueño, hablaba de sonidos y de movimientos, en y alrededor de la cámara, cosas que me pareció no tenían origen sino en el desorden de su

imaginación, ó quizá en la fantasmagórica influencia del cuarto mismo. Se encontró, al último, convaleciente, y después sanó. Sin embargo, no había pasado más que un breve período, cuando un segundo y más violento ataque la llevó de nuevo al lecho del dolor; y de este ataque, su constitución, ya débil por sí, no se recobró jamás. Su enfermedad era, después de esa época, de carácter alarmante, y de más alarmante recidiva, desafiando á la vez el conocimiento y los grandes esfuerzos de sus médicos. Con el acrecentamiento del trastorno crónico, que había aparentemente echado demasiadas raíces en su naturaleza para ser arrancadas por medios humanos, no dejé de observar un igual acrecentamiento en la nerviosa irritación de su temperamento, y en su excitabilidad por triviales causas de miedo. Habló de nuevo, y más frecuente y pertinazmente, de los sonidos, de los débiles sonidos, y de los inhabituales movimientos entre la tapicería, á los cuales había aludido la otra vez.

Una noche, hacia el fin de Setiembre, ocupó mi atención, con más energía que de costumbre, hablando sobre ese penoso tema. Acababa de despertarse de un sueño inquieto, y yo había estado acechando, con un sentimiento mezclado de ansiedad y vago terror, las agitaciones de su enflaquecido rostro. Me senté al lado de su lecho de ébano, sobre una de las otomanas. Se despertaba por momentos, y hablaba, con un ansioso y débil murmullo, de sonidos que ella *oía*, pero que yo no podía oir; de movimientos que *veía*, pero que yo no podía percibir.

El viento circulaba rápidamente detrás de las tapicerías, y yo deseaba demostrarle (cosa que, permitidme

confesarlo, no lo creía *del todo*) que aquellos casi inarticulados suspiros, y aquellas suaves variaciones de las figuras sobre el muro, no eran sino los efectos naturales de la acostumbrada corriente de aire. Pero una mortal palidez, derramándose sobre su rostro, me había probado que mis esfuerzos por tranquilizarla serían infructuosos. Se veía que iba á desmayarse, y no había ningún sirviente que pudiera oir mi llamamiento. Me acordé del sitio en que se hallaba un frasco de vino suave que le habían recetado los médicos, y me apresuré á cruzar el cuarto para procurármelo. Pero al encontrarme debajo de la luz del incensario, dos circunstancias de una naturaleza sorprendente atrajeron mi atención. Había sentido que algún palpable, aunque invisible objeto, había pasado levemente delante de mí; y pude ver sobre la alfombra de oro, justamente en el medio del rico resplandor que arrojaba el incensario, una sombra, una débil é indefinida sombra de angélico aspecto, tal como puede ser imaginada para representarse la sombra de una sombra. Pero yo estaba turbado por la excitación de una inmoderada dosis de opio, y presté á aquellas cosas poca atención y no hablé de ellas á lady Rowena. Habiendo encontrado el vino, volví á cruzar el cuarto y llené una copa con él, aproximándola después á los labios de la casi desmayada lady. Se había recobrado poco á poco, y sin embargo la tomó con sus propias manos, mientras yo me dejaba caer sobre una otomana próxima, con mis ojos fijos sobre su persona. Fué que entonces llegué á percibir distintamente un débil paso sobre la alfombra, y cerca del lecho; y un segundo después, cuando Rowena llevaba el vino á sus labios, vi, ó puedo haber soñado que

vi, caer dentro de la copa, como de alguna invisible fuente sostenida en la atmósfera de la cámara, tres ó cuatro anchas gotas de un líquido brillante, color rubí. Si yo vi esto, no lo vió lady Rowena. Bebió el vino sin vacilar, y me abstuve de hablarle de una circunstancia que debe, después de todo, me dije, no haber sido más que la sugestión de una vívida fantasía, hecha mórbidamente activa por el terror de la lady, por el opio y por la hora.

Sin embargo, no pude ocultar á mi propia percepción que, inmediatamente después de la caída de las gotas color rubí, un rápido cambio se operó en la indisposición de mi esposa; cambio tan fatal, que á la tercera noche subsecuente las manos de sus criados la preparaban para la tumba, y á la cuarta me senté solo con su amortajado cuerpo en aquella fantástica cámara que la había recibido como mi esposa.

Extrañas visiones, engendradas por el opio, revoloteaban como sombras delante de mí. Miraba con inquietos ojos los sarcófagos en los ángulos del cuarto, las variantes figuras del cortinaje y el entrelazamiento de las llamas de mil colores en el incensario que pendía del techo. Mis miradas entonces cayeron, al recordar las circunstancias de una de aquellas noches que habían antecedido á la muerte de lady Rowena, sobre el sitio que quedaba bajo el resplandor del incensario, donde había visto las débiles huellas de la sombra. Ya no estaba allí, sin embargo; y respirando con más libertad, volví mis ojos á la pálida y rígida figura que yacía sobre el lecho. Brotaron en mi cerebro multitud de recuerdos de Ligeia, y volví á sentir en mi corazón, con la turbulenta violencia de un torrente, toda aquella

inexplicable amargura con la que había también visto á *ella*, amortajada del mismo modo.

La noche se aproximaba, y con el alma llena de amargos pensamientos sobre la única y supremamente amada, permanecía yo mirando aún el cuerpo de lady Rowena.

Podía haber sido media noche, ó quizá más temprano ó más tarde, porque no había tomado nota del tiempo, cuando un suspiro débil, suave, pero muy distinto, me sacó de mi letargo. *Sentí* que salía del lecho de ébano, del lecho de muerte. Escuché en una agonía de supersticioso terror, pero no hubo repetición del sonido. Esforcé mi vista para descubrir algún movimiento en el cadáver, pero no había el más imperceptible. Á pesar de eso, no me podía haber equivocado. Yo *había* oído el ruido, aunque débil, y mi alma estaba despierta dentro de mí. Resuelta y perseverantemente mantuve mi atención fija sobre el cuerpo. Muchos minutos corrieron antes que apareciera alguna circunstancia tendente á arrojar luz sobre el misterio. Al último, llegó á ser evidente que un leve, tenue y apenas visible tinte de color se había derramado sobre las mejillas, y á lo largo de las hundidas venitas de los párpados.

Por una especie de inexplicable horror y miedo, para lo cual no tiene la humanidad una expresión suficientemente enérgica, sentí que mi corazón cesaba de latir, y que mis labios se ponían rígidos. Sin embargo, un sentimiento de deber me llamó á la posesión de mi persona. No podía dudar más; habíamos andado precipitados en nuestros preparativos, y Rowena vivía aún. Era necesario hacer algo en el momento; pero como la torrecilla estaba completamente separada de la porción

de la abadía habitada por los criados, no había ninguno cerca, no tenía medios de llamarlos en mi ayuda sin abandonar la cámara por algunos instantes, y esto no podía aventurarme á hacerlo.

Luché, pues, solo, por llamar á la tierra aquel espíritu que aún no la había abandonado. En un breve período, es cierto, sin embargo, que una recaída tuvo lugar; el color desapareció de los párpados y las mejillas, dejando una palidez más grande que la del mármol; los labios se torcieron y apretaron con la siniestra expresión de la muerte; una repulsiva viscosidad y frialdad se derramó rápidamente sobre la superficie del cuerpo, y toda la habitual rigidez apareció en el acto.

Una hora había corrido así, cuando (¿podía ser posible?) percibí por segunda vez un vago sonido que partía de la región del lecho. Puse el oído, en la extremidad del horror. El sonido apareció de nuevo; era un suspiro. Arrojándome sobre el cadáver, vi, vi distintamente un temblor sobre los labios. Un instante después se relajaron, descubriendo una brillante línea de perlas. El espanto luchó entonces en mi pecho con el profundo miedo que había hasta allí reinado en él. Sentí que mi vista se enturbiaba, que mi razón huía: y fué únicamente por un violento esfuerzo, que conseguí, al último, excitarme á la tarea que el deber me señalaba una vez más. Había entonces un parcial color rojo sobre la frente, sobre las mejillas y garganta; un perceptible calor penetraba el cuerpo todo; había hasta un pequeño latir del corazón. La lady *vivía*, y con redoblado ardor me apliqué á la tarea de hacerla volver en sí. Froté y bañé sus sienes, y practiqué todas las operaciones que

la experiencia y no pocas lecciones sobre medicina me podían sugerir. Pero fué en vano. Repentinamente el color desapareció, cesó la pulsación, los labios adquirieron de nuevo la expresión de la muerte, y un momento después todo el cuerpo tomó la frialdad del hielo, el color lívido, la intensa rigidez, el perfil hundido y todas las repugnantes peculiaridades del que ha sido, por espacio de algunos días, un habitante de la tumba.

Y otra vez me hundí en mis visiones de Ligeia, y de nuevo (¿ por qué maravillarse de que me estremezca mientras escribo?) *de nuevo* llegó á mis oídos un débil suspiro que nacía en el lecho de ébano. Pero ¿ para qué voy á detallar minuciosamente los inexpresables horrores de aquella noche? ¿ Para que detenerme en relatar cómo, una tras otra vez, hasta que aparecieron los albores del nuevo día, se repitió ese horroroso drama de revivificación; cómo cada terrorífica recaída, fué siempre una muerte más severa y más irredimible; cómo cada agonía tenía el aspecto de una lucha con algún invisible enemigo, y cómo cada lucha era seguida por no sé qué cambio en la personal apariencia del cadáver? Dejadme concluir pronto.

La más grande parte de la noche había corrido, cuando la que había estado muerta se agitó una vez todavía, y mucho más vigorosamente que hasta entonces, aunque despertando en un estado más espantoso que nunca, por su completa desesperanza de vida. Hacía mucho que yo había cesado de luchar ó de moverme, y permanecía rígidamente sentado sobre la otomana, inerte, presa de un torbellino de violentas emociones, de las cuales el extremo miedo era quizá la menos terrible, la menos consumidora.

El cadáver, repito, se agitó, y mucho más vigorosamente que antes. Los colores de la vida se derramaron con extraordinaria energía sobre el semblante, los labios se aflojaron; y salvo que los párpados estaban todavía fuertemente pegados, y que los vendajes y paños de la sepultura comunicaban sus siniestros caractéres al rostro, podía haber creído que lady Rowena había sacudido, en realidad, las cadenas de la muerte.

Pero si esta idea no fué entonces adoptada, no pude, al menos, seguir dudando cuando, levantándose del lecho tambaleando, con débiles pasos, y con la manera de los que están bajo el imperio de un ensueño, el ser que estaba amortajado avanzó visible y palpablemente al medio de la cámara.

No temblé, no me moví, porque un torrente de inexplicables recuerdos, relacionados con el aire, la estatura, el aspecto del rostro, arrojándose de pronto en mi cerebro, me había paralizado, me había helado como una piedra. No me moví, pero examiné la aparición. Había un loco desorden en mis pensamientos, un tumulto implacable. ¿Podía, en realidad, ser la *viviente* Rowena quien se hallaba delante de mí? ¿Podía, en realidad, ser Rowena *misma*, la de hermosos cabellos, la de ojos azules, lady Rowena Tremanion, la de Tremaine? ¿Por qué, *por qué* lo dudaba? El vendaje le rodeaba pesadamente la boca, ¿pero podía no ser la boca de lady de Tremaine?

Y las mejillas (eran las rosas del mediodía de su vida), sí, á la verdad, aquellas podían ser las rosas de la viviente lady de Tremaine. Y la barba, con sus hoyuelos, como cuando estaba sana, ¿podía no ser la suya? *¿Pero había crecido en altura desde su enfermedad?*

¡ Qué inexpresable locura se apoderó de mí á ese pensamiento ! Un salto, y había alcanzado sus pies. Apartándose de mi tacto, dejó caer de su cabeza, desatadas, las lúgubres vendas que la envolvían, y entonces flotaron en la violenta atmósfera de la cámara enormes masas de largo y despeinado cabello : *¡ era más negro que las alas de cuervo de la media noche !* Y en seguida abrió lentamente *los ojos*. ¡ Hélos aquí por fin ! exclamé delirante ; no podía engañarme ; ¡ estos son los grandes, los negros, los extraños ojos de mi perdido amor, de lady, de lady Ligeia !

---

# LOS CRÍMENES DE LA CALLE MORGUE

¿Cuál era el canto de las Sirenas, ó qué nombre tomó Aquiles cuando se escondió entre las mujeres? aunque cuestiones difíciles, no están *fuera* de toda conjetura.

(SIR THOMAS BROWNE.)

Las facultades mentales definidas como las analíticas, son en sí mismas muy poco susceptibles de análisis. Las apreciamos únicamente en sus efectos. Sabemos de ellas, entre otras cosas, que son siempre para su poseedor, cuando las posee de una manera poco ordinaria, una fuente de vivísimos placeres. Así como el hombre fuerte se regocija en ejercicios que llamen sus músculos á la acción, el analista goza con esa actividad moral que *desembrolla*. Encuentra gusto hasta en las más triviales ocupaciones que pongan en juego su talento. Ama los enigmas, acertijos, jeroglíficos; exhibiendo en las soluciones de cada uno, un grado de *penetración*, que parece sobrenatural al vulgo. Sus resultados, obtenidos por la verdadera alma y esencia del método, tienen, á la verdad, todo el aspecto de la intuición.

La facultad de resolución es probablemente muy vigorizada por los estudios matemáticos, y en particular por la importante rama de ellos, que injustamente y sólo por sus retrógradas operaciones, ha sido llamada, como *por excelencia*, análisis. Pues, calcular, no es analizar. Un jugador de ajedrez, por ejemplo, hace muy bien lo uno sin lo otro. Se sigue de eso, que el juego de ajedrez, en sus efectos sobre el espíritu, está erróneamente apreciado. No estoy escribiendo un tratado, sino un simple prefacio sobre una narración singular; y éstas son observaciones hechas á la ligera; tendré sin embargo, ocasión de mostrar que el alto poder del intelecto reflexivo, es más decididamente y mejor ocupado por el humilde juego de damas que por toda la primorosa frivolidad del ajedrez. En este último, en que las piezas tienen diferentes y *caprichosos* movimientos, con varios y variables valores, lo que es únicamente complejo, es tomado (error muy general) por profundo. La *atención* es puesta poderosamente en juego. Si se debilita un instante, se comete una torpeza y las resultas son una pérdida ó una derrota. Siendo los movimientos posibles, no solamente múltiples sino complicados, las probabilidades de tales torpezas son muchas; y en nueve casos sobre diez, es el más concentrado y no el más perspicaz, el que gana. En las damas, al contrario, donde los movimientos son *únicos* y tienen poca variación, donde las probabilidades de la inadvertencia se hallan disminuídas, y la simple atención dejada comparativamente sin empleo, todas las ventajas que obtiene cada parte, son obtenidas por la más grande *penetración*.

Para cesar en abstracciones, supongamos una par-

tida de damas en que las piezas están reducidas á cuatro, por lo que naturalmente no debe esperarse ninguna torpeza. Es obvio que aquí la victoria puede ser decidida (siendo los jugadores de la misma fuerza) solamente por un movimiento hábil, resultado de algún gran esfuerzo de la inteligencia. Desprovisto de los recursos vulgares, el analista entra en el espíritu de su adversario, se identifica con él, y frecuentemente ve de una sola ojeada, el único método (algunas veces absurdamente simple) por el que puede seducirlo á errar ó precipitarlo á calcular mal,

El whist ha sido largo tiempo citado por su influencia sobre lo que se llama poder calculador; y se han conocido hombres de la más notable inteligencia que parecían tomar una indecible delicia en él, evitando el ajedrez como un juego frívolo. Sin duda, no hay nada de naturaleza similar que ocupe más fuertemente la facultad del análisis. El mejor jugador de ajedrez de la Cristiandad, *puede* ser poco más que el mejor jugador de ajedrez; pero perfección en el whist implica capacidad para salir bien en cualquiera de las más importantes empresas en que el talento lucha con el talento. Cuando digo perfección, entiendo esa perfección en el juego que incluye conocimiento de todas las fuentes de que pueden derivar ventajas legítimas. Éstas son no sólo diversas, sino multiformes, y existen frecuentemente entre profundidades de pensamiento inaccesibles á la comprensión común.

Observar bien, es recordar distintamente; y bajo ese punto de vista, el jugador de ajedrez que sea atento, obtendrá éxitos en el whist; pues que las reglas de Hoyle (basadas en el simple mecanismo del juego)

son fácil y generalmente comprendidas. Así, tener una memoria retentiva y proceder por el « libro », son puntos comúnmente mirados como la suma total del buen juego.

Pero es en las cuestiones fuera de los límites de la simple regla, donde se manifiesta el talento del analista. Hace, en silencio, una multidud de observaciones y deducciones. Lo mismo, quizá, hacen sus adversarios; y la diferencia en la extensión del informe obtenido, reposa, no tanto sobre la validez de la deducción como sobre la cualidad de la observación. El conocimiento necesario es *el de lo que* se observa. Nuestro jugador no se ciñe absolutamente á un punto : y no porque el juego es el objeto, debe rechazar deducciones de las cosas externas al juego. Examina el aspecto de su compañero, comparándolo cuidadosamente con el de cada uno de sus adversarios. Considera el modo de juntar las cartas que tiene cada mano; contando á menudo, triunfo por triunfo y honor por honor, al través de las ojeadas que los poseedores lanzan sobre cada carta. Nota cada variación del rostro así que el juego progresa, recogiendo un fondo de pensamientos, de las diferencias en la expresión de la certidumbre, de la sorpresa, del triunfo ó de la pena. Por la manera de recoger una baza, juzga si la persona que lo efectúa, puede hacer otra en la continuación de la partida. Reconoce lo que se juega fingidamente, en el aire con que es arrojado el naipe sobre la mesa. Una palabra casual ó inadvertida, una carta que se cae ó se da vuelta por casualidad, con el acompañamiento de ansiedad ó indiferencia en la mirada, al ocultarla; el recuento de las bazas, con el orden de

su arreglo, embarazo, hesitación, vehemencia ó trepidación; todo proporciona á su percepción aparentemente intuitiva, indicaciones sobre el verdadero estado del juego.

Habiendo sido jugadas las dos ó tres primeras manos, conoce á fondo el juego de cada uno, y desde entonces, reparte sus cartas con tan absoluta precisión de objeto, como si el resto de la compañía hubiera dado vuelta las suyas.

El poder analítico no debe ser confundido con la simple ingeniosidad; porque mientras el analista es necesariamente ingenioso, el hombre ingenioso es á menudo incapaz de análisis. El poder de combinación ó constructividad, por el cual se manifiesta generalmente la ingeniosidad y al que los frenólogos (están equivocados, según creo) han asignado un órgano aparte, suponiéndolo una facultad primitiva, ha sido visto tan á menudo en gentes cuyo intelecto estaba cercano del idiotismo, que ha motivado discusiones entre los que escriben sobre moral.

Entre la ingeniosidad y la aptitud analítica existe una diferencia mucho más grande, á la verdad, que entre la imagen y la imaginación, pero de un carácter estrictamente análogo. Se encontrará, en fin, que el ingenioso es siempre imaginativo, y el *verdadero* imaginativo no es nunca otra cosa que un analista.

La narración siguiente parecerá á los lectores un comentario luminoso de las proposiciones ya avanzadas.

Residiendo en París durante la primavera y parte del verano de 18..... hice conocimiento con un señor C. Augusto Dupin. Este joven caballero era de una

excelente familia — de una ilustre familia — para decir la verdad, pero por una serie de sucesos desagradables, había sido reducido á tal pobreza, que la energía de su carácter sucumbió bajo ella, y cesó de agitarse en el mundo ó de cuidar de la recuperación de su fortuna.

Por amabilidad de sus acreedores quedaba todavía en su poder una pequeña parte de su patrimonio; y con la renta que le daba, podía, por medio de una economía rigurosa, procurarse lo necesario para la vida, sin inquietarse por sus superfluidades.

Los libros, sin embargo, eran su sola lujuria, y eso en París se obtiene fácilmente.

Nuestro primer encuentro fué en una oscura librería de la calle Montmartre, donde la casualidad de encontrarnos buscando el mismo rarísimo y notable volumen, nos llevó á una íntima amistad. Nos vimos siempre de más en más. Me interesó profundamente su pequeña historia de familia, que me narró con todo ese candor á que se abandona un francés siempre que el simple *yo* es el tema. Fuí grandemente sorprendido, además, por la vasta extensión de sus lecturas; y, sobre todo, sentí mi alma prendada por el extravagante fervor y la vívida frescura de su imaginación. Buscando en París los objetos que necesitaba entonces, comprendí que la sociedad de un hombre semejante sería, para mí, un tesoro inapreciable, y este sentimiento se lo confié francamente á él mismo.

Fué, por último, decidido que viviríamos juntos durante mi permanencia en la ciudad; y como mis humanas circunstancias eran muy poco menos embarazosas que las de él mismo, me fué permitido arrendar y amueblar en un estilo conforme á la fantástica

melancolía de nuestro carácter, una grotesca y extravagante casa, desierta hacía mucho tiempo, gracias á supersticiones que no quisimos averiguar. Estaba situada en una solitaria porción del boulevard Saint-Germain.

Si la rutina de nuestra vida, en aquel lugar, hubiera sido conocida del mundo, se nos habría considerado como locos — aunque, quizá, como locos de inocente naturaleza. Nuestro aislamiento era completo. No admitíamos visitas. La localidad de nuestro retiro, había sido ocultada como un secreto por mis antiguos compañeros; y hacía muchos años que Dupin había cesado de conocer ó ser conocido de París. Existíamos entre nosotros solamente.

Había un capricho en la imaginación de mi amigo (pues ¿de qué otra manera podré llamarlo?) era apasionado de la noche por ella misma; y en esta *extravagancia*, como en todas las otras, caí pacíficamente, resignándome á sus desordenados caprichos con un perfecto abandono. La negra divinidad no podía habitar siempre con nosotros; pero la falsificábamos. Al primer albor de la mañana cerrábamos los macizos postigos de nuestra vieja casucha; encendíamos un par de bujías que, fuertemente perfumadas, arrojaban una luz débil y lúgubre. Con ayuda de esto, sumergíamos nuestras almas en los sueños leyendo, escribiendo ó conversando, hasta que éramos avisados, por el reloj, del advenimiento de la verdadera oscuridad.

Entonces, salíamos á la calle, del brazo, continuando los tópicos del día, vagando por todas partes hasta una hora avanzada, buscando entre las luces y sombras de la populosa ciudad, esa multitud de excitantes men-

tales que la tranquila observación no puede procurar.

En aquella época no podía menos de notar y admirar (aun cuando su rica idealidad me hubiera preparado á esperarlo), una habilidad analítica peculiar en Dupin. Parecía experimentar, además una vivísima delicia en esos ejercicios — aunque no en su ostentación — y no vacilaba en confesar el placer que así podía procurarse. Se jactaba conmigo, con una sonrisita de satisfacción, de que muchos hombres, tenían para él « ventanas » en sus pechos, y acostumbraba dar á tales acciones pruebas inmediatas, y sorprendentes de su íntimo conocimiento de mí mismo. Su aspecto, en esos momentos, era frío y abstraído; sus ojos carecían de expresión, mientras, su voz, habitualmente de tenor, subía hasta un tiple que hubiera parecido petulancia á no haber sido por la gravedad y la entera claridad de la enunciación.

Observándole en esa disposición de ánimo, quedaba yo mismo meditando sobre la vieja filosofía de la doble-alma, y me divertía en imaginar un doble Dupin — el creador, y el analítico.

No se debe suponer, de lo que acabo de decir, que estoy detallando un misterio ó valorizando (1) alguna novela. Lo que he descrito acerca del francés, era simplemente el resultado de una inteligencia excitada ó acaso enferma. Pero un ejemplo hará comprender mejor el carácter de sus observaciones en esa época.

Andábamos vagando una noche, por una sucia calle, en los alrededores del Palacio Real. Estando ambos aparentemente ocupados con algún pensamiento, nin-

(1) Se recordará que Poe escribía para Revistas, donde comúnmente pagan por línea.

guno había hablado una palabra durante un cuarto de hora, cuando menos. De repente, Dupin interrumpió el silencio.

— Es un jovencito, dijo, esa es la verdad, y estaría mejor en el *Théâtre des Variétés*.

— No puede haber duda en eso, repliqué inconscientemente y sin observar al principio (tan absorto estaba en mis reflexiones), la extraordinaria manera con que mi interlocutor había concordado con mi meditación. Un instante después, entré en mí mismo, y mi sorpresa fué profunda.

— Dupin, dije gravemente, no puedo comprender esto. No vacilo en decir que estoy aturdido y que puedo apenas creer en mis sentidos. ¿Cómo es posible que Vd. pudiera conocer que estaba pensando en...?

Aquí me detuve, para confirmarme en si realmente conocía mi pensamiento.

— En Chantilly, dijo ¿para qué se detiene? Observaba Vd. que la pequeña figura de ese hombre le hace impropio para la tragedia.

Esto era precisamente lo que había formado el fondo de mis reflexiones. Chantilly era un *ex-zapatero de viejo* de la calle Saint-Denis, que tenía furia por el teatro y se había arriesgado en el *rol* de Jerjes, en la tragedia de Crebillon, habiendo sido públicamente satirizado en cambio de sus afanes.

— Dígame Vd. ¡por el amor de Dios! exclamé, el método — si hay método — por el qué ha podido Vd. sondear mi alma en este asunto. Á la verdad, estaba más sorprendido de lo que hubiera querido expresar.

— Fué el frutero, replicó mi amigo, quien llevó á Vd. á la conclusión de que el remendón de suelas no

tenía la altura suficiente para representar á Jerjes *et id genus omne*.

— ¡El frutero! Vd. me asombra. — No conozco ningún frutero.

— El hombre que llevó á Vd. por delante cuando entrábamos por la calle, hace un cuarto de hora cuando más.

Entonces me acordé de que en efecto, un frutero, que llevaba sobre la cabeza una gran canasta de manzanas, me había derribado casi, por casualidad, cuando pasábamos de la calle C... á la en que nos hallábamos; pero, qué tenía que hacer esto con Chantilly, era lo que no podía comprender.

No había una partícula de charlatanería en Dupin.

— Explicaré á Vd., dijo, y para que pueda comprender claramente, repasaremos primero el curso de sus meditaciones, desde el momento en que hablé á Vd. hasta el del *encuentro* con el frutero en cuestión. — Los más grandes eslabones de la cadena están en esta posición. — Chantilly, Orión, Dr. Nichols, Epícuro, la Esteorotomía, las piedras, el frutero.

Hay pocas personas, que en algunos períodos de su vida, no se hayan divertido en retrasar los medios por los cuales han llegado á ciertas conclusiones. La ocupación es á menudo llena de interés; y el que la intenta por la vez primera, se sorprende de la ilimitada distancia é incoherencia, que parece haber entre el punto de partida y el de llegada.

¡Cuán grande fué mi aturdimiento cuando oí hablar al francés de aquella manera, y cuando no pude dejar de conocer que había dicho la verdad? Él continuó:

— Habíamos estado hablando de caballos, si recuerdo

bien, justamente al salir de la calle C... Fué el último objeto de nuestra discusión. Cuando cruzábamos la calle, un frutero, con una gran canasta sobre la cabeza, pasó precipitadamente y arrojó á Vd. sobre una pila de adoquines amontonada en un sitio en que el camino está en compostura. Pisó Vd. sobre uno de los fragmentos movibles, resbaló, se torció ligeramente el tobillo, apareció irritado ó caprichoso, murmuró unas pocas palabras, se volvió para mirar la pila y prosiguió en silencio su camino. No estaba particularmente atento á lo que hizo Vd., pero la observación ha llegado á ser para mí, una especie de necesidad.

« Siguió Vd. con la vista baja, mirando con una expresión petulante, las cavidades y huellas del pavimento (de manera que ví que todavía estaba Vd. pensando en las piedras), hasta que alcanzamos la pequeña alameda llamada Lamartine, que ha sido empedrada por vía de experimento, con trozos de madera. Aquí su aspecto se despejó, y percibiendo que sus labios se movían, no tuve duda que murmuraba Vd. la palabra *esteorotomía*, muy afectadamente aplicada á esa especie de empedrado. Conocí que no podía Vd. decirse á sí mismo *esteorotomía* sin ser llevado á pensar en los átomos, y por consecuencia, en las teorías de Epicuro; y como, cuando discutimos este tópico, no hace mucho, observé á Vd. con qué singularidad y con qué poca conciencia, las vagas conjeturas de ese noble griego, habían sido confirmadas por la última cosmografía de las nebulosas, comprendí que no podría Vd. dejar de mirar la gran nebulosa Orión, y esperé que Vd. lo hiciera. Así fué; y me aseguré entonces de que había seguido perfectamente su pensamiento. Ahora bien, en

esa amarga burla que apareció en el *Museo* de ayer, sobre Chantilly, el satírico, haciendo algunas tontas alusiones al cambio de nombre del zapatero, al calzar el coturno, citó una frase latina, sobre la que hemos conversado á menudo.

« Quiero hablar del verso :

*Perdidit antiquum litera prima sonum.*

« Había dicho á Vd. que se refería á Orión, escrito antiguamente Urión; y por cierta acrimonia que se mezcló á esa explicación, estaba seguro que Vd. no la había olvidado. Era claro, por consiguiente, que no dejaría de combinar las ideas . « Orión y Chantilly ». Que las combinó Vd. entonces, lo vi por el carácter de la sonrisa que entreabrió sus labios. Pensaba Vd. en la inmolación del pobre zapatero. Había Vd. caminado, hasta entonces, con la cabeza; y vi, que de repente, se enderezaba Vd. cuanto podía. Estaba seguro que reflexionaba Vd. en la pequeña talla de Chantilly. En este punto, interrumpí su meditación, diciendo que á la verdad, era un ser muy pequeño, y que estaría mejor en el *Théâtre des Variétés.* »

Poco tiempo después de esto, estábamos examinando una edición nocturna de la *Gazette des Tribunaux*, cuando las siguientes líneas, atrajeron nuestra atención.

« Extraños asesinatos. — Esta mañana, hacia las tres, los habitantes del Cuartel San Roque fueron despertados por una sucesión de terribles gritos, que provenían, aparentemente, del cuarto piso de la calle Morgue,

conocida como ocupada únicamente por una señora. L'Espanaye y su hija Camila L'Espanaye. Después de alguna espera ocasionada por una infructuosa tentativa de procurar entrada, la puerta fué forzada con una palanca, y ocho ó diez de los vecinos entraron, acompañados por los gendarmes. Á este tiempo, los gritos habían cesado; pero cuando la gente llegaba al primer piso, dos ó más roncas voces, disputando coléricamente, fueron oídas, y parecían proceder de la más alta parte de la casa. Cuando el segundo pasillo fué alcanzado, estos sonidos, habían cesado también, y todo permanecía perfectamente tranquilo. Los que buscaban, se precipitaron de cuarto en cuarto. Al entrar á una ancha pieza en el cuarto piso (cuya puerta, encontrada cerrada y con la llave por dentro, fué abierta á la fuerza), se presentó ante los ojos de todos, un horroroso y sorprendente espectáculo.

« La habitación estaba en el más extraño desorden; el mobiliario roto y dispersado en todas direcciones. Había solamente un lecho; y su colchón y ropas habían sido removidas y arrojadas al suelo. Sobre una silla había una navaja de barba, manchada con sangre. En el suelo, estaban dos ó tres mechones de cabellos humanos, grises, también, salpicados de sangre y pareciendo haber sido arrancados de raíz. Sobre el pavimento fueron encontrados cuatro napoleones, un aro de topacio, tres grandes cucharas de plata, tres pequeñas de metal de Argel, y dos bolsas, conteniendo cerca de cuatro mil francos en oro. Los cajones de un escritorio, que estaba en un rincón, se hallaron abiertos, y habían sido, aparentemente, saqueados, aunque muchos objetos se encontraban todavía en ellos. Un pequeño cofre de acero

fué hallado bajo las ropas del lecho (no bajo la cama). Estaba abierto, con la llave aún en la cerradura. No contenía más que algunas viejas cartas y otros papeles insignificantes.

« De la señora L'Espanaye ninguna huella fué vista aquí; pero habiendo sido observada una gran cantidad de hollín en el atrio, se buscó en la chimenea y (¡horrible!) el cuerpo de la hija, con la cabeza para abajo, fué sacado de adentro — había sido llevado hasta una considerable distancia, por la estrecha abertura.

« El cadáver estaba caliente. Después de examinarlo fueron notadas muchas escoriaciones, ocasionadas indudablemente por la violencia con que había sido introducido y sacado de la chimenea. Sobre el rostro tenía hondos arañazos, y en la garganta negras magulladuras y profundas huellas de dedos, como si la muerte hubiera sido ocasionada por estrangulamiento.

« Después de una perfecta investigación de cada parte de la casa, sin descubrir más nada, los vecinos llegaron á un pequeño patio empedrado en el interior de ella, donde yacía el cadáver de la vieja señora, con la garganta tan enteramente cortada, que al intentar levantarlo, cayó la cabeza al suelo. El cuerpo, lo mismo que la cabeza estaba espantosamente mutilado — esta última, de tal manera que apenas se podía reconocer en ella algo de humano.

« Para descubrir este horrible misterio, no hay, creemos, el más pequeño dato. »

La edición del siguiente día agregaba :

« La Tragedia de la calle Morgue. — Un gran número de individuos han declarado en este extraordi-

nario y horrible asunto (la palabra *asunto* no tiene aún, en Francia, esa ligereza de significación que tiene entre nosotros) pero sin embargo nada ha podido arrojar luz sobre él. Damos á continuación todos los testimonios recogidos.

« *Paulina Dubourg*, lavandera, depone que conoce á las dos víctimas, hace tres años, habiendo lavado para ellas durante ese tiempo. La vieja señora y su hija parecían en buenas relaciones — y amarse mucho entre sí. Eran excelentes *pagadoras*. No puede hablar respecto á sus modos y medios de vida. Cree que la señora L. decía la buena ventura para vivir. Era reputada como poseedora de algunos ahorros. Nunca encontró personas en la casa cuando fué á buscar ó llevar ropa. Está segura que no tenían sirviente. Parecía no haber muebles en ninguna parte de la casa, excepto en el cuarto piso.

« *Pedro Moreau*, vendedor de tabaco, depone que ha tenido costumbre de vender pequeñas cantidades de tabaco y rapé á la señora L'Espanaye, durante cerca de cuatro años. Ha nacido en la vecindad y vivido siempre en ella. La víctima y su hija han ocupado la casa en que fueron encontrados los cadáveres, durante más de seis años. Estuvo últimamente arrendada por un joyero, quien subalquilaba los cuartos altos á varias personas. El edificio era de propiedad de la señora L'Espanaye. Se disgustó con el locatario por los daños que le hacía en la casa y se mudó en ella, rehusando alquilar los pisos sobrantes. La vieja señora chocheaba. El testigo ha visto á la hija unas cinco ó seis veces durante los seis años.

« Las dos vivían excesivamente retiradas — eran re-

putadas como personas de dinero. Ha oído decir entre los vecinos que la señora L'Espanaye decía la buena ventura, — no lo cree. No había visto jamás á nadie entrar á la casa, excepto á la vieja señora y su hija, el portero una ó dos veces, y un médico, ocho ó diez ocasiones.

« Muchas otras personas, vecinos, declaran de acuerdo. Ninguno ha hablado como amigo de la casa. No se sabe si hay algunos parientes vivos de la señora L'Espanaye y su hija. Los postigos de las ventanas del frente eran abiertos rara vez. Los de las interiores estaban siempre cerrados con excepción de los de la gran pieza del fondo, cuarto piso. La casa era muy buena — no muy vieja.

« *Isidoro Muset*, gendarme, depone que fué llamado á la casa hacia las tres de la mañana, y encontró unas veinte ó treinta personas en la puerta de la calle, tratando de entrar. La forzó, al último, con una bayoneta — y no con una palanca. Tuvo poca dificultad en abrirla, á causa de ser una puerta doble ó de dos batientes, y no estar cerrada con pasador, ni abajo ni arriba. Los gritos fueron continuos hasta que se forzó la puerta — y entonces cesaron repentinamente. Parecían gritos de una persona (ó personas) en su última agonía — no eran cortos y precipitados, sino prolongados y fuertes. El testigo subió las escaleras. Habiendo alcanzado el primer piso, oyó dos voces en fuerte y agria disputa — la una gruesa, la otra mucho más aguda — una voz muy extraña. Pudo distinguir algunas palabras dichas por la primera; era voz de un francés. Está seguro que no era voz de una mujer. Pudo oir las expresiones *sacré* y *diable*. La voz aguda era de algún extran-

jero. No pudo asegurarse de si era una voz de hombre ó de mujer. No logró saber lo que decía, pero cree que hablaba en español. El estado del cuarto y de los cuerpos fué descrito por este testigo, como lo describimos ayer nosotros.

« *Enrique Duval*, un vecino, platero de oficio, depone que fué uno de los que primero entraron á la casa. Corrobora el testimonio de Muset, en todo. Inmediatamente que forzaron la entrada, volvieron á cerrar la puerta, para no dejar penetrar la multitud, que se juntó muy pronto, á pesar de lo avanzado de la hora. Este testigo cree que la voz aguda, era de un italiano. Está cierto que no era la de francés. No puede asegurar que era una voz de hombre. Puede haber sido de una mujer. No conoce el idioma italiano. No pudo distinguir las palabras, pero está convencido, por la entonación, que el que hablaba era un italiano. Conocía á la señora L. y su hija. Había conversado muchas veces con ambas. Está seguro que la voz aguda no era la de ninguna de las dos víctimas.

« *Odenheimer*, hostelero. Este testigo se ofreció voluntariamente. No hablando francés, fué examinado por medio de un intérprete. Ha nacido en Amsterdam. Pasaba por la casa al tiempo de los gritos. Duraron algunos minutos — probablemente diez. Eran prolongados y fuertes — terribles y aflictivos. Fué uno de los que entraron á la casa. Corrobora los datos de los demás, con una sola excepción. Está seguro que la voz aguda era de un hombre — de un francés. No pudo distinguir las palabras proferidas. Eran fuertes y precipitadas — desiguales y dichas aparentemente con tanto miedo como cólera. La voz era áspera — no tan

aguda como áspera. No puede llamarla una voz aguda. La voz gruesa dijo muy á menudo, *sacré*, *diable*, y una vez *mon Dieu*.

« *Julio Mignaud*, banquero, de la firma de Mignaud é Hijos, calle Delareine. Es el mayor de los Mignaud. La señora L'Espanaye tenía algún dinero. Había abierto una cuenta con su casa en la primavera del año... (ocho años antes). Hacía frecuentes depósitos de sumas pequeñas. No había girado un solo cheque hasta tres días antes de su muerte, en que ella misma fué á pedir la cantidad de 4.000 francos. Esta suma fué pagada en oro, y un dependiente la condujo hasta la calle Morgue.

« *Adolfo Le Bon*, dependiente de Mignaud é Hijos, depone, que en el día ese, hacia las doce, acompañó á la señora L'Espanaye hasta su domicilio, con los 4.000 francos puestos en dos bolsitas. Cuando la puerta fué abierta, la Sta. L. apareció y tomó de sus manos una de las bolsitas, mientras que la vieja señora hacía lo mismo con la otra. Entonces se despidió y se fué. No vió á nadie en la calle, en ese momento. Es una calle cortada — muy solitaria.

« *Guillermo Bird*, sastre; depone que fué uno de los que entraron en la casa. Es inglés. Ha vivido en París dos años. Fué uno de los primeros en subir las escaleras. Oyó las voces en disputa. La gruesa voz era de un francés. Logró entender algunas palabras, pero no las puede recordar todas. Oyó distintamente, *sacré* y *mon Dieu*. Había un ruido en ese momento como si algunas personas estuvieran luchando — un ruido de pelea y de desorden. La voz aguda era muy fuerte — más fuerte que la gruesa. Está seguro que no era la voz de un

inglés. Parecía la de un alemán. Puede haber sido la voz de una mujer. No entiende alemán.

« Cuatro de los testigos nombrados más arriba, fueron vueltos á llamar, y depusieron que la puerta del cuarto en que fué encontrada la Sta. L. estaba cerrada por dentro cuando llegaron á ella. Todo se hallaba en perfecto silencio — ni murmullos ni ruidos de ninguna especie. Después que fué forzada la puerta, no se vió ninguna persona. Las ventanas del cuarto del fondo, como las del de enfrente, estaban cerradas y fuertemente sujetas por dentro. La puerta que conduce del cuarto de enfrente al corredor se encontraba cerrada, con la llave en el lado interno. Un cuartito, situado en el frente de la casa, en el último piso, al comenzar el corredor, fué hallado abierto con la puerta entornada. Esta pieza estaba llena de camas viejas, maletas y cosas por el estilo. Todo fué cuidadosamente reconocido y registrado. No hay una pulgada, un solo sitio de la casa, que no haya sido objeto de prolijas investigaciones. Deshollinadores fueron enviados á recorrer las chimenas. La casa tenía cuatro piezas, con desvanes (*mansardes*). Una trampa que da al techo estaba clavada y asegurada — no parece haber sido abierta desde hace años. El tiempo corrido entre el momento en que se escucharon las voces que disputaban, y la violenta abertura de la puerta del cuarto, ha sido diferentemente apreciado por los testigos. Algunos lo hacen tan pequeño como tres minutos — otros tan largo como cinco. La puerta fué abierta con dificultad.

« *Alfonso García*, rentista, depone que reside en la calle Morgue. Es español. Fué uno de los que entraron á la casa. No subió las escaleras. Es nervioso y tenía

aprensión por las consecuencias si se agitaba. Oyó las voces en disputa. La voz gruesa era la de un francés. No pudo oir lo que dijeron. La voz aguda era de un inglés — está seguro de ello. No entiende el inglés, pero juzga por la entonación.

« *Alberto Montani*, confitero, depone que estaba entre los primeros que subieron las escaleras. Oyó las voces en cuestión. La voz gruesa era de un francés. Distinguió algunas palabras. El que hablaba parecía reconvenir. No pudo entender lo que decia la voz aguda. Hablaba muy ligero y desigualmente. Cree que era voz de ruso. Corrobora lo dicho por los demás. Es italiano. No ha conversado jamás con un ruso.

« Varios testigos, vueltos á llamar, declararon que las chimeneas de todos los cuartos del último piso son muy estrechas para permitir pasar un cuerpo humano. Por « deshollinadores » quisieron decir los cepillos cilíndricos que emplean los limpiadores de chimeneas. Estos cepillos fueron pasados de arriba á bajo en todos los caños de la casa. No hay en los fondos ningún pasaje por el que se pueda haber descendido mientras los vecinos subían las escaleras. El cuerpo de la señorita L'Espanaye estaba tan firmemente metido dentro de la chimenea, que no pudo ser sacado hasta que cuatro ó cinco hombres unieron sus esfuerzos con ese objeto.

« *Pablo Dumas*, médico, depone que fué llamado para examinar los cuerpos, hacia la madrugada. Los dos estaban sobre una cama, en el cuarto que fué encontrada la señorita L'Espanaye.

« El cadáver de la joven presentaba muchas contusiones y escoriaciones. El hecho de haber sido introducido en la chimenea, explicaba suficientemente esos

fenómenos. La garganta estaba muy desollada. Había varios arañazos profundos, justamente bajo la barba; como asimismo una serie de manchas lívidas, que eran, á todas luces, la impresión de los dedos. La faz estaba horriblemente descolorida, y los ojos saltados. La lengua había sido tronchada por la mitad. Una ancha contusión fué descubierta sobre la boca del estómago, producida, aparentemente, por la presión de una rodilla. En la opinión de M. Dumas, la señorita L'Espanaye ha sido ahogada por una ó varias personas desconocidas.

« El cuerpo de la madre se hallaba horriblemente mutilado. Todos los huesos de la pierna derecha estaban más ó menos destrozados. La tibia izquierda, muy hendida, así como las costillas del mismo lado. Todo el cuerpo horriblemente contuso y descolorido. No es posible decir cuándo han sido inferidas las lesiones. Una pesada maza de madera, ó una ancha barra de hierro, una silla, cualquiera arma ancha, pesada y obtusa puede haber producido tales resultados, manejada por un hombre de gran fuerza. Ninguna mujer puede haber causado esas heridas con ninguna arma. La cabeza de la muerta, cuando fué vista por el testigo, estaba enteramente separada del cuerpo, y se hallaba también muy destrozada. La garganta ha sido cortada evidentemente con algún instrumento muy afilado — á todas luces con una navaja de barba.

« *Alexandro Etienne*, cirujano, fué llamado con el señor Dumas, para examinar los cuerpos. Corrobora el testimonio y las opiniones de su colega.

« Nada más de importancia fué descubierto, aunque muchas otras personas fueron interrogadas. Un asesinato tan misterioso y tan extraño en sus circunstan-

cias, no ha sido nunca cometido en París — si es verdad que ha habido asesinato en este caso. La Policía, enteramente á oscuras — es un incidente sin ejemplo. No hay ni la sombra de una huella. »

La edición de la noche establecía que continuaba en el barrio San Roque la más grande excitación; que el teatro del crimen había sido examinado otra vez, y que los testigos habían sido interrogados de nuevo, pero todo esto sin éxito. Un *post scriptum*, sin embargo, anunciaba que Adolfo Le Bon había sido encarcelado — aunque nada aparecía en él, como sospechoso, fuera de los hechos ya detallados.

Dupin parecía singularmente interesado en el progreso de este asunto — al menos, juzgaba yo eso de su aspecto — porque no hacía comentarios. Fué solamente después del anuncio de la prisión de Le Bon, que me pidió mi parecer, respecto á los asesinatos.

Yo estaba acorde con todo París en considerarlos como un insoluble misterio. No veía medio por el que fuera posible seguir la pista á los asesinos.

— No debemos juzgar de los medios, dijo Dupin, por esta apariencia de indagación. La Policía parisiense, tan alabada por su *penetración*, es astuta, pero nada más. No hay método en sus procedimientos, excepto el método del momento. Hace una vasta ostentación de medidas; y frecuentemente son tan bien adaptadas al objeto propuesto, que traen á la memoria á Mr. Jourdain pidiendo su robe de chambre, *para oir mejor la música.*

« Los resultados alcanzados por ellas, son frecuentemente sorprendentes, pero por la mayor parte, son

efecto, de la simple diligencia y de la actividad. Cuando estas cualidades son infructuosas, sus planes se frustran.

« Vidocq, por ejemplo, era un buen conjeturador y un hombre perseverante. Pero faltándole instrucción, se engañaba continuamente por la *demasiada* intensidad de sus investigaciones. Perjudicaba su visión, contemplando el objeto de muy cerca. Podía ver, quizá, uno ó dos puntos con sin igual claridad, pero procediendo así, necesariamente, no podía considerar el asunto como un todo. De manera que hay algo que puede llamarse *ser demasiado* profundo. La verdad no está siempre en un pozo. Los más importantes datos se hallan invariablemente en la superficie. La profundidad reside en los valles donde la buscamos, y no es sobre la cúspide de la montaña donde se la encuentra. Los modos y fuentes de esta clase de error, están muy bien retratados en la contemplación de los cuerpos celestes. Arrojar una ojeada sobre una estrella — contemplarla de lado, tornando hacia ella las porciones exteriores de la retina (más susceptibles que las interiores, á las débiles impresiones de la luz) es ver la estrella distintamente — es tener la mejor apreciación de su brillo — un brillo que disminuye justamente en proporción que la miramos más de *lleno*. Un gran número de rayos caen sobre el ojo en el último caso; pero en el primero, hay la más refinada aptitud para la percepción. Por una exagerada profundidad hacemos perplejo y débil nuestro pensamiento; y es posible hasta hacer desaparecer á Venus misma, del cielo, por un examen demasiado sostenido, demasiado concentrado ó demasiado directo.

« Así, en cuanto á estos asesinatos, hagamos algu-

nas consideraciones para nosotros mismos, antes de formar una opinión respecto á ellos. Una indagación nos va á entretener. (Encontré este verbo muy extraño, aplicado de esta manera, pero no dije nada); y además, Le Bon me hizo una vez cierto servicio por el que le estoy agradecido.

« Iremos á ver el teatro del suceso con nuestros propios ojos. Conozco á G***, el Prefecto de Policía, y no tendremos dificultad en obtener el permiso necesario. »

Acordada la autorización, nos dirigimos en el acto á la calle Morgue.

Era ésta una de esos miserables pasajes que se hallan situados entre la calle Richelieu y la de Saint-Roch. Al oscurecer llegamos á ella; porque el barrio está á una gran distancia de aquel en que residíamos. La casa fué inmediatamente encontrada; porque había aún muchísimas personas mirando los postigos cerrados, con una tonta curiosidad, desde la otra acera de la calle.

Era una casa como ordinariamente son las de París, con una entrada, en uno de cuyos lados había una garita con cristales, y vidrio movible en la ventana, indicando una *loge de concierge*. Antes de entrar, remontamos la calle, dimos vuelta por una alameda, y entonces, volviendo otra vez. pasamos por los fondos de la casa. — Dupin, mientras, examinaba toda la vecindad, lo mismo que la casa, con una minuciosidad para la que no podía yo encontrar objeto.

Volviendo sobre nuestros pasos, llegamos de nuevo hasta el frente del edificio, llamamos, y habiendo mostrado nuestras credenciales, fuimos admitidos por los

agentes de servicio. Subimos las escaleras y penetramos al cuarto donde había sido encontrado el cuerpo de la señorita L'Espanaye, y donde permanecían aún los dos cadáveres. El desorden del cuarto continuaba, como se acostumbra en tales casos. No ví nada que no hubiera sido constatado por la *Gazette des Tribunaux*. Dupin examinó todo, hasta los cuerpos de las víctimas. Depués fuimos á los otros cuartos y al patio; un gendarme nos acompañaba por todas partes.

Aquel examen nos ocupó hasta la noche, en que nos fuimos. En el camino hasta casa, mi compañero se detuvo por un momento en la oficina de un diario.

He dicho que los caprichos de mi amigo eran múltiples y, que *je le ménageais;* para esta frase no hay ninguna equivalente en inglés. Fué su *humour* abandonar toda conversación respecto al asesinato, hasta cerca de las doce del día siguiente. Entonces me preguntó, repentinamente, si no había observado algo de *singular*, en el teatro del asesinato.

Había no sé qué en su manera de dar énfasis á la palabra « singular » que me hizo estremecer, sin que comprendiera el motivo.

— No, nada de singular, dije, nada más que lo que ambos hemos visto constatado en el diario.

— La *Gazette*, replicó él, no ha penetrado, temo, el horror poco habitual del hecho. Pero desechemos las vanas opiniones de ese impreso. Me parece que este misterio es considerado insoluble por la misma razón que le haría ser mirado como fácilmente soluble — quiero decir, por el carácter exagerado de sus rasgos distintivos. La Policía está confundida por la aparente ausencia de motivo — no por el asesinato en sí mismo —

sino por su atrocidad. Está aturdida, además, por la aparente imposibilidad de conciliar las voces que disputaban, con los hechos de que no se encontró en los altos más que el cadáver de la señorita L'Espanaye, y que no había medios de salir sin que los vecinos que subían las escaleras, lo notaran. El extraño desorden del cuarto; el cuerpo embutido, con la cabeza para abajo, en la chimenea; la horrorosa mutilación del cuerpo de la vieja señora; estas consideraciones con las ya mencionadas y otras que no necesito detallar, han bastado para paralizar el poder, para derrotar completamente la alabada *penetración* de los agentes del gobierno. Han caído en el grande aunque común error de confundir lo no habitual con lo abstruso. Pero es en estas desviaciones del plano de lo ordinario, que la razón tantea su camino, aunque siempre, en la investigación de la verdad. En indagaciones como la que estamos haciendo es menester no preguntarse tanto «¿ qué ha ocurrido ? », como « ¿ qué ha ocurrido que no haya ocurrido antes ? » En una palabra, la facilidad con que llegaré ó he llegado á la solución de este misterio, está en razón directa de su aparente insolubilidad á los ojos de la Policía.

Contemplé fijamente á mi interlocutor, con mudo asombro.

— Estoy esperando ahora, continuó él, mirando hacia la puerta de nuestro cuarto — estoy esperando una persona que aunque, quizá, no es el autor de esa carnicería, debe estar, en algún modo, complicado en su perpetración. Es probable que sea inocente de la parte más horrorosa de esos crímenes. Deseo no equivocarme en esta suposición, porque sobre ella he edifi-

cado mis esperanzas de descifrar por completo el enigma. Espero al hombre aquí — en esta pieza — de un momento á otro. Es cierto que puede no venir; pero la probabilidad es que vendrá. Si viniera, será necesario detenerlo. Aquí hay pistolas; y ambos sabemos cómo se usan cuando llega la ocasión.

Tomé las pistolas, sabiendo apenas lo que hacía, creyendo á medias en mis oídos, mientras Dupin proseguía, casi en un soliloquio. He hablado ya de su aspecto abstraído en tales momentos. Sus pensamientos se dirigían á mí; pero su voz, aunque en manera alguna fuerte, tenía esa entonación que es comúnmente empleada cuando se habla á alguien desde una gran distancia. Sus ojos, sin expresión miraban solamente la pared.

— Que las voces oídas en disputa, dijo, por los que subieron las escaleras, no eran de mujer, está plenamente probado por las declaraciones. Esto nos ahorra toda duda respecto á la cuestión de si la vieja señora puede haber muerto á la hija, y después haberse suicidado. Además, no hablo de esto, sino por amor al método; porque la fuerza de la Sra. L'Espanaye hubiera sido absolutamente insuficiente para la tarea de meter su hija dentro de la chimenea, de la manera como fué encontrada; y la naturaleza de los golpes inferidos á su persona, hacen enteramente imposible la idea de la propia destrucción. El asesinato, por consiguiente, ha sido cometido por un tercer conjunto de personas; y las voces de este tercer conjunto fueron las oídas en disputa. Déjeme Vd. ahora llamar su atención — no sobre las declaraciones relativas á esas voces — sino sobre lo *peculiar* á ellas. ¿Ha notado Vd. algo peculiar en las declaraciones?

Hice notar que mientras todos los testigos concertaban en suponer la gruesa voz como la de un francés, había mucha contrariedad respecto á la aguda, ó como la llamó un testigo, áspera.

— Esa es la evidencia misma, dijo Dupin, pero no es la peculiaridad de la evidencia. Vd. no ha observado nada distintivo. Sin embargo, hay algo que observar. Los testigos, como Vd. nota, están acordes respecto á la voz gruesa; en esto sus testimonios son unánimes. Pero sobre la aguda, la peculiaridad es — no que desacuerdan, sino que, cuando un italiano, un inglés, un español, un holandés y un francés, intentan describirla, cada uno habla de ella como de la de un *extranjero*.

« Cada uno está seguro que no era la voz de un compatriota. Cada uno la asemeja — no á la voz de un individuo de alguna nación cuya lengua le fuera familiar— sino al contrario. El francés, supone que era la voz de un español, « habría entendido algunas palabras si hubiera conocido el castellano. » El holandés mantiene que era la de un francés, pero encontramos constatado qué « no entendiendo el francés, este testigo fué examinado por medio de un intérprete. » El inglés piensa que era la voz de un alemán y « no entiende alemán ». El español « está seguro » que era la de un inglés, pero juzga « por la entonación » únicamente, pues « no conoce el inglés ». El italiano cree que era la voz de un ruso, pero « no ha conversado jamás con un ruso ». Un segundo francés, difiere, además, con el primero, y es positivo para él, que la voz era de un italiano; pero « no conociendo esa lengua » está, como el español, convencido por la entonación. ¡ Cuán extraña y poco habitual debe haber sido realmente esta voz sobre la

que puede haberse producido un tesimonio como éste! — en cuyos tonos, extranjeros naturalizados de las cinco grandes divisiones de Europa, no han podido reconocer ninguno que les sea familiar — ¡ absolutamente familiar! Vd. dirá que puede haber sido la voz de un asiático — de un africano. Ni los asiáticos ni los africanos abundan en París; pero sin rechazar la deducción, quiero llamar la atención de Vd. simplemente sobre tres puntos.

« La voz es llamada por un testimonio « áspera más bien que aguda ». Es representada por otros, como « rápida y *desigual*. Ningunas palabras — ningunos sonidos parecidos á palabras — son mencionados como « comprensibles » por los testigos.

« No sé, continuó Dupin, qué impresión puedo haber hecho, de esta manera, sobre el entendimiento de Vd.; pero no vacilo en decir que, deducciones legítimas hasta de esa porción del testimonio — la porción que respecta á las voces gruesa y aguda — son en sí mismas suficientes á engendrar una sospecha que puede dar dirección á los progresos en la investigación del misterio.

« Digo « deducciones legítimas », pero mi pensamiento no está expresado por completo con esa frase. Quería decir que las deducciones eran los *únicos* medios propios, y que la sospecha procede *inevitablemente* de ellas, como el único resultado. Cuál es la sospecha, sin embargo, no puedo precisarlo todavía.

« Deseo sólo demostrar á Vd. que en cuanto á mí, era suficientemente eficaz para dar una forma definida — una cierta tendencia, á mis investigaciones en el teatro del crimen.

« Trasportémonos ahora, imaginativamente, á ese

teatro. ¿Qué buscaremos primero en él? Los medios de salida empleados por los asesinos. No es demasiado decir que ninguno de nosotros cree en intervenciones sobrenaturales. La señora y señorita L'Espanaye no han sido destruídas por espíritus.

« El asesino es material y ha escapado materialmente. Ahora ¿cómo? Afortunadamente no hay más que un modo de razonar sobre el punto, y este modo *debe* guiarnos á una conclusión definida. Examinemos, uno por uno, los medios posibles de salida. Es claro que los asesinos estaban en el cuarto, donde fué encontrada la señorita L'Espanaye, ó al menos en el cuarto contiguo, cuando los vecinos subieron las escaleras. Por consiguiente, es desde estas dos piezas que tenemos que buscar las salidas. La Policía ha puesto á descubierto los pisos, los techos, y la composición de las paredes en todas direcciones. Ninguna salida *secreta* ha podido escapar á su vigilancia. Pero, no confiando en sus ojos, he examinado las cosas con los míos propios.

« No había en realidad, salidas *secretas*. Las dos puertas que conducen de los cuartos al corredor, estaban perfectamente cerradas, con las llaves en el lado interior. Veamos las chimeneas. Aunque de la anchura ordinaria hasta ocho ó diez pies, por arriba del atrio, no pueden permitir, en su extremidad, la salida de un gato grande.

« Estando constatada la imposibilidad de escaparse por los medios ya examinados, nos quedan sólo las ventanas. Por las del cuarto del frente, nadie puede haber huído sin ser visto por la multitud apiñada en la calle.

« Los asesinos, *deben* haber pasado, entonces, por las del cuarto de atrás. Ahora, traídos á esta conclusión, de una manera tan inequívoca, no tenemos derecho,

como razonadores, para rechazarla en razón de su aparente imposibilidad. Nos queda que probar, solamente, que esas « aparentes imposibilidades », no lo son en realidad.

« Hay dos ventanas en el cuarto. Una de ellas no está obstruída con muebles y es perfectamente visible. La parte baja de la otra está tapada por la cabecera del enorme lecho, que está pegado á ella. La primera fué encontrada fuertemente asegurada por dentro. Resistió á los más grandes esfuerzos de los que pretendieron levantarla. Un gran agujero había sido hecho en su marco con una barrena. Llegaba hasta el otro lado, y dentro de él, fué hallado un grueso clavo, metido hasta la cabeza, casi. Al examinar la otra ventana, un clavo idéntico fué visto, aparentemente metido de la misma manera; y un vigoroso esfuerzo para levantar este marco falló también. La Policía quedó convencida de que no se había efectuado ninguna escapada en esas direcciones. Y *por consiguiente* fué considerado inútil, retirar los clavos y abrir las ventanas.

« Mis propias indagaciones fueron un poco más especiales, y lo fueron por la razón que he dado hace un instante — porque de ahí se debían sacar las pruebas de que las imposibilidades aparentes no eran tales en realidad.

« Proseguí razonando así — *a posteriori*. Los asesinos *han* escapado por una de esas ventanas. Siendo esto así, no podían haber vuelto á asegurar los marcos por el interior, como fueron encontrados — consideración que por su evidencia, había limitado las diligencias de la Policía á ese solo barrio. Los marcos, sin embargo, *fueron cerrados*. *Debían*, pues, tener el poder de cerrarse

por sí mismos. No se podía escapar á esta conclusión. Llegué hasta la ventana libre de muebles, quité el clavo con alguna dificultad, é intenté levantar el marco. Resistió á todos mis esfuerzos, como lo había esperado. Conocí entonces que debía existir un oculto resorte; y la corroboración de mi pensamiento, me convenció de que mis premisas eran reales, por más misteriosas que todavía me aparecieran algunas circuntancias relativas á los clavos. Una cuidadosa investigación me hizo encontrar bien pronto el escondido resorte. Lo apreté, y satisfecho de mi descubrimiento, me abstuve de levantar el marco.

« Entonces volví á colocar el clavo en su sitio y lo contemplé atentamente. Una persona al salir por la ventana podía haberla cerrado de nuevo, y el resorte hubiera calzado — pero el clavo no habría podido ser puesto en su lugar. La conclusión era clara y limitaba de nuevo el campo de mis pesquisas. Los asesinos *debían* haber escapado por la otra ventana. Suponiendo, entonces, que sobre cada marco había un resorte idéntico, como era probable, *debía* haber alguna diferencia entre los clavos, ó al menos, entre los modos de su colocación. Habiendo subido al armazón del lecho, registré minuciosamente el segundo marco, por sobre la cabecera de la cama. Pasando mi mano por detrás de ella, encontré bien pronto y oprimí el resorte, que era, como había supuesto, igual á su vecino. Después lo miré. Era tan grueso como el otro, y aparentemente metido de la misma manera — hundido casi hasta la cabeza.

« Vd. diría que yo estaba confundido; pero si Vd. piensa eso, es porque no ha comprendido la naturaleza de las inducciones. Para usar una frase de juego (*spor-*

*ting phrase*), no había cometido todavía una sola « falta ». No había perdido la pista un solo instante. No había hendiduras en ningún eslabón de la cadena. Había seguido el secreto hasta su último punto — y este punto era el clavo. Tenía, digo, toda la apariencia de su compañero de la otra ventana; pero este hecho era absolutamente nulo (por más concluyente que pareciera ser), en frente de esta consideraciión : que allí en ese punto, terminaba la huella conductora.

« Algún defecto, dije, *debe* haber en el clavo. Lo toqué; y la cabeza, con casi un cuarto de pulgada de la espiga, se quedó entre mis dedos. El resto de la espiga estaba en el agujero hecho con la barrena, dentro del cual se había roto. La fractura era vieja (pues los bordes estaban incrustados de moho) y había sido causada aparentemente por un martillazo, que había sujetado, en la superficie del marco, la cabeza del clavo. Coloqué cuidadosamente la cabeza en el agujero de donde la había extraído, y la semblanza con un clavo entero, fué completa — la rajadura era invisible. Apretando el resorte, levanté poco á poco el marco, algunas pulgadas; la cabeza del clavo se levantó con él, permaneciendo firme en su lecho. Cerré la ventana, y el clavo volvió á aparecer como si estuviera entero.

« El enigma, hasta aquí, estaba descifrado. El asesino había escapado por la ventana que daba sobre el lecho. Cayendo por sí misma, después de su salida (ó quizá cerrada á propósito), había sido asegurada por el resorte — y fué la retención de este resorte el que la Policía había equivocado con la del clavo — siendo así consideradas inútiles las investigaciones ulteriores.

« Seguía la cuestión de saber cómo había descen-

dido. Sobre este punto había quedado satisfecho con el paseo que dí con Vd. alrededor del edificio. Cerca de cinco pies y medio más abajo de la ventana, hay una cadena de pararrayos. Desde allí hubiera sido imposible para cualquiera el alcanzar sólo al alféizar.

« Observé, sin embargo, que los postigos del cuarto piso eran de esa clase especial llamados *ferrades*, por los carpinteros parisienses — una clase raramente empleada en nuestros días, pero que pueden verse á menudo en las viejas casas de Lyon y de Bordeaux. Son de la forma de una puerta ordinaria (de una batiente, no de dos) excepto en esto : en la mitad inferior están enrejados con alambre — ofreciendo así un excelente asidero para los manos. En el caso presente, estos postigos son de tres pies y medio de ancho.

« Cuando los vimos desde los fondos de la casa, estaban los dos entreabiertos, es decir, haciendo ángulo recto con la pared. Es probable que la Policía, lo mismo que yo, examinara la parte trasera de la casa; pero si es así, mirando esos *ferrades* en la línea de su anchura (como debe haberlo hecho), no percibió la gran anchura misma, ó en todo caso, no la tomó en la debida consideración. Estando convencida de que ninguna salida podía haberse efectuado por ese lado, debe haber hecho en él un examen muy ligero. Era claro para mí, sin embargo, que el postigo perteneciente á la ventana á que daba la cabecera del lecho podía, si se le abría enteramente á lo largo de la pared, alcanzar hasta dos pies de la cadena del pararrayos. Era también evidente, que por medio de un extraño grado de actividad y valor, se podía haber efectuado una entrada por la ventana, desde el pararrayos. Alcanzando á la dis-

tancia de dos pies y medio (supongo el postigo abierto en toda su extensión), un ladrón podía haber encontrado un firme asidero en el enrejado de que hablé antes. Abandonando su punto de apoyo, el pararrayos, asegurando sus pies contra la pared, y largándose intrépidamende desde allí, podía haber atraído el postigo hasta cerrarlo, y si imaginamos la ventana abierta en ese momento, podía hasta haber llegado al interior del cuarto.

« Quiero que Vd. recuerde especialmente que he hablado de un *extraño* grado de actividad, como requisito para el éxito en tan aventurada como difícil acción.

« Es mi designio mostrar á Vd., primero, que es posible que la cosa se haya llevado á cabo; y segundo, y *principalmente*, deseo hacer comprender á Vd. el extraordinario — el sobrenatural carácter de la agilidad, con que debe haberse ejecutado la ascensión.

« Vd. dirá sin duda, usando el lenguaje de la ley, que « para aclarar un caso » debía más bien avaluar en menos de su valor real, que insistir sobre la entera estima de la actividad requerida en este asunto. Esta puede ser la práctica judicial, pero no es la costumbre de la razón. Mi único objeto es la verdad. Mi propósito inmediato es inducir á Vd. á que coloque en justa posición, esa *extraordinaria* agilidad de que acabo de hablar, con esa *singular* voz aguda (ó áspera) *desigual*, sobre cuya nacionalidad no se han encontrado dos personas acordes, siquiera, y en cuya pronunciación no se ha descubierto el acto de silabificar. »

Á estas palabras, una vaga é informe concepción del pensamiento de Dupin, atravesó mi inteligencia. Parecía estar sobre el límite de la comprensión, sin poder

comprender — como los hombres que á veces se hallan en el borde de un recuerdo, sin poder recordar, sin embargo. Mi amigo prosiguió:

— Vd. verá, dijo, que he conducido la cuestión, del modo de salida al modo de entrada. Era mi intención demostrar que ambas fueron efectuadas de la misma manera y por el mismo punto. Volvamos ahora al interior del cuarto. Examinemos atentamente sus circunstancias. Los cajones de la cómoda, se ha dicho, han sido saqueados, aunque muchos objetos de *toilette* permanecían todavía en ellos. La conclusión sacada de esto, és absurda. Es una simple conjetura — tonta, necia — y nada más. ¿ Cómo podemos saber que los objetos encontrados en los cajones, no eran todos los contenidos en ellos?

La señora L'Espanaye y su hija hacían una vida excesivamente retirada — no veían á nadie — salían raras veces — no tenían para que cambiar de adornos á cada rato. Los que han sido hallados, eran, además, de tan buena calidad como los que podían poseer esas señoras. Si un ladrón hubiera llevado algunos ¿ por qué no llevar los mejores, por qué no llevar todos? En una palabra, ¿ por qué abandonar cuatro mil francos en oro, para embarazarse con un atado de ropa? El oro *fué* abandonado. Casi toda la suma mencionada por el Sr. Mignaud, el banquero, fué recogida, en sacos sobre el pavimento. Deseo, por consiguiente, apartar de la inteligencia de Vd. la desatinada idea de *motivo*, enjendrada en los hombres de la Policía por las declaraciones que hablan de dinero entregado en la puerta de la casa. Coincidencias diez veces tan notables como ésta (la entrega de dinero, y asesinato cometido dentro

de los tres días, sobre la persona que lo recibió) vemos sucederse todos los días de nuestra vida, sin atraer ni momentáneamente nuestra atención. Las coincidencias en general, son grandes obstáculos en el camino de esa clase de pensadores, que han sido educados de tal manera, que no conocen sino la teoría de las probalidades — esa teoría á la cual los más gloriosos objetos de las investigaciones humanas deben las más gloriosas ilustraciones. En el presente caso, si el oro hubiera desaparecido, el hecho de su entrega tres días antes, habría importado algo más que una coincidencia. Podía haber corroborado la idea de motivo. Pero bajo la circunstancia real del caso, si podemos suponer al oro el motivo de este crimen, debemos también imaginar al perpetrador tan vacilante como un idiota, para haber abandonado su oro y su motivo, todo junto.

« Guardando ahora firmemente en el cerebro, los puntos hacia que he llevado la atención de Vd. — esa voz especial, esa extraña agilidad, y esa sorprendente ausencia de motivo, en un asesinato tan singularmente atroz como éste — examinemos el crimen en sí mismo.

« Aquí hay una mujer estrangulada por la fuerza de las manos, y metida en una chimenea, con la cabeza para abajo. Ordinariamente los asesinos no emplean medios semejantes para matar. Todavía menos, ocultan así los cadáveres.

« En la manera de introducir el cuerpo en la chimenea Vd. admitirá que hay algo *excesivamente exagerado* — algo irreconciliable con lo natural de las acciones humanas, hasta cuando suponemos á los autores, los más depravados de los hombres. Piense Vd., además, cuán grande debe haber sido la *fuerza*

del que metió el cuerpo en la chimenea tan violentamente, que muchas personas juntas bastaron apenas para sacarlo.

« Volvamos ahora hacia las otras pruebas de esa fuerza extraordinaria. En el suelo había espesos mechones — muy espesos mechones — de cabello humano. Habían sido arrancados de raíz. Usted sabe la gran fuerza que se necesita para arrancar así de la cabeza, solamente veinte ó treinta pelos juntos. Usted vió esos mechones, tan bien como yo. Sus raíces (horroroso espectáculo) estaban adheridas á fragmentos del cuero cabelludo — prueba segura del prodigioso poder empleado para desarraigar quizá medio millón de una sola vez. La garganta de la vieja señora, estaba no solamente cortada, sino que la cabeza se hallaba separada del cuerpo; el instrumento era una simple navaja. Deseo que considere Vd. también la *brutal* ferocidad de estos crímenes. De las magulladuras de la señora L'Espanaye, no hablo. El Sr. Dumas y su excelente colega el Sr. Etienne han declarado que eran infligidas por algún instrumento obtuso; y hasta ahí, esos caballeros no se han equivocado. El instrumento obtuso es claramente la piedra del pavimento del patio, sobre la que ha caído la víctima desde la ventana próxima al lecho. Esta idea, por más simple que pueda parecer ahora, ha escapado á la Policía por la misma razón que le escapó la anchura de los postigos, — porque á causa de la presencia de los clavos, su percepción estaba herméticamente cerrada á la posibilidad de que las ventanas hubieran sido abiertas jamás.

« Si ahora, en adición á todas estas cosas, ha reflexio-

nado Vd. sobre el raro desorden del cuarto, hemos ido tan lejos como para combinar las ideas de una agilidad sorprendente, una fuerza suprahumana, una ferocidad brutal, una carnicería sin motivo, una *grotesquerie* en horror, absolutamente ajena á la humanidad, y una voz extraña en tono á los oídos de los hombres de muchas naciones, y privada de silabificación distinta ó inteligible. ¿Qué resulta, pues, de todo esto? ¿Qué impresión he hecho sobre su imaginación de Vd? »

Cuando Dupin me hizo esta pregunta sentí como si una serpiente se deslizara sobre mi cuerpo.

— Un loco, dije, ha sido el asesino — algún maníaco furioso escapado de una *Maison de Santé* de la vecindad.

— De algunos puntos de vista, replicó, la idea de Vd. es aceptable. Pero las voces de los locos, hasta en sus horribles paroxismos, no se parecen á esa voz especial, oída en los altos. Los locos son de alguna nación, y su lenguaje, por incoherentes que sean sus palabras, tiene siempre la coherencia de la silabificación. Además, el cabello de un loco no es como el que tengo en mis manos. Saqué estos cuatro ó cinco pelos de entre los rígidos dedos de la Sra. L'Espanaye. Dígame Vd. su opinión ahora.

— Dupin, dije completamente enervado, este pelo es de lo más extraño — éste no es pelo *humano*.

— No he asegurado que lo sea, dijo él, pero antes de decidirnos sobre este punto, deseo que examine Vd. el pequeño esbozo que he hecho aquí sobre este papel. Es un *facsímile* dibujado, de lo que ha sido descrito en una parte de las declaraciones como « negras magulladuras » y profundas impresiones de los dedos de una mano sobre la garganta de la señorita L'Espanaye, y

en otra (por los Sres. Dumas y Etienne) como serie de lívidas manchas, evidentemente « señales de dedos ».

— Usted percibirá, continuó mi amigo extendiendo el papel sobre la mesa delante de nosotros, que este dibujo da la idea de una firme y potente garra. No hay *deslizamiento* aparente. Cada dedo ha conservado — indudablemente hasta la muerte de la víctima — el horrible punto en que fué colocado desde el principio. Trate Vd. ahora de poner todos sus dedos al mismo tiempo, en las respectivas marcas que hay aquí

Hice el ensayo en vano.

— Evidentemente no es así como debemos sujetar á prueba este asunto, dijo Dupin. El papel está extendido sobre una superficie plana; pero la garganta humana es cilíndrica. Aquí hay un trozo de leña, cuya circunferencia es, poco más ó menos, la de la garganta. Enrolle Vd. el dibujo alrededor y hagamos el experimento de nuevo.

Lo hice; pero la dificultad fué todavía más obvia.

— Ésta, dije, no es la huella de una mano humana.

— Lea Vd. ahora, replicó Dupin, este pasaje de Cuvier.

Era una descripción anatómica, minuciosa, del gran Orangutáng leonado de las islas orientales. La gigantesca estatura, la prodigiosa fuerza y actividad, la ferocidad salvaje, y las propensiones imitativas de ese mamífero, son conocidas suficientemente de todo el mundo. Comprendí al fin el inmenso horror del asesinato.

— La descripción de los dedos, dije, cuando hube concluído de leer, concuerda exactamente con este dibujo. No veo que otro animal, sino un Orangután,

de la especie aquí mencionada, podía haber dejado huellas como las que Vd. ha trazado. Este mechón de pelo leonado es, además, idéntico en carácter al de la bestia descrita por Cuvier. Pero no puedo comprender de una manera clara, todas las circunstancias de este horroroso misterio. *Dos* voces fueron oídas en disputa, y una de ellas era incuestionablemente la voz de un francés.

— Cierto; y Vd. recordará una expresión atribuída, casi unánimemente, por los declarantes, á esa voz — la expresión *mon Dieu*. Con relación á las circunstancias averiguadas, ha sido perfectamente caracterizada por uno de los testigos (Montani, el confitero) como una expresión de reconvención ó reproche. Sobre esas dos palabras, he edificado principalmente mis esperanzas de una completa solución del asunto. Un francés tiene conocimiento íntimo del misterio. Es posible — á la verdad — es hasta más que probable — que sea inocente de toda participación en los sangrientos sucesos de que nos ocupamos. El Orangután, puede habérsele escapado. Puede haberlo seguido hasta el cuarto; pero por las terribles circunstancias que se produjeron puede ser que no haya vuelto á capturarlo. El mono está libre todavía. No proseguiré estas conjeturas — pues no puedo llamarlas de otra manera — desde que las sombras de reflexión sobre que se basan, son apenas de la profundidad suficiente para ser apreciables á mi propio intelecto, y desde que no puedo pretender hacerlas inteligibles á nadie. Las llamaremos, pues, conjeturas; y hablaremos de ellas como si fuesen tales. Si el francés en cuestión, es, como supongo, inocente de esa atrocidad, este aviso, que dejé anoche cuando

volvíamos á casa, en la oficina de *Le Monde* (un diario consagrado á los intereses marítimos, muy buscado por los marineros) le traerá hasta nuestra morada.

Me tendió un papel y leí :

« HALLAZGO. En el bosque de Boulogne, en la mañana del... corriente (*la mañana en que se cometió el crimen*) muy temprano, fué encontrado un gran Orangután leonado, de la especie de Borneo. El dueño de este animal (que se sabe ser un marinero, perteneciente á un buque maltés) puede recobrarlo después de probar satisfactoriamente su derecho, pagando algunos gastos ocasionados por la captura y mantención. Acudir á la calle... N.º... Faubourg Saint-Germain —tercer piso. »

— ¿Cómo ha sido posible, pregunté, que pueda Vd. saber que el dueño es un marinero perteneciente á un navío maltés?

— No lo *sé*, dijo Dupin. No estoy *seguro* de ello. Aquí tengo, sin embargo, un pequeño trozo de cinta, que por su forma y por su grasienta apariencia, ha sido usado evidentemente para atar una de esas largas *colas* á que son tan aficionados los marineros. Además, este nudo es uno de los que pocos marineros saben hacer, y es peculiar á los malteses. Recogí esta cinta en lo bajo de la cadena del pararrayos. No puede haber pertenecido á ninguna de las asesinadas.

« Ahora, si después de todo, equivocado en mi inducción acerca de esta cinta (que el francés es un marinero perteneciente á un buque maltés), no he cometido ningún mal diciendo lo que he dicho en el aviso. Si me

engaño, el francés supondrá simplemente que he sido engañado por algunas circunstancias que no querrá tomarse el trabajo de averiguar. Pero si tengo razón, hay un gran punto ganado.

« Sabedor, aunque inocente, del asesinato, el francés naturalmente vacilará sobre si responderá al aviso — sobre si reclamará el Orangután. Razonará así: Soy pobre; mi Orangután es de un gran valor — para mis circunstancias, es una fortuna — ¿por qué iré á perderle por tontas aprensiones? Esta ahí, en mis manos, puede decirse. Ha sido encontrado en el bosque de Boulogne — á una gran distancia del teatro de la carnicería.? Cómo podrá sospecharse jamás que una bestia sea la autora de esos asesinatos? La Policía está á oscuras — no ha podido hallar la más pequeña huella. Aunque encontrasen alguna vez el rastro del animal, les sería imposible probarme que sé algo del asesinato, ó encontrarme delito por ese conocimiento. Sobre todo, se *me conoce*. El que ha hecho el aviso me designa como el poseedor del animal. No estoy seguro sobre la extensión de sus datos á este respecto. Si dejara de reclamar tan valiosa propiedad, á la que se sabe tengo derechos, no conseguiré sino hacer sospechoso al animal. No es prudente atraer la atención ni sobre mí mismo, ni sobre la bestia. Contestaré el aviso, obtendré el Orangután, y lo guardaré hasta que este asunto sea olvidado.

En este instante oimos pasos en la escalera.

— ¡ Esté Vd. pronto ! dijo Dupin — prepare las pistolas, pero ni las use ni las muestre hasta una señal mia.

La puerta de la calle había sido dejada abierta, y el

visitante había entrado, sin llamar, y subido algunos peldaños. Parecía vacilar. De repente, lo oimos que se volvía. Dupin corrió á la puerta, cuando oimos que subía de nuevo. Esta vez no vaciló; subió con decisión y llamó á la puerta de nuestro cuarto.

— Entre Vd., dijo Dupin con un tono alegre y tranquilo.

Entró un hombre. Era un marinero evidentemente — una alta, robusta y musculosa persona, con una expresión de salvaje atrevimiento, nada tranquilizador. Su rostro, muy quemado por el sol, tenía la mitad oculta por las patillas y el *mustaccio*. Llevaba consigo un formidable garrote de roble, pero parecía no tener más armas. Se inclinó torpemente y nos dió las « buenas noches » con un acento francés, que aunque recordaba algo el de los naturales de Neufchâtel, indicaba suficientemente un origen parisiense.

— Siéntese Vd., amigo, dijo Dupin. Supongo que ha venido Vd. por el Orangután. Palabra de honor, casi envidio á Vd. la posesión de ese animal; es notablemente hermoso, y sin duda, de un gran valor. ¿ Qué edad cree Vd. que tenga?

El marinero aspiró el aire, con el aspecto de un hombre relevado de alguna carga intolerable, y replicó con un tono tranquilo :

— No tengo cómo saberlo bien, pero no puede tener más de cuatro ó cinco año. ¿ Le tiene Vd. aquí?

— ¡ Oh ! no ; no tenemos comodidad para guardarle. Está en una caballeriza en la calle Dubourg, muy cerca de aquí. Le recobrará Vd. mañana. ¿ Es decir que tiene Vd. cómo probar sus derechos?

— Ciertamente, señor.

— Sentiré separarme de él, á la verdad, dijo Dupin.

— No pretendo que Vd. se haya molestado inútilmente, dijo el hombre. No lo he esperado. Estoy dispuesto á pagar un premio por el hallazgo del animal — un premio razonable, se entiende.

— Bien, replicó mi amigo, es muy justo seguramente. ¡ Déjeme Vd. pensar ! ¿ que me convendrá tener ? ¡ Ah ! le diré á Vd. Mi premio será éste. Me dará Vd. todos los datos que posea acerca de los crímenes de la calle Morgue.

Dupin dijo estas últimas palabras, en un tono muy alto y con mucha tranquilidad. Con la misma serenidad, fué hasta la puerta, la cerró y guardó la llave en su bolsillo. Sacó en seguida una pistola de su pecho y sin la menor violencia, la puso sobre la mesa.

El rostro del marinero se coloreó como si hubiera estado luchando con una sofocación. Se enderezó sobre sus pies repentinamente y empuñó su garrote; pero un segundo después cayó en su asiento, temblando, y con la expresión de la muerte en su fisonomía. No habló ni una palabra. Le compadecía yo desde el fondo de mi corazón.

— Amigo mío, dijo Dupin, con voz bondadosa : Vd. se alarma sin necesidad. No tenemos ninguna intención dañada. Empeño á Vd. mi honor de caballero y de francés, de que no pretendemos hacer á Vd. ningún mal. Sé perfectamente bien que Vd. es inocente de las atrocidades de la calle Morgue. Eso no quiere decir, sin embargo, que niegue que Vd. está algo complicado en ellas. De lo que acabo de decir, Vd. puede comprender que he tenido medios de información sobre este asunto, que no se habría Vd. imaginado jamás. La cuestión es

ésta, ahora. Vd. no ha hecho nada que debiera ser ocultado — nada, ciertamente, que le haga culpable. No se puede acusar á Vd. ni siquiera de robo, habiendo podido robar con impunidad. Vd. no tiene nada que ocultar. No hay razón de hacerlo. Por otro lado, está Vd. compelido por los principios del honor á confesar todo lo que sabe. Un hombre se halla preso, acusado del crimen cuyo perpetrador puede ser indicado por Vd.

El marinero había recobrado su presencia de ánimo, en gran parte, mientras que Dupin profería esas palabras, pero había desaparecido su aspecto de tranquilidad.

— ¡ Que Dios me ayude! dijo después de una breve pausa. Voy á decir á Vd. todo lo que sé sobre este asunto — aunque no espero que Vd. crea en la mitad de lo que diga — sería un loco si lo hiciera. Sin embargo, *soy* inocente, y haré una sincera confesión aunque deba morir en seguida.

Lo que nos narró, fué en sustancia lo siguiente. Había hecho últimamente un viaje al Archipiélago Indio. Unas cuantas personas se bajaron en Borneo, con objeto de hacer una excursión, por recreo, en el interior del país. Entre ellas, iba él. Junto con otro compañero habían capturado al Orangután. Habiendo muerto ese compañero, el animal llegó á ser de su exclusiva propiedad. Después de grandes dificultades, ocasionadas por la intratable ferocidad del cautivo durante el viaje de regreso, consiguió por último alojarlo convenientemente en su propia residencia en París, donde para no atraer la desagradable curiosidad de los vecinos, le escondió con cuidado, durante algún tiempo, hasta que sanó de una herida

en una mano, causada por una astilla de madera á bordo.

Su última intención era venderlo. Volviendo á su casa, de una francachela de marineros, en la noche, más bien en la mañana del asesinato, encontró al animal en su propia alcoba, en la que había entrado violentamente, por un pequeño gabinete, en el cual, según se había creído, estaba sólidamente sujeto. Con una navaja de barba en la mano, y enteramente lleno de jabón el rostro, se había sentado frente á un espejo, y trataba de afeitarse, operación que había observado sin duda en su amo, espiándolo por la cerradura del gabinete en que estaba prisionero.

Aterrado á la vista de un arma tan peligrosa en la posesión de animal tan feroz y tan capaz de servirse de ella, no había sabido qué hacer en los primeros momentos. Le había reducido siempre, hasta en sus más salvajes cóleras, por medio de un látigo, y acudió á él. Al ver el látigo, el Orangután, se arrojó de un salto á la puerta de la pieza, bajó las escaleras, y por una ventana, infortunadamente abierta, ganó la calle.

El francés lo siguió con desesperación. El mono, todavía con la navaja en la mano, se paraba de cuando en cuando, para mirar para atrás y gesticular á su perseguidor, hasta que era casi alcanzado. Entonces volvía á disparar. De esta manera continuó la caza, algún tiempo. Al pasar por una alameda, tras de la calle Morgue, la atención del fugitivo fué atraída por una luz que brillaba en la ventana de la habitación de la señora L'Espanaye, en el cuarto piso de su casa. Arrojándose sobre el edificio, percibió la cadena del pararrayos, trepó por ella con inconcebible agilidad,

asió el postigo, que estaba extendido enteramente sobre la pared, y balanceándose en él, fué á caer directamente sobre la cabecera del lecho. En todo esto no tardó ni un minuto. El postigo fué abierto de nuevo, de una patada, por el Orangután, al entrar al cuarto.

El marinero, mientras, estaba regocijado y al mismo tiempo, perplejo. Tenía grandes esperanzas de volver á capturar al animal, pues casi no podía escapar de la trampa en que se había aventurado, excepto por la cadena del pararrayos, donde era fácil detenerlo. Por otro lado, había motivos de estar ansioso acerca de lo que podría hacer en la casa. Esta última reflexión hizo que se apresurara más aún en seguir al fugitivo. Una cadena de pararrayos es fácil camino, especialmente para un marinero; pero cuando llegó á la altura de la ventana, que quedaba lejos, á su izquierda, tuvo que detenerse; lo más que pudo hacer fué enderezarse hasta poder mirar en el interior del cuarto. Lo que vió entonces fué tan horroroso que faltó poco para que cayera. Fué entonces que se elevaron, en medio del silencio de la noche, los horribles gritos que sorprendieron en el sueño á los habitantes de la calle Morgue.

La señora L'Espanaye y su hija, vestidas con sus traje de dormir, habían estado ocupadas, aparentemente, en arreglar algunos papeles en el cofrecillo de hierro ya citado, y que había sido trasportado al medio del cuarto. Estaba abierto, y su contenido en el suelo.

Las víctimas deben haber estado sentadas dando la espalda á la ventana; y por el tiempo corrido

entre la entrada del animal y los gritos, parece probable que no lo vieron inmediatamente.

El ruido del postigo puede haber sido atribuído al viento.

Cuando el marinero miró, el gigantesco cuadrúpedo había asido á la señora L'Espanaye por el cabello (que estaba suelto como si lo hubiera estado peinando), y agitaba la navaja cerca de su rostro, imitando los movimientos de un barbero. La hija estaba inmóvil ; se había desmayado.

Los gritos y esfuerzos de la vieja señora (durante los cuales le fué arrancado el pelo de la cabeza) tuvieron por efecto cambiar en cólera las disposiciones probablemente pacíficas del Orangután. Con un rápido movimiento de su brazo formidable, le separó la cabeza del cuerpo, casi completamente. La vista de la sangre inflamó su ira hasta el frenesí. Rechinando los dientes, echando fuego por los ojos, se lanzó sobre el cuerpo de la joven, y hundiéndole sus terribles garras en la garganta, las mantuvo en ella hasta que expiró. Sus miradas extraviadas y salvajes cayeron en ese momento sobre la cabecera del lecho, donde vió el rostro de su amo, rígido por el horror. La furia del animal, que sin duda conservaba todavía el recuerdo del temido látigo, fué instantáneamente cambiada en miedo.

Sabiendo que merecía castigo, pareció deseoso de ocultar los sangrientos despojos, y saltaba en el cuarto en una agonía de agitación nerviosa, derribando y rompiendo los muebles, y arrancando las ropas y colchones del lecho. Asió primero el cuerpo de la hija y le metió entre la chimenea, como fué encontrado;

después, el de la vieja señora, que arrojó en el acto de cabeza por la ventana.

Cuando el mono se aproximaba á la ventana con su mutilada carga, el marinero retrocedió espantado hacia la cadena del pararrayos, y deslizándose más bien que bajando por ella, se apresuró á llegar á su casa de una vez — temiendo las consecuencias de la carnicería, y abandonando, en su terror, toda solicitud acerca del destino del Orangután. Las palabras oídas por los vecinos al subir la escaleras, fueron las exclamaciones de horror del francés, mezcladas á la diabólica jerigonza de la bestia.

No tengo nada que añadir, casi. El Orangután debe haber escapado del cuarto, por la cadena del pararrayos, antes de que violentaran la puerta. Debe haber cerrado la ventana tras de sí. Fué posterioremente capturado por el propietario, quien obtuvo por él una fuerte suma en el *Jardín des Plantes*.

Le Bon fué inmediatamente puesto en libertad, después de nuestra narración (con algunos comentarios de Dupin) en el *bureau* del Prefecto de Policía. Este funcionario, aunque bien dispuesto hacia mi amigo, no podía ocultar del todo su mal humor al ver el aspecto que habían tomado los negocios, y se permitió un sarcasmo ó dos, acerca de la conveniencia de que cada persona atendiera únicamente sus propias obligaciones.

— Déjele Vd. hablar, dijo Dupin que no había creído necesario replicar. Déjele Vd. discurrir, eso

aliviará su conciencia. Estoy satisfecho con haberlo derrotado en su propio terreno. Sin embargo, que no haya podido dar solución á este misterio, no quiere decir que él sea tan sorprendente como lo supone; pues, á la verdad, nuestro amigo el Prefecto, es demasiado ingenioso para ser profundo. Su saber no tiene *base*. Es todo cabeza y no tiene cuerpo, como los cuadros de la Diosa Laverna — ó mejor, todo cabeza y paletas como un bacalao. Pero es un buen hombre á pesar de todo. Lo aprecio especialmente por un golpe maestro de mogigatería, merced al que ha alcanzado su reputación de ingeniosidad. Quiero hablar de su costumbre de « negar lo que es y explicar lo que no es (1). »

(1) J.-J. Rousseau, *la Nouvelle Héloïse*. E.-A. Poe.

# EL MISTERIO DE MARÍA ROGÉT

## ADVERTENCIA

La siguiente obra de Poe, será, creo, mejor apreciada, si se conocen las circunstancias especiales que rodearon su aparición por primera vez en el *Graham's Magazine*, en Noviembre de 1842 (1).

Una joven, *María Cecilia Rogers*, fué asesinada en la vecindad de New-York; y aunque su muerte ocasionó una intensa y duradera sensación, el misterio que envolvía el crimen permaneció en el mismo estado, hasta el período en que esta obra fué escrita y publicada. En ella, bajo el pretexto de relatar el fallecimiento de una *grisette* de París, el autor ha seguido, detalle por detalle, el asesinato real de María Rogers, haciendo simplemente un paralelo entre ese hecho y el crimen supuesto en la persona de la griseta. Así todos los argumentos fundados sobre lo ficticio eran aplicables á la verdad, y la investigación de la verdad fué el objeto.

*El Misterio de María Rogét* fué escrito á una gran distancia del teatro de la atrocidad real, y sin ningunos otros medios de investigación que los diarios que se podían proporcionar. Así, mucho escapó al escritor de lo que podía haberle sido útil si hubiera estado en el lugar del suceso y visitado las localidades. Puede no ser impropio recordar, sin embargo, que la confesión de dos personas (una de ellas la Sra. Deluc, que figura en la narración) hecha en diferentes períodos, y mucho después de la publicación de esta novela, confirmaron por completo, no sólo la conclu-

(1) *Gill's Life of Poe*, pág. 106. Tercera edición, Londres, 1878.

sión general, sino absolutamente todos los principales detalles hipotéticos por los cuales fué alcanzada esa conclusión (1).

Los nombres empleados por Edgar Poe en la obra que va á leerse, son simplemente pseudónimos con que oculta los personajes reales, y he considerado innecesario hacerlos conocer, por cuanto no ofrecen ningún interés, dado el tiempo trascurrido y la naturaleza del asunto.

*El Misterio de María Rogét*, pertenece á una trilogía basada sobre el mismo análisis sutil y maravilloso de las circunstancias que rodean un hecho lleno de misterio. Esta trilogía comienza en *Los Crímenes de la calle Morgue* y concluye con la *Carta Robada*.

C. O.

> Hay series ideales de sucesos que corren paralelamente á los reales. Coinciden entre sí raras veces. En general, los hombres y las circunstancias modifican la sucesión ideal de los acontecimientos, de tal manera, que parece imperfecta, y sus consecuencias son igualmente imperfectas. Ejemplo: la Reforma; en lugar del protestantismo, vino el luteranismo.
>
> (NOVALIS) (2).

Hay pocas personas, hasta entre los pensadores más calmosos, que no hayan temblado ante una vaga aunque penetrante semi-creencia en lo sobrenatural, adquirida á la vista de *coincidencias* de un carácter tan aparentemente maravilloso, que el intelecto ha sido incapaz de recibirlas como *simples coincidencias*. Tales sentimientos, para la semicreencia de los que hablo, no han tenido nunca la completa fuerza del *pensamiento*; tales sentimientos son rara vez ahogados del

(1) Estas líneas se encuentran al pie de la novela de que me ocupo, en las dos ediciones de Poe que poseo, y han sido escritas por él mismo en la edición de Cuentos publicados durante su vida, según se desprende de *Gill's Life of Poe*, pág. 107.

(2) Pseudónimo de Van Hardenberg

todo, á no ser por referencia á la doctrina del acaso, ó como ha sido llamada técnicamente, el Cálculo de las Probabilidades. Ahora bien, este cálculo, en su esencia, es puramente matemático : y así tenemos la anomalía de lo más rígidamente exacto en ciencia, aplicado á la sombra, á la espiritualidad de lo más intangible en especulación.

Se encontrará que los extraordinarios detalles que he sido exhortado á publicar, forman, teniendo en cuenta el tiempo corrido, la primera de una serie de *coincidencias* apenas inteligibles, cuya rama secundaria ó final será reconocida por todos los lectores del *asesinato de María Cecilia Rogers*, en New-York.

Cuando en un artículo titulado *Los Crímenes de la calle Morgue*, traté, hace un año, de pintar algunos notabilísimos rasgos del carácter mental de mi amigo el señor C. Augusto Dupin, no me figuré tener que ocuparme de nuevo del mismo asunto. Esa pintura del carácter constituía mi designio ; y este designio se vió completamente satisfecho en la extraña sucesión de circunstancias narradas como una prueba de la idiosincracia de Dupin. Hubiera podido presentar otros ejemplos, pero no habría probado más. Hechos producidos hace poco, sin embargo, me habían llevado en su sorprendente desenvolvimiento, á algunas conclusiones que traerán consigo el aspecto de confesiones violentas. Oyendo lo que he oído últimamente, sería, á la verdad, extraño que guardara silencio acerca de lo que he oído y sabido hace tanto tiempo.

Después del desenlace de la tragedia oculta en las muertes de Madame L'Espanaye y su hija, Dupin relegó el asunto al olvido y volvió á caer en sus antiguos

hábitos de extravagante meditación. Dispuesto, en todo tiempo, á las abstracciones, caí prontamente en ellas con su *humour;* y continuando en nuestros cuartos del Faubourg Saint-Germain, dejábamos el futuro á los vientos y reposábamos tranquilamente en el presente, cruzando en sueños el oscuro mundo de nuestro alrededor.

Pero estos sueños eran interrumpidos algunas veces. Puede fácilmente suponerse qne el rol jugado por mi amigo en el drama de la calle Morgue había hecho impresión en el ánimo de la Policía parisiense. El nombre de Dupin se convirtió, para sus agentes, en una palabra familiar.

El simple carácter de las inducciones con que había desembrollado el misterio no había sido explicado ni aun al Prefecto, ni á ninguna otra persona que á mí; no es sorprendente que el asunto fuera mirado como poco menos que milagroso, ó que la capacidad analítica de Dupin adquiriera para él, el crédito de la intuición. Su franqueza hubiera hecho desengañar de esa preocupación á cualquier curioso; pero su *humour* indolente le prohibía toda agitación ulterior sobre un tópico cuyo interés había cesado hacía tiempo para él. Sucedió que la Policía puso en él los ojos, como en un faro guiador; y no fueron pocas las veces que se pretendió utilizar sus servicios en la Prefectura. Uno de los más notables ejemplos fué el del asesinato de una niña llamada María Rogêt.

Ocurrió este suceso como dos años después de la atrocidad de la calle Morgue. María, cuyos nombres cristiano y de familia, llamarán la atención por su parecido con los de la infortunada « cigargirl », era la

única hija de la viuda Estela Rogêt. El padre había fallecido cuando esta niña tenía muy poca edad aún, y desde el periodo de su muerte hasta ocho meses antes del asesinato que motiva nuestra narración, madre é hija habían vivido juntas en la calle Pavée Saint-Andrée; la señora tenía allí una « casa de huéspedes », ayudada por María. Pasó así el tiempo, hasta que la última hubo cumplido 22 años de edad; su notable belleza llamó la atención de un perfumista que ocupaba uno de los almacenes del entresuelo del Palais Royal, y cuya clientela era formada principalmente por los terribles aventureros que infestaban la vecindad. El señor Le Blanc no ignoraba las ventajas que reportaría á su establecimiento la asistencia de la hermosa María; y sus liberales proposiciones fueron aceptadas ardientemente por la joven, aunque con gran disgusto de su señora madre.

Las esperanzas del negociante se vieron realizadas, y sus salones llegaron bien pronto á hacerse célebres, gracias á los encantos de la espiritual *grisette*. Llevaba ella un año en su empleo, cuando sus admiradores fueron confundidos por su repentina desaparición de la tienda. El señor Le Blanc no pudo dar explicaciones acerca de su ausencia, y la señora Rogêt se vió presa de ansiedad y terror. Los diarios recogieron inmediatamente el tema y la policía estaba á punto de hacer serias investigaciones, cuando, una bella mañana, después de una semana, María, en buena salud, aunque con aire algo triste, hizo su reaparición en su habitual mostrador de la perfumería. Toda averiguación, excepto las de carácter privado, fué abandonada inmediatamente, como se comprende. El señor Le Blanc profe-

saba una ignorancia total; lo mismo que antes. María con la señora Rogêt replicaba á todas las preguntas, que la última semana la había pasado en el campo, en casa de una parienta. Así se apaciguó el asunto, y fué olvidado por todo el mundo; porque la joven, ostensiblemente para librarse de la impertinencia de la curiosidad, dió pronto un último adiós al perfumista y se refugió en la residencia de su madre, calle Pavée Saint-Andrée.

Fué cerca de cinco meses después de su retorno á la casa, que sus amigos se alarmaron por una segunda desaparición repentina. Corrieron tres días, y no se supo nada de ella. Al cuarto día su cuerpo fué encontrado flotando en el Sena, cerca de la ribera opuesta al barrio de la calle Saint-Andrée y en un punto no muy distante de la apartada vecindad de la Barrera de Roule.

La atrocidad de este asesinato (porque era evidente que se había cometido asesinato), la juventud y belleza de la víctima, y sobre todo, lo conocida que era, conspiraban para producir una intensa excitación en el ánimo de los sensitivos parisienses. No me acuerdo que ningún otro accidente de este carácter haya producido jamás un efecto tan general y tan intenso. Durante muchas semanas, en la discusión de este absorbente tema, fueron olvidados hasta los importantes tópicos de la política diaria. El prefecto hizo esfuerzos que no había hecho nunca; y los medios de toda la Policía parisiense fueron empleados en todos sentidos.

Después del descubrimiento del cadáver, no se supuso que el asesino pudiera escapar, por más de un breve período, á la inquisición que fué inmediatamente puesta

en juego. Sólo después de una semana se juzgó necesario ofrecer un premio ; y hasta entonces este premio fué limitado á mil francos. Mientras tanto, las diligencias se practicaban con vigor, si no siempre con buen juicio, y un gran número de individuos fueron examinados sin éxito alguno, y debido á la obstinada ausencia de todo dato que pudiera descubrir el misterio, la excitación del pueblo crecía grandemente. Al final del décimo día fué considerado conveniente doblar la suma ofrecida; y al último, habiendo corrido la segunda semana sin conducir á ningún descubrimiento, y habiéndose manifestado en algunos serios motines la preocupación que existe en París contra la Policía, el Prefecto resolvió ofrecer, por sí mismo, la suma de 20.000 francos por « la convicción del asesino » ó si más de uno estaba implicado en el hecho, « por la convicción de alguno de los asesinos ». En la proclama que anunciaba este premio, se prometía un completo perdón á cualquier cómplice que delatase á los criminales ; y á todo se añadía, el aviso particular de un comité de ciudadanos, que ofrecía 10.000 francos, en adición á la cantidad propuesta por la Prefectura. El total del premio alcanzaba, pues, á treinta mil francos, que debe ser mirado como una suma extraordinaria, si consideramos la humilde condición de la joven y la mucha frecuencia con que en las grandes ciudades, tienen lugar atrocidades como la que hemos narrado.

Nadie dudaba casi que, de esa manera, cesara el misterio del asesinato. Pero, aunque en uno ó dos casos, se hicieron capturas que prometían aclaración, nada pudo descubrirse que arrojara sospechas sobre los presos ; y fueron puestos inmediatamente en liber-

tad. Extraño parecerá que la tercera semana, desde el encuentro del cadáver, hubiera pasado, y hubiera pasado sin que se descubriera nada respecto á los asesinos, sin que ni el más leve rumor de los sucesos que así habían agitado al público, fuera á herir los oidos de Dupin ni de mí mismo. Empeñados en investigaciones que habían absorbido toda nuestra atención, hacía cerca de un mes que ninguno de los dos habíamos salido á la calle ni recibido una visita, ni hecho más que ojear los artículos principales sobre política en uno de los diarios. El primer aviso del crimen nos fué llevado por G*** en persona. Entró á casa, temprano, en la mañana del 13 de Julio de 18... y permaneció con nosotros hasta tarde de la noche. Estaba picado por la inutilidad de sus esfuerzos para dar con la pista de los asesinos. Su reputación —esto lo dijo con un aire exclusivamente parisiense— estaba empeñada. Hasta su honor se hallaba comprometido. Los ojos del pueblo estaban fijos sobre él; y no había, en realidad, ningún sacrificio que no deseara hacer por el descubrimiento del misterio. Concluyó su discurso algo raro con un cumplimiento sobre lo que le agradó llamar el *tacto* de Dupin, y le hizo una proposición directa y ciertamente liberal, cuya naturaleza precisa no tengo el poder para manifestar, y que además no está ligada al objeto propio de esta narración.

Mi amigo respondió al cumplimiento como mejor pudo, pero aceptó la proposición, aunque sus ventajas eran del todo provisionales. Habiendo sido fijado este punto, el Prefecto nos explicó sus propias opiniones, mezclándolas con largos comentarios respecto á los testimonios recogidos; de los cuales no estábamos,

todavía, en posesión. Discurrió mucho, y sin duda, sabiamente, hasta que aventuré una insinuación respecto á lo lentamente que pasaba la noche. Dupin, sin variar de postura en su habitual silla de brazos, era la personificación de la atención respetuosa. Tuvo puestas sus gafas durante toda la entrevista; y una incidental ojeada por debajo de sus cristales verdes, bastó para convencerme que había dormido no poco profundamente, aunque en silencio, las siete ú ocho pesadas horas que precedieron inmediatamente á la partida del Prefecto.

Al día siguiente por la mañana, procuré en la Prefectura una relación completa de todos los datos adquiridos, y en las oficinas de varios diarios, un ejemplar de todos aquellos en que se había publicado algún informe decisivo sobre este triste asunto. Libre de lo que había sido positivamente confutado, aquella reunión de informes establecía lo siguiente :

María Rogêt dejó la residencia de su madre, en la calle Pavée Saint-Andrée, cerca de las nueve de la mañana, el domingo 22 de Junio de 18... Al salir comunicó al señor Jacques St-Eustache, y solamente á él, su intención de pasar el día en casa de una tía quereside calle de Drômes. La calle de Drômes es una estrecha aunque populosa calle, no lejos de los bancos del río, y á una distancia de casi dos millas, en la línea más directa posible, desde la casa de huéspedes de la señora Rogêt. St-Eustache era el pretendiente aceptado de María, y se alojaba y comía en la « casa de huéspedes ». Debía ir por ella al anochecer y acompañarla hasta su domicilio. A la tarde, sin embargo, llovió copiosamente ; y suponiendo que pasaría la

noche en casa de su tía (como lo había hecho antes, en idénticas circunstancias), no creyó necesario cumplir su promesa. Cuando la noche se acercó, la señora Rogêt (que es enferma y de setenta años de edad) expresó el temor « de que no vería de nuevo á su hija »; pero esta observación atrajo poco cuidado en ese momento.

El lunes se supo que la joven no había estado en la calle de Drômes; y habiendo pasado el día sin que se tuvieran noticias de ella, se hizo una pequeña investigación en muchos puntos de la ciudad y sus alrededores. Sin embargo, recién al cuarto día de su desaparicion fué que se averiguó algo de cierto respecto á ella. Ese día (miércoles, 25 de Junio) un señor Beauvais, que con un amigo, había estado inquiriendo por María cerca de la Barrera del Roule, en la ribera del Sena opuesta á la calle Pavée Saint-Andrée, fué informado que un cuerpo acababa de ser recogido por algunos pescadores que lo habían encontrado flotando en el río. Después de examinarlo y hesitar algún tiempo, lo identificó como el de la joven perfumista. Su amigo la reconoció más prontamente que él.

El rostro estaba cubierto en algunos puntos por sangre negra, que brotaba del interior de su boca. No había espuma en ella, como en los casos de simple muerte por sumersión. No había decoloración en el tejido celular. En la garganta presentaba magulladuras é impresiones de dedos. Los brazos estaban encorvados sobre el pecho, y rígidos. La mano derecha estaba cerrada; la izquierda medio abierta. En la muñeca izquierda se notaban dos escoriaciones circulares, evidentemente efecto de cuerdas, ó de una cuerda

que había sido enrollada. Una parte de la muñeca derecha, también, estaba muy desollada, lo mismo que la espalda en toda su extensión pero más especialmente en los omoplatos. Para sacar el cuerpo á tierra, los pescadores le habían atado con una cuerda, pero ninguna de las escoriaciones había sido causada por ella. La carne del cuello se hallaba muy hinchada. No había ninguna herida aparente ni magulladura que pareciera efecto de heridas. Un trozo de cordel se encontró tan apretado alrededor del cuello, que se ocultaba á la vista ; estaba completamente enterrado en la carne y anudado tras de la oreja izquierda. Esto sólo hubiera bastado para producir la muerte. Los testimonios médicos hablan confidencialmente del carácter virtuoso de la finada. Había sido víctima, decían, de una violencia brutal. El cuerpo estaba en tal estado cuando se le encontró, que no podía haber ninguna dificultad en reconocerlo.

El vestido se hallaba roto y en completo desorden. En la ropa exterior, una tira de cerca de un pie de ancho, había sido rasgada hacia arriba desde el extremo del dobladillo hasta el talle, pero no arrancada. Había sido enrollada tres veces en la cintura y asegurada por una especie de nudo en la espalda. La ropa que seguía inmediatamente bajo la bata era de rica muselina; y de ella había sido arrancada por completo una tira de ocho pulgadas de ancho, arrancada con mucha igualdad y con gran cuidado. Fué encontradaalrededor de su cuello, flojamente adaptada y asegurada con un fuerte nudo. Sobre esta tira de muselina y sobre el trozo de cuerda, habían sido atadas las cintas de una gorra, que pendía, ligada por ellas. El nudo

que sujetaba las cintas de esta gorra, no era de una señora, sino más bien de un marinero.

Después que el cuerpo hubo sido reconocido, no se le llevó, como es de costumbre, á la Morgue, pues esta formalidad era superflua, y se le enterró apresuradamente no lejos del punto en que había sido sacado del río. Por las diligencias de Beauvais, el asunto fué industriosamente ocultado; tanto como fué posible; y muchos días corrieron, sin que el público supiera nada de lo sucedido. Un periódico, semanal, sin embargo, se apoderó del tema; el cuerpo fué desenterrado y se produjo un nuevo examen médico; pero nada fué descubierto fuera de lo que ha sido ya dicho. Los vestidos, no obstante, fueron sometidos á la inspección de la madre y hermanos de la muerta, y resultaron ser exactamente los mismos que llevaba la joven al abandonar su casa:

Mientras tanto, la excitación popular crecía de hora en hora. Algunos individuos fueron arrestados y puestos en libertad, en seguida. En St-Eustache recayeron especialmente las sospechas; y no pudo al principio, probar dónde había estado durante el domingo en que María salió de su domicilio. Subsecuentemente, sin embargo, dió al señor G*** una declaración satisfactoria acerca de las horas del día en cuestión. Como el tiempo pasaba sin que se descubriera nada, circularon mil contradictorios rumores, y los mismos periodistas se ocuparon en hacer *sugestiones*. Entre ellas la que llamó más la atención, fué la idea de que María Rogêt vivía aún, y que el cuerpo encontrado en el Sena era el de alguna otra desgraciada. Será conveniente, dé á conocer al lector algunos pasajes que resumen las

sugestiones de que he hablado. Estos pasajes son traducciones *literales* de *l'Etoile :* diario redactado en general con mucha habilidad :

« La señorita Rogêt dejó la casa de su madre, en la mañana del domingo 22 de Junio de 18... con el ostensible propósito de ir á ver á su tía ó alguna otra parienta, en la calle de Drômes. No se ha podido probar que nadie la haya visto después de esa hora. No hay absolutamente ninguna huella ni noticia de su persona... Nadie se ha presentado, hasta este momento, que la haya visto, ese día, después de la hora en que salió de su casa. Ahora, aunque no tenemos la evidencia de que María Rogêt estaba en la tierra de los vivos después de las 9 del domingo 22 de Junio, existen pruebas, de que antes de esa hora, estaba viva. El miércoles á medio día, á las doce, un cuerpo de mujer fué descubierto flotando en la margen de la Barrera de Roule. Hacía, pues, hasta si presumimos que María Rogêt fué arrojada al río tres horas después de salir de casa de su madre, solamente tres días que había desaparecido de su domicilio : tres días menos una hora. Pues, es locura suponer que el asesinato, si asesinato había sido cometido, podía haberse consumado lo suficientemente temprano para permitir á los asesinos arrojar el cuerpo al río, antes de media noche. Los autores de crímenes tan horribles, escogen la oscuridad más bien que la luz... Vemos por estas consideraciones, que si el cuerpo encontrado en el río, *era* el de María Rogêt, no podía haber estado en el agua sino dos días y medio, ó tres, cuando más. Todas las experiencias han mostrado que

los cuerpos de ahogados, ó los cuerpos arrojados al agua inmediatamente después de ser muertos por violencia, necesitan de seis á diez días para que una descomposición suficiente les permita salir á la superficie del agua. Hasta cuando se dispara un cañón cerca de un cadáver y llega á sobrenadar después de cinco ó seis días de inmersión, se hunde de nuevo, si no se le recoge. Ahora preguntamos, ¿ qué hay en este caso que autorice una desviación del curso ordinario de la naturaleza ?... Si el cuerpo hubiera sido guardado en su sangriento estado hasta el martes á la noche, se habría encontrado alguna huella de los asesinos. Es un punto dudoso, también, si el cuerpo hubiera flotado tan pronto, hasta habiendo sido muerto dos días antes. Además, es muy poco probable que los infames que hubieran cometido un asesinato tal como se le supone, arrojaran el cuerpo al agua, sin atarle un peso cualquiera á los pies, cuando esa precaución se podía haber tomado tan fácilmente. »

El editor seguía arguyendo que el cuerpo debía haber estado en el río « no tres días solamente, sino, cinco veces tres días, cuando menos » porque estaba tan descompuesto que Beauvais había tenido gran dificultad para reconocerlo. Este último punto, sin embargo, se hallaba plenamente controvertido por la realidad. Continúo la traducción :

« ¿ Cuáles son los hechos en que se apoya el Sr. Beauvais para decir que no tiene duda que el cuerpo era el de María Rogêt ? Rasgó la manga de la bata

que cubría al cadáver, y dice que encontró señales que le dejaron satisfecho acerca de la identidad. El público, en general, supuso que esas señales consistirían en alguna cicatriz. Frotó el brazo y encontró *pelo* en él — algo tan indefinido — tan poco concluyente como encontrar el brazo en la manga. El Sr. Beauvais no volvió esa noche, pero envió á decir á la señora Rogêt, el miércoles á las siete de la tarde, que se proseguía aún una investigación respecto á su hija. Si admitimos que la señora Rogêt por su edad y sus dolencias, no podía comparecer (lo que es admitir mucho), ciertamente debía haber alguien que pensara que valía la pena de comparecer y esperar la investigación, si creía que el cuerpo era el de María. Nadie compareció.

« Nada de lo dicho ú oído acerca del asunto de la calle Pavée Saint-Andrée, había llegado siquiera á los habitantes del edificio mismo. El Sr. St-Eustache, el amante y proyectado esposo de María, que se alojaba en casa de la madre de ésta, no había sabido del descubrimiento del cuerpo de su prometida, hasta la mañana siguiente, que el Sr. Beauvais fué á su pieza y se lo comunicó. Una noticia de tal naturaleza, sorprende verdaderamente, que fuera recibida con tanta frialdad. »

Siguiendo este camino, el diario trataba de mostrar á los parientes de María culpables de una indolencia incompatible con la suposición de que creían que el cuerpo era el de ella. Sus insinuaciones importaban esto : que María, en connivencia con sus amigos, se había ausentado por razones que envolvían un cargo

contra su castidad ; y que estos amigos, habiéndose descubierto un cadáver en el Sena, algo parecido al de la joven, habían aprovechado la oportunidad, para impresionar al público con la noticia de su muerte. Pero *L'Étoile* se había apresurado demasiado, otra vez. Fué perfectamente probado que ninguna indolencia como la imaginada, existía; que la anciana señora estaba en extremo débil, y tan afligida que le era imposible atender á nada; que St-Eustache, lejos de recibir la noticia con frialdad, se enloqueció casi de dolor, y sufría tan desesperadamente, que el Sr. Beauvais pidió á un amigo y un pariente, que le cuidaran y le privaran que asistiera al examen, cuando se exhumara el cuerpo. Además, aunque fué constatado por *L'Étoile* que el cadáver había sido inhumado la segunda vez, á expensas del pueblo — que una ventajosa oferta para sepultarlo privadamente había sido rechazada en absoluto por la familia — y que ningún miembro de la familia asistió al ceremonial religioso — aunque, digo, todo esto fué asegurado por *L'Étoile* en apoyo de la impresión que deseaba trasmitir — *todo* fué satisfactoriamente refutado. En un número posterior del diario, se pretendió arrojar sospechas hasta sobre Beauvais mismo. El editor decía :

« Ahora, el asunto cambia una de sus faces. Se nos ha dicho que una vez, estando la señora B*** en casa de la señora Rogêt, el Sr. Beauvais, que había salido á la calle, le dijo á ella, que se esperaba á un *gendarme*, y que ella, la señora B*** no debía decir nada al *gendarme* hasta que él volviera ; que le dejara el asunto á

él... En el estado actual de los negocios, el Sr. Beauvais parece que tiene todo el asunto encerrado en su cabeza. No se puede dar el más simple paso sin el señor Beauvais; porque, en el camino que toméis, estará siempre él... Por ciertas razones, ha determinado que nadie tenga que hacer con los procedimientos, sino él mismo, y han alejado de las investigaciones á los parientes masculinos, accediendo á sus deseos de ser representados, de una manera verdaderamente singular. Parece haber hecho todo lo posible para no permitirles que vieran el cuerpo. »

Por el siguiente hecho, fué dado algún color á la sospecha así arrojada sobre Beauvais. Un individuo que había ido á verle á su oficina, pocos días antes de la desaparición de la joven, le encontró ausente de ella, y notó que en el agujero de la cerradura había *una rosa*, y el nombre de *María*, escrito en una pizarrita colgada al alcance de la mano.

La creencia general, hasta donde nos era posible recogerla de los diarios, parecía ser, que María había sido víctima de una *banda* de atrevidos — que por éstos había sido llevaba cerca del río, maltratada y asesinada. *Le Commerciel*, sin embargo, impreso de gran influencia, combatió ardientemente esa idea popular. Reproduzco aquí algunos pasajes de sus columnas :

« Estamos persuadidos que la pesquisa ha seguido una falsa huella, hasta la Barrera de Roule. Es imposible que una persona tan conocida como era la joven María Rogêt, haya pasado tres manzanas sin que nadie

la viera; porque cualquiera que la hubiese visto, la recordaría, porque interesaba á todos los que la conocían. La calle estaba llena de gente, cuando ella salió... Es imposible que pudiera haber llegado hasta la Barrera de Roule, ó hasta la calle de Drômes, sin que no la conocieran una docena de personas; sin embargo, nadie ha declarado haberla visto fuera de los umbrales de su casa, y no hay ninguna evidencia, excepto el testimonio de su intención expresada, de que haya salido á la calle. Su vestido estaba roto, enrollado á su cuerpo y atado; así el cadáver había sido llevado como un fardo. Si el crimen hubiera sido cometido en la Barrera de Roule, no habría habido necesidad de hacer tal cosa. El hecho de que el cuerpo fué encontrado flotando cerca de la Barrera, no prueba dónde fué arrojado al agua... Un trozo de una de las enaguas de la infortunada joven, de dos pies de largo por uno de ancho, había sido cortado y atado bajo su barba, dando vuelta á la parte posterior de su cabeza, probablemente para prevenir gritos. Esto ha sido hecho por hombres que no tenían pañuelos de manos. »

Sin embargo, un día ó dos antes de que el Prefecto fuera á casa, algunas importantes informaciones llegaban á la Policía, las que parecían echar por tierra la parte principal de los argumentos de *Le Commerciel*. Dos niños, hijos de la señora Delue, que jugaban en los bosques cercanos de la Barrera de Roule, penetraron por casualidad en un espeso bosquecito, en el que había tres ó cuatro grandes piedras, formando una especie de asiento, con espaldar y escabel. En la piedra

superior se hallada una enagua blanca; en la segunda una túnica de seda.

Encontraron también un quitasol, guantes y un pañuelo de manos. Este pañuelo tenía el nombre de María Rogêt. Fragmentos de vestido fueron descubiertos en los arbustos espinosos de allí cerca. La tierra estaba pisoteada, la hierba hollada, y en fin, había muchos testimonios de una lucha. Entre el bosquecito y el río, se encontraron destruídos los vallados, y en la tierra señales de que un pesado fardo había sido arrastrado por ella.

Un periódico semanal, *Le Soleil*, traía los siguientes comentarios sobre ese descubrimiento — comentarios que eran simplemente el eco del sentimiento de toda la prensa parisiense :

« Todo lo encontrado había permanecido allí, evidentemente, tres ó cuatro semanas, cuando menos ; estaba enmohecido y sumido en el barro por la acción de la lluvia, y pegadas unas cosas á otras por el moho. El césped había crecido alrededor y hasta sobre algunas de ellas. La seda del quitasol era fuerte, pero por dentro estaba desflocada. La parte superior, que había estado plegada y doblada, estaba enmohecida y podrida, y se rompió al ser abierta. Los trozos de su bata desgarrados por los zarzales, eran de cerca de tres pulgadas de ancho por seis de largo. Una parte era el dobladillo y había sido remendada; la otra era un pedazo de la falda ; no del dobladillo. Parecían jirones arrancados y estaban en los espinos, como á un pie del suelo...

No puede haber duda, por consiguiente, de que ha sido descubierto el teatro de este horrible crimen. »

Como una consecuencia de este descubrimiento, nuevos datos aparecieron. La señora Delue declaró que tiene una posada no lejos de la orilla del río, opuesta á la Barrera de Roule. No hay casas ni vecinos á su alrededor. Es el punto de reunión habitual que tienen los domingos los pillastres de la ciudad, que cruzan el río en botes. Hacia las tres de la tarde del domingo en cuestión, una joven llegó á la posada, acompañada por un hombre de tez morena. Ambos permanecieron en ella, por algún tiempo. Al partir, tomaron el camino de unos bosques muy espesos de la vecindad. La atención de la señora Delue fué atraída por el vestido que llevaba la joven, á causa de su parecido con otro de una parienta, ya muerta. Observó particularmente una túnica de seda. Poco después de la partida de ellos, una banda de forajidos apareció en la posada, en la que se condujeron ruidosamente; comieron y bebieron sin pagar, siguieron el camino que habían tomado los dos jóvenes, regresaron al anochecer y volvieron á atravesar el río como si estuvieran muy apurados.

Temprano, antes de oscurecer, esa misma noche, la señora Delue, así como su hijo mayor, oyó los gritos de una mujer, en la proximidad de su establecimiento. Los gritos eran violentos, pero breves. La señora Delue reconoció no solamente la túnica que fué encontrada en el bosquecito, sino también el vestido con que estaba cubierto el cuerpo. Un conductor de ómnibus, Valence, declaró en seguida, haber visto á María Rogêt cruzar

el Sena en un bote el domingo en cuestión, en compañía de un joven de tez morena. Valence conocía á María, y no puede haberse equivocado á este respecto. Los objetos encontrados en el bosquecito fueron reconocidos sin dificultad por los parientes de la víctima.

Estos diversos detalles recogidos así por mí mismo, de los periódicos, á pedido de Dupin, abrazaban únicamente el punto más grande — pero era un punto de vasta consecuencia al parecer. Aconteció que inmediatamente después del descubrimiento de las ropas, que he mencionado, el inanimado ó casi inanimado cuerpo de St-Eustache, novio de María, fué hallado cerca del sitio supuesto como teatro del crimen. Á su lado se halló un frasquito con este rótulo: *láudano*. Su aliento dió evidencia del veneno. Murió sin hablar. Se halló una carta sobre su persona, en que declaraba lacónicamente su amor por María y su intención de suicidarse.

— Casi no necesito decir á Vd., dijo Dupin cuando hubo concluido de leer mis apuntes, que éste es un caso muchísimo más intrincado que el de la calle Morgue, del cual difiere en un punto importante. Este es un crimen *ordinario*, aunque atroz. No hay en él nada especialmente *exagerado*. Usted observará, que por esta razón, el misterio ha sido considerado como de solución fácil, cuando por eso mismo, debía haber sido considerado todo lo contrario. Así, al principio, se creyó innecesario ofrecer un premio. Los esbirros de G*** han sido capaces solamente de comprender cómo y por qué *podía haber sido* cometida una atrocidad

semejante. Podían imaginar un modo — muchos modos — y un motivo — muchos motivos; y porque no era imposible que alguno de esos numerosos modos y motivos, existiera en el caso presente, han dado por supuesto que uno de ellos *existía*. Pero la facilidad con que fueron concebidas esas imaginativas y la verdadera plausibilidad que asumía cada una, debía haber sido tomada más bien como una indicación de las dificultades, que de las facilidades á elucidar. He observado en otra ocasión, que son las prominencias en el plano de lo ordinario las que hacen perder su camino á la razón, al menos, en su investigación de la verdad; y que la pregunta necesaria en casos como éste, es no tanto: ¿Qué ha ocurrido? como¿ Qué ha ocurrido que no haya ocurrido antes? En la indagación en casa de la señora L'Espanaye (1), los agentes de G*** se desalentaron y confundieron por lo *poco habitual* del hecho cosa que para una inteligencia bien dispuesta, hubiera sido un seguro presagio de éxito; aunque esta misma inteligencia podía haberse desesperado en presencia del carácter ordinario de todo lo que se encuentra en el caso de la joven perfumista, y hablado nada más que de triunfos triviales á los funcionarios de la Prefectura.

En el caso de la señora L'Espanaye y su hija, había, desde el principio de nuestra investigación, seguridad de que un asesinato había sido perpetrado. La idea del suicidio estaba excluída absolutamente. Aquí, igualmente, estamos libres, desde el comienzo, de toda suposición de suicidio. El cuerpo encontrado en la Barrera de Roule, lo ha sido con tales circunstancias, que

(1) Véase « Los crímenes de la calle Morgue ».

nos inhiben de todo embarazo acerca de ese punto importante. Pero se ha dicho que el cuerpo descubierto no es el de María Rogêt, por la convicción de cuyo asesino ó asesinos se ha ofrecido el premio, y sobre los cuales, únicamente, versa nuestro convenio con el Prefecto. Ambos, conocemos bien á este caballero. Conviene no fiarse mucho en él. Si principiando nuestras inquisiciones en el cuerpo encontrado, y siguiendo la huella de un asesino, descubrimos que el cuerpo es el de alguna otra persona que María; ó si partiendo de la María viva, la llegamos á hallar, aunque no muerta — en cualquiera de los dos casos, perdemos nuestro trabajo; puesto que es el señor G*** con quien tenemos que tratar. Para nuestro propio fin, si no para el de la justicia, es indispensable, por consiguiente, que la primer diligencia sea la determinación de la identidad del cadáver con el de María Rogêt, á quien se busca.

Los argumentos de *L'Etoile* han tenido eco en el público; y que el diario mismo está convencido de la importancia de ellos, se comprende por la manera con que comienza uno de sus ensayos á ese respecto. « Varios de los colegas matutinos, dice, hablan del *concluyente* artículo de *L'Étoile* del lunes. » Para mí, ese artículo es concluyente de poco, excepto del celo de su autor. Debemos tener presente, que, en general, el objeto de nuestros periódicos es más bien crear una sensación — hacer ruido — que adelantar la causa de la verdad. Este último propósito es buscado solamente cuando parece coincidir con el primero. El impreso que concuerda con la opinión de todo el mundo (por más bien fundada que pueda ser) no merece crédito á la multitud. La masa del pueblo mira

como profundo sólo al que sugiere *picantes contradicciones* á la creencia general. En el raciocinio, no menos que en literatura, el *epigrama* es lo más inmediata y universalmente apreciado. En ambos casos, es lo que tiene menos mérito real.

Quiero decir que el epigrama y melodrama envuelto en la idea de que María Rogêt vive todavía, más bien que la plausibilidad de esta idea, es lo que la ha sugerido á *L'Étoile*, y procurádole una favorable recepción en el público. Examinemos los principales argumentos de ese diario, tratando de evitar la incoherencia con que han sido originalmente expuestos.

El primer objeto del autor es mostrar, apoyándose en el hecho de la brevedad del intervalo entre la desaparición de María y el encuentro del cadáver, que este cadáver no puede ser el de María. La reducción de este intervalo á su más pequeña dimensión posible, parece ser un fin para el razonador. En la precipitada persecución de este fin, se arroja á hacer simples suposiciones al principio. « Es locura suponer, dice, que el asesinato, si asesinato había sido cometido, podía haberse consumado lo suficientemente temprano para permitir á los asesinos arrojar el cuerpo al río, antes de media noche. » Pregunto, y muy naturalmente, *¿ por qué?* ¿ Por qué es locura suponer que el asesinato fué cometido *cinco minutos* después de haber salido la joven de su casa? ¿ Por qué es locura suponer que el asesinato se cometió en un período dado del día? Se han perpetrado crímenes á todas horas. Pues, aun teniendo lugar el asesinato entre las nueve de la mañana del domingo y cuarto de hora antes de media noche, todavía habría habido tiempo suficiente « para arrojar

el cuerpo al río antes de media noche ». Esta suposición, por consiguiente, alcanza precisamente á esto — que el asesinato no fué cometido el domingo — y si permitimos presumir esto á *L'Étoile*, podemos dejar que tome otras libertades cualesquiera. El párrafo que comienza: « Es locura suponer que el asesinato », etc., sin embargo de aparecer como impreso en *L'Étoile*, podemos imaginar que ha existido *así* en el cerebro del redactor: « Es locura suponer que el asesinato, si asesinato había sido cometido, podía haberse perpetrado lo suficientemente temprano para permitir á los asesinos arrojar el cuerpo *antes* de media noche: es locura decimos, suponer todo esto, y suponer al mismo tiempo (como estamos resueltos á suponer) que el cuerpo *no* fué arrojado hasta *después* de media noche » — un juicio inconsecuente en sí mismo, pero no tan absolutamente absurdo como el dado por el diario de que hablamos.

Aunque fuera mi propósito, continuó Dupin, simplemente establecer *un hecho* contra ese argumento de *L'Étoile*, debería dejarlo donde está. No es, sin embargo, con *L'Étoile* con quien tenemos que hacer, sino con la verdad. El juicio de que se trata, no tiene más que un designio; y este designio lo he establecido claramente; pues es visible que vamos detrás de simples palabras en busca de una idea que evidentemente las ha dictado, pero que no han podido expresar. El diarista ha tenido intención de decir, que en cualquier momento del día ó noche del domingo que haya sido cometido el asesinato, es improbable que los asesinos se aventuraran á llevar el cadáver al río antes de media noche. Y esta es, en realidad, la suposición que critico. Se ha supuesto que el asesinato fué cometido en tal

situación y bajo tales circunstancias, que hicieron necesaria la *conducción* del cadáver al río. Ahora bien, el crimen puede haber tenido lugar cerca de la ribera misma; y así, arrojar el cadáver al agua, es una idea que debe haber acudido, á cualquier hora del día ó de la noche, como el más fácil y más inmediato modo de hacerlo desaparecer. Vd. comprenderá que no sugiero aquí nada de eso como probable, ó como coincidente con mi propia opinión. Mi designio, hasta ahora, no tiene referencia con los *hechos* del caso. Deseo simplemente precaver á Vd. contra las *inducciones de L'Étoile*, llamando su atención sobre el carácter de ellas *en una de sus partes*, enunciada al principio del artículo que comento.

Habiendo prescrito así un límite á sus propias y preconcebidas opiniones; habiendo supuesto que si el cuerpo hallado era el de María, no debía haber estado en el agua más que un breve tiempo, el diario prosigue:

« Todas las experiencias han mostrado que los cuerpos de ahogados, ó los cuerpos arrojados al agua inmediatamente después de ser muertos por violencia, necesitan de seis á diez días para que una descomposición suficiente les permita salir á la superficie. Hasta cuando se dispara un cañón cerca de un cadáver y llega á aparecer después de cinco ó seis días de inmersión, se hunde de nuevo, si no se le recoge. »

Estas aserciones han sido tácitamente recibidas por todos los periódicos de París, escepto *Le Moniteur*. Este diario trata de combatir el párrafo que se refiere

á los « cuerpos de ahogados », citando cinco ó seis ejemplos en que los cuerpos de individuos muertos de esa manera, han sido encontrados flotando después de un lapso de tiempo, menor que el que señala *L'Étoile.* Pero hay algo excesivamente poco filosófico en la tentativa de *Le Moniteur*, y es, rechazar la aserción general de *L'Étoile*, únicamente citando casos particulares contrarios á ella. Aunque hubiera sido posible aducir cincuenta ejemplos de cuerpos que han flotado al cabo de dos ó tres días, estos cincuenta ejemplos podían todavía ser mirados únicamente como excepciones á la regla de *L'Étoile*, hasta que el período sostenido, así como la regla misma fueran confutados. Admitiendo la regla (y esto *Le Moniteur* no lo niega, insistiendo simplemente sobre sus excepciones), el argumento de *L'Étoile* permanece en toda su fuerza; porque este argumento no pretende envolver más que una cuestión de *probabilidad* de que el cuerpo haya aparecido en la superficie en menos de tres días; y esta probabilidad estará en favor de la posición de *L'Étoile* hasta que los ejemplos tan puerilmente aducidos, sean suficientes en número para establecer una regla antagónica.

Vd. ve que todos los argumentos á este respecto deben ser considerados lo más pronto posible, aunque sean contra la regla misma; y con este fin examinaremos lo *racional* de la regla.

El cuerpo humano, en general, no es ni mucho más pesado que el agua del Sena; es decir, la gravedad específica del cuerpo humano, en su condición natural, es casi igual á la del volumen de agua que desaloja. Los cuerpos de personas gruesas y de huesos cortos, y los de mujeres en general son más livianos que los

flacos y de huesos largos (de hombres, casi siempre); y la gravedad específica del agua de un río es algo influenciada por la presencia de la marea. Pero dejando aparte la marea, se puede decir que *muy pocos* cuerpos humanos se hundirán del todo, ni aun en el agua fría, *espontáneamente*. Casi á nadie, cayendo á un río, le puede ser posible flotar, si la gravedad específica del agua está justamente en comparación con la suya propia, es decir, si toda su persona se sumerge, con la más pequeña excepción posible. La posición propia del que no puede nadar, es la posición vertical del que camina, con la cabeza metida completamente debajo; sólo la boca y la nariz aparecen sobre la superficie. Así colocados, encontraremos que flotamos sin dificultad y sin esfuerzo. Es evidente, sin embargo, que la gravedad del cuerpo y del volumen de agua desalojado, están exactamente balanceados, y que una nada puede causar la preponderancia de una de las dos. Un brazo, por ejemplo, sacado fuera del agua, y privada así de su sostén, es un peso adicional suficiente para sumergir toda la cabeza; mientras que la ayuda accidental del más pequeño trozo de madera puede permitirnos elevar la cabeza, lo bastante como para mirar alrededor. Ahora bien, en los esfuerzos de uno que no sabe nadar, los brazos son invariablemente levantados en el aire, mientras se hace lo posible por mantener la cabeza en su acostumbrada posición perpendicular. El resultado es la inmersión de la boca y nariz, y la entrada de agua en los pulmones, durante los esfuerzos por respirar bajo la superficie. Mucha agua es recibida también en el estómago, y el cuerpo se vuelve más grave por la diferencia entre el peso del aire que original-

mente distendía esas cavidades, y el del flúido que entonces las llena. Esta diferencia es suficiente para hacer hundir el cuerpo, por regla general, pero no lo es en los casos de individuos de huesos pequeños, y que poseen una cantidad anormal de materia fláccida ó untuosa. Tales individuos flotan hasta después de ahogados.

Suponiendo el cadáver en el fondo del río, permanecerá en él hasta que por algunos medios, su gravedad específica vuelva á ser menor que la del volumen de agua que desaloja. Este efecto es producido por la descomposición ó de otra manera. El resultado de la descomposición es la generación de gases, que distienden el tejido celular y todas las cavidades, dando la apariencia de *hinchazón*, que hace tan horrible al cuerpo. Cuando esta distensión ha progresado tanto que el volumen del cuerpo ha crecido materialmente sin un crecimiento correspondiente de *masa* ó peso, su gravedad específica llega á ser menor que la del agua desalojada y en el acto hace su aparición en la superficie. Pero la descomposición es modificada por innumerables circunstancias — apresurada ó retardada por innumerables influencias ; por ejemplo, por el calor ó frío de la estación ; por las impregnaciones minerales ó pureza del agua ; por su más ó menos profundidad, por el temperamento del cuerpo, por la corrupción propia de la enfermedad antes de producida la muerte, etc. Así, es evidente, que no podemos asignar período, con algo parecido á exactitud, á la aparición del cadáver por medio de la descomposición. Bajo ciertas circunstancias, este resultado puede ser producido en una hora casi ; bajo otras, puede no tener lugar nunca. Hay pre-

paraciones químicas por las cuales, el cuerpo animal puede ser preservado, por *siempre*, de la corrupción; el bicloruro de mercurio es una de ellas.

Pero, aparte de la descomposición, puede haber, y hay usualmente, generación de gas en el estómago, por las acetosas fermentaciones de las materias vegetales (ó en otras cavidades, por otras causas), suficiente para producir una distensión que lleva el cuerpo á la superficie. El efecto producido por el disparo de un cañón es el de la simple vibración. Esta vibración puede, ó arrancar el cadáver del blando barro ó limo en que está sujeto, permitiéndole así levantarse, cuando otras influencias lo han preparado ya para hacerlo; ó vencer la tenacidad de algunas porciones putrescentes del tejido celular, facilitando la distensión de las cavidades por los gases.

Teniendo así delante de nosotros toda la filosofía de este asunto, podemos sujetar á prueba con ella, las aserciones de *L'Etoile*. « Todas las experiencias muestran, dice ese diario, que los cuerpos de ahogados, ó los cuerpos arrojados al agua inmediatamente después de muertos por violencia, necesitan de seis á diez días, para que una descomposición suficiente les permita salir á la superficie del agua. Hasta cuando se dispara un cañón cerca de un cadáver, y llega á sobrenadar después de cinco ó seis días de inmersión, se hunde de nuevo si no se le recoge. »

Todo este párrafo, debe aparecer ahora como un tejido de inconsecuencias é incoherencias. Todas las experiencias *no* muestran que los cuerpos de ahogados *necesitan* de seis á diez días para que una suficiente descomposición les permita salir á la su-

perficie. Ambas, ciencia y experiencia, muestran que el período de la aparición es, y necesariamente debe ser, indeterminado. Si además, un cuerpo ha aparecido en la superficie por medio del disparo de un cañón, *no* « se hundirá de nuevo si no se le recoge », hasta que la descomposición haya progresado tanto que permita el escape de los gases generados. Pero deseo llamar la atención de Vd. hacia la distinción que se hace entre « cuerpos de ahogados » y « cuerpos arrojados al agua inmediatamente después de ser muertos por violencia. Aunque el escritor admite la distinción, los incluye sin embargo en la misma categoría. He mostrado cómo el cuerpo de un hombre ahogado, se vuelve específicamente más pesado que su volumen de agua, y que no se hundiría si no es por los esfuerzos con que eleva sus brazos por arriba de su cabeza, y sus aspiraciones de aire hallándose bajo la superficie — aspiraciones que llevan agua á los pulmones, en lugar del aire habitual. Pero estos esfuerzos y estas aspiraciones no se producen en el cuerpo « arrojado al río inmediatamente después de muerto por violencia ». Así en el último ejemplo, el *cuerpo*, *por regla general*, *no se hubiera hundido absolutamente* — hecho que L'*Etoile* ignora, según se ve. Cuando la descomposición hubiera hecho grandes progresos — cuando la carne se hubiera apartado de los huesos — entonces, á la verdad, pero solamente *entonces*, habría desaparecido el cadáver.

Y ahora, ¿ qué nos resta que hacer con el argumento de que el cuerpo encontrado no podía ser el de María Rogêt, porque no habiendo pasado más que tres días, fué encontrado flotando ya? Si fué ahogado, siendo

una mujer, no debía haberse hundido jamás; ó habiéndose hundido, debía haber reaparecido 24 horas después, ó menos. Pero nadie la supone ahogada; y habiendo muerto antes de ser arrojada al río, debía haber sido hallada flotando en cualquier período subsiguiente.

« Pero, dice *L'Etoile*, si el cuerpo hubiera sido conservado en su sangriento estado en la ribera, hasta el martes, á la noche, se hubiera encontrado alguna huella de los asesinos. » Aquí es difícil, al principio, comprender la intención del razonador. Quiere anticipar lo que imagina que pudiera ser una objeción á su teoría — es decir, que el cuerpo fué conservado en tierra dos días, sufriendo rápida descomposición — *más* rápida que estando en el agua. Supone que si éste hubiera sido el caso, *debía* haber aparecido en la superficie el miércoles, y cree que *solamente* bajo tales circunstancias podía haber aparecido. Con la misma prisa, hace ver que *no fué* guardado en tierra, porque si lo hubieran hecho, « alguna huella se habría encontrado de los asesinos ». Presumo que Vd. sonríe al *sequitur*. Usted no puede comprender cómo la simple *duración* del cadáver en tierra podía operar la *multiplicación de las huellas* de los asesinos. Ni yo tampoco.

« Además, es excesivamente improbable, continúa, que los bandidos que hubieran cometido un crimen tal como se supone, arrojaran el cuerpo al agua sin atarle un peso á los pies, cuando esa precaución se podía haber tomado tan fácilmente. » ¡ Observe Vd. aquí la risible confusión de pensamiento! Nadie — ni siquiera *L'Etoile* — disputa respecto al asesinato cometido *en el cuerpo encontrado*.

Las señales de violencia son innegables. El objeto de nuestro razonador es simplemente mostrar que ese cuerpo no es el de María; desea probar que María no ha sido asesinada — no que el cuerpo no lo ha sido. Sin embargo, sus observaciones prueban únicamente el último punto. Aquí hay un cadáver sin peso en los pies. Los asesinos, arrojándolo al río, no hubieran dejado de ligar un peso para que no sobrenadara. Luego no ha sido echado al agua por asesinos. Esto es todo lo que ha probado, si algo lo ha sido. La cuestión de identidad no es recordada siquiera, y *L'Etoile* ha tenido gran trabajo simplemente para contradecir lo que había admitido un momento antes. « Estamos perfectamente convencidos, dice, que el cuerpo encontrado es el de una mujer asesinada. »

Tampoco no es ese el único ejemplo, hasta en esta parte de su argumento, de que el escritor razona inconscientemente contra sí mismo. Su objeto evidente, lo he dicho ya, es reducir todo lo que le sea posible, el intervalo entre la desparición de María y el encuentro del cadáver. Sin embargo, le encontramos *constatando* el punto de que nadie vió á la joven desde el momento en que abandonó la casa de su familia. « No tenemos evidencia, dice, de que María estaba en la tierra de los vivos, después de las nueve del domingo 22 de Junio. Como su argumento, es visiblemente un *ex parte*, debía al último, haber perdido de vista el asunto; porque si alguien hubiera visto á María, fuera en lunes ó martes, el intervalo en cuestión se habría reducido mucho y por el razonamiento del diarista, disminuiría también la probabilidad de que el cuerpo sea el de la *grisette*. No obstante, es divertido observar que *L'Etoile* insiste

sobre el punto en la completa creencia de que adelanta el argumento general.

Fíjese Vd. ahora sobre la parte del argumento que tiene referencia á la identificación del cuerpo con Beauvais. Respecto al *pelo* del brazo, *L'Etoile* ha obrado con evidente doblez. El Sr. Beauvais nos es un idiota, y no hubiera sostenido la identidad del cadáver, simplemente porque *el brazo tenía pelo*. Todos los brazos *tienen* pelo. La *mayor parte* de las expresiones de *L'Étoile* es una simple perversión de la fraseología del testigo. Éste, debe haber hablado de alguna *peculiaridad* del pelo. Debe haber tenido una peculiaridad de color, de cantidad, de longitud ó de situación.

« El pie del cadáver, dice el diario, era pequeño; pero hay millares de pies pequeños. La liga no es tampoco una prueba, ni el zapato, porque se venden miles de zapatos y ligas iguales. Lo mismo se debe decir de las flores del sombrero. Una cosa sobre la que insiste fuertemente el Sr. Beauvais, es que el broche de la liga había sido pegado más adentro del sitio en que se hallaba primitivamente. Esto no quiere decir nada; porque muchas mujeres prefieren ajustar las ligas á la medida de la pierna en sus casas, que probarlas en las tiendas donde las compran. »

Aquí es difícil creer sincero al razonador. Si el señor Beauvais, en su investigación acerca del cuerpo de María, hubiera descubierto un cadáver con todas las apariencias de la joven desaparecida (sin referencia á la cuestión del traje), habría estado autorizado para creer que sus diligencias no habían sido infructuosas. Si, conforme en cuanto á la medida y contorno del cuerpo, hubiera encontrado sobre el brazo un pelo

aparentemente igual al que había observado en la María viva, su opinión se habría fortificado con justicia, y el aumento de la creencia hubiera estado en razón de la peculiaridad ó de los caracteres poco ordinarios del pelo. Si, siendo pequeños los pies de María, lo eran también los del cadáver, el aumento de la probabilidad no estaría ya en razón simplemente aritmética, sino en razón altamente geométrica ó acumulativa. Agregue Vd. á todo eso los zapatos, iguales á los que llevaba la joven el día que desapareció, y aunque esos zapatos se « venden por miles », aumenta Vd. la probabilidad hasta acercarse á lo cierto. Lo que por sí solo no sería evidencia de identidad, llega á ser, por su posición corroborativa, la prueba más segura. Que nos den en seguida flores en el sombrero, correspondientes á las que usaba la joven, y no buscamos más. Si con *una* sola flor no buscamos más, ¿ qué será con dos, tres ó más ? Cada evidencia sucesiva, es múltiple, es una prueba no *añadida* á la prueba, sino multiplicada por cientos ó miles. Descubramos en seguida sobre la difunta ligas iguales á las que usaba la viva, y es casi locura proseguir. Pero se encuentra que estas ligas han sido ajustadas, corriéndoles un broche hacia atrás, de una manera idéntica á la empleada por María en las de ella, poco antes de salir de su casa. Dudar ahora, es realmente locura ó hipocresía.

Lo que dice *L'Etoile* respecto á la costumbre de acortar las ligas, no muestra otra cosa sino su pertinacia en el error. La naturaleza elástica del broche de la liga es, por sí sola, una demostración de que no es usual el acortarlas. Lo que se hace para ajustarlas, debe, por necesidad, requerir manos extrañas,

pero raramente. Debe haber sido por un accidente, en su estricto sentido, que las ligas de María hubieron menester de la operación descrita antes. Ellas solas podían haber establecido ampliamente su identidad. Pero no es que el cuerpo encontrado tuviera las ligas de la joven desaparecida, ó sus zapatos, ó su gorra, ó las flores de su gorra, ó sus pies, ó una señal particular en el brazo, ó su estatura y la apariencia en general; es que el cadáver tenía cada una de esas cosas, *todo colectivamente*. Aunque se probara que el editor de *L'Etoile* tenía *realmente* una duda bajo esas circunstancias, no habría necesidad, en su caso, de una comisión de *lunático inquirendo*. Ha creído sagaz repercutir las vulgaridades de los abogados, quienes, en su mayor parte, se contentan haciendo lo mismo con los preceptos rectangulares de los tribunales.

Quiero hacer notar aquí que, mucho de lo que es rechazado como evidencia por una corte, es la mejor evidencia para el intelecto. La corte que se guía por los principios generales de la evidencia, los principios reconocidos y registrados en *los libros*, es enemiga de detenerse en los ejemplos particulares. Y esta firme adherencia al principio con riguroso desdén de la excepción contradictoria, es un seguro modo de alcanzar el *máximum* de la verdad asequible, en cualquier sucesión de tiempo. La práctica, *en masa*, es sin embargo filosófica; pero no es menos cierto que engendra vastos errores individuales (1).

(1) « Una teoría basada en las cualidades de un objeto, impedirá que sea desarollada de acuerdo con sus objetos; y el que arregla sus tópicos con referencia á sus causas, cesará de considerarlos de acuerdo con sus

Respecto á las sospechas dirigidas contra Beauvais, las verá Vd. desaparecer en un instante. Vd. ha sondeado ya el verdadero carácter de este buen hombre. Es un *entrometido*, con mucho de novelesco y poca inteligencia. Cualquiera así constituído, se conducirá en un caso de *real* excitación, de tal manera que los perspicaces ó los mal intencionados, le encontrarán sospechoso. El señor Beauvais (como aparece por las notas de Vd.) tuvo algunas entrevistas personales con el editor de *L'Étoile*, y le ofendió aventurando una opinión de que el cadáver, á pesar de la teoría del editor, era, sin duda ninguna, el de María.

« Persiste, dice el diario, en asegurar que el cadáver es el de María; pero no puede dar una circunstancia, en adición á las que ya hemos comentado, para hacer participar de su creencia á los demás. »

Ahora, sin atender al hecho de que la más notable evidencia « para hacer participar de su creencia á los demás » no debía haberse aducido *nunca*, debe ser notado que se puede comprender muy bien que un hombre crea, en un caso de esta especie, sin que le sea posible dar una sola razón de la creencia á los demás. Nada es más vago que las impresiones de una identidad individual. Cada hombre reconoce á su vecino; sin embargo, hay pocos ejemplos en que alguno esté preparado para *dar una razón* de su reconocimiento. El editor de *L'Étoile* no ha tenido motivo para ofen-

resultados. Así, la jurisprudencia de cada nación mostrará que, cuando la ley llega á ser una ciencia y un sistema, cesa de ser justicia. Los errores en que una ciega devoción á los *principios* de clasificación ha hecho caer á la ley común, se pueden ver, observando cuán á menudo la legislatura ha sido obligada á hacer progresos para restaurar la equidad, pues había perdido de vista su objeto. » (LANDOR.)

derse porque el Sr. Beauvais no le daba razones de su creencia.

Se encontrará que las sospechosas circunstancias que presenta su conducta, se adaptan mucho mejor á mi hipótesis del *entrometimiento romántico*, que á las sugestiones del razonador respecto á la culpabilidad que le supone. Una vez adoptada la interpretación más caritativa, no hallaremos dificultad en comprender la rosa en el agujero de la cerradura; la « María » en la pizarra; el « alejó los parientes masculinos de las investigaciones »; la « aversión á permitirles que vieran el cuerpo »; la prevención hecha á la señora B*** para que no conversara con el *gendarme* hasta que él volviera; y, por último, su aparente determinación « de que nadie se mezclara en los procedimientos, excepto él mismo ». Para mí, es incuestionable que Beauvais era un pretendiente de María; que ella coqueteaba con él, y que él tenía la ambición de que se creyera que gozaba de la más completa intimidad y confianza de la joven. No diré más nada sobre este punto; y como la evidencia rechaza enteramente la aserción de *L'Étoile* respecto á la *indiferencia* por parte de la madre y otros parientes, una indiferencia contradictoria con la suposición de que creían que el cuerpo era de María, procederemos ahora como si la cuestión de *identidad* estuviera establecida á nuestra perfecta satisfacción.

— ¿Y qué piensa Vd., preguntéle de las opiniones de *Le Commerciel?*

— Que, á la verdad, son mucho más dignas de atención que cualquiera de las que han sido enunciadas sobre este tópico. Las deducciones de las premisas son

filosóficas é ingeniosas; pero las premisas, en dos ocasiones han sido fundadas en observaciones imperfectas. *Le Commerciel* desea insinuar que María fué asaltada por una gavilla de bandidos miserables, no lejos de su propia casa.

« Es imposible, dice, que una persona tan conocida como era la joven, haya atravesado tres manzanas sin que nadie la viera. »

Esta es la idea de un hombre que ha residido largo tiempo en París, un hombre público, un hombre cuyos paseos aquí y allá, en la ciudad, se han limitado ordinariamente á los alrededores de las oficinas judiciales. Sabe que *él* pasa á menudo á una distancia de doce manzanas de su propio *bureau*, sin ser reconocido ni saludado. Y sabiendo la extensión de su conocimiento personal por los demás, y de los demás por él, compara su popularidad con la de la joven perfumista, no encuentra gran diferencia entre ellas, y llega á la conclusión de que ella, en sus paseos, debe hallar igual número de conocidos que él en los suyos. Esto podía ser así, únicamente en el caso de que los paseos de ella fueran del mismo carácter invariable y metódico, y en las mismas *especies* de regiones limitadas, que los de él. Él pasa por aquí y allá, á intervalos regulares, dentro de una periferia confinada, abundante en individuos que son llevados á observar su persona, á causa de la naturaleza semejante de sus ocupaciones. Pero los paseos de María deben, en general, ser supuestos en todas direcciones. En este caso particular, debe ser concebido, como más probable, que hizo un camino de una diversidad mayor que de costumbre. El paralelo que imaginamos haber existido en el ánimo de *Le*

*Commerciel*, podría únicamente sostenerse en el caso de que dos individuos atravesaran toda la ciudad. En este caso, admitiendo que el conocimiento personal sea igual, podrían también ser iguales las probabilidades de que se efectuara un número igual de encuentros. Por mi parte, tendría no solamente como posible, sino como mucho más que probable, que María hubiera seguido en un período dado por algunos de los muchos caminos entre su propia residencia y la de su tía, sin encontrar un solo individuo á quien conociera ó de quien fuera conocida. Considerando la cuestión en su completa y propia luz, debemos tener en cuenta la gran desproporción que hay entre los conocimientos personales del hombre más popular de París, y la población de París mismo.

Pero cualquier fuerza que todavía parezca haber en la sugestión de *Le Commerciel*, será muy disminuida cuando tomemos en consideración *la hora* en que la joven salió á la calle. « Era cuando las calles estaban llenas de gente, dice *Le Commerciel*, que ella salió de su casa. » Pero no es así. Fué á las nueve de la mañana. Ahora bien; á las nueve, en cualquier mañana de la semana, *con excepción del domingo*, las calles de la ciudad están, es cierto, llenas de gente. Á las nueve del domingo, la multitud está generalmente en sus casas, *arreglándose para ir á las iglesias*. Ninguna persona observadora habrá dejado de notar el aire peculiarmente desierto de la ciudad, desde cerca de las ocho hasta las diez de la mañana de los domingos. Entre diez y once las calles son invadidas por la gente; pero no sucede esto tan temprano como ha dicho el diario de que nos ocupamos.

Hay otro punto en el que parece haber deficiencia de *observación*, por parte de *Le Commerciel*.

« Un trozo, dice, de una de las enaguas de la infortunada joven, de dos pies de largo por uno de ancho, había sido cortado y atado bajo su barba, dando vuelta á la parte superior de su cabeza, probablemente para prevenir gritos. Esto ha sido hecho por hombres que no tenían pañuelos de mano. »

Si esta idea está ó no bien fundada, trataremos de verlo más adelante; pues « por seres que no tenían pañuelos de mano », el editor entiende la más baja clase de bandidos. Ésta, sin embargo, es la verdadera descripción de la gente á quien se encontrará siempre con pañuelos, aunque les falte la camisa. Vd. debe haber tenido ocasión para observar cuán absolutamente indispensable ha llegado á ser el pañuelo de mano, para todos los pillos, desde hace algunos años.

— ¿Y qué debemos pensar, pregunté, del artículo de *Le Soleil?*

— Que es una gran lástima que no haya nacido papagayo, en cuyo caso, hubiera sido el más ilustre papagayo de su raza. Ha repetido simplemente las consideraciones individuales de la opinión ya publicada, coleccionándolas con una laudable industria, de éste y aquel diario.

« Las cosas han estado *evidentemente* allí, dice, cuando menos tres ó cuatro semanas, y no puede haber *duda* que el teatro de este horroroso crimen ha sido descubierto. »

Los hechos vueltos á constatar aquí por *Le Soleil*, están muy lejos, á la verdad, de conmover mis propias dudas respecto á este asunto, y las examinaremos más

particularmente en conexión con otra división del tema.

Ahora debemos ocuparnos de otras investigaciones. Usted no puede dejar de haber notado el poco cuidado puesto en el examen del cadáver. Seguramente, la cuestión de la identidad fué muy pronto determinada, ó debía haberlo sido; pero había otros puntos á establecer. ¿Había sido el cuerpo *despojado* de algo? ¿Tenía la finada algunas alhajas sobre su persona al salir de su casa? Y si era así, ¿tenía alguna de esas prendas cuando fué encontrada? Estas son importantes cuestiones, de que la indagación no se ha ocupado absolutamente; y hay otras de igual consecuencia, que no han llamado la atención de la autoridad. Debemos tratar de satisfacernos nosotros mismos, por una inquisición personal. El caso de Saint-Eustache debe ser examinado de nuevo. No tengo sospechas de esa persona; pero procedamos metódicamente. Debemos establecer, sin dudas de ninguna clase, la validez de la *declaración* respecto á los sitios en que estuvo el domingo. Declaraciones de este carácter, se convierten fácilmente en asunto de mistificación. Aunque no hubiera aquí nada malo, apartaremos á St-Eustache de todas nuestras investigaciones. Su suicidio, aunque corroborativo de sospecha, si se encontrara desmentido en las declaraciones, no es, sin tal desmentido, una incomprensible circunstancia que pueda desviarnos de la línea del análisis ordinario.

Para lo que ahora me propongo, debemos descartar los puntos interiores de esta tragedia, y concentrar nuestra atención sobre sus puntos exteriores. No es el más pequeño de los errores comunes el que en esta

clase de investigaciones limita la pesquisa á lo más inmediato, sin hacer caso absolutamente de los sucesos accesorios ó accidentales. Es la mala práctica de las cortes de justicia el reducir la evidencia y discusión á los puntos exteriores y de una ayuda aparente. Sin embargo, la experiencia ha mostrado, y una verdadera filosofía mostrará siempre, que una vasta, quizá la más grande porción de la verdad, procede de lo que aparentemente no tiene aplicación. Es á causa del espíritu de este principio, y no precisamente por su letra, que la ciencia moderna ha resuelto *calcular sobre lo imprevisto*. Pero quizá no me comprende Vd. La historia de los conocimientos humanos ha mostrado tan sin interrupción, que los más numerosos y más valiosos descubrimientos se deben á los sucesos colaterales, incidentales ó accidentales, que al fin se ha hecho necesario, con un previsor designio de mejora, tener, no sólo grande, sino hasta la más grande indulgencia por las invenciones debidas á la casualidad, y enteramente fuera del rango de las cosas esperadas. Ya no es filosófico fundar, sobre lo que ha sido, una visión de lo que será. El *accidente* es admitido como una porción de la sub-estructura. Hacemos del acaso un asunto de absoluto cálculo. Subordinamos lo inesperado y lo no imaginado á la *fórmula* matemática de las escuelas.

Repito que no es más que un hecho, que la *más grande* parte de la verdad ha procedido de lo colateral, y que no es sino de acuerdo con el espíritu del principio contenido en ese hecho, que quiero desviar la investigación, en el caso presente, de la hollada y hasta ahora estéril tierra del suceso mismo, á las circunstancias coetáneas que lo rodean. Mientras Vd. establece la vali-

dez de la declaración, yo examinaré los diarios más especialmente todavía de lo que Vd. lo ha hecho. Hasta ahora hemos examinado únicamente el campo de la investigación; pero será extraño á la verdad, que una atenta inspección, como la que intento de los impresos públicos, no nos suministre algunos pequeños puntos que den *dirección* á la pesquisa.

En armonía con lo pedido por Dupin hice un escrupuloso examen del asunto de la declaración. El resultado fué una firme convicción de su validez y la consecuente inocencia de St-Eustache. Mientras tanto, mi amigo se ocupaba con una minuciosidad que parecía absolutamente infructuosa, en un escrutinio de los varios legajos de periódicos. Al finalizar la semana, me presentó los siguientes extractos :

« Hace cerca de tres años y medio, una perturbación muy similar á la presente, fué causada por la desaparición de esta misma María Rogêt, de la *parfumerie* del señor Le Blanc, en el Palacio Real. Al cabo de una semana, sin embargo, volvió á aparecer en su acostumbrado *comptoir* tan buena como siempre, á excepción de una pequeña palidez, no del todo usual. El Sr. Le Blanc y la madre de ella, hicieron correr la voz de que había estado simplemente de visita en casa de una amiga en el campo; y el asunto fué pronto olvidado. Presumimos que la presente ausencia es un capricho de la misma naturaleza, y que á la expiración de una semana ó quizá de un mes, la tendremos entre nosotros otra vez. » (*Diario de la tarde*, lunes, Junio 23.)

« Un diario vespertino de ayer refiere la desaparición misteriosa de la señorita Rogêt. Se sabe, que durante la semana de su ausencia de la *parfumerie* de Le Blanc, estuvo en compañía de un joven oficial de marina, muy conocido por sus orgías. Un disgusto, se supone, la indujo á volver á su casa. Tenemos el nombre del Lotario en cuestión, que está ahora de servicio en París, pero por obvias razones, nos abstenemos de hacerlo público. » (*Le Mercure*, martes por la mañana — 24 de Junio.)

« Un crimen del carácter más atroz fué perpetrado anteayer, cerca de esta ciudad. Un caballero, con su esposa é hija, hablaron al anochecer á seis jóvenes que se paseaban ociosamente en un bote cerca de los bancos del Sena, para que los trasportara al otro lado del río. Después de alcanzar la ribera opuesta, los tres pasajeros saltaron á tierra y prosiguiendo su camino, habían perdido de vista ya al bote, cuando la hija notó que había dejado en él su quitasol. Volvióse á buscarlo; fué asida por los jóvenes, llevada al interior del río, amordazada, tratada brutalmente, y por último la abandonaron en la ribera, en un punto poco distante del en que se embarcó con sus padres en el bote. Los miserables bandidos han escapado por ahora, pero la policía les sigue la pista, y algunos de ellos serán pronto aprehendidos. » (*Diario de la mañana*, Junio 28.)

« Hemos recibido una ó dos comunicaciones, cuyo objeto es imputar el crimen á Beauvais; pero como este caballero ha sido completamente absuelto por una legal investigación, y como los argumentos de nues-

tros varios corresponsales parecen ser más celosos que profundos, no creemos prudente hacerlos públicos. » (*Diario de la mañana*, Junio 28.)

« Hemos recibido varias comunicaciones muy bien escritas, aparentemente de varias fuentes, y quellegan hasta hacer un asunto de certidumbre, que la infortunada Maria Rogêt ha sido víctima de una de las numerosas gavillas de bandidos que infestan los alrededores de la ciudad. Nuestra propia opinión está decididamente en favor de esta hipótesis. Trataremos de hacer conocer más adelante, algunos de los argumentos á que nos referimos. » (*Diario de la tarde*, martes 31 de Junio.)

« El lunes, uno de los barqueros al servicio de la Administración de Rentas, vió un bote vacío, flotando en el Sena, río abajo; algunas velas se encontraban en el fondo del bote. Los barqueros lo remolcaron hasta la puerta del guarda. Á la mañana siguiente desapareció de allí, sin que ninguno de los marineros viera á la persona que lo llevó. El timón está en el puesto del guarda. » (*La Diligence*, Junio 26, jueves.)

Después de leer estos varios extractos, no sólo me parecieron inconcluyentes, sino que me fué imposible encontrar medio de que alguno de ellos, aclarara el asunto. Esperé algunas explicaciones de Dupin.

— No es mi designio, ahora, dijo, *detenerme* sobre el primero y segundo de esos extractos. Los he copiado principalmente para mostrar á Vd. la extrema negli-

gencia de la Policía, que tanto como puedo comprender por el Prefecto, no se ha incomodado absolutamente, examinando la oficina naval á que se ha aludido. Además, es una simple tontera, decir que entre la primera y segunda desaparición de María, no hay una conexión *suponible*. Admitamos que de la primer fuga resultó un disgusto entre los amantes, y la vuelta de la joven engañada á su domicilio. Estamos ahora preparados para mirar una segunda *fuga* (si *sabemos* que ha tenido lugar una nueva fuga) como indicación de renovamiento de las protestas del seductor, más bien que como el resultado de nuevas proposiciones por un segundo individuo — estamos preparados para considerarlo como *las paces* del antiguo *amour*, más bien que como el comienzo de uno nuevo. Las probabilidades son diez contra una de que el que se había fugado una vez con María, propusiera una segunda fuga, que aquella á quien se habían hecho proposiciones de fuga, por un individuo, las recibiera de algún otro. Y déjeme Vd. aquí, llamar su atención sobre el hecho de que el tiempo corrido entre la primera fuga constatada, y la segunda supuesta, excede de pocos meses al período general empleado por nuestros buques de guerra en su oficio de cruceros. ¿Había sido interrumpido el amante en su primera infamia, por la necesidad de embarcarse, y había aprovechado el primer momento de su vuelta para renovar los bajos designios no del todo cumplidos todavía; ó no cumplidos del todo todavía *por él mismo*? De todas estas cosas, no sabemos nada.

Vd. dirá, sin embargo, que, en el segundo caso *no* hubo fuga, como se imagina. Ciertamente no; ¿pero

estamos preparados para decir que no hubo el designio frustrado de ese acto? Fuera de St-Eustache y quizá Beauvais, no encontramos otros reconocidos, francos y honorables pretendientes de María. De ningunos otros se habla, al menos. ¿ Quién es, entonces, el secreto amante, acerca del que los parientes (*los más de ellos, al menos*) no saben nada, pero á quien encuentra María en la mañana del domingo, y con quien tiene tan profunda confianza, que no vacila en permanecer con él hasta la noche entre las solitarias arboledas de la Barrière du Roule? ¿ Quién es ese secreto amante, pregunto, del que no saben nada *los más* de los parientes de la joven? ¿ Y qué quiere decir la singular profecía de la señora Rogêt en la mañana que salió su hija — « temo que ya no veré más á María »?

Pero si no podemos imaginar á la señora Rogêt sabedora del designio de fuga, ¿no podemos al menos suponer este designio concebido por la joven? Al salir de su casa, dió á entender que estaba por visitar á su tía en la calle de Drômes, y St-Eustache fué suplicado para que la fuera á buscar al anochecer. Ahora, á primera vista, este hecho milita poderosamente contra mi sugestión; pero, reflexionemos. Que ella *encontró* algún acompañante y cruzó con él el río, alcanzando la Barrière du Roule á las tres de la tarde, está constatado. Pero consintiendo en ser acompañada por este individuo (*con cualquier propósito — conocido ó no de la señora Rogêt*), debe haber pensado en la intención declarada cuando salió de su casa, y de la sorpresa y sospecha que se despertaría en el corazón de su prometido esposo St-Eustache, cuando al irla á buscar, á la hora convenida, á la calle de Drômes, encontrara que ella no

había estado, además al volver á la *casa de huéspedes* con esa alarmante noticia, supiera su continuada ausencia. Debe haber pensado en esas cosas, digo. Debe haber previsto el disgusto de St-Eustache, la sospecha de todo. No podía haber pensado en volver para desafiar esa sospecha; pues la sospecha se convierte en un punto de trivial importancia para ella, si la suponemos con intención de *no* volver.

Podemos imaginar su pensamiento así: Voy á encontrar una cierta persona para el plan de la fuga, ó para otros propósitos conocidos por mí sola. Es necesario que no haya probabilidades de interrupción — nos es menester tiempo suficiente para eludir la persecución — daré á entender que voy á hacer una visita á mi tía en la calle de Drômes, con quien pasaré el día — diré á St-Eustache que no me vaya á buscar hasta el anochecer — así, mi ausencia de casa por el más largo tiempo posible, sin causar sospechas ni ansiedad, dará razón de mí, y ganaré más tiempo que de cualquier otro modo. Si pido á St-Eustache que me vaya á buscar al anochecer, es seguro que no irá antes de esa hora; pero si dejo absolutamente de pedirle que me vaya á buscar, mi tiempo para escapar disminuirá desde que seré esparada más temprano y mi ausencia excitará inquietud más pronto. Ahora si fuera mi designio volver — si tuviera en proyecto simplemente un paseo con el individuo en cuestión, no estaría en mis conveniencias pedirle á St-Eustache que fuera á buscarme; porque yendo, podrá estar *seguro* de que le he jugado falsó — hecho que podría ocultarle toda la vida, saliendo de casa sin decirle mi intención, volviendo antes del anochecer y explicando después, que había estado de visita

en casa de mi tía, en la calle de Drômes. Pero como mi plan es no volver *jamás* — ó no volver por algunas semanas — ó hasta que se haya producido cierto encubrimiento — ganar tiempo es el único punto sobre el que debo inquietarme. »

Usted ha observado en sus notas, que la opinión más general relativa á este triste negocio es, y fué desde el principio, que la joven había sido víctima de una *gavilla* de bandidos. Ahora bien, la opinión popular, bajo ciertas condiciones, merece ser tenida en cuenta. Cuando nace por sí misma, cuando se manifiesta de una manera estrictamente espontánea, debemos mirarla como análoga á esa *intuición*, que es la idiosincracia del hombre de genio. En noventa y nueve casos sobre cien me atendría á su decisión. Pero es importante que no encontremos huellas palpables de la sugestión. La opinión debe ser rigurosamente la *propia del público;* la distinción es á menudo muy difícil de percibir y de sostener. En el presente caso, aparece para mí, que esta *opinión pública* respecto de *una gavilla*, ha sido apoyada por el suceso accesorio que se detalla en el tercero de mis extractos.

Todo París se excita por el descubrimiento del cadáver de María, una joven bella y conocida. Este cadáver es encontrado con señales de violencia, y flotando en el río. Pero se ha averiguado ahora, que en el mismo período ó casi en el mismo período, en que se supone que la joven fué asesinada, un crimen de naturaleza similar al que revela ese cadáver, ha sido perpetrado por una banda de miserables en la persona de una segunda joven. ¿ Es sorprendente que la atrocidad conocida haya influenciado el juicio popular respecto

de la atrocidad desconocida? ¿Este juicio esperaba dirección, y el crimen conocido pareció dársela tan oportunamente? María, además, fué encontrada en el río, y sobre este mismo río fué perpetrado el crimen conocido. La conexión de los dos sucesos tenía sobre sí tanto de palpable, que lo verdaderamente extraño hubiera sido que el pueblo *dejara* de apreciarla y de aceptarla. Pero, de hecho, la atrocidad conocida como perpetrada de una manera dada, es, si es algo, la evidencia de que la otra, cometida en un tiempo casi coincidente, *no* fué cometida de esa misma manera. Habría sido un milagro, á la verdad, si, mientras una banda de miserables, estaba perpetrando en una localidad precisa, un terrible delito, hubiera habido otra banda igual, en igual localidad, en la misma ciudad, bajo las mismas circunstancias, con los mismos medios y aplicaciones, cometiendo un delito del mismo aspecto precisamente, y precisamente en el mismo instante! Además, ¿por qué, sino por esta maravillosa coincidencia, solicita el pueblo que se crea en su opinión?

Antes de seguir más adelante, consideremos la supuesta escena del asesinato, en el bosquecito de la Barrière du Roule. Este bosquecito, aunque espeso, está muy próximo al camino público. Dentro de él, había tres ó cuatro grandes piedras formando una especie de asiento con respaldo y escabel. En la piedra superior se descubrió una enagua blanca; en la segunda una túnica de seda. Un quitasol, guantes y un pañuelo de manos, fueron encontrados también en el mismo sitio. El pañuelo llevaba el nombre de *María Rogêt*. Fragmentos de ropa fueron vistos en las ramas de

los alrededores. La tierra estaba pisada; los arbustos rotos y había muchas señales de una violenta lucha.

Sin embargo de la aclamación con que el descubrimiento de este bosquecito fué recibido por la prensa, y la unanimidad con que se supuso que él indicada el teatro preciso del crimen, debe admitirse que hay algunas razones muy poderosas para dudar. Que *fué* el teatro, puedo creerlo ó no — pero hay, como he dicho, excelentes razones para dudar. Si el *verdadero* teatro hubiera sido, como lo sugirió *Le Commerciel*, la vecindad de la calle Pavée Saint-Andrée, los perpetradores del crimen, suponiéndolos todavía residentes en París, se hubieran aterrado naturalmente al ver dirigida la atención pública al punto vulnerable; y en cierta clase de inteligencias, debe haber nacido, en un instante, un sentimiento de la necesidad de hacer algo para desviar esa atención. Y así, el bosquecito de la Barrière du Roule habiendo sido ya objeto de sospechas, la idea de colocar las ropas donde fueron encontradas, debe haber sido concebida fácilmente. No hay ninguna real evidencia, aunque *Le Soleil* diga lo contrario, de que los objetos descubiertos hayan estado en el bosquecito más de unos cuantos días; mientras que hay muchas pruebas accidentales de que no podían haber permanecido allí sin atraer la atención durante los veinte días corridos entre el fatal domingo y la tarde en que fueron encontrados por los niños. « Estaban todos enmohecidos y sumidos en el barro », dice *Le Soleil* adoptando las opiniones de sus predecesores, « con la acción de la lluvia, y pegados unos á otros por el *moho*. El césped había crecido alrededor y

sobre algunos de ellos. La seda del quitasol era fuerte, pero estaba desflocada por dentro. La parte superior, donde había sido doblada y plegada, estaba *enmohecida* y podrida, habiéndose roto al ser abierta ». Respecto al césped que había « crecido alrededor y sobre algunos de ellos », es obvio que el hecho puede haber sido asegurado únicamente por las palabras, y por consiguiente, por los recuerdos de dos niños pequeños; porque estos niños removieron los objetos y los llevaron á su casa, después de haber sido vistos por una tercera persona. Pero el césped crece, especialmente en tiempo caluroso y húmedo (tal como fué el del período del asesinato), hasta dos ó tres pulgadas, en un solo día. Un quitasol, permaneciendo sobre una tierra recientemente cubierta de césped, podía, en una sola semana, ocultarse del todo á la vista, por el césped que naciera en ese intervalo. Y viniendo á ese *moho* sobre el que insiste tan pertinazmente el editor de *Le Soleil*, que emplea la palabra no menos de tres veces en el breve párrafo leído hace un instante, ¿ ignora él, en realidad, la naturaleza de ese *moho*? ¿ Necesita que le digan que es una de las muchas clases de *fungus*, cuyo carácter más ordinario es un nacimiento y decadencia dentro de las veinticuatro horas?

Así vemos de una ojeada, que lo que se ha aducido más triunfalmente en apoyo de la idea que los objetos habían estado « al menos tres ó cuatro semanas » en el bosquecito, es más absurdo y más nulo que cualquiera de las evidencias de ese hecho. Por otro lado, es extremadamente difícil creer que esos objetos pudieran haber permanecido en el sitio mencio-

nado, durante un período más largo que el de una semana, durante un período más largo que de un domingo á otro. Los que conocen algo la vecindad de París, saben la extrema dificultad que hay en encontrar *soledad* hasta á la más grande distancia posible de sus suburbios. Un punto inexplorado y hasta poco frecuentemente visitado entre sus bosques ó florestas, no es imaginable un solo momento. Que cualquiera, siendo por inclinación un amante de la naturaleza, y encontrándose encadenado por el deber al polvo y al bullicio de esta gran metrópoli — que cualquiera como él, trate hasta durante los días de trabajo, de apagar su sed de soledad entre las escenas de belleza que le rodean por todas partes. En el punto á que se dirija, verá disiparse el encanto que busca, por la voz y la presencia de algún pillo ó corro de tunantes embriagados. Buscará el aislamiento entre lo más espeso del bosque; todo es en vano. Allí están los verdaderos rincones donde abunda más el populacho — allí están los templos más profanos. Con enfermedad en el corazón, el vagamundo volverá de nuevo al mancillado París como á uno menos odioso, porque, menos incomodado, huirá de la profanación. Pero si los alrededores de la ciudad son tan frecuentados durante los días de trabajo, ¡cuánto más no lo serán el domingo! Es entonces que, libre de las fatigas diarias, ó privado de las habituales oportunidades de crimen, el pillo busca los límites de la ciudad, no por amor al campo, que desprecia íntimamente, sino como un medio de escapar á las restricciones y conveniencias de la sociedad. Desea menos el aire fresco y el verdor de los árboles, que la más grande *licence* del campo. Allí, en la posada

de la orilla del camino ó bajo el follaje de los bosques, se abandona, libre de toda mirada, excepto la de sus buenos compañeros, á los locos excesos de una fingida hilaridad — producción legítima de la libertad y el ron. No digo nada más que lo que debe ser obvio para cualquiera observador imparcial, cuando repito que la circunstancia de los objetos en cuestión permaneciendo oculta, por un período más largo que el de un domingo á otro, en cualquier *bosquecito* de la inmediata vecindad de París, debe ser mirada como poco menos que milagrosa.

Pero no faltan otras bases á la sospecha de que los objetos fueron colocados en el bosquecito con la mira de desviar la atencion del verdadero teatro del suceso. Primeramente, déjeme Vd. llamar la suya hacia la *fecha* del descubrimiento de los objetos. Agregue Vd. á esto la fecha del quinto extracto hecho por mí mismo de los periódicos. Usted encontrará que el descubrimiento siguió casi inmediatamente al envío de las urgentes comunicaciones al diaro de la tarde. Estas comunicaciones aunque varias y aparentemente de diversas fuentes, tendían todas al mismo punto — dirigir la atención hacia una *gavilla* como la perpetradora del crimen y á la vecindad de la Barrière du Roule, como su teatro. Ahora, por consiguiente, la sospecha no es que á consecuencia de esas comunicaciones ó de la atención pública por ellas dirigida, los objetos fueron encontrados por los niños; la sospecha podía y puede muy bien haber sido, que los objetos no fueron encontrados *antes* por los niños, por la razón de que no habían estado antes en el bosquecito; habiendo sido depositados allí, solamente en la fecha ó bien poco antes de

la fecha de las comunicaciones, por sus malvados autores en persona.

Este bosquecito era singular — extremadamente singular. Dentro de su recinto naturalmente cercado, había tres extraordinarias piedras *formando un asiento con espaldar y escabel.* Y este bosquecito tan lleno de arte natural, estaba en la inmediata vecindad, *á pocas varas* de la vivienda de la señora Delue, cuyos niños tenían la costumbre de examinar minuciosamente los plantíos del alrededor de ellos, en busca de la corteza del sasafrás. ¿ Sería una apuesta temeraria — una apuesta de mil contra uno — á que no pasó jamás *un día* sobre la cabeza de esos niños, sin encontrar, al menos uno de ellos, escondido bajo el umbroso bosque y sentado en su trono natural ? Los que vacilen ante semejante apuesta, ó no han sido nunca niños ellos mismos, ó han olvidado la naturaleza infantil. Lo repito — es extremadamente difícil comprender cómo podían haber permanecido los objetos en ese bosquecito ocultos por más de uno ó dos días ; y así, es buena base para una sospecha, á pesar de la dogmática ignorancia de *Le Soleil*, que hayan sido colocados donde se les encontró en un momento comparativamente tardío.

Pero todavia hay otras razones más poderosas para creerlos depositados en esas condiciones, que todas las que he enunciado hasta ahora. Deje Vd. que llame su atención hacia el arreglo tan altamente artificial de los objetos. En la piedra *superior* había una enagua blanca ; en la *segunda* una banda de seda : esparcidos alrededor, estaban un quitasol, guantes y un pañuelo con el nombre de « María Rogêt ». Es justamente el arreglo que hubiera hecho una persona no ingeniosa queriendo

disponer los objetos *naturalmente*. Pero bajo ningún punto de vista un arreglo *realmente* natural. Quisiera más bien haber tratado de ver las cosas *todas* yaciendo en la tierra y pisoteadas. En los estrechos límites de ese bosquecillo, debe haber sido apenas posible que la enagua y banda retuvieran una posición sobre las piedras, estando en contacto de personas que luchaban. Había evidencia — se ha dicho — de una lucha; y la tierra estaba pisoteada, los arbustos rotos; pero la enagua y banda fueron encontradas como puestas en un estante. Los trozos de la bata desgarrados eran como de tres pulgadas de ancho por seis de largo. Una parte era el dobladillo de la bata, y había sido remendada. *Parecían tiras arrancadas.* Aquí, sin advertirlo *Le Soleil* ha empleado una frase extremadamente sospechosa. Los trozos, como se dice, « parecían tiras arrancadas » pero á propósito y por la mano. Es un accidente de los más raros, que un trozo « sea arrancado » de ningún vestido, como el de que se trata, por un *arbusto espinoso.* Á causa de la verdadera naturaleza de esos tejidos, un espino ó clavo que entre en ellos, los rasga rectangularmente, los divide en dos jirones longitudinales, que formando ángulos rectos entre sí, se encuentran en un ápice donde entra el espino; pero es casi imposible concebir el trozo « arrancado ». Yo jamás los he visto así, ni Vd. tampoco. Para *arrancar* un trozo de esos tejidos se requieren en casi todos los casos, dos distintas fuerzas en direcciones diferentes. Si hay dos dobladillos en la pieza, si por ejemplo, es un pañuelo de manos, y se desea sacar de él una tira, entonces, y solamente entonces, bastaría para ello una de las fuerzas. Pero en el presente caso,

la cuestión es de un vestido, que no tiene más que un dobladillo. Rasgar un trozo del interior, donde no hay dobladillo, podría únicamente ser efectuado por un milagro, con un espino, y *ningún* espino lo podría hacer. Pues, hasta cuando no hay más que un dobladillo, serían necesarios dos espinos, operando el uno en dos direcciones distintas, y el otro en una. Y esto en la suposicion de que el dobladillo no está guarnecido. Si lo está, el asunto es casi de innecesaria discusión. De esta manera es que vemos los numerosos y grandes obstáculos que estaban en la vía de los trozos « arrancados » por simples « espinos »; todavía somos solicitados á creer no solamente que un trozo sino que muchos han sido arrancados así. « Y una parte, además, *¡era el ribete de la bata!* » Otro trozo era « *parte de la falda, no del ribete* » — es decir, ¡ había sido completamente arrancado por los espinos, del interior del vestido, donde no se encontraba dobladillo! Éstas, digo, son cosas que bien puede perdonarse á cualquiera, que no las crea; sin embargo, tomadas colectivamente, forman, quizá, menos una razonable base de sospecha, que la sorprendente circunstancia de que los objetos han sido dejados en ese bosquecito por algunos *asesinos* que tenían suficiente precaución para pensar en remover el cadáver. Vd. no me habrá comprendido exactamente, no obstante, si supone que mi designio es *negar* que ese bosquecito haya sido el teatro del crimen. Deber haber habido un delito *en él*, ó más bien un accidente en casa de la señora Deluc. Pero, en hecho, este es un punto de poca importancia. No estamos empeñados en descubrir el teatro, sino los perpetradores del asesinato. Lo que he aducido, sin embargo

de la minuciosidad con que lo he aducido, ha sido con el fin, primero de demostrar la tontera de las dogmáticas y temerarias aserciones de *Le Soleil*, pero en segundo lugar y principalmente, para llevar á Vd. por el camino más natural, á un último examen de la duda de si este asesinato ha sido ó no obra de una *gavilla de bandidos.*

Principiaremos por una simple alusión á los repugnantes detalles del cirujano interrogado en el sumario. Basta sólo decir que sus *deducciones*, publicadas en los diarios, respecto al número de los criminales, han sido perfectamente ridiculizadas como injustas y sin fundamento alguno, por todos los reputados anatomistas de París. No es que el hecho *no hubiera sido* como él cree, sino que no había base para esa creencia : ¿ no hay muchas para otra deducción?

Reflexionemos ahora sobre « las señales de una lucha » ; y déjeme Vd. preguntar qué es lo que se ha supuesto que demostraban esas señales. Una *gavilla.* ¿Pero no demostrarán más bien la ausencia de una gavilla? ¿ Qué *lucha* podía haber tenido lugar, — qué lucha tan violenta y tan larga para dejar « señales » en todas direcciones — entre una débil é indefensa joven y la *gavilla* de bandidos imaginada ? El silencioso estrechamiento de algunos rudos brazos, y todo hubiera concluido — la víctima debía haber quedado absolutamente pasiva á sus deseos. Vd. debe recordar que los argumentos enunciados contra la hipótesis de que el bosquecito fué el teatro del crimen, son aplicables, en su mayor parte, únicamente contra la hipótesis de que ese paraje haya sido el teatro de un crimen cometido *por más de un solo* individuo. Si imaginamos

un solo criminal, podemos concebir, y concebir así, únicamente, una lucha tan violenta y obstinada, que llegó á dejar señales inequívocas de su presencia.

Todavía hay más. He mencionado ya la sospecha que debe excitar el que los objetos en cuestión, permanecieran *todos* en el bosquecito donde se les descubrió. Parece casi imposible que estas evidencias de delito, hubieran sido accidentalmente dejadas donde se las encontró. Hubo suficiente presencia de espíritu (se supone) para acarrear el cadáver; y todavía una más positiva evidencia de que el cadáver mismo (cuyas facciones podían haberse desfigurado rápidamente) ha permanecido bien visible en el teatro del hecho — aludo al pañuelo de manos con el *nombre* de la finada. Si fué olvido, no fué el olvido de una *gavilla*. Podemos imaginarlo únicamente como el olvido de un individuo. Veamos. Un individuo ha cometido el asesinato. Se encuentra solo con la difunta. Está espantado por lo que permanece sin movimiento á su lado. La furia de su pasion ha concluído, y hay abundante sitio en su corazón para el natural temor de su crimen. Su confianza no es de las que engendra inevitablemente el número presente de cómplices. Está *solo* con la muerta. Tiembla y está turbado. Sin embargo, es preciso hacer algo del cadáver. Lo lleva al río, pero dejas tras de sí las otras evidencias del delito; porque es difícil, si no imposible, acarrear todo de una vez, y será fácil volver por lo que ha quedado. Pero en su penosa jornada hasta el río, sus terrores redoblan. Los ruidos de la vida se oyen á su alrededor. Á cada momento percibe ó cree percibir el paso de un observador. Las luces mismas de la ciudad le turban. Sin embargo,

poco á poco y con largas y frecuentes pausas de profunda agonía, alcanza la orilla del río y arroja su lúgubre carga, quizá por medio de un bote. Pero *ahora*, ¿qué tesoro puede guardar el mundo — qué palabra de venganza puede proferir — que tuviera el poder de llevar de nuevo á ese solitario asesino por aquella fatigante y peligrosa senda, hasta el bosquecito que le hiela la sangre con sus recuerdos? *No* vuelve; no le importan las consecuencias. No *podría* volver aunque quisiera. Su único pensamiento es el de la fuga. Huye *para siempre* de aquellos horrorosos plantíos, y huye de ellos como de una venganza que le amenazara.

¿Pero qué habría sucedido con una gavilla? Su número hubiera inspirado tranquilidad á todos; y esto, si es cierto que bandidos consumados necesitan alguna vez tranquilidad; y no se puede suponer una *gavilla*, si no es de bandidos consumados. Su número, digo, hubiera prevenido la turbación y el terror sin causa que he imaginado como capaz de paralizar al hombre solo. Si suponemos un olvido en uno, en dos ó hasta en tres, este olvido hubiera sido remediado por un cuarto individuo. No hubiera dejado nada tras de sí; porque su número les habría permitido llevar *todo* de una vez. No hubiera habido ninguna nececidad de *volver*.

Considere Vd. ahora la circunstancia de que en la parte exterior del vestido del cadáver, cuando se le encontró, una tira de cerca de un pie de ancho, había sido rasgada hacia arriba desde el extremo del dobladillo hasta el talle, enrollada tres veces alrededor de la cintura y asegurada por una especie de nudo en la espalda. Esto fué hecho evidentemente con el designio

de procurar un *asidero* para acarrear el cuerpo. ¿Pero podía ningún *número* de hombres haber soñado en recurrir á semejante expediente? Para tres ó cuatro, los miembros del cadáver hubieran procurado no sólo una presa suficiente, sino la mejor posible. El recurso pertenece á un solo individuo; y esto nos lleva al hecho de que, «entre el bosquecito y el río fueron encontrados destruídos los vallados y en la tierra visibles huellas de haber sido arrastrado algún cuerpo pesado!» ¿Pero, podía un *número* de hombres haberse puesto en el superfluo trabajo de derribar vallados, con el propósito de arrastrar un cadáver, cuando podían haberlo alzado por sobre cualquier vallado, en un instante? ¿Podía un *número* de hombres haber *arrastrado* tanto un cadáver, como para dejar *huellas* evidentes en la tierra?

Y aquí debemos referirnos á una observacion de *Le Commerciel;* observación sobre la que he hecho ya algunos comentarios. «Un trozo, dice este diario, de la enagua de la infortunada joven, había sido arrancado y atado bajo su barba y alrededor de la parte posterior de su cabeza, probablemente para prevenir gritos. Esto ha sido hecho por individuos que no tenían pañuelos de mano.»

He establecido antes que á un bandido completo jamás le *falta* un pañuelo de mano. Pero no es á este hecho que debemos especialmente atender. Que no fué por necesidad de un pañuelo para el propósito imaginado por *Le Commerciel* que se empleó aquel vendaje, se demuestra por el pañuelo dejado en el bosquecito; y que el objeto no fué el de «prevenir gritos» aparece también por la circunstancia de haber sido empleado

el vendaje con preferencia á lo que podía haber respondido mejor al propósito. Pero el lenguaje de la evidencia habla del trozo en cuestión como encontrado alrededor del cuello, débilmente ajustado y asegurado con un fuerte nudo.

Estas palabras son muy vagas, pero difieren materialmente de las de *Le Commerciel*. La tira era de diez y ocho pulgadas de ancho, y por consecuencia, aunque de muselina, podía formar una fuerte faja, estando doblada y plegada longitudinalmente. Y así, plegada, fué como se la encontró. Mi deducción es ésta. El solitario asesino, habiendo llevado el cadáver hasta alguna distancia (ya sea desde el bosquecito ú otra parte) por medio de vendajes *atados* alrededor de su cintura, encontró que el peso con ese procedimiento, era demasiado para sus fuerzas. Resolvió arrastrar su carga — la evidencia va hasta mostrar que fué arrastrada. Con este objeto en mira, llegó á ser necesario atar algo semejante á una cuerda á una de las extremidades. Podía ser mejor atarla al cuello para que la cabeza no goteara sangre. Y entonces el asesino, incuestionablemente se acordó del vendaje de los riñones. Podía haber usado ese mismo, pero por sus vueltas alrededor del cadáver, el *nudo* que lo embarazaba, y la reflexión de que no había sido «arrancado» del vestido, era más fácil cortar una nueva tira de la enagua. La cortó, la adaptó al cuello, y así *arrastró* su víctima hasta la orilla del río. Que este «vendaje» únicamente practicado con la turbación y la tardanza y respondiendo además imperfectamente á su propósito — que este vendaje fué empleado demuestra que la necesidad de su empleo nació de circunstancias presentes á un

período en que no era ya fácil poseer el pañuelo, es decir, de circunstancias que se presentaron como hemos imaginado, después de salir del bosquecito (si fué de allí) y en el camino, entre el bosquecito y el río.

Pero la declaración de la señora Delue (!) dirá Vd. llama especialmente la atención sobre la presencia de una *gavilla* en los alrededores del bosquecito hacia la época del asesinato. Convenido. Dudo que no ha ya habido una *docena* de gavillas tales como la descrita por la señora Delue, cerca de la Barrière du Roule y *hacia* el período de esta tragedia. Pero la gavilla que ha atraído sobre sí la terrible animadversión, y la declaración algo tardía y sospechosa de la señora Delue, es la *única* representada por esa honrada y escrupulosa anciana, como « habiendo comido sus pasteles y bebido su brandy, sin tomarse el trabajo de pagar un centavo ». *¡ Et hinc illæ iræ !*

¿ Pero cuál *es* la precisa declaración de la señora Delue ? « Una banda de foragidos, apareció, se condujeron ruidosamente, comieron y bebieron sin pagar ; siguieron el camino que habían tomado los dos jóvenes, regresaron al anochecer, volvieron á la posada, *al anochecer*, y cruzaron de nuevo el río, como si estuvieran muy apurados. »

Ahora, « este gran apuro » muy posiblemente pareció *más grande* á los ojos de la señora Delue, desde que quedó lamentándose sobre sus violados pasteles y cerveza — pasteles y cerveza por los que podía aún haber mantenido una débil esperanza de compensación. Porque, de otra manera, desde que era *al anochecer*, hubiera hecho un punto del *apuro* ». No es motivo de sorpresa, seguramente, que hasta una banda de fora-

gidos estuviesen *apurados* para retirarse á sus casas, cuando es necesario cruzar un ancho río en pequeños botes, cuando amenaza tormenta y cuando la noche se *aproxima*.

He dicho *aproxima*; porque la noche *no había llegado todavía*. Fué únicamente al *anochecer* que el grosero apuro de esos «foragidos» ofendió los serenos ojos de la señora Delue. Pero se nos dice que fué esa misma noche, ya tarde, que la señora Delue, lo mismo que su hijo mayor «oyeron los gritos de una mujer en la vecindad de la posada». ¿Y con qué palabras designa la señora Delue, el período de la noche en que fueron oídos esos gritos? «Era *temprano*, *después de anochecer*», dice. Pero «temprano después de anochecer» es al menos, *anochecido*; y al *anochecer*, es también ciertamente de día. Así, es perfectamente claro que la gavilla abandonó la Barrière du Roule antes que los gritos fueran oídos por la señora Delue. Y aunque, en todas las relaciones de la declaración, las expresiones relativas á la hora, son distintas é invariablemente empleadas, como acabo de emplearlas, yo mismo, esa notable circunstancia contradictoria no ha llamado la atención de ninguno de los diarios ni de ninguno de los sabuesos de la Policía.

No añadiré más que un argumento á los que existen ya, contra la idea de una *gavilla*, pero este *uno*, tiene, al menos ante mi propia inteligencia, un peso absolutamente irresistible. No es imaginable que ante la espectativa del gran premio ofrecido, y completo perdón á cualquier declaración — no es imaginable, digo, ni por un momento, que algún miembro de una *gavilla* de míseros bandidos, ó de cualquier cuerpo de hombres,

no hubiera traicionado á sus cómplices hace mucho tiempo. Cada uno de los que forman parte de una banda colocada en esas condiciones, no desea tanto el premio ó la libertad, como *teme la traición*. Traiciona antes de *ser traicionado él mismo*. Que el secreto no se ha divulgado, es la mejor prueba de que es realmente un secreto. Los horrores de este sombrío suceso, son conocidos únicamente de *uno* ó dos seres humanos — y de Dios.

Sumemos ahora los pobres aunque ciertos frutos de nuestro largo análisis. Hemos llegado á la idea, ó de un fatal accidente bajo el techo de la señora Delue, ó de un asesinato perpetrado, en el bosquecito de la Barrière du Roule, por un amante, ó al menos, por un íntimo y secreto conocido de la víctima. Este conocido es de color moreno. Este color, la «atadura del vendaje» y el «nudo de marinero», con que estaban atadas las cintas de la gorra, indican á un marino. Su relación con la víctima, una joven alegre, pero no abyecta, le designan como superior al grado de marinero común. Aquí las urgentes y bien escritas comunicaciones á los diarios, corroboran bastante esa deducción. La circunstancia de la primer fuga, tal como ha sido mencionada por *Le Mercure*, tiende á unir la idea de este marino con la del «oficial naval» que llevó á la infortunada por vez primera, á la senda del vicio.

Y aquí, viene lo más justamente la consideración de la continuada ausencia del individuo de color negro. Déjeme Vd. detenerme para observar que el color de este hombre es negro y moreno; no es un mismo color el que constituye el *único* punto de parecido para

Valence y la señora Delue. Pero, ¿por qué se encuentra ausente este hombre? ¿Fué asesinado por la gavilla? Si es así, ¿por qué hay *huellas* solamente de la *joven?* El teatro de los dos crímenes debe naturalmente ser supuesto el mismo. ¿Y dónde está su cadáver? Es lo más probable que los asesinos hubieran dispuesto de ambos del mismo modo. Pero se puede decir que este hombre vive y tiene temor de dejarse ver, de miedo de ser cargado con el asesinato. Se puede suponer que esta consideración obra sobre su ánimo ahora — en este útimo período — desde que se evidenció que había sido visto con María; pero no pudo haber tenido fuerza en el período del hecho. El primer impulso de un hombre inocente hubiera sido anunciar el crimen y ayudar á identificar á los autores. Esto, *la prudencia* lo hubiera aconsejado. Había sido visto con la joven. Había cruzado el río con ella en un bote descubierto. La denuncia de los asesinos hubiera aparecido hasta á un idiota, el medio seguro y único de libertarse á sí mismo de las sospechas. No podemos suponerlo, en la noche del fatal domingo, las dos cosas, inocente, é ignorante del crimen cometido. Únicamente, bajo tales circunstancias, es posible imaginar que hubiera dejado, si vivía, de delatar á los asesinos.

¿Y cuáles son nuestros medios para llegar á la verdad? Debemos encontrar estos medios multiplicando y recogiendo distinciones á medida que adelantemos. Examinemos hasta el fin este asunto de la primera fuga. Conozcamos la completa historia del « oficial » con sus presentes circunstancias, y sus residencias durante el período preciso del asesinato. Comparemos

cuidadosamente una con otra las varias comunicaciones enviadas al diario de la tarde, y cuyo objeto era inculpar á una *gavilla*. Hecho esto, comparemos estas comunicaciones respecto á sus estilos y letras con las enviadas al diario de la mañana, en un período anterior; en las que se insistía tan vehementemente sobre el delito de Beauvais. Y hecho todo esto, comparemos de nuevo esas varias comunicaciones con la letra *conocida* del oficial. Tratemos de establecer por repetidas preguntas á la señora Deluc y sus hijos, así como del conductor de ómnibus, Valence, algo más sobre el aire y la apariencia personal del « hombre de color negro ». Interrogaciones sagazmente dirigidas, no dejarán de proporcionar, de parte de esas personas, informes sobre ese punto particular (ó sobre otros), — informes que esas personas mismas pueden no saber jamás que los poseen. Sigamos ahora la huella del *bote* recogido por el barquero en la mañana del lunes 23 de Junio y que fué sacado de la oficina naval sin conocimiento del oficial de servicio, y *sin el timón*, poco antes de descubrirse el cadáver. Con prudencia y perseverancia debemos encontrar este bote; porque no sólo puede el barquero reconocerlo, sino que *el timón está á la mano*. El timón de un bote de vela no podía haber sido abandonado, sin ser buscado por alguno que hubiera estado con el corazón tranquilo. Y aquí déjeme Vd. insinuar una pregunta. No hubo *aviso* del hallazgo del bote. Fué silenciosamente sacado de la oficina, y conducido con el mismo silencio fuera de allí. ¿ Pero *cómo es que pudo* su propietario ó patrón ser informado en un período tan breve como el del martes por la mañana, sin aviso de

nadie, del paradero del bote sustraído el lunes, á menos que no imaginemos alguna relación en la *marina* — alguna relación personal y permanente que le condujera á conocer sus más pequeños intereses — sus pequeñas noticias locales?

Hablando del solitario asesino que arrastró su carga hasta la ribera, he sugerido ya la probabilidad de que se valió de *un bote*. Ahora tenemos que comprender que María Rogêt *fué* precepitada al río desde un bote. Éste debía naturalmente haber sido el caso. El cadáver no podía haber sido confiado á las aguas poco profundas de la orilla. Las singulares marcas de la espalda y hombros de la víctima, hablan de las costillas del fondo de un bote. Que el cuerpo fué encontrado sin peso, es también corroborativo de esta idea. Si hubiera sido arrojado desde la orilla, le habrían atado un peso á los pies. Podemos únicamente explicarnos su ausencia, suponiendo que el asesino olvidó la precaución de proveerse de él, antes de embarcar el cadáver. En el acto de entregar el cuerpo al agua, debe haber saltado á tierra. Pero el bote, ¿podía él haberlo asegurado? Debe haber estado con demasiada prisa para ocuparse en cosas tales como asegurar un bote. Además, atándole al embarcadero, hubiera sentido como que aseguraba un testigo contra sí mismo. Su natural pensamiento hubiera sido arrojar de sí, tan lejos como fuera posible, todo lo que había tenido conexión con su crimen. Debía no solamente haber huído del embarcadero, sino impedir que el *bote* permaneciera allí. Indudablemente debe haberlo arrojado á la derecha. Prosigamos nuestra imaginativa. En la mañana, el pobre diablo es presa de inexplicable terror al encontrar que el bote ha

sido recogido y detenido en un punto que él frecuenta diariamente, por costumbre — en un punto, quizá, que él tiene hasta el deber de frecuentar. Á la noche siguiente, *sin atreverse á preguntar por el timón*, lo saca de ahí. Ahora, *¿dónde* esta ese bote sin timón? Que sea uno de nuestros primeros propósitos el descubrirlo. Con la primera ojeada lo obtendremos; el principio de nuestro éxito seguirá. Este bote nos guiará con una rapidez que nos sorprenderá á nosotros mismos, hasta el que le empleó en la noche del domingo fatal. Una corroboración se levantará sobre otra corroboración y el asesinato será trazado.

Por razones que no explicaremos, pero que aparecerán obvias á muchos lectores, nos hemos tomado la libertad de omitir aquí algunos párrafos del manuscrito que poseemos, tales como los detalles de *continuación* de la aparentemente pequeña huella obtenida por Dupin. Sólo creemos prudente constatar que el resultado deseado se alcanzó, y que el Prefecto cumplió puntualmente, aunque con repugnancia, los términos de su pacto.

*Eds* (1).

El artículo de M. Poe concluye con las siguientes palabras :

(1) Del diario en que fué publicado primitivamente este artículo. (N. del E., edición de Chatto y Windus, Londres, 1872.) Igual anotación se encuentra en la Adam y Black. — Edimburgo, 1874. (N. del traductor.)

Debe entenderse que hablo de coincidencias y *nada más*. Lo que he dicho antes sobre este tópico, debe bastar. En mi alma no hay fe para los sucesos sobrenaturales. Que la Naturaleza y su Dios, son dos, ningún hombre que piensa lo negará. Que el último creando la primera, puede si desea, gobernarla ó modificarla, es absolutamente incuestionable. Digo « si desea », porque la cuestión es de deseo, y no como la insania de la lógica lo ha pretendido, de poder. No es que la Deidad *no pueda* modificar sus leyes; es que la insultamos imaginando una necesidad posible de modificación. En su origen, esas leyes fueron hechas para abrazar *todas* las contingencias que *pudieran* haber en el Futuro. Para Dios todo sucede en el *Presente*.

Repito, pues, que hablo de estas cosas únicamente como de coincidencia. Y además : en lo que relato se verá que entre el fin de la infortunada María Cecilia Rogers, tanto como este fin es conocido, y el fin de una María Rogêt hasta cierta época de su historia, ha existido un paralelo, en la contemplación de cuya horrorosa exactitud la razón se encuentra embarazada. Digo que todo esto será visto. Pero no se suponga ni por un momento, que avanzando en la triste narración de María desde la época recién mencionada, y trazando hasta su *dénoument* el misterio que la encubrió, no se suponga que es mi secreto designio hacer entrever una extensión del paralelo, ni siquiera sugerir que las medidas adoptadas en París para el descubrimiento del asesino de una griseta ó medidas encontradas en un similar raciocinio, pudieran producir similar resultado.

Porque, respecto á la última rama de la suposición,

se debe considerar que la más trivial variación en los hechos de los dos casos, puede dar lugar á las más importantes equivocaciones, desviando completamente las dos carreras de sucesos; lo mismo que, en aritmética, un error que en su propia individualidad, puede ser inapreciable, produce al último, por el poder de multiplicación en todos los puntos de la serie, un resultado enormemente en desacuerdo con la verdad. Y respecto á la útima rama, debemos no dejar de tener en vista que el verdadero Cálculo de las Probabilidades á que acabo de referirme, impide toda idea de la extensión del paralelo: la impide con una positividad fuerte y decidida justamente en la proporción con que este paralelo ha sido traído de lejos y en proporción de su exactitud. Ésta es una de esas anómalas proposiciones que pareciendo recurrir al pensamiento opuesto al pensamiento matemático, es sin embargo de aquellas que sólo el hombre matemático puede concebir. Nada, por ejemplo, es más difícil de hacer comprender á la generalidad de los lectores, que el hecho de que un jugador de dados ponga en sucesión dos veces *los séis*, es causa suficiente para apostar lo que se tiene, á que los seis no aparecerán en la tercera tentativa. Una tentación de este efecto es habitualmente rechazada por la inteligencia. No se comprende que los dos números que han sido completados, y que permanecen ahora en el pasado, puedan tener influencia sobre el que existe únicamente en el Futuro. La probabilidad de sacar seis, parece ser precisamente el privilegio de un momento dado — es decir, sujeta únicamente á la influencia de los varios otros números que pueden obtenerse. Y ésta es una reflexión tan sumamente obvia, que tratar de contro-

vertirla es recibido en general, más con una irrisoria sonrisa que con algo parecido á respetuosa atención. El error envuelto en este asunto — error grande y lleno de malicia — no puedo pretender exponerlo en los límites asignados á este trabajo; pero para los filósofos no necesita explicaciones. Será suficiente decir aquí que él pertenece á una de las series infinitas de equivocaciones que se levantan en el camino de la Razón á causa de su propensión á buscar la verdad *en detalle*.

---

# LA CARTA ROBADA

*Nihil sapientiæ odiosus acumine nimio.*

(SÉNECA.

Al anochecer de una noche del otoño de 18... me hallaba en París, gozando de la doble fruición de la meditación y del tabaco contenido en una pipa de espuma de mar, en compañía de mi amigo C. Augusto Dupin, en un pequeño cuarto detrás de su biblioteca, calle Dunôt, Faubourg St-Germain, *au troisième*, núm. 33. Durante una hora por lo menos, habíamos guardado un profundo silencio; á cualquier casual observador, le habríamos parecido intencional y exclusivamente ocupados con los remolinos de humo que viciaban la atmósfera del cuarto. Yo, sin embargo, estaba discutiendo mentalmente ciertos tópicos que habían dado asunto para conversación entre nosotros, hacía algunas horas solamente; quiero hablar del asunto de la calle Morgue, y el misterio respecto al asesino de María Rogêt. Los consideraba, como siendo

en algún modo, coincidentes, cuando la puerta de nuestra habitación se abrió para dar paso á nuestro antiguo conocido, Monsieur G***, el Prefecto de la Policía parisiense.

Le dimos una sincera bienvenida, porque había en aquel hombre casi tanto de entretenido como de despreciable, y hacía varios años que no le veíamos. Estábamos á oscuras cuando llegó, y Dupin se levantó con el propósito de encender una lámpara; pero volvió á sentarse sin haberlo hecho, porque G*** dijo que había ido á consultarnos, ó más bien á pedir el parecer de un amigo, acerca de un asunto oficial que había ocasionado una extraordinaria agitación.

— Si se trata de algo que requiere reflexión, observó Dupin, absteniéndose de dar fuego á la mecha, lo examinaremos mejor en la oscuridad.

— Esa es otra de sus singulares nociones, dijo el Prefecto, que tenía la costumbre de llamar « singular » á todo lo que estaba fuera de su comprensión, y vivía, por consiguiente, entre una absoluta legión de « singularidades ».

— Es muy cierto, respondió Dupin, alcanzando á su visitante una pipa de fumar, y haciendo rodar hacia él un confortable sillón.

— ¿Y cuál es la dificultad ahora? pregunté. No se relaciona ya con asesinatos, espero.

— ¡Oh! no, nada de esa naturaleza. El asunto es muy simple, á la verdad, y no tengo duda que podremos manejarlo suficientemente bien nosotros mismos; pero he pensado que á Dupin le gustaría oir los detalles del hecho, porque es tan excesivamente *singular!...*

— Simple y singular, dijo Dupin.

— Y bien, sí; y no exactamente una, sino ambas cosas á la vez. Sucede que hemos sido desconcertados porque el asunto *es* tan simple, y sin embargo nos confunde á todos.

— Quizá es precisamente la simplicidad lo que desconcierta á Vd., dijo mi amigo.

— ¿Qué desatino *dice* Vd. ahí? replicó el Prefecto, riendo de todo corazón.

— Quizá el misterio es *demasiado* sencillo, dijo Dupin.

— ¡Oh! ¡por el ánima de!... ¡quién ha oído jamás una idea semejante!

— *Demasiado* evidente por sí mismo.

— ¡Ja! ja! ja!... ja! ja! ja! hizo nuestro visitante, profundamente divertido; ¡oh! Dupin, Vd. me va á hacer reventar de risa.

— ¿Y cuál es, por fin, el asunto de que se trata? pregunté.

— Se lo diré á Vd., replicó el Prefecto, profiriendo un largo, fuerte y reposado *puff*, y acomodándose en su sillón. Se lo diré en pocas palabras; pero antes de comenzar, le advertiré que este es un asunto que demanda la mayor reserva, y que perdería sin remedio mi puesto si se supiera que lo he confiado á nadie.

— Continúe Vd., dije.

— Ó no continúe, dijo Dupin.

— De acuerdo; he recibido personal informe de un altísimo personaje, de que un documento de la mayor importancia ha sido robado de las habitaciones reales. El individuo que lo robó es conocido; sobre este punto no hay la mínima duda; fué visto en el acto de llevár-

selo. Se sabe también que permanece todavía en su posesión.

— ¿Cómo se sabe esto? preguntó Dupin.

— Se ha deducido perfectamente, replicó el Prefecto, de la naturaleza del documento y de la no aparición de ciertos resultados que nacerían de repente, por el solo hecho de no hallarse ya en poder del ladrón; es decir, á causa del empleo que debe intentar hacer de él, en el caso de emplearlo.

— Sea Vd. un poco más explícito, dije.

— Bien, puedo aventurar hasta decir que el papel en cuestión, da á su poseedor un cierto poder en una cierta parte, donde tal poder es inmensamente valioso. El Prefecto era amigo de la mogigatería de la diplomacia.

— Todavía no comprendo bien, dijo Dupin.

— ¿No? Bueno; el descubrimiento del papel á una tercera persona, que es imposible nombrar, pondrá en tela de juicio el honor de un personaje de la más elevada posición; y este hecho da al poseedor del documento un ascendiente sobre el ilustre personaje cuyo honor y tranquilidad son así comprometidos.

— Pero este ascendiente, repuse, dependería del conocimiento que tiene el ladrón, de que es conocido del dueño del papel. ¿Quién se ha atrevido?...

— El ladrón, dijo G***, es el Ministro D***, quien se atreve á todo; uno de esos hombres tan inconvenientes como convenientes. El método del robo no fué menos ingenioso que arriesgado. El documento en cuestión, una carta, para ser franco, había sido recibida por el personaje robado, en circunstancias que estaba solo en su real *boudoir*. Mientras que la leía, fué

repentinamente interrumpido por la entrada de otro elevado personaje, á quien deseaba especialmente ocultarla. Después de una apresurada y vana tentativa de esconderla en una gaveta, fué forzado á colocarla, abierta como estaba, sobre una mesa. La dirección, sin embargo, era lo que quedaba á la vista ; y el contenido, así cubierto, hizo que la atención no se fijara en la carta. En este momento entra el Ministro D***. Sus ojos de lince perciben inmediatamente el papel, reconocen la letra de la dirección, observa la confusión del personaje á quien ha sido dirigida, y penetra su secreto. Después de algunas gestiones sobre negocios, de prisa, como es su costumbre, saca una carta algo parecida á la otra, la abre, pretende leerla, y después la coloca en estrecha yuxtaposición con la que codiciaba. Pónese á conversar de nuevo, durante un cuarto de hora casi, sobre asuntos públicos. Al último, levantándose para marcharse, tomó de la mesa la carta que no le pertenecía. Su legítimo dueño lo vió ; pero, como se comprende, no se atrevió á llamar la atención sobre el acto en presencia del tercer personaje que estaba á su lado. El Ministro se marchó dejando la carta suya, que no era de importancia, sobre la mesa.

— Aquí está, pues, me dijo Dupin, lo que Vd. pedía para hacer el ascendiente completo, el conocimiento del ladrón, de que es conocido del dueño del papel.

— Sí, replicó el Prefecto ; y el poder así alcanzado en los últimos meses, ha sido empleado, con objetos políticos, hasta un punto muy peligroso. El personaje robado, se convence cada día más de la necesidad de reclamar su carta. Pero esto, como se comprende, no

puede ser hecho abiertamente. En fin, reducido á la desesperación, me ha encomendado el asunto.

— ¿ Y quién puede desear, dijo Dupin arrojando una espesa bocanada de humo, ó siquiera imaginar, un oyente más sagaz que Vd. ?

— Vd. me adula, replicó el Prefecto; pero es posible que algunas opiniones como esas puedan haber sido sostenidas respecto á mí.

— Es claro, dije, como lo observó Vd., que la carta está todavía en posesión del Ministro; desde que es esta posesión, y no ningún empleo de la carta, la que confiere el poder. Empleándola, el poder se acaba.

— Cierto, dijo G***, y sobre esa convicción es bajo la que he procedido. Mi primer cuidado fué hacer una completa investigación en el alojamiento del Ministro, y mi principal embarazo estriba en la necesidad de buscar sin que él lo sepa. Además, he sido prevenido del peligro que resultaría de darle motivos de sospechar de nuestro designio.

— Pero, dije, Vd. está completamente *au fait* en esas investigaciones. La policía parisiense ha hecho estas cosas muy á menudo antes.

— Ya lo creo; y por esa razón no desespero. Las costumbres del Ministro me dan, además, una gran ventaja. Está frecuentemente ausente de su casa toda la noche. Sus sirvientes no son numerosos. Duermen á una distancia larga de la habitación de su amo, y siendo principalmente napolitanos, son embriagados con facilidad. Tengo llaves, como Vd. sabe, con las que puedo abrir cualquier cuarto ó gabinete en París. Durante tres meses, no ha pasado una noche sin que haya estado empeñado personalmente en escudriñar el

hotel de D***. Mi honor está interesado, y para mencionar un gran secreto, el premio es enorme. Así, no he abondonado la partida hasta que he llegado á convencerme plenamente de que el ladrón es un hombre más astuto que yo mismo. Me figuro que he investigado todos los rincones y todos los escondrijos de los sitios en que es posible que el papel pueda ser ocultado.

—¿ Pero no es posible, exclamé, aunque la carta pueda estar en la posesión del Ministro, como es incuestionable que la haya escondido en alguna parte fuera de su propia casa?

— Es apenas posible, dijo Dupin. La presente y peculiar condición de los negocios en la corte, y especialmente de esas intrigas en las cuales se sabe que D*** está envuelto, hacen la instantánea validez del documento, su susceptibilidad de ser encontrado en un momento dado, un punto de casi tanta importancia como su posesión.

—¿ Su susceptibilidad de ser encontrado? dije.

— Es decir, de ser *destruído*, dijo Dupin.

— Cierto, observé; el papel está entonces claramente al alcance de la mano. Porque que está sobre la persona del Ministro, podemos considerarlo como fuera de cuestión...

— Enteramente, dijo el Prefecto. Ha sido dos veces asaltado como por salteadores, y su persona rigurosamente registrada bajo mi propia inspección.

— Se podía Vd. haber ahorrado ese trabajo, dijo Dupin. D***, presumo no es del todo un loco; y si no lo es, debe haber previsto esas asechanzas; eso es claro.

— No del *todo* un loco, dijo G***; pero por consiguiente es un poeta, lo que tomo únicamente como una escapada de ser loco.

— Cierto, dijo Dupin después de una larga y reposada aspiración de humo en su pipa, aunque yo mismo sea culpable de ciertas *versas*.

— Supongamos, dije, que Vd. detalla las particularidades de su investigación.

— Los hechos son éstos: tomábamos nuestro tiempo y buscábamos por *todas partes*. He tenido larga experiencia en estos negocios. Tomé todo el edificio, cuarto por cuarto, consagrando las noches de toda una semana para cada uno. Examinábamos primero el mobiliario de cada habitación. Abríamos todos los cajones posibles; y supongo que Vd. sabe que, para un ejercitado agente de policía, son imposibles los cajones *secretos*. Cualquiera que en investigaciones de esta clase permite que se le escape un cajón *secreto*, es un bobo. La cosa *así*, es sencilla. Hay una cierta cantidad de capacidad, de espacio, que contar en una pieza. En este caso, tenemos minuciosas reglas. La quincuagésima parte de una línea no puede escapársenos. Después del gabinete, tomamos las sillas. Los cojines son examinados con esas delgadas y largas agujas que Vds. me han visto emplear. De las mesas, removemos las tablas superiores.

— ¿Por qué?

— Algunas veces la tabla de una mesa, ú otra pieza de mobiliario similarmente arreglada, es levantada por la persona que desea ocultar un objeto; entonces la pata es escavada, el objeto depositado dentro de su cavidad, y la tabla vuelta á colocar. Los extremos de los

pilares de las camas son utilizados con el mismo fin.

— ¿Pero la cavidad no podría ser denunciada por el sonido? pregunté.

— De ninguna manera, si cuando el objeto es depositado se coloca á su alrededor una cantidad suficiente de algodón en rama. Además, en nuestro caso estábamos obligados á proceder sin ruido.

— Pero no pueden Vds. haber removido, no pueden Vds. haber hecho pedazos *todos* los artículos de mobiliario en que hubiera sido posible hacer un depósito de la manera que Vd. menciona. Una carta puede ser comprimida hasta hacer un delgado cilindro en espiral, no difiriendo mucho en forma ó volumen de un dibujo para hacer calceta, y en esta forma podía ser introducida en el travesaño de una silla, por ejemplo. No rompieron Vds. todas las sillas, ¿no es así?

— Ciertamente que no; pero hicimos algo mejor: examinamos los travesaños de cada silla del hotel, y la verdad, todos los puntos de unión, todas las clases de mobiliario, con la ayuda de un poderoso microscopio. Si hubiera habido alguna huella de reciente remoción, no habríamos dejado de notarla instantáneamente. Un solo grano del aserrín producido por una barrena en la madera, habría sido tan visible como una manzana. Cualquier cosita en las escaladuras, cualquier desusado agujerito en las uniones, habría bastado para un seguro descubrimiento.

— Presumo que observarían Vds. los espejos entre los bordes y las láminas, y examinarían los lechos, y las ropas de los lechos, así como las cortinas y las alfombras.

— Eso, por sabido; y cuando hubimos registrado

absolutamente todas las partículas del mobiliario de esa manera examinamos la casa misma. Dividimos su entera superficie en compartimentos, que numeramos para que ninguno pudiera ser equivocado, después registramos pulgada por pulgada el terreno de la pesquisa, incluso las dos casas que le siguen inmediatamente, con el microscopio, como antes.

— ¡ Las dos casas de al lado! exclamé; deben Vds. haber causado una gran agitación.

— La causamos; pero el premio ofrecido es prodigioso.

— ¿ Incluyeron Vds. *las tierras* de las casas?

— Todas las tierras están enladrilladas; comparativamente nos dieron poco trabajo. Examinamos el musgo de las junturas de los ladrillos, y no encontramos que lo hubieran tocado.

— ¿ Buscaron Vds. entre los papeles de D***, por consiguiente, y entre los libros de la biblioteca?

— Ciertamente; abrimos todos los paquetes y legajos; y no sólo abrimos todos los libros, sino que dimos vuelta todas las hojas en todos los volúmenes, no contentándonos con una simple sacudida de ellos, como acostumbran á hacer ciertos de nuestros agentes de policía. Medimos también el espesor de cada tapa de libro, con la más cuidadosa exactitud, y aplicamos á cada uno el más celoso examen con el microscopio. Si cualquiera de las encuadernaciones hubiera sido tocada para ocultar la carta, habría sido completamente imposible que el hecho escapara á nuestra observación. Unos cinco ó seis volúmenes recién traídos por el encuadernador, los examinamos con todo cuidado, metiéndoles las agujas en las tapas.

— ¿ Registraron el suelo, bajo las alfombras?

— Sin duda. Removimos todas las alfombras, y examinamos los bordes con el microscopio.

— ¿ Y el papel de las paredes?

— Sí.

— ¿ Buscaron en los sótanos!

— Sí.

— Entonces, dije, han hecho Vds. un mal cálculo, y la carta *no* está en las posesiones del Ministro, como suponen.

— Temo que Vd. tenga razón, repuso el Prefecto. Y ahora, Dupin, ¿ qué me aconseja Vd. que haga?

— Hacer una completa reinvestigación de la casa del Ministro.

— Eso es absolutamente innecesario, replicó G***; no estoy tan seguro de que respiro, como de que la carta no está en el hotel.

— Pues no tengo mejor consejo que darle, dijo Dupin. ¿ Tendrá Vd., como es natural, una prolija descripción de la carta?

— ¡ Ya lo creo! Y aquí el Prefecto, sacando un memorándum, nos leyó en voz alta un minucioso informe de la interna, y especialmente de la externa apariencia del documento perdido. Poco después de la lectura de esta descripción, tomó su sombrero y se fué, mucho más desalentado de lo que le había visto nunca, antes.

Casi cerca de un mes había pasado, cuando nos hizo otra visita, encontrándonos ocupados exactamente de la misma manera que la otra vez. Tomó una pipa y una silla, y principió una conversación sobre cosas ordinarias. Por último, le dije :

— Y bien, Sr. G***, ¿qué hay sobre la carta robada? Presumo que se habrá Vd. convencido, al fin, de que no hay cosa más difícil que sorprender al Ministro.

— ¡Que el diablo lo cargue! esa es la verdad; hice el nuevo examen, sin embargo, como Dupin me lo aconsejó, pero ha sido tiempo perdido, como yo decía.

— ¿Cuánto es el premio ofrecido, dijo Vd.? preguntó Dupin.

— ¿Cuánto? una grande cantidad, un premio verdaderamente liberal; no quiero decir cuánto precisamente, pero *diré* una cosa: y es que no me sería nada dar un cheque con mi firma por cincuenta mil francos, á cualquiera que me entregara la carta.

El hecho, es que de día en día se está haciendo más y más importante, y el premio ha sido últimamente doblado. Pero aunque fuera triplicado, no podría hacer más de lo que he hecho.

— Veamos, dijo Dupin lentamente, entre una y otra bocanada de humo; realmente pienso, G***, que Vd. no ha hecho todo lo que podía en este asunto. Vd. podía hacer un poco más, creo, ¿eh?

— ¿Cómo? ¿De qué manera?

— ¡Psh! creo, puff, puff, que Vd. podría, puff, puff, tomar consejo sobre este asunto; puff, puff, puff. ¿Se acuerda Vd. de lo que se cuenta de Abernethy?

— ¡No! ¡al diablo con su Abernethy!

— ¡Está bueno! al diablo con él, y buena suerte. Pero he aquí el hecho. Una vez, cierto ricacho muy avaro concibió el designio de obtener gratis de ese Abernethy una opinión médica. Habiendo procurado con ese objeto estar solo con él en conversación ordi-

naria, le insinuó su propio caso como el de un individuo imaginario.

— Supongamos, dijo el tacaño, que sus síntomas son tales y tales; ahora, doctor, ¿qué le hubiera dicho que tomara?

— ¿*Que tomara*? dijo Abernethy; ¡psh! que tomara *consejo*, seguramente.

— Pero, dijo el Prefecto, algo desconcertado, yo deseo también tomar consejo, y pagarlo. Daría *realmente* cincuenta mil francos á cualquiera que me ayudara en este asunto.

— En ese caso, replicó Dupin abriendo un cajón y sacando un libro de cheques, puede Vd. perfectamente llenarme un cheque por la cantidad mencionada. Cuando lo haya firmado, le entregaré la carta.

Quedé sorprendido. El Prefecto quedó como herido por un rayo. Durante algunos minutos permaneció sin habla y sin movimiento, mirando incrédulamente á mi amigo con la boca abierta y con ojos que parecían saltar de sus cuencas; después, aparentemente, recobrando la conciencia de su ser, tomó una pluma, y después de algunas pausas y miradas sin objeto, llenó por último y firmó un cheque por 50.000 francos, y lo alcanzó por sobre la mesa á Dupin. Éste lo examinó cuidadosamente y lo depositó en su cartera; después, abriendo un escritorio, tomó de él una carta y la dió al Prefecto. El funcionario se abalanzó sobre ella en una perfecta agonía de gozo, la abrió con mano temblorosa, arrojó una rápida ojeada á su contenido, y entonces, agitado y fuera de sí, tomó la puerta y sin ceremonia de ninguna especie salió del cuarto y de la casa, sin

haber pronunciado una sílaba desde que Dupin lo había requerido para que llenara el cheque.

Cuando nos quedamos solos, mi amigo entró en explicaciones.

— La policía parisiense, dijo, es sumamente buena en su especialidad. Es perseverante, ingeniosa, astuta y perfectamente versada en los conocimientos que sus deberes parecen necesitar con más urgencia. Así, cuando G*** nos detalló su modo de registrar los sitios en el hotel de D***, sentí entera confianza en que hubiese practicado una satisfactoria investigación, hasta donde se extendía su labor.

— ¿Hasta donde se extendía su labor? pregunté.

— Sí, dijo Dupin. Las medidas adoptadas eran, no solamente las mejores de su clase, sino que se acercaban á la perfección absoluta. Si la carta hubiera estado oculta en la línea de esa pesquisa, los agentes de policía, indiscutiblemente, la hubieran encontrado.

Me sonreí por toda respuesta, pero mi amigo parecía perfectamente serio en todo lo que decía.

— Las medidas, pues, continuó él, eran buenas en su clase y bien ejecutadas; su defecto está en ser inaplicables al caso y al hombre. Un cierto conjunto de recursos altamente ingeniosos, son para el Prefecto una especie de lecho de Procusto, á los que adapta forzadamente sus designios. Así es que perpetuamente yerra por ser demasiado profundo, ó demasiado superficial en los asuntos que se le confían, y muchos niños de escuela son mejores razonadores que él. He conocido uno, de cerca de ocho años de edad, cuyos éxitos adivinando sobre el juego de pares ó nones, atraían la admiración de todo el mundo. Este juego es simple, y

es jugado con bolitas. Uno de los jugadores tiene en su mano un número de esas bolitas, y pregunta á otro si ese número es par ó non. Si el preguntado adivina, gana uno; si no, pierde uno. El niño de que hablo, ganaba todas las bolitas de la escuela. Por consiguiente, tenía algún principio para acertar, y éste se basa en la simple observación y medida de la astucia de los jugadores contrarios. Por ejemplo, un consumado bobalicón es su contrario, y levantando su mano cerrada, pregunta : « ¿ son pares ó nones ? » Nuestro niño replica : « nones », y pierde; pero á la segunda prueba gana, porque entonces se dice á sí mismo : « El bobalicón se puso pares la primera vez, y su cantidad de astucia es justamente suficiente para llevarlo á poner nones en la segunda; por consiguiente, apostaré á que son nones » ; apuesta á nones, y gana. Ahora, con un babieca un grado más arriba que el primero, hubiera razonado así : « Este tal, encuentra que en el primer caso aposté á nones, y en el segundo se propondrá á sí mismo, en el primer impulso, una simple variación de pares ó nones, como hizo mi otro contrario; pero entonces un segundo pensamiento le sugerirá que ésta es una variación demasiado simple, y, finalmente, se decidirá á poner pares como antes. Por consiguiente, apostaré á pares » ; apuesta á pares, y gana. Ahora, este modo de razonar en el niño de escuela, á quien sus compañeros llamaban afortunado, ¿ qué es, en último análisis ?

— Es simplemente, dije, una identificación del intelecto del razonador con el de su contrario.

— Eso es, dijo Dupin; y después de preguntar al niño por qué medios efectuaba la *completa* identifica-

ción en que consistían sus éxitos, recibí la siguiente respuesta : « Cuando deseo saber cuán sabio ó cuán estúpido, ó cuán bueno ó cuán malo es alguno, ó cuáles son sus pensamientos en un instante dado, acomodo la expresión de mi rostro, tan cuidadosamente como me es posible, de acuerdo con la expresión del rostro de él, y entonces trato de ver qué pensamientos ó sentimientos nacen en mi alma, que igualen ó correspondan á la expresión. » Esta respuesta del niño de escuela, reside en el fondo de toda la espúrea profundidad que ha sido atribuída á La Rochefoucault, á la Bruyère, á Machiavello y á Campanell.

— Y la identificación, dije, del intelecto del razonadar con el de su contrario, depende, si le entiendo á Vd. bien, de la exactitud con que es medido el cerebro del contrario.

— Para su valor práctico depende de eso, replicó Dupin ; y el Prefecto y su cohorte se ven frustrados tan frecuentemente, primero por falta de su identificación, y segundo por mala medida, ó más bien por no medir la inteligencia con que se encuentran empeñados en lucha. Consideran *únicamente* sus *propias* ideas de ingeniosidad ; y buscando cualquier cosa oculta, tienen en cuenta solamente los medios con que *ellos* la habrían escondido. Tienen mucha razón en esto : que su *propia* ingeniosidad es una fiel representación de la de *las masas ;* pero cuando la astucia del reo es diversa en carácter de la de ellos, el reo les escapa ; es lógico. Eso sucede siempre que esa astucia está por arriba de la de ellos, y muy habitualmente, cuando está por abajo. No tienen variación de principio en sus investigaciones ; lo más que hacen, cuando son excitados por alguna inha-

bitual urgencia, por algún extraordinario premio, es extender ó exagerar sus viejos modos de *práctica*, sin tocar sus principios. Por ejemplo, en este caso de D***, ¿qué se ha hecho para variar el principio de acción? ¿Qué es todo este taladrar, probar, hacer sonar y registrar con el microscopio, y dividir la superficie del edificio en cuidadosas pulgadas cuadradas? ¿qué es todo eso, sino una exageración *de la aplicación* de un principio ó conjunto de principios de pesquisa, que está basado sobre el conjunto de nociones respecto á la ingeniosidad humana, á que el Prefecto, en la larga rutina de su deber, ha sido acostumbrado? ¿No ve Vd. que ha dado por sentado *que todos* los hombres recurren á ocultar una carta, no precisamente en un agujero hecho con una barrena en la pata de una silla, sino, cuando menos, en *algún* oculto agujero ó rincón sugerido por el mismo tenor del pensamiento, que excitaría á un hombre á esconder una carta en un agujero hecho con una barrena en la pata de una silla? ¿Y no ve Vd. también que tales rincones *buscados* para ocultar, son adaptados únicamente á las ocasiones ordinarias, y serían adoptados solamente por inteligencias ordinarias? Porque en todos los casos de ocultación, una disposición del objeto ocultado, una disposición de él en esta manera *buscada*, es casi siempre presumible y presumida; y así, el descubrimiento depende, no sobre la penetración absolutamente, sino sobre el simple cuidado, paciencia y determinación de los buscadores, todo junto; y cuando el caso es de importancia, ó lo que quiere decir lo mismo á los ojos policiales, cuando el premio es de magnitud, las cualidades en cuestión no se ha visto que fallen *jamás*. Ahora entenderá Vd.

indudablemente lo que quise decir, sugiriendo que, si la carta hubiera sido ocultada en cualquier parte dentro de los límites del examen del Prefecto, ó en otras palabras, si el principio de su ocultación hubiera estado comprendido dentro de los principios del Prefecto, su descubrimiento habría sido un asunto absolutamente fuera de duda. Este funcionario, sin embargo, ha sido completamente engañado; y la remota fuente de su fracaso, reposa en la suposición de que el Ministro es un loco, porque ha adquirido fama como poeta. Todos los locos son poetas; esto es lo que *cree* el Prefecto, y es simplemente culpable de un *non distributio medii* en inferir de ahí que todos los poetas son locos.

—¿ Pero el poeta es realmente éste? pregunté. Hay dos hermanos, me consta, y ambos han alcanzado reputación en las letras. El Ministro, creo, ha escrito doctamente sobre cálculo diferencial. Es un matemático, y no un poeta.

— Está Vd. equivocado; lo conozco bien yo, es ambas cosas. Como poeta y matemático, habría razonado bien; como simple matemático no habría razonado absolutamente, y así, hubiera estado á merced del Prefecto.

— Vd. me sorprende, dije, por esas opiniones, que han sido contradichas por la voz del mundo. Vd. no querrá derribar la bien digerida idea de los siglos. La razón matemática ha sido largo tiempo mirada como la razón *por excelencia*.

— « Se puede apostar, replicó Dupin citando á Chamfort, que toda idea pública, toda convención recibida, es una tontería, pues ha convenido al más grande número de personas. » Los matemáticos, con-

cedo, han hecho cuanto les ha sido posible para promulgar el error popular á que Vd. alude, y que no es menos un error porque haya sido promulgado como verdad. Con un arte, digno de mejor empleo, por ejemplo, han insinuado el término « análisis » en aplicación al álgebra. Los franceses son los originadores de esta superchería popular; pero si un término es de alguna importancia, si las palabras derivan algún valor de su aplicabilidad, « análisis » expresa « álgebra », poco más ó menos, como en latín *ambitus* implica « ambición », *religio* « religión », *homines honesti* « un conjunto de hombres *honorables* ».

— Vd. tiene alguna querella, dije, con algunos de los algebristas de París, seguro; pero prosiga Vd.

— Disputo la validez, y por consiguiente, el valor de esa razón que es cultivada en una forma especial, distinta de la abstractamente lógica. Disputo, en particular, la razón aducida por el estudio matemático. Las matemáticas es la ciencia de la forma y cantidad; el razonamiento matemático es simplemente la lógica aplicada á la observación sobre forma y cantidad. El gran error reposa en suponer que hasta las verdades de lo que es llamado *álgebra pura* son verdades abstractas ó generales. Y este error es tan extraordinario, que me confundo ante la universalidad con que ha sido recibido. Los axiomas matemáticos no son axiomas de verdad general. Lo que es verdad de *relación*, de forma y de cantidad, es á menudo grandemente falso respecto á moral, por ejemplo. En esta última ciencia es muy usualmente incierto que las partes agregadas son iguales al todo. En química el axioma falla también. En la consideración de motivo falla: porque dos motivos,

cada uno de un valor dado, no tienen necesariamente, cuando se les une, un valor igual á la suma de sus valores aparte. Hay muchas otras numerosas verdades matemáticas, que son verdades únicamente dentro de los límites de *relación*. Pero el matemático arguye, apoyándose en sus *verdades infinitas*, según es costumbre, como si ellas fueran de una aplicabilidad absolutamente general, como si el mundo imaginara, en realidad, que lo son. Boyant, en su recomendable *Mitología*, menciona una análoga fuente de error, cuando dice que « aunque las fábulas paganas no son creídas, sin embargo lo olvidamos continuamente, y hacemos inferencias de ellas, como si fueran realidades ». Entre los algebristas, no obstante que son paganos ellos mismos, las « fábulas paganas » *son* creídas, y las inferencias se hacen, no tanto por culpa de la memoria, sino por una incomprensible infecundidad de los cerebros. En una palabra, no he encontrado nunca un simple matemático en quien se pudiera confiar, fuera de las raíces iguales, ó uno que no tomara clandestinamente como un punto de fe, que $X^2 + px$ era absoluta é incondicionalmente igual á $q$. Diga Vd. á uno de esos caballeros, por vía de experimento, si desea, que Vd. cree que pueden presentarse casos en que $X^2 + px$, *no* es completamente igual á $q$, y después de haberle hecho entender lo que quiere decir, eche á correr, tan pronto como le sea posible, porque, sin ninguna duda, tratará de darle una paliza.

« Quiero decir, continuó Dupin mientras me reía yo de su última observación, que si el Ministro hubiera sido nada más que un matemático, el Prefecto no habría tenido necesidad de darme este cheque. Le cono-

cía yo, sin embargo, como matemático y como poeta, y mis medidas fueron adaptadas á su capacidad, con referencia á las circunstancias de que estaba rodeado. Le conocía como un cortesano, y además como un *intrigante*. Un tal hombre, pensé, no dejaría de conocer los ordinarios medios de acción de la policía. No podía haber dejado de prever, y los sucesos han probado que no dejó de prever, los registros á que fué sujetado. Debe haber esperado las secretas investigaciones de su casa. Sus frecuentes ausencias de ella, en la noche que eran celebradas por el Prefecto como cierta ayuda á sus éxitos, las miré únicamente como *astucias* para procurar oportunidad á la policía de hacer un completo registro, é imprimirle así lo más pronto posible la convicción á que G*** llegó al último, de que la carta no estaba en la casa. Comprendí también que todo el conjunto de pensamientos, que tendría alguna pena en detallar á Vd. ahora, relativo á los invariables principios de la policía en pesquisas de objetos ocultados, comprendí que todo ese conjunto de pensamientos pasaría necesariamente por la mente del Ministro. Eso le llevaría, de una manera inevitable, á despreciar todos los ordinarios *escondrijos*. No podía, reflexioné, ser tan débil que no viera que los más intrincados y más remotos secretos de su hotel, serían tan de fácil acceso como los rincones más comunes, á los ojos, á los exámenes, á las barrenas y álos microscopios del Prefecto. Ví, por fin, que sería impelido, como un asunto de lógica, á la *simplicidad*, si no era deliberadamente inducido á aceptarla como un asunto de elección. Recordará Vd. quizá con cuánta gana se rió el Prefecto, cuando sugerí en nuestra primera entrevista que era

muy posible que este misterio le embarazara tanto, á causa de ser su descubrimiento demasiado evidente por sí mismo.

— Sí, dije, recuerdo bien su hilaridad. Creí realmente que caería en convulsiones.

— El mundo material, continuó Dupin, abunda en muy estrictas analogías con el inmaterial; y así se ha dado algún color de verdad al dogma retórico de que la metáfora ó símil, puede ser empleada para dar más fuerza á un pensamiento ó embellecer una descripción. El principio de *vis inertiæ*, por ejemplo, parece ser idéntico en física y metafísica. No es más cierto en la primera, que un gran cuerpo es puesto en movimiento con más dificultad que uno pequeño, y que su subsecuente *momentum* es proporcionado á esa dificultad, que lo es en la segunda, que intelectos de la más vasta capacidad, aunque más potentes, más constantes y más fecundos en sus movimientos que los de inferior grado, son sin embargo los menos prontamente movidos, y más embarazados y llenos de hesitación en los primeros pasos de sus progresos. Otra cosa: ¿ha notado Vd. alguna vez cuáles son las muestras de casas de negocio que más llaman la atención?

— Nunca he acordado la más mínima observación á ese punto, dije.

— Hay un juego de acertijos, replicó él, que se juega sobre un mapa. Uno de los jugadores pide al otro que encuentre una palabra dada, el nombre de una ciudad, río, estado ó imperio; una palabra, en fin, sobre la abigarrada y confusa superficie de la carta. Un novicio en el juego trata generalmente de embarazar á sus contrarios, dándoles á buscar los nombres escritos con

letras más pequeñas; pero el adepto escoge, de esas palabras que se extienden en grandes caracteres, de un extremo á otro de la carta. Estas, lo mismo que los anuncios y tablillas expuestas en las calles con letras grandísimas, escapan á la observación á fuerza de ser excesivamente notables; y aquí, la física inadvertencia es precisamente análoga á la ininteligibilidad moral, por la que el intelecto permite que pasen desapercibidas esas consideraciones, que son demasiado importunas y palpablemente evidentes por sí mismas. Pero parece que éste es un punto que está algo arriba ó abajo de la comprensión del Prefecto. Nunca creyó probable ó posible, que el Ministro hubiera depositado la carta inmediatamente debajo de la nariz de todo el mundo, á fin de impedir á cualquier porción de ese mundo, que la descubriera.

« Pues cuanto más reflexionaba sobre la osada, fogosa y discernidora ingeniosidad de D***, sobre el hecho de que el documento debía haber estado siempre *á mano*, si intentaba usarlo con ventajoso fin; y sobre la decisiva evidencia, obtenida por el Prefecto, de que no estaba oculto dentro de los límites de sus ordinarias pesquisas, más convencido quedaba de que para ocultar aquella carta, el Ministro había recurrido al corto y sagaz expediente de no tratar de ocultarla absolutamente.

« Lleno de estas ideas, me acomodé unas gafas verdes; y una hermosa mañana, como por casualidad, entré al hotel ministerial. Encontré á D*** bostezando, extendido cuan largo era, charlando insustancialmente, como de costumbre, y pretendiendo estar en la última extremidad de *fastidio*. Sin embargo, es uno de los

hombres más realmente activos que existen, pero esto es cuando nadie lo ve.

« Para pagarle con la misma moneda, me quejé de mis débiles ojos, y lamenté la necesidad en que estaba de usar gafas, bajo el amparo de las cuales examinaba cuidadosa y completamente toda la pieza, mientras en apariencia sólo me ocupaba de la conversación que con él sostenía.

« Puse especial atención en una gran mesa-escritorio, cerca de la cual se sentó, y sobre la que había desparramados confusamente diversas cartas y otros papeles, uno ó dos instrumentos de música y algunos libros. En ella, no obstante, después de un largo y deliberado escrutinio no vi nada capaz de excitar particulares sospechas.

« Por último, mis ojos, examinando el circuito del cuarto, cayeron sobre una miserable tarjetera de cartón afiligranado, que pendía de una sucia cinta azul, sujeta á una perillita de cobre amarillo, colocada justamente bajo el medio de la repisa de la chimenea. En aquella tarjetera, que tenía tres ó cuatro compartimentos, había seis ó siete tarjetas de visita y una solitaria carta. Esta última estaba muy manchada y arrugada. Se hallaba rota casi en dos, por el medio, como si un designio de hacerla pedazos por su ningún valor, hubiera sido cambiado y detenido después de haberla partido de aquella manera. Tenía un gran sello negro, con la cifra de D***, *muy* visible, y había sido dirigida por una diminutiva mano de mujer á D***, el Ministro mismo. Había sido arrojada sin cuidado alguno, y hasta despreciativamente, parecía, en una de las divisiones superiores de la tarjetera.

No bien concluí de mirar la carta en cuestión, comprendí que era la que andaba buscando. Á la verdad, era, en apariencia, radicalmente distinta de aquella acerca de la cual nos había leído el Prefecto una descripción tan municiosa. Allí el sello era grande y negro, con la cifra de D***; en la otra era pequeño y rojo, con las armas ducales de la familia de S***. Allí la dirección al Ministro, era diminutiva y femenina; en la otra la letra del sobre, á un cierto real personaje, era marcadamente enérgica y decidida; la medida sólo formaba un punto de correspondencia. Pero entonces la *naturaleza radical* de esas diferencias, que era excesiva, las manchas, la sucia y rota condición del papel, tan inconsistente con los *verdaderos* hábitos metódicos de D***, y un designio tan sugestivo de la idea de la insignificancia del documento; estas cosas, junto con la visible situación en que se hallaba, á la vista de todos los visitantes, y así, exactamente de acuerdo con las conclusiones á que había yo llegado previamente; estas cosas, digo, eran muy corroborativas de sospecha, para quien había ido con la intención de sospechar.

« Demoré mi visita tanto como fué posible, y mientras mantenía una de las más animadas discusiones con el Ministro, sobre un tópico que sabía que jamás había dejado de interesarlo y excitarlo, guardé mi atención, en realidad, sobre la carta. En aquel examen, confié á la memoria su externa apariencia y arreglo en la tarjetera; y al último, alcancé un descubrimiento que borraba cualquier trivial duda que pudiera haber concebido. Registrando con la vista los filos del papel, noté que estaban más *chafados* de lo que parecia nece-

sario. Presentaban la apariencia de *rotura* que resulta cuando un papel liso, habiendo sido una vez doblado y apretado con una prensa, es vuelto á doblar en una dirección contraria, en los mismos pliegues ó filos que ha formado el primitivo doblez. Este descubrimiento fué suficiente. Fué claro para mí que la carta había sido dada vuelta, como un guante, lo de adentro para afuera; una nueva dirección y un nuevo sello le habían sido agregados. Di los buenos días al Ministro, y le dejé de pronto, abandonando sobre la mesa una caja de oro para rapé.

« Á la mañana siguiente fuí por la caja de rapé, y renovamos vehementemen la te conversación del día anterior. Mientras estábamos en ella empeñados, un fuerte disparo, como de una pistola, fué oído inmediatamente debajo de las ventanas del edificio, y fué seguido por una serie de gritos de terror, y exclamaciones de una cantidad de gente asustada. D*** se lanzó á una de las ventanas, la abrió y miró hacia la calle. Mientras, me acerqué á la tarjetera, tomé la carta, la metí en un bolsillo de mi traje, y la reemplacé por un *fac simile* (de sus caracteres externos) que había preparado cuidadosamente en casa, imitando la cifra de D***, con mucha facilidad, por medio de un sello hecho con miga de pan.

« El tumulto en la calle había sido ocasionado por la loca conducta de un hombre con un mosquete. Había hecho fuego con él entre multitud de mujeres y niños. Probó, sin embargo, que el arma estaba descargada, y se le permitió que continuara su camino, como un lunático ó un ebrio. Cuando se hubo retirado, D*** se separó de la ventana, á donde le había seguido

yo inmediatamente después de conseguir mi objeto. Al poco rato me despedí de él. El pretenso lunático era un hombre á quien yo había pagado para que produjera el tumulto.

— Pero, ¿qué propósito tenía Vd., pregunté, para reemplazar la carta por un *fac simile?* ¿No hubiera sido mejor, en la primera visita, arrebatarla abiertamente y salir con ella?

— D***, replicó Dupin, es un hombre arrojado y un hombre de nervio. Su casa, además, no carece de servidores consagrados á los intereses del amo. Si hubiera yo hecho la atrevida tentativa que Vd. sugiere, podría haber sucedido que no saliera vivo de la presencia del Ministro. El buen pueblo de París podía no haber oído hablar nunca más de mí. Pero tenía un objeto aparte de esas consideraciones. En este asunto, obro como partidario de la lady comprometida. Durante diez y ocho meses, el Ministro la ha tenido en su poder. Ella es la que le tiene en su poder ahora; desde que no sabiendo que la carta no está ya en su posesión, proseguirá con sus exacciones como si la tuviera. Así será encargado, él mismo, de su destrucción política. Su caída, además, no será más precipitada que torpe. Es igualmente exacto hablar, á propósito de su caso, del *facilis descensus Avernis;* pues en todas especies de trepamientos, como Catalani dice del canto, es mucho más fácil subir que bajar. En el presente caso no tengo simpatía, ni siquiera piedad, por el que desciende. Es ese *monstrum horrendum* del hombre de genio sin principios. Confieso, sin embargo, que me gustaría mucho conocer el preciso carácter de sus pensamientos cuando, siendo desafiado

por aquella á quien el Prefecto llama « un cierto personaje », se vea reducido á abrir la carta que he dejado para él en la tarjetera.

— ¿ Cómo ? ¿puso Vd. algo particular en ella ?

— ¡ Phs ! no parecía del todo bien dejarle el interior en blanco ; eso hubiera sido insultarle. D***, en Viena me jugó una mala partida, acerca de la que le dije, con entero buen humor, que la recordaría en tiempo oportuno. Así, como comprendí que sentiría alguna curiosidad respecto á la identidad de la persona que había sobrepujado su inteligencia, pensé que era una lástima no dejarle una huella para que la conociera. Conoce perfectamente mi letra, y copié en medio mismo de la página en blanco las palabras :

..... Un dessein si funeste,
S'il n'est d'Atrée, est digne de Thyeste.

que se pueden encontrar en la *Atrea* de Crebillon.

---

# M. VALDEMAR

---

Como es consiguiente, no pretendo que haya motivo de admirarse de que el extraordinario caso de Mr. Valdemar excitara discusión. Habría podido ser un milagro sino hubiera estado bajo circunstancias especiales. Á pesar del deseo que tenían todas las partes interesadas en ocultar el cuento al público, al menos por el momento, ó hasta que tuviéramos ulteriores oportunidades de investigación — á pesar de nuestros esfuerzos para conseguir esto — una relación incompleta y exagerada, circuló entre la sociedad y se convirtió en la fuente de muchas inexactitudes desagradables, y muy naturalmente, de una gran incredulidad.

Se ha hecho necesario, pues, que yo relate *los hechos* — hasta donde los comprendo yo mismo. Helos aquí, sucintamente :

Durante los últimos tres años, mi atención había sido atraída repetidas veces por el mesmerismo; y hace cerca de nueve meses, me ocurrió, repentinamente, que

en la serie de los experimentos hechos hasta entonces, había habido una omisión muy notable y muy difícil de explicar: nadie había sido magnetizado aún *in articulo mortis*. Faltaba ver, primero, si en tal condición, existía en el paciente alguna susceptibilidad á la influencia magnética; segundo, si esa condición diminuía ó aumentaba la susceptibilidad; tercero, la extensión del período por el que las vejaciones de la Muerte podían ser detenidas por este proceso. Había otros puntos á constatar, pero esos excitaban más mi curiosidad — el último especialmente, por el carácter importantísimo de su consecuencias.

Buscando alguien por cuyo medio pudiera experimentar esos particularidades, fuí llevado á pensar en mi amigo Mr. Ernesto Valdemar, el bien conocido compilador de la *Biblioteca Forénsica* y autor (bajo el seudónimo de Isaachar Marx) de las versiones polacas de *Wallenstein* y *Gargantúa*. Mr. Valdemar, que había residido principalmente en Harlen, New-York, desde el año 1839 es (ó era) muy digno de atención por la extrema flacura de su persona — pareciéndose mucho sus miembros inferiores á los de John Raudolph; y también por lo blanco de sus patillas, en violento contraste con lo negro de su cabello — circunstancia que hacía creer á todo el mundo, que usaba peluca. Su temperamento era excesivamente nervioso y le convertía en un buen sujeto para los experimentos mesméricos. En dos ó tres ocasiones, le había hecho yo dormir con poca dificultad, pero fuí contrariado por otros resultados que su constitución peculiar me había permitido anticipar, naturalmente. Su voluntad, no se hallaba nunca por completo bajo lo mía, y respecto á la *clarovidencia*, no

pude obtener de él pruebas dignas de fe. Siempre atribuí mi poco éxito en ese punto, al desordenado estado de su salud. Pocos meses antes de conocerle yo, los médicos le habían declarado tísico. Era su costumbre, es cierto, hablar de su próxima disolución, como de una cosa que no se debía esquivar ni sentir.

Cuando me ocurrieron las ideas de que acabo de hablar, era por consiguiente muy natural que hubiera pensado en Mr. Valdemar. Conocía la filosofía sólida del hombre, lo suficiente para no recelar escrúpulos *de él;* y no tenía ningún deudo en América que se opusiera á mi pretensión. Le hablé con franqueza de mi proyecto; y, con gran sorpresa vi que su interés parecía vivamente excitado. Digo con gran sorpresa; porque, aunque había sometido siempre su persona á mis experimentos, sin ninguna vacilación, no me había dado nunca un testimonio de simpatía por esa clase de investigaciones. Su enfermedad era de ese carácter que puede admitir un exacto cálculo respecto á la época de su terminación por la muerte; y fué por último, arreglado entre nosotros, que me enviaría á buscar, veinti y cuatro horas antes del período anunciado por los médicos, como el de su fallecimiento.

Hace ahora más de siete meses que recibí de Mr. Valdemar mismo la siguiente esquela :

« Mi querido P***

Podéis venir *ya*. D*** y F*** están contestes en que no duraré más que hasta los doce de la noche de mañana; y creo que han calculado perfectamente.

*Valdemar.* »

Recibí esta esquela media hora después de haber sido escrita, y quince minutos más tarde estaba en la habitación del moribundo. No le había visto hacía diez días, y quedé consternado por la horrorosa alteración que tan breve intervalo había producido en él. Su rostro tenía un color aplomado; los ojos absolumente sin brillo; y el enflaquecimiento era tan extremo, que el cutis se había rajado en los pómulos. Su expectoración era excesiva. El pulso, perceptible apenas. Conservaba, sin embargo, de una manera notable, su aptitud mental y un cierto grado de fuerza física. Hablaba distintamente — tomó algunas medicinas paliativas sin que le ayudaran — y, cuando entré al cuarto, estaba ocupado en escribir con lapiz, en el memorándum de una cartera. Estaba sostenido por almohadas en el lecho. Los doctores D*** y F*** le cuidaban. Después de estrechar la mano de Valdemar, tomé aparte á esos caballeros, y obtuve de ellos una relación minuciosa del estado del paciente. El pulmón izquierdo había permanecido durante ocho meses en un estado semióseo ó cartilaginoso, de manera que se hallaba inútil para proporcionar vitalidad. El derecho, en su porción superior, estaba también parcialmente, sino del todo, osificado, mientras que la región inferior era una masa de tubérculos purulentos, con comunicación entre sí. Varias y extensas perforaciones existían; y en un punto se habían localizado permanentemente en las costillas. La presencia de estos fenómenos en el lóbulo derecho era de fecha reciente, en comparación. La osificación había procedido con una rapidez inhabitual: ningún síntoma había sido descubierto hasta un mes antes, y las perforaciones habían sido observadas hacía

tres días recién. Independientemente de la tísis, se sospechaba que el enfermo tuviera un aneurisma en la aorta; pero acerca de este punto los síntomas oseosos hacían imposible un diagnóstico exacto. Era la opinión de los dos médicos, que Mr. Valdemar moriría á las doce de la noche del día siguiente, poco más ó menos. Eran entonces las siete de la tarde. Día sábado.

Al separarse del lado del paciente, para conversar conmigo, los Dres. D*** y F***, le habían dado el último adiós. Su intención era no volver más; pero á mi pedido, convinieron en examinarlo de nuevo á las diez de la noche del domingo.

Cuando se hubieron marchado, hablé libremente con Mr. Valdemar respecto á su próxima disolución, así como sobre el experimento propuesto, aunque con más especialidad. Profesaba aún un gran deseo — hasta un ansioso deseo — de llevarlo á cabo, y me exhortó á que lo comenzara de una vez. Dos enfermeros, una mujer y un hombre, había en la casa para cuidarlo; pero no me sentí con la confianza necesaria para empeñarme en una tarea de ese carácter, sin que más testigos que ellos, pudieran declarar en caso de un accidente repentino. Diferí pues la operación hasta cerca de las ocho de la noche siguiente, cuando la llegada de un estudiante de medicina (Mr. Teodore L***) con quien tenía alguna relación, me hubo libertado de los últimos escrúpulos. Había pensado, primeramente, esperar á los médicos : pero fuí inducido á proceder por las repetidas instancias de Mr. Valdemar, y por mi convicción de que no había un momento que perder, pues se moría rápidamente.

Mr. L*** fué tan amable que accedió á mi deseo de

que tomara razón de lo que ocurriera; y es en su memorándum donde se encuentra lo que tengo que decir todavía. Casi todo se halla en él, condensado ó copiado *verbatim*.

Faltaban cinco ó diez minutos para las ocho, cuando tomando las manos del paciente, le supliqué que declarara, tan claramente como le fuera posible al señor L***, si él (Mr. Valdemar) estaba conforme y quería que hiciera yo el experimento del mesmerismo en su persona.

Replicó débilmente, pero de una manera inteligible:

— Sí, quiero ser magnetizado. — Añadiendo en el acto: Temo mucho que no hayáis diferido el acto, demasiado.

Mientras hablaba así, comencé los pases que había encontrado antes más eficaces para adormecerlo. Fué evidentemente influenciado por el primer rozamiento lateral de mi mano sobre su frente; pero aunque puse en juego todos los elementos conocidos, ningún otro efecto perceptible fué producido hasta algunos minutos después de la diez de la noche, hora en que llegaron los Dres. D*** y F***, de acuerdo con lo convenido. Les expliqué, en pocas palabras, cuál era mi intento, y como no opusieron objeción alguna, manifestando que el enfermo estaba ya en la última agonía, procedí sin vacilación — cambiando, sin embargo, los pases laterales por perpendiculares, y dirigiendo toda mi atención sobre el ojo derecho del paciente.

En esos momentos su pulso era imperceptible y su respiración estertórea, y con intervalos de medio minuto.

Permaneció así cerca de un cuarto de hora. Al finali-

zar ese período, un suspiro natural aunque muy profundo, se escapó de su pecho y la respiración estertórea cesó, es decir, el estertor no fué ya apreciable; los intervalos no disminuyeron. Las extremidades del moribundo estaban frías como el hielo.

Cinco minutos antes de las once percibí síntomas inequívocos de la influencia magnética. Los ojos que giraban antes como globos de vidrio, adquirieron esa expresión de inquieto é *interior* examen que se ve únicamente en caso de sonambulismo y que no se puede equivocar con ninguna otra. Con varios pases laterales y rápidos, sumí los temblorosos párpados en un sueño incipiente, y con otros cuantos más los hice cerrar del todo. No estando satisfecho, sin embargo, con esto, continué las manipulaciones vigorosamente, empleando toda mi voluntad, hasta que hube endurecido por completo los miembros del durmiente, después de haberlos colocado en una posición al parecer cómoda. Las piernas estaban estiradas en toda su longitud; los brazos casi lo mismo, y reposando en el lecho, á una distancia conveniente del cuerpo. La cabeza se hallaba ligeramente elevada.

Cuando hube hecho esto, eran ya las doce de la noche, y pedí á los caballeros presentes que estimaran el estado de Mr. Valdemar. Después de algunos experimentos, admitieron que se hallaba en un estado, inhabitualmente perfecto, de catalepsia magnética. La curiosidad de los dos médicos estaba excitada al más alto grado. El Dr. D*** resolvió por fin, permanecer con nosotros toda la noche, mientras el Dr. F*** se retiró, prometiendo volver á la madrugada. Mr. L*** y los enfermeros se quedaron.

Dejamos á M. Valdemar completamente tranquilo hasta cerca de las tres de la mañana, que nos aproximamos á su lecho y le encontramos en el mismo estado que cuando se retiró el Dr. F***, es decir, en la misma posición. El pulso era imperceptible; la respiración débil (apenas notable, excepto aplicándole un espejo á los labios); los ojos estaban cerrados naturalmente; y los miembros tan rígidos y tan fríos como el mármol. En general, su apariencia no era la de un cadáver.

Al aproximarme á Mr. Valdemar hice una especie de semi-esfuerzo para influenciar su brazo derecho, á fin de que siguiera la dirección del mío, que pasaba por su cuerpo en todos sentidos. Experimentos de esa naturaleza no habían tenido nunca buen resultado con el paciente, y á la verdad, tenía muy poca esperanza de conseguirlo entonces; pero con gran asombro, su brazo siguió fácil aunque débilmente, las direcciones que le señalaba con el mío. Determiné aventurar algunas preguntas.

— Mr. Valdemar, dije, ¿estáis dormido?

No replicó nada, pero percibí un temblor sobre sus labios, é inducido por él, repetí mis palabras dos veces más. Á esta tercera repetición, todo su cuerpo se agitó con un estremecimiento debilísimo; los párpados se abrieron por sí mismos de tal manera que mostraron hasta la niña del ojo; los labios se movieron con lentitud, y á través de ellos, en un murmullo apenas perceptible, se escaparon las palabras:

— Sí; — dormido ahora. ¡No me despertéis — dejadme morir así!

Le toqué los labios y los encontré más rígidos que

nunca. El brazo derecho, como antes, obedecía la dirección de mi mano. Pregunté al sonámbulo :

— ¿ Sentís aún dolor en el corazón, Mr. Valdemar?

La respuesta fué inmediata pero todavía menos imperceptible que antes :

— Ningún dolor. — Estoy agonizando.

Creí que no fuera prudente seguir incomodándole, y nada más fué dicho ni hecho hasta la llegada del Dr. F***, que fué poco antes de salir el sol; expresó una sorpresa sin límites al encontrar al enfermo todavía vivo. Después de tomarle el pulso y aplicarle un espejo á los labios, me pidió que hablara de nuevo al sonámbule. Lo hice, diciéndole :

— Mr. Valdemar, ¿ dormís todavía?

Lo mismo que antes, pasaron algunos minutos sin que replicara; y mientras, parecía que juntaba todas sus fuerzas para hablar. Á mi cuarta repetición de la pregunta, respondió muy débilmente, con una voz casi imperceptible :

— Sí; todavía duermo — agonizando.

Fué entonces la opinión ó más bien el deseo de los médicos que Mr. Valdemar permaneciera en aquel estado aparentemente tranquilo, hasta que llegara la muerte — y ésta, según todos creían, debía tener lugar de allí á pocos minutos. Terminé, sin embargo, por hablarle todavía una vez, repitiendo simplemente mi anterior pregunta.

Mientras hablaba, hubo un cambio marcado en el aspecto del sonámbulo. Los ojos giraron bajo el párpado casi cerrado, desapareciendo las pupilas hacia arriba; el cutis afectaba en general un color cadavérico, que se parecía más el papel blanco que el perga-

mino; y las manchas circulares, síntomas de la fiebre ética, que hasta entonces se habían circunscrito al centro de cada mejilla, se *apagaron* de repente. Uso esta palabra, porque la violencia de su desaparición me recordó la luz de una vela, extinguida por un soplo. El labio superior, al mismo tiempo, se torció fuera de los dientes, á los que cubría antes por completo; la mandíbula inferior cayó con un perceptible golpe, dejando la boca anchamente extendida descubriendo la lengua blanca é hinchada. Creo que todos estábamos acostumbrados á los horrores de los lechos de muerte; pero fué tan repugnante el aspecto de Mr. Valdemar en aquel momento, que hubo un movimiento de retirada general.

Comprendo que he alcanzado al punto de esta narración en que cada lector se verá solicitado por una positiva incredulidad. Mi tarea, sin embargo, consiste en proseguirla.

No quedó en Mr. Valdemar, el más débil signo de vitalidad; y creyéndole muerto, estábamos encargando su cuerpo á los enfermeros, cuando se observó en su lengua, un fuerte movimiento vibratorio. Fué visible durante un minuto casi. Al expirar este período, brotó de las mandíbulas dilatadas é inmóviles, una voz — que sería locura en mí, pretender describirla. Existen, á la verdad, dos ó tres epítetos que podrían considerarse como aplicables á ella, en parte; puedo decir, por ejemplo, que el sonido era bronco, y cortado, y hueco, pero su horroroso conjunto es indescriptible, por la simple razón de que jamás ha resonado un sonido semejante en los oídos de la humanidad.

Había dos particularidades, sin embargo, que pensé

y pienso todavía, pueden ser enunciadas con exactitud, tanto para comprender lo característico de su entonación, como bien adaptadas para hacerse una idea de su peculiaridad extraterrestre. En primer lugar, la voz parecía llegar á nuestros oídos — al mío, por lo menos — desde una vasta distancia, desde alguna profunda caverna. Después, me pareció (temo, á la verdad, que me sea imposible ser comprendido) que algo gelatinoso ó glutinoso afectaba mi sentido del tacto.

He hablado de « sonido » y de « voz ». Quiero decir que el sonido era de distinta — hasta de sorprendente, de pasmosa silabificación. Mr. Valdemar *habló* — evidentemente en respuesta á la pregunta que le había hecho pocos minutos antes. Le había preguntado, se recordará, si dormía. Y él había dicho :

— Sí; no; — *he estado* durmiendo — y ahora — ahora *estoy muerto.*

Ninguna de las personas presentes afectó negar, ni pretendió reprimir el inexplicable — el tembloroso horror que esas palabras, así pronunciadas, trasmitieron á todos. Mr. L*** (el estudiante) se desmayó. Los enfermeros abandonaron la habitación inmediatamente, y no se pudo conseguir que volvieran. Mis propias impresiones, no pretendo hacerlas inteligibles al lector. Cerca de una hora nos ocupamos nosotros mismos, silenciosamente — sin pronunciar una palabra — en hacer volver en sí á Mr. L***. Cuando lo conseguimos, tratamos de hacer una nueva investigación del estado de Mr. Valdemar.

Era el mismo que he descrito la última vez, con la excepción de que el espejo no se empañaba ya, al ser aplicado á sus labios. Una tentativa de sacarle sangre

de un brazo no tuvo éxito. Debo mencionar, además, que este miembro no estaba ya sujeto á mi voluntad. Ensayé inútilmente hacerle seguir la dirección de mi mano. La única indicación real, á la verdad, de la influencia magnética fué encontrada en el movimiento vibratorio de la lengua, cuando dirigía á Mr. Valdemar alguna pregunta. Parecía hacer un esfuerzo por responder, pero ya no tenía suficiente volición. Si le hablaba alguna otra persona que yo parecía absolutamente insensible — aunque traté de colocar á todos los presentes en *relación* mesmérica con él. Creo que he relatado ya todo lo necesario para poder conocer el estado del sonámbulo en esa época. Otros enfermeros fueron procurados; y á las diez salí de la casa en compañía de los dos médicos y de Mr. L***.

A la tarde fuimos todos á ver al paciente de nuevo. Su estado era exactamente el mismo. Tuvimos alguna discusión respecto á la conveniencia y posibilidad de despertarle; pero encontramos poca dificultad en convenir que no podía servir á ningún buen propósito. Era evidente, que hasta entonces, la muerte (ó lo que comúnmente se llama muerte) había sido detenida por el proceso mesmérico. Nos parecía claro á todos nosotros, que despertar á Mr. Valdemar, sería simplemente apresurar su fin, ó al menos, su rápida disolución.

Desde este periodo hasta la semana que acaba de terminar — *un intervalo de cerca de siete meses* — continuamos yendo diariamente á la casa de Mr. Valdemar, acompañados unas veces por médicos y otras por amigos. En todo ese tiempo el sonámbulo permaneció exactamente como lo he descrito la última ocasión. Los cuidados de los enfermeros eran continuos.

Fué el viernes último que resolvimos hacer el experimento de despertarlo ó de tratar de despertarlo y es el (quizá) infortunado resultado de este experimento, el que ha dado origen á tantas discusiones en los círculos privados — á tanto de lo que no puedo impedirme de llamar las injustificables creencias populares.

Con objeto de sacar á Mr. Valdemar de su catalepsia magnética, hice uso de los pases acostumbrados. Durante algunos momentos, fueron inútiles. La primera indicación de la vuelta á la vida, fué un descenso parcial del iris. Se observó como especialmente notable que este rebajamiento de la pupila, fué acompañado por la profusa salida de un licor amarillento (de debajo de los párpados) de un olor acre y muy repugnante. Se habló entonces de que debía tratar de influenciar el brazo del paciente como en otro tiempo. Hice la prueba, sin obtener éxito. El Dr. F***, entonces, manifestó el deseo de que hiciera al enfermo, una pregunta que me dictó.

— Mr. Valdemar, dije, ¿podéis explicarnos cuáles son nuestros sentimientos ó deseos ahora?

Hubo por un instante reaparición de las manchas de la fiebre, en las mejillas; la lengua se estremeció ó más bien giró violentamente dentro de la boca (aunque las mandíbulas y labios estuvieran tan rígidos como antes); y por último, la misma voz horrorosa que he descrito, contestó:

— ¡Por Dios! — ¡pronto! — ¡pronto! — adormecedme — ó pronto — despertadme — ¡pronto! — *¡os digo que estoy muerto!*

Me encontré completamente enervado y durante un momento no supe qué hacer. Al principio traté de vol-

verle á su anterior estado, pero, cayendo bajo el imperio de mis deseos, volví sobre mis pasos y luché por despertarle. En este intento vi pronto que obtendría éxito — ó al menos, imaginé pronto que mi éxito sería completo — y estoy seguro que todos los asistentes estaban preparados para ver el despertar del enfermo.

Sin embargo, para lo que ocurrió en realidad, es perfectamente imposible que ningún ser humano estuviera preparado.

Al hacer rápidamente los pases mesméricos, entre emociones de ¡muerto! ¡muerto! que *brotaban* de la lengua y no de los labios del paciente, todo su cuerpo se estremeció de improviso — y en el espacio de un solo minuto ó hasta menos, se encogió — se desmenuzó — absolutamente *podrido* entre mis manos. Sobre el lecho, sobre todos nosotros, cayó una especie de masa líquida — en la más asquerosa — en las más abominable putrefacción.

---

# EL SISTEMA DEL DOCTOR BREA

Y

DEL PROFESOR PLUMA

Durante el otoño de 18..., estando yo visitando las provincias de la parte más meridional de la Francia, llegué por casualidad á algunas millas de distancia de un manicomio ó casa particular de dementes, de la que había oído hablar mucho en París á algunos médicos amigos míos. Como nunca había visitado un establecimiento de esta índole, consideré la ocasión demasiado propicia para desperdiciarla y propuse á mi compañero de viaje (un *gentleman* con quien había hecho conocimiento casualmente algunos días antes) separarnos de nuestro camino durante una hora ó poco más, á fin de examinar de cerca el establecimiento. Pero él se negó á esto, objetándome primero la prisa que tenía, y después, el horror que generalmente inspira la vista de un demente. Rogome sin embargo que no sacrificase al deseo de ser cortés con él la satisfacción de mi curiosidad, y me dijo que seguiría caminando despacio, á fin de que pudiese alcanzarle el mismo día, ó á más tardar el siguiente. Al despedirse de mí, ocurrióseme

que tal vez experimentaría alguna dificultad para penetrar en el edificio en cuestión y le participé mis temores. Respondiome que en efecto podría encontrar obstáculos, á no ser que conociese á M. Maillard, el director, ó llevase alguna carta de introducción, porque los reglamentos de los manicomios particulares son mucho más severos que los de los hospitales públicos. Por su parte, añadió, había hecho conocimiento algunos años antes con M. Maillard, y podía, por lo menos, hacerme el favor de acompañarme hasta la puerta del establecimiento y presentarme; pero su repugnancia relativamente á la locura, le impedía entrar en el mismo.

Díle las gracias, y separándonos de la carretera tomamos por un atajo cubierto de césped, que á media hora de distancia iba á perderse en un bosque espeso situado en la falda de una montaña. Habíamos andado unas dos millas á través de este bosque espeso y sombrío, cuando se presentó á nuestra vista el manicomio. Era éste un castillo fantástico, bastante deteriorado, y que á juzgar por su aire de vetustez y desmantelamiento, debía estar poco habitable. Su aspecto me produjo un verdadero terror, y deteniendo mi caballo, casi me dieron ganas de volver pies atrás. Sin embargo no tardé en avergonzarme de mi debilidad, y seguí adelante.

Al dirigirnos hacia la puerta principal, observé que estaba entreabierta y vi á un hombre que miraba á través de ella. Un momento después, este hombre se adelantó, y dirigiéndose á mi compañero, llamándole por su nombre, le estrechó cordialmente la mano y le suplicó que echase pie á tierra. Era M. Maillard en

persona, un verdadero *gentleman* de la antigua escuela: agradable aspecto, noble ademán, maneras exquisitas y cierto aire de gravedad, dignidad y autoridad, á propósito para causar viva impresión.

Mi amigo me presentó y explicó mi deseo de visitar el establecimiento; habiéndole prometido M. Maillard que me trataría con todas las consideraciones posibles, se despidió de nosotros, y no le he vuelto á ver más.

Cuando hubo partido, el director me introdujo en un pequeño locutorio ó recibimiento arreglado con esmero excesivo, y que entre otras señales de un gusto refinado, contenía muchos libros, dibujos, vasos de flores é instrumentos de música. En la chimenea brillaba un alegre fuego. Sentada al piano veíase una joven muy bella, cantando un aria de Bellini, y á mi llegada interrumpió su canto y me recibió con graciosa cortesía. Hablaba en voz baja, y se notaba en sus maneras algo de violencia interior. Creí observar también huellas de pesar en toda su fisonomía, cuya palidez excesiva no dejaba de tener cierto atractivo. Estaba de riguroso luto, y despertó en mi corazón un sentimiento mezclado de respeto, interés y admiración.

Había oído decir en París que el establecimiento de M. Maillard estaba montado con arreglo á lo que se llama *sistema de dulzura*; que se evitaban en él toda clase de castigos corporales; que rara vez había habido necesidad de acudir á la reclusión; que los enfermos, secretamente vigilados, gozaban, en apariencia, de gran libertad y que, en su mayor parte, podían circular por toda la casa y los jardines en el traje ordinario de las personas que tienen sus sentidos cabales.

Como todos estos detalles estaban muy presentes en

mi imaginación, ponía especial cuidado en todo lo que hablaba en presencia de la joven, porque nada me autorizaba á creer que tuviese toda su razón; y en efecto había en sus ojos cierto brillo inquieto que me inducía á creer lo contrario. Reduje, pues, mis observaciones á puntos generales, de los que yo suponía que no podían desagradar ni excitar á una loca. Respondió á cuanto le dije con la mayor sensatez, y hasta pude echar de ver que sus observaciones personales indicaban un buen sentido muy sólido. Pero un largo estudio de la fisiología de la locura me había enseñado á no fiarme de semejantes pruebas de salud moral, y continué, durante toda la entrevista, observando la misma prudencia que al principio.

En este momento un elegante criado con librea trajo una bandeja con dulces, vinos y otros refrescos que acepté con mucho gusto; poco tiempo después la joven salió del locutorio. Cuando hubo partido, dirigí á mi huésped una mirada interrogadora.

— No, dijo; oh! no... es una persona de mi familia..., mi sobrina, persona sumamente recomendable.

— Pido á Vd. mil perdones por mi sospecha, contesté, pero no dudo que Vd. encontrará excusable mi equivocación. La excelente administración de su establecimiento es muy conocida en París, y creo que después de todo sería posible... Vd. me entiende...

— Sí, sí, ni una palabra más acerca de esto; antes bien yo soy el que debo dar á Vd. las gracias por la muy laudable prudencia que ha mostrado. Rara vez encontramos tanta previsión en los jóvenes, y en más de una ocasión hemos visto producirse deplorables accidentes por el aturdimiento de nuestros visitantes. Cuando

se aplicaba el primer sistema y cuando mis enfermos tenían el privilegio de pasearse por todas partes á su voluntad, eran á veces víctimas de crisis peligrosas producidas por personas irreflexivas, invitadas á examinar nuestro establecimiento. Me he visto, pues, obligado á imponer un riguroso sistema de exclusión y de entonces acá nadie ha tenido acceso en el establecimiento, mientras yo no estuviese seguro de su discreción.

—¿ Cuando se aplicaba el primer sistema de Vd. ? — dije yo repitiendo sus propias palabras. —¿ Quiere esto decir que ha dejado de aplicarse en su establecimiento el *sistema de dulzura*, de que tanto me han hablado ?

—Hace algunas semanas, replicó, que hemos decidido abandonarlo para siempre.

—¿ De veras ? ¡ me llena Vd. de asombro !

— Hemos juzgado absolutamente necesario, — dijo lanzando un suspiro,—á volver á los antiguos procedimientos. El sistema en cuestión era una exposición constante y se han exagerado demasiado sus ventajas. Creo, caballero, que si se ha hecho algún ensayo leal del mismo ha sido en esta casa. Hemos hecho cuanto razonablemente podía sugerir la humanidad. Siento en el alma que no nos haya Vd. hecho su visita antes de ahora, pues habría Vd. podido juzgar por sí mismo. Pero supongo que está Vd. bien al corriente del *sistema de la dulzura* en todos sus detalles.

— Al contrario, lo poco que de él conozco lo sé por referencia.

— Definiré el sistema en términos generales : puede decirse que es un sistema en que se guardan al enfermo

todo género de consideraciones, un sistema, como diríamos de *laisser faire*. No contradecíamos ninguno de los caprichos que se albergaban en el cerebro del enfermo. Por el contrario, no sólo nos prestábamos á ellos, sino que los alentábamos, y es así cómo se han podido realizar curas radicales. No hay razonamiento que tanto convenza la razón debilitada de un loco, como los argumentos *ad absurdum*. Hemos tenido, por ejemplo, hombres que se creían gallos. El tratamiento, en este caso consistía, en reconocer y aceptar el hecho como positivo, en acusar al enfermo de estupidez, cuando no reconocía suficientemente su caso como un hecho positivo — y por lo tanto en negarle durante una semana, todo alimento que no fuera el que corresponde á un gallo. Gracias á este método, con un puñado de cañamones se han podido hacer milagros.

— ¿Pero consistía todo en esta especie de aquiescencia á la monomía?

— No por cierto. Teníamos también gran fe en las distracciones de una naturaleza sencilla, tales como la música, el baile, los ejercicios gimnásticos en general, cierta clase de libros, etc., etc. Fingíamos curar á los individuos de una enfermedad física ordinaria y jamás se pronunciaba la palabra *locura*. Uno de los puntos de mayor importancia consistía en encargar á cada loco el cuidado de vigilar las acciones de los demás. Poner su confianza en la inteligencia ó la discreción de un loco es ganarle por completo. De esta manera podíamos ahorrarnos una clase muy dispendiosa, la de los vigilantes.

— ¿Y no imponían Vdes. castigos de ningún género?

— De ninguno.

— ¿ Y nunca encerraba Vd. á los enfermos?

— Muy rara vez. De cuando en cuando, cuando algún individuo era víctima de una crisis furiosa, le transportábamos á una celda secreta, por miedo de que el desorden de su espíritu infestase á los demás, y así le teníamos hasta que podíamos enviarle con su familia ó amigos; — porque no era nuestra misión curar locos furiosos. Generalmente era trasladado á un manicomio público.

— Y ahora al cambiar por completo de sistema ¿cree Vd. haber acertado?

— Decididamente sí. El sistema antiguo tenía sus inconvenientes y hasta sus peligros. Actualmente, á Dios gracias, está condenado en todos los manicomios de Francia.

— Mucho me sorprende cuanto me acabáis de decir; porque yo consideraba como cosa cierta que en toda la nación no existía actualmente en vigor otro tratamiento.

— Vd. es aún joven, amigo mío, replicó mi huésped, pero tiempo vendrá en que aprenda á juzgar por sí mismo todo lo que pasa en el mundo, sin fiarse de la charla de los demás.

No crea Vd. nada de lo que oiga y sólo la mitad de lo que vea. Ahora bien, por lo que toca á nuestros manicomios, está claro que algún ignorante se ha burlado de Vd. Después de la comida, sin embargo, cuando esté Vd. completamente repuesto de la fatiga de su viaje, me alegraré mucho de enseñarle á Vd. toda la casa, á fin de hacerle apreciar las ventajas de un sistema que en mi opinión y en la de todas las personas

que han podido examinar sus resultados es incomparablemente el más eficaz de todos los inventados hasta el presente.

— ¿ Ese sistema, pregunté, es de la invención de Vd.?

— Me enorgullezco, respondió, de confesar que efectivamente es mío, por lo menos bajo cierto punto de vista.

De este modo seguí conversando con M. Maillard una ó dos horas, durante las cuales me enseñó el jardín y la huerta del establecimiento.

— No puedo, dijo, enseñar á Vd. mis enfermos inmediatamente. Para un espíritu sensible hay siempre en esta especie de exhibiciones algo de repugnante, y no quiero quitar á Vd. el apetito, porque espero que tendré el gusto de que honre Vd. mi mesa. Comerá Vd. ternera *á la Sainte-Menehould* y coliflor *á la sauce veloutée*, lo cual acompañado de unas botellas de *clos-vougeot*, dará á los nervios la fuerza suficiente.

A las seis anunciaron la comida, y mi huésped me introdujo en un vasto comedor, donde se hallada ya numerosa concurrencia, compuesta de unas veinte á treinta personas. Eran en apariencia gente de buena sociedad y esmerada educación, aunque sus trajes, según me pareció, tenían una riqueza extravagante y participaban un poco del refinamiento fastuoso de la antigua corte. Observé también que las dos terceras partes, al menos, de los convidados eran damas, y que algunas de ellas no estaban vestidas según la moda que un parisiense considera como el buen gusto del día. Por ejemplo algunas mujeres, que debían tener unos setenta años, estaban adornadas con profusión de

joyas, sortijas, pulseras, pendientes, etc., y mostraban los brazos y el seno terriblemente escotados. Observé también que había pocos trajes bien hechos ó por lo menos que no venían bien á las personas que los llevaban. Mirando en torno mío descubrí á la interesante joven que M. Maillard me había presentado en el loculorio ó recibimiento; pero mi sorpresa fué grande al verla disfrazada con un ridículo vestido, con zapatos de tacones altos y un gorro grasiento de punto de Bruselas, demasiado grande para ella y que hacía aparecer su cara excesivamente pequeña. La primera vez que la vi estaba vestida, según he dicho, de luto riguroso, que le sentaba admirablemente. En fin había tal aire de rareza en los trajes de toda la concurrencia que me hizo pensar de nuevo en el *sistema de dulzura*, y sospeché que M. Maillard había querido ilusionarme hasta el fin de la comida, por miedo de que experimentase durante ella sensaciones desagradables, sabiendo que estaba en compañía de lunáticos; pero me acordé de que me habían hablado en París de los provincianos del Mediodía como de gentes excéntricas y apegadas á una multitud de ideas rancias; y por otra, hablando con algunos de los convidados, se fueron disipando bien pronto mis aprensiones casi por completo.

El comedor mismo, aunque no dejaba de ser confortable y de buenas dimensiones, no tenía la elegancia que era de desear. Así por ejemplo el pavimento no tenía tapiz; verdad es que en Francia se suprime con frecuencia. Las ventanas carecían de cortinas; las maderas cuando estaban cerradas se sujetaban por medio de grandes barras de hierro, colocadas diagonalmente como en las puertas de las tiendas. Observé que la

pieza en cuestión formaba por sí sola una de las alas del castillo, ocupando las ventanas tres lados del parallelogramo, y la puerta el cuarto. Había por lo menos unas diez ventanas.

La mesa estaba espléndidamente servida, cubierta de hermosa vajilla y de toda clase de golosinas. Era aquello una profusión completamente bárbara, pues había manjares para regalar á los Anakim. En mi vida he visto una ostentación tan monstruosa, un derroche tan extravagante de todas las buenas cosas de la vida; en la disposición y arreglo había muy poco gusto; y mi vista acostumbrada á las luces suaves se sentía fuertemente molestada por el prodigioso brillo de una multitud de bujías, colocadas en candelabros de plata diseminados sobre la mesa y en toda la habitación, donde quiera que había sitio. El servicio era hecho por multitud de criados muy activos, y sobre una gran mesa, allá en el fondo de la sala, había sentados siete ú ocho personas con violines, flautas, trombones y un tambor. Estos individuos, en ciertos intervalos durante la comida, me fatigaron mucho con una infinita variedad de ruidos, que tenían la pretensión de ser música y que todos los asistentes, menos yo se entiende, oían con vivo placer.

En suma, yo no podía menos de pensar que había mucho de raro en todo esto; pero después de todo, el mundo se compone de muchas clases de personas que tienen modos de pensar diferentes y una multitud de usos enteramente convencionales. Además yo había viajado demasiado para no ser un perfecto adepto del *nihil admirari;* así es que tomé tranquilamente asiento á la derecha de mi anfitrión, y dotado de un excelente

apetito hice honor á tantos y tan buenos manjares.

La conversación, entre tanto, era animada y general. Las damas, según su costumbre, hablaban mucho. Pronto eché de ver que la sociedad estaba compuesta casi enteramente de gentes bien educadas, y que mi huésped por sí solo era un tesoro de alegres anécdotas y chascarrillos. Parecía muy dispuesto á hablar de su posición de director de una casa de locos; y con gran sorpresa mía, la misma locura se convirtió en el tema favorito de todos los concurrentes.

— En otro tiempo tuvimos aquí un mozo — dijo un señor pequeño y rechoncho sentado á mi derecha — que se creía ser una tetera; y sea dicho de paso, ¿ no es una cosa bien extraña que esta manía particular sea muy frecuente en los locos? Acaso no hay en toda Francia un solo manicomio que no cuente con alguna tetera humana. Nuestro *quidám* era una tetera de fabricación inglesa y tenía cuidado de limpiarse todas las mañanas con una piel de gamuza y yeso-mate.

— Después, añadió otro señor alto sentado enfrente, tuvimos un individuo á quien se le había metido en la cabeza que era un asno, — lo que, metafóricamente hablando, dirán Vds., era perfectamente exacto. Era un enfermo muy fastidioso y nos costaba gran trabajo impedir que traspasase todos los límites. Durante largo tiempo no quiso comer mas que cardos borriqueros; pero pronto le curamos de esta idea insistiendo para que comiese otra cosa. Continuamente estaba ocupado en dar coces con los talones..... así, miren Vds... así...

— ¡ Señor Kock, mucho le agradecería á Vd. que se contuviese! — interrumpió una dama que estaba sentada al lado del orador. — Guarde Vd. para sí, si le

agradan los puntapiés. ¡ Me ha estropeado Vd. mi traje de brocado! ¿Acaso es indispensable ilustrar una observación de una manera tan material? El señor, añadió señalándome á mí, le comprenderá á Vd. sin necesidad de esta demostración física. Aseguro á Vd. bajo mi palabra que casi es Vd. tan asno como ese pobre insensato que creía serlo él mismo. Desempeña Vd. el papel con entera naturalidad.

— ¡ Pido á Vd. mil perdones, señorita! respondió M. de Kock á semejante apóstrofe, ¡ mil perdones! no fué mi ánimo ofender á Vd. — Señorita Laplace, el señor de Kock solicita el honor de brindar con Vd.

Entonces el señor de Kock se inclinó, besó ceremoniosamente su propia mano, y brindó á la salud de la señorita Laplace.

— Permítame Vd., amigo mío, dijo M. Maillard, dirigiéndose á mí, permítame Vd. que le pase un trozo de esta ternera que creo encontrará Vd. especialmente delicada.

Tres vigorosos criados habían logrado colocar sin accidente una enorme fuente, ó más bien una barquilla que contenía según yo imaginé el *monstrum horrendum, informe, ingens, cui lumen ademptum.* Un examen más detenido me hizo ver, sin embargo, que era una pequeña ternera, asada toda entera, apoyada sobre las rodillas y con una patata entre los dientes, según la costumbre usada en Inglaterra para servir las liebres.

— No, muchas gracias, le contesté; á decir verdad no siento una gran inclinación hacia la ternera *à la Sainte-Menehould*, porque generalmente creo que no me sienta bien. Suplico á Vd. haga cambiar este plato y me permita probar un poco de conejo.

— Pedro — gritó mi huésped — cambie Vd. el plato de este caballero y déle Vd. un pedazo de conejo *al gato*.

— ¿De qué?... dije yo.

— De este conejo *al gato*.

— Pues bien, muchas gracias. Después de reflexionar, me decido por servirme yo mismo un poco de jamón.

Verdaderamente, dije para mí, no sabe uno lo que come á la mesa de esta gente de provincias. No quiero probar su conejo *al gato*, por la misma razón que no querría comer gato *al conejo*.

— Además — dijo un personaje de rostro cadavérico sentado al extremo de la mesa, volviendo á tomar el hilo de la conversación interrumpida — entre otras rarezas hemos tenido en cierta época un enfermo que se obstinaba en creerse un queso de Córdoba, y que iba siempre con un cuchillo en la mano invitando á sus amigos á que cortasen, únicamente para probar un pedacito de su nalga.

— Era sin duda un loco de atar — interrumpió otra persona — pero no se puede comparar con cierto individuo á quien todos hemos conocido, á excepción de este *gentleman* extranjero. Me refiero al hombre que se tenía por una botella de *champagne* y que *saltaba* siempre con un pan... pan... y un pschi... i... i... de esta manera...

Aquí el orador, muy groseramente á mi entender, metió su pulgar derecho en el carrillo izquierdo y lo sacó bruscamente produciendo un ruido semejante al que hace al saltar el tapón de una botella, y después por medio de un diestro movimiento de la lengua sobre

los dientes, produjo una especie de silbido agudo que duró algunos minutos, para imitar la espuma del champagne. Esta conducta, según pude observar muy bien, no fué muy del agrado de M. Maillard; sin embargo, no dijo nada, y la conversación fué continuada por un hombrecillo flaco que llevaba una gran peluca.

— Había también — dijo — un imbécil que se creía una rana, á cuyo animal, dicho sea de paso, se parecía mucho. Quisiera, caballero, que lo hubiera Vd. visto, añadió dirigiéndose á mí; estoy seguro que le hubiera hecho reir con las actitudes que tomaba. Crea Vd., amigo mio, que si este hombre no era verdaderamente rana, era una lástima que no lo fuese. Su canto estaba formado de una nota la más bella del mundo — ¡un si bemol! — y cuando se colocaba con los codos sobre la mesa de esta manera, después de haber tomado dos vasos de vino, ensanchaba su boca así y movía los ojos como yo lo hago, guiñándolos con excesiva rapidez del modo siguiente; puedo asegurar Vd. de la manera más positiva que se hubiera Vd. extasiado ante el genio de este hombre.

— No lo dudo, respondí.

— Había también, añadió otro de los comensales, un mocito que se creía ser una toma de rapé y se desolaba de no poder tomarse á sí mismo entre su índice y pulgar.

— También hemos tenido á Julio Deshoulières que era verdaderamente un genio singular, y que se volvió loco con la idea de que era una calabaza. Constantemente perseguía al cocinero para que lo convirtiese en pasteles, cosa á que el cocinero se negaba con indignación. Por mi parte no afirmaré que un pastel *à la*

*Deshoulières* no fuese un plato de los más delicados.

— Me deja Vd. asombrado, dije, y miré á M. Maillard con aire interrogativo.

— ¡He! ¡he! ¡hi! ¡hi! ¡hizo éste. ¡Excelente en verdad! No se admire Vd., amigo mío; nuestro amigo es muy original y muy bromista; no hay que tomar lo que dice al pie de la letra.

— ¡Oh! — dijo otro de los convidados — todos hemos conocido también á Buffón Legrand, personaje muy extraordinario en su género. El amor le trastornó el cerebro y se creía que tenía dos cabezas. Afirmaba que una era la de Cicerón; en cuanto á la otra se la figuraba compuesta de las de Demóstenes y lord Brougham. No sería imposible que se equivocase, pero hubiera convencido á Vd. de que tenía razón, porque era hombre de gran elocuencia. Tenía una verdadera pasión por la oratoria y no podía contenerse en demostrarla. Por ejemplo tenía la costumbre de saltar así sobre la mesa, y después...

En este momento, un amigo del orador, sentado á su lado, le puso la mano en el hombro y le cuchicheó algunas palabras al oído; á consecuencia de esto el otro dejó de repente de hablar y se dejó caer sobre su silla.

— Y después, dijo el amigo que le había hablado al oído, tuvimos también á Boulard, la perinola. Llámole la perinola porque tenía la manía, acaso extraña, pero de ningún modo irracional de creerse convertido en perinola. Si Vd. le hubiera visto, hubiera reventado de risa... Daba vueltas sobre un talón de esta manera, vea Vd.....

Al llegar aquí, el amigo á quien había interrumpido

un momento antes por medio de un recado al oído, le prestó á su vez el mismo favor.

— Pero en ese caso, gritó una señora vieja con voz estrepitosa, vuestro Boulard era un loco y además un loco estúpido. Porque, permítame Vd. que le pregunte, ¿ quién ha oído hablar jamás de una peonza ó perinola humana ? La cosa es absurda. La señora Joyeuse era una persona más sensata, como Vd. sabe. Tenía también su manía, pero una manía inspirada por el sentido común y que agradaba á cuantos tenían el honor de conocerla. Había descubierto, después de maduras reflexiones, que por un accidente había sido convertida en pollo; pero bajo este concepto se conducía normalmente. Movía las alas, así, así, con un esfuerzo prodigioso; y en cuanto á su canto ¡era delicioso! Co... o... o... o... queri... co... o... o... o... ! ¡ Co... o... o... o... queri... co... o... o... o... o.... !

— ¡ Señora Joyeuse, suplico á Vd. que se contenga ! interrumpió nuestro huésped con ira. — Si no quiere Vd. conducirse como debe hacerlo una señora decente, puede Vd. dejar la mesa inmediatamente. Lo dejo á su elección.

La señora (á quien me admiró mucho oír llamar señora Joyeuse, después de la descripción que de sí misma acababa de hacer) se puso colorada hasta las cejas y pareció profundamente humillada por la reprensión. Bajó la cabeza y no respondió una sílaba. Pero otra señora, más joven reanudó la conversación. Erá mi bella joven del locutorio.

— ¡ Oh ! — exclamó — ¡ la señora Joyeuse era una loca ! pero la manía de Eugenia Salsafette era mucho más sensata. Era una joven muy bella con aire contrito

y modesto, que juzgaba indecente en sumo grado la manera actual de vestirse y que quería siempre vestirse poniéndose *fuera* de los vestidos y no *dentro*. Después de todo es una cosa bien fácil de hacer. No hay más que hacer así... y después así... y por último...

— ¡ Eh ! señorita Salsafette, exclamaron una docena de voces... ¿ qué hace Vd ?... ¡ Deténgase !... es suficiente. — ¡ Ya vemos bien cómo puede hacerse eso ! ¡ Basta ! ¡ Basta!

Algunas personas se lanzaban ya desde su asiento para impedir á la señorita Salsafette que se pusiese como la Venus de Médicis, cuando se produjo de repente y eficazmente el resultado deseado, merced á unos grandes gritos ó aullidos que provenían de algún punto del cuerpo principal del edificio. Mis nervios fueron muy afectados por estos bramidos; pero en cuanto á los demás convidados, me daban lástima. En mi vida he visto una reunión de personas sensatas, más llenas de terror. Pusiéronse pálidos como cadáveres, y temblaban y castañeteaban los dientes en sus asientos, pareciendo aguardar la repetición del mismo ruido. Repitióse en efecto más fuerte y próximo, y después una tercera vez muy fuerte, muy fuerte; por último se dejó oir una cuarta con mucho menos vigor. Ante este apaciguamiento aparente de la tempestad, toda la concurrencia recobró inmediatamente su animación y comenzaron con nuevo ardor las anécdotas. Entonces me aventuré á preguntar la causa de aquella turbación.

— Una nonada, dijo M. Maillard. — Nos vamos habituando á ello y ya casi no nos inquieta. Los locos, á intervalos regulares se ponen á aullar juntos, excitán-

dose unos á otros, como sucede á veces, por la noche, en una bandada de perros. Sucede también de cuando en cuando que este concierto de aullidos es seguido de un esfuerzo simultáneo de todos para evadirse; en este caso hay naturalmente motivo para sentir inquietud.

— ¿ Y cuántos tienen Vds. ahora encerrados ?

— Por el momento no tenemos más de 10.

— Principalmente mujeres, supongo.

— No por cierto. Todos hombres y verdaderos jayanes, á fe mia.

— ¿ De veras ? ya había oído siempre decir que la mayor parte de los locos pertenecen al sexo débil.

— Generalmente es así ; pero no siempre. Hace algún tiempo teníamos aquí veinte y siete enfermos, y de ellos había por lo menos diez y ocho mujeres ; pero desde hace poco las cosas han cambiado, como Vd. ve.

— Sí... han cambiado mucho, como Vd. ve..., añadió el señor que había roto con sus coces las tibias de la señorita Laplace.

— Sí... han cambiado mucho, como Vd. ve, añadió á coro toda la concurrencia.

— ¡ Cállense todos Vds. ! ¡ tengan la lengua ! ¿ me entienden ? gritó mi anfitrión en un acceso de cólera.

Después toda la asamblea observó durante un minuto un silencio sepulcral. Hasta hubo una dama que obedeció puntualmente á la letra la orden de M. Maillard, es decir, que sacando su lengua, por cierto excesivamente larga, la cogió con sus dos manos y la tuvo así con mucha resignación hasta el fin del festín.

— Y esa señora — dije á M. Maillard inclinándome hacia él y hablándole en voz baja — esa excelente se-

ñora que hablaba hace poco y que nos lanzaba su *coquericó*, supongo que será inofensiva, ¿ no es verdad?

— ¡ Inofensiva ! — exclamó con sorpresa no fingida; — ¿ cómo? ¿ qué quiere Vd. decir?

— Que no está más que ligeramente tocada, contesté, tocándome en la frente. Supongo que su afección no es peligrosa, ¿ eh ?

— ¡ Cómo ! ¿ Qué se figura Vd. ? Esta dama, mi buena y particular amiga la señora Joyeuse tiene su inteligencia tan sana como yo mismo. Tiene sus pequeñas excentricidades, pero ya sabe Vd. que todas las señoras de edad son más ó menos excéntricas.

— ¡ Sin duda ! — dije — ¡ sin duda ! — ¿ Y las demás damas y caballeros aquí presentes?...

— Todos son mis amigos y guardianes, — interrumpió M. Maillard, irguiéndose con altivez, — mis excelentes auxiliares.

— ¡ Cómo ! ¿ todos ellos? — pregunté — ¿ y las mujeres también sin excepción?

— Seguramente, — me contestó. — No podríamos hacer nada sin las mujeres; son los mejores enfermeros del mundo para los locos; tienen unas maneras, que Vd. no puede imaginar, y sus ojos producen efectos maravillosos, algo como la fascinación de la serpiente.

— ¡ Ciertamente ! — dije, — ¡ ciertamente ! — Se conducen de una manera un poco rara, ¿ no es verdad? ¿ no le parece á Vd. ? Tienen algo de original, ¿ no lo cree Vd. así?

— ¡ Raro ! ¡ original !... ¡ Cómo ! ¿ lo piensa Vd. como lo dice? Á decir verdad no somos hipócritas en el Mediodía; hacemos lo que nos parece bien y goza-

mos de la vida. — Así es que todas esas costumbres... ¿ me comprende Vd.?...

— Perfectamente, dije, perfectamente.

— Por otra parte este *clos-vougeot* se sube algo á la cabeza, y calienta un poco los cascos ¿ no es verdad?

— Ciertamente — dije — ciertamente. Entre paréntesis, caballero, ¿ no me ha dicho Vd. que el nuevo sistema adoptado por Vd. era rigurosamente severo?

— De ninguna manera. La reclusión es necesariamente rigurosa, pero el tratamiento — es decir el tratamiento médico — es agradable para el enfermo.

— ¿ Y el nuevo sistema es de la invención de Vd.

— En absoluto no. Algunas partes del sistema deben atribuirse al profesor Brea, de quien de seguro habrá Vd. oído hablar; y hay en mi plan modificaciones cuya gloria corresponde al célebre Pluma, á quien si no me engaño, conoce Vd. íntimamente.

— Me avergüenzo de confesar, repliqué, que es la primera vez que oigo pronunciar los nombres de ambos señores.

— ¡ Bondad divina ! — exclamó mi huésped retirando bruscamente su silla y alzando sus manos al cielo. — Creo que le he comprendido á Vd. mal. ¡ Cómo ! ¿ Dice Vd. que no ha oído nombrar jamás al erudito doctor Brea y al famoso profesor Pluma?

— Me veo obligado á confesar mi ignorancia — respondí, — pero ante todo debe respetarse la verdad. Sin embargo me siento humillado de no conocer las obras de estos dos hombres, sin duda alguna extraordinarios. Voy á ocuparme en buscar sus escritos y los leeré con especial cuidado. Señor Maillard, — debo confe-

sar — que realmente me ha hecho Vd. avergonzarme de mí mismo.

Y era la pura verdad.

— No hablemos más de ello, mi joven y excelente amigo, — dijo con bondad estrechándome la mano, — y tomemos un vaso de este Sauterne.

Bebimos. La concurrencia siguió nuestro ejemplo con exceso y continuó bromeando, riendo y cometiendo mil disparates. Los violines chillaban, el tambor multiplicaba sus redobles, los trombones berreaban como otros toros de Fálaris — y á medida que el vino imperaba más y más, la escena se fué convirtiendo en un *Pandemonium in petto*. Sin embargo M. Maillard y yo, con algunas botellas de Sauterne y *clos-vougeot*, continuábamos nuestro diálogo á voz en cuello. Una palabra pronunciada en el diapasón ordinario se hubiera perdido por completo, como la voz de un pez en el fondo del Niágara.

— Caballero — le grité al oído — Vd. me hablaba, antes de la comida, del peligro que implicaba el antiguo *sistema de dulzura*. ¿ Qué peligro era éste?

— Sí — respondió — había á veces un gran peligro. No es posible darse cuenta de los caprichos de los locos; y en mi opinión, que es también la del doctor Brea y la del profesor Pluma, no es nunca prudente dejarlos pasearse libremente sin vigilantes. Un loco puede ser *dulcificado*, como se dice, por algún tiempo, pero al fin siempre es capaz de promover turbulencias. Además su astucia es proverbial y verdaderamente muy grande. Si abriga un proyecto, sabe ocultarlo con maravillosa hipocresía, y la destreza con que finge la *salud* ofrece al estudio del filosófo uno de los más sin-

gulares problemas psíquicos. Cuando un loco parece *enteramente* razonable, créame Vd., debe ponérsele la camisa de fuerza.

— ¿Pero cuál es ese *peligro* de que Vd. me hablaba? querido señor mío. Conforme á su propia experiencia, desde que esta casa está bajo su dirección, ¿ha tenido Vd. una razón material, positiva, para considerar peligrosa la libertad en un caso de locura?

— ¿Aquí? — ¿Conforme á mi propia experiencia? — Ciertamente puedo contestarle á Vd. : ¡sí! Por ejemplo, *no hace mucho tiempo*, ocurrió una circunstancia singular en esta misma casa. Entonces, como Vd. sabe, estaba en uso el *sistema de dulzura*, y los enfermos estaban en libertad. Portábanse *notablemente* bien, hasta el punto de que una persona sensata no hubiera podido sospechar que tras esta aparente cordura se tramaba un plan endiablado. Y en efecto una mañana los guardianes se encontraron atados de pies y manos y encerrados en las celdas, donde fueron vigilados como locos por los locos mismos, que habían usurpado las funciones de guardianes.

— ¡Oh! ¿Qué me cuenta Vd? ¡En mi vida he oído hablar de absurdo semejante!

— Pues es un hecho. Todo esto sucedió gracias á un animal estúpido, un loco, á quien no sé como se le había metido en la cabeza que era el inventor del mejor sistema de gobierno conocido. Deseaba, según creo, probar su sistema, y así persuadió á los demás enfermos á que se le uniesen en una conspiración para derrocar el poder reinante.

— ¿Y lo consiguió raelmente?

— Ya lo creo. Los guardianes y los guardados tro-

caron sus papeles, con la diferencia importante de que los locos habían estado libres, y los guardianes fueron encerrados inmediatamente en las celdas, donde, siento decirlo, fueron tratados de una manera demasiado cortés.

— Pero presumo que debió efectuarse en seguida una contra-revolución. Esa situación no podía durar largo tiempo. Los campesinos y los visitantes que venían á ver el establecimiento darían el grito de alarma.

— Está Vd. en un error. El jefe de los rebeldes era demasiado astuto para que eso ocurriese. Desde ese instante no admitió ningún visitante — á excepción una sola vez, de un joven *gentleman*, de una fisonomía bastante estúpida y que no podía inspirarle desconfianza alguna. Permitióle visitar la casa, á fin de introducir alguna variedad y divertirse con él, y después que lo hubo conseguido, le despachó.

— ¿ Y cuánto tiempo duró el reinado de los locos ?

— ¡ Oh ! bastante, en verdad; no sé cuánto á punto fijo. Sin embargo los locos se trataban bien, puede Vd. creerlo. Arrojaron sus viejos vestidos y usaron á su antojo del guarda-ropas y joyas de la familia. Las bodegas del castillo estaban bien provistas de vino, y estos diablos de locos son inteligentes en la materia y saben beber, á fe mía.

— ¿ Y qué tratamiento especial puso en práctica el jefe de los rebeldes ?

— ¡ Ah ! en cuanto á eso un loco no es necesariamente un tonto, como le he hecho ya observar, y según mi humilde opinión su tratamiento ó régimen era mucho mejor que el anteriormente usado. Era un

régimen capital, — sencillo, limpio, — sin dificultades, — realmente delicioso, — era.....

Aquí las observaciones de mi huésped fueron bruscamente interrumpidas por una nueva serie de gritos, de la misma naturaleza que los que antes nos habían desconcertado. Esta vez sin embargo parecían provenir de gentes que se acercaban rápidamente.

— ¡ Bondad divina ! — exclamé ; — sin duda alguna los locos se han escapado.

— Temo que tenga Vd. razón, respondió M. Maillard poniéndose excesivamente pálido.

Apenas había terminado la frase cuando se oyeron bajo las ventanas grandes gritos é imprecaciones, é inmediatamente después se hizo evidente que algunos individuos se ingeniaban por fuera para entrar por fuerza en la sala. Batieron la puerta con algo que debía ser una especie de ariete ó un enorme martillo, y las hojas de madera eran sacudidas y empujadas con grandísima violencia.

Siguióse á esto una escena de horrible confusión. M. Maillard, con gran asombro mío, se echó bajo el aparador. Yo hubiera esperado de su parte mayor resolución. Los miembros de la orquesta, que desde hacía un cuarto de hora, parecían demasiado borrachos para llenar sus funciones, saltaron sobre su mesa y atacaron de común acuerdo un *Yankee Doedlo* (1) que ejecutaron, si no con precisión, al menos con energía sobrehumana, mientras duró el desorden.

Entretanto el señor á quien se había impedido con

(1) Aire popular americano. El lector amante de la verdad local puede substituir mentalmente la *Carmanola* ú otro aire francés.

gran trabajo saltar sobre la mesa, saltó esta vez en medio de las botellas y vasos. Inmediatamente que estuvo cómodamente instalado, empezó un discurso, que, sin duda alguna, hubiera parecido de primer orden, si hubiéramos podido oir una palabra siquiera.

En el mismo instante el hombre que consagraba sus predilecciones á la perinola se puso á hacer piruetas alrededor con una inmensa energía y con los brazos extendidos de modo que parecia una verdadera perinola, echando al suelo y atropellando cuantos encontraba á su paso. Después, oyendo unas pedorretas increíbles y silbidos inauditos de botellas de Champagne, descubrí que provenían del individuo que durante la comida había desempeñado tan bien el papel de botella. Al mismo tiempo el hombre rana cantaba con todas sus fuerzas como si la salud de su alma dependiese de cada nota que profiriese. En medio de todo esto se elevaba dominando todos los ruidos el rebuzno no interrumpido de un asno. En cuanto á mi vieja amiga, la señora Joyeuse, parecía presa de una tan horrible perplejidad que casi me daba lástima. Se mantenía de pie en un rincón cerca de la chimenea y se contentaba con cantar su coquericoooó...

Por último llegó la crisis suprema. Como los gritos y los aullidos y los coquericós eran la única forma de resistencia y los únicos obstáculos opuestos á los sitiadores, no tardaron en venir al suelo. Pero no olvidaré jamás mis sensaciones de asombro y de horror cuando vi saltar por las ventanas y caer sobre nosotros, pegando con manos, pies y uñas un verdadero ejército de monstruos, que en un principio tomé por orangutanes

ó por negros babuinos del Cabo de Buena Esperanza.

Yo recibí una paliza, después de la cual me metí bajo un canapé, donde me mantuve quieto. Después de haber estado allí unos quince minutos, durante los cuales puse oído atento á cuanto pasaba en la sala, obtuve al fin una explicación satisfactoria de esta tragedia. Según vi, M. Maillard, al contarme la historia del loco que había excitado á sus camaradas á la rebelión, no había hecho más que relatar sus propias hazañas. Este señor había sido dos ó tres años antes, director del establecimiento; después habiéndose trastornado su cabeza pasó al número de los enfermos. Este hecho no era conocido por el compañero de viaje que me había presentado á él. Los guardianes en número de diez habían sido sorprendidos y atados y después cuidadosamente embreados, emplumados y secuestrados en las cuevas. Así permanecieron durante más de un mes, y durante este período, M. Maillard les había concedido generosamente no sólo las *plumas* y la *brea* que constituían *su sistema*, sino también un poco de pan y agua en abundancia. Diariamente una bomba les enviaba su ración de duchas. Al fin habiéndose escapado uno ó dos por las alcantarillas devolvieron la libertad á todos los demás.

El *sistema de dulzura*, pero con importantes modificaciones, volvió á regir en el establecimiento, pero no puedo menos de reconocer, con M. Maillard, que su tratamiento especial, era en su clase un tratamiento capital. Como hacía observar con mucha exactitud, era un tratamiento, *sencillo*, *limpio* y *que no causaba el menor embarazo*.

Sólo tengo que agregar algunas palabras. Por más que he buscado en todas las bibliotecas de Europa las obras del doctor *Brea* y del profesor *Pluma*, no he podido aún hasta el día, á pesar de todos mis esfuerzos, procurarme un ejemplar de las mismas.

---

# EL POZO Y EL PÉNDULO

*Impia torlorum longos hic turba furores*
*Sanguinis innocui satiata, aluit.*
*Sospite nunc patria, fracto nunc funeris antro*
*Mors ubi dira fuit vita salusque patent* (1).

Yo estaba quebrantado, quebrantado hasta la muerte por aquella larga agonía; y cuando en fin me desataron y me fué permitido sentarme, sentí que mis sentidos me abandonaban. La sentencia, la terrible sentencia de muerte, fué la última frase distintamente acentuada que conmovió mis oídos. Después, el sonido de las voces de los inquisidores me pareció ahogarse en el murmullo indefinido de un sueño. Ese ruido llevaba á mi alma la idea de una rotación, quizá á causa de que en mi imaginación la asociaba con una rueda de molino. Pero esta impresión duró muy poco, pues de improviso no oí más nada. Sin embargo, vi durante algún tiempo todavía; ¡ pero con qué terrible exageración!

Contemplaba los labios de los jueces de traje negro. Ellos me aparecían blancos, más blancos que la hoja

(1) Cuarteta compuesta para las puertas de un mercado que debia levantarse sobre el terreno del Club de los Jacobinos, en París.

sobre la que trazo estas palabras, y delgados hasta lo grotesco; adelgazados por la intensidad de su expresión de dureza, de inmutable resolución, de riguroso menosprecio del dolor humano.

Veía que los decretos de lo que para mí representaba el Destino, corrían todavía en aquellos labios. Los ví retorcerse en una frase de muerte. Los ví figurar las sílabas de mi nombre, y temblé sintiendo que al sonido no seguía el movimiento. Ví también, durante algunos momentos de horror delirante, la débil y casi imperceptible ondulación de las cortinas negras que revestían las paredes de la sala. Y entonces mi vista cayó sobre los siete grandes hachones que estaban colocados sobre la mesa. Al principio tomaron el aspecto de la Caridad y me aparecieron como ángeles blancos y esbeltos que debían salvarme; pero entonces y de pronto, una ansia mortal invadió mi alma y sentí cada fibra de mi ser estremecerse como si hubiera tocado el hilo de una pila voltaica; y las formas angélicas se volvían espectros insignificantes con cabezas de llama, y veía bien que no tenía ningún socorro que esperar de ellos. Y entonces se deslizó en mi imaginación, como una rica nota musical, la idea del reposo delicioso que nos espera en la tumba. La idea vino dulce y furtivamente, y me parece que me fué menester un largo tiempo para tener de ella una apreciación completa; pero en el momento mismo en que mi espíritu comenzaba en fin á comprender bien y á conservar esta idea, las figuras de los jueces se desvanecieron como por encanto; los grandes hachones se redujeron á la nada; sus llamas se extinguieron enteramente; lo negro de las tinieblas sobrevino; todas las sensaciones parecieron hundirse

como en una inmersión loca y precipitada del alma en el Hades. Y el universo no fué mas que noche, silencio, inmovilidad.

Yo estaba desvanecido; pero, sin embargo, no diré que hubiese perdido toda conciencia. Lo que me quedaba de ella, no trataré de definirlo, ni siquiera de describirlo; pero en fin, todo no estaba perdido. En el más profundo sueño, no. En el delirio, no. En el desvanecimiento, no. En la muerte, no. Ni aun en la tumba está perdido todo. De otra manera no habría inmortalidad para el hombre. Al despertarnos del más profundo sueño, desgarramos la tela de araña de algún ensueño.

No obstante, un segundo después, tan débil es acaso ese tejido, no nos acordamos de haber soñado. En la vuelta del desvanecimiento á la vida hay dos grados; el primero es el sentimiento de la existencia moral ó espiritual; el segundo el sentimiento de la existencia física. Parece probable que si llegando al segundo grado, pudiéramos evocar las impresiones del primero, encontraríamos todos los elocuentes recuerdos del abismo trasmundano. Y este abismo, ¿qué es? ¿Cómo distinguiremos sus sombras de las de la tumba? Pero si las impresiones de lo que he calificado el primer grado, no aparecen al llamado de la voluntad, sin embargo, después de un largo intervalo, ¿no aparecen ellas, sin ser invitadas, no obstante que nos maravillamos al pensar de dónde pueden salir? Aquel que no se ha desvanecido jamás, no es el que descubre extraños palacios y rostros extravagantemente familiares en las brasas ardientes; no es el que contempla, flotantes en medio del aire, las melancólicas visiones que el vulgo no puede apercibir; no es el que medita sobre el per-

fume de una flor desconocida, no es aquel cuyo cerebro se extravía en el misterio de una melodía que hasta entonces no había detenido su atención.

En medio de mis esfuerzos, repetidos é intensos, de mi enérgica aplicación á recoger algún vestigio de este estado de nada aparente, en el cual se había deslizado mi alma, ha habido momento en que soñaba que lo lograba; ha habido cortos instantes, muy cortos instantes, en que he conjurado recuerdos que mi razón lúcida, en una época posterior, me ha afirmado no poder relacionarse más que con este estado en que la conciencia parece aniquilada. Esa sombra de recuerdos me presenta muy indistintamente grandes figuras que me arrebataban y silenciosamente me trasportaban abajo, y todavía abajo, siempre más abajo, hasta el momento en que un vértigo horrible me oprimió, à la simple idea del infinito en la descensión.

Ellas me recuerdan también no sé qué vago horror que experimenté en el corazón, en razón misma de la calma sobrenatural de este corazón. Después, viene el sentimiento de una inmovilidad repentina en todos los seres circundantes, como si aquellos que me llevaban (¡un cortejo de espectros!) hubieran sobrepasado en su descendimiento los límites de lo ilimitado y se hubieran detenido vencidos por el infinito fastidio de su tarea.

En seguida mi alma vuelve á encontrar una sensación de insipidez y humedad; y después, todo no es más que locura, la locura de una memoria que se agita en lo abominable.

Muy repentinamente volvieron á mi alma sonido y movimiento, el movimiento tumultuoso del corazón, y

en mis oídos el ruido de sus latidos. Después, una pausa en la cual todo desaparece. Después, de nuevo, el sonido, el movimiento y el tacto, como una sensación vibrante que penetrara mi ser. Después, la simple conciencia de mi existencia, sin pensamiento, situación que duró largo tiempo. Después, muy repentinamente, el *pensamiento* y un terror calenturiento y un ardiente esfuerzo por comprender lo verdadero de mi estado. Después, un vivo deseo de caer otra vez en la insensibilidad. Después, brusco renacimiento del alma y tentativa de movimiento, seguida de éxito. Y entonces, el recuerdo completo del proceso, de las cortinas negras, de la sentencia, de mi debilidad, de mi desvanecimiento. En cuanto á lo que siguió, el olvido más completo; no es sino muy tarde, y por la aplicación más enérgica que he llegado á recordármelo vagamente.

Hasta ahí yo había abierto los ojos, sentía que estaba acostado de espaldas y sin ligaduras. Extendí mi mano, y cayó pesadamente sobre algo húmedo y duro. La dejé reposar así durante algunos minutos, esforzándome en adivinar dónde podía estar y *lo que* había sido de mí.

Estaba impaciente por servirme de mis ojos, pero no me atrevía. Tenía miedo del primer golpe de vista sobre los objetos que me rodeaban. No era que temiese mirar cosas horribles, sino que estaba aterrado de la idea de no ver nada. Á la larga, con una loca angustia de corazón, abrí vivamente los ojos. Mi horroroso pensamiento se encontraba confirmado. La negrura de la eterna noche me rodeaba. Hice un esfuerzo para respirar. Me parecía que la intensidad de las tinieblas me oprimía y me sofocaba. La atmósfera se hallaba intole-

rantemente pesada. Quedé tranquilamente acostado, é hice un esfuerzo para ejercitar mi razón. Vinieron á mi memoria los procedimientos de la Inquisición, y partiendo de ahí, me apliqué á deducir de ellos mi posición real.

La sentencia había sido pronunciada, y me parecía que desde entonces había corrido un largo espacio de tiempo. Sin embargo, no me imaginé un solo instante que estuviese realmente muerto. Semejante idea, á despecho de todas las ficciones literarias, es por completo incompatible con la existencia real; pero, ¿dónde estaba yo y cuál era mi estado? Los condenados á muerte, yo lo sabía, morían ordinariamente en los *autos de fe*. Una solemnidad de este género había sido celebrada la noche misma del día de mi juicio. ¿Había yo sido reintegrado en mi calabozo, para esperar en él el próximo sacrificio, que no debía tener lugar sino dentro de algunos meses? Vi desde luego que eso no podía ser. El contingente de las víctimas había sido puesto inmediatamente en requisición; además, mi primer calabozo, como las celdas de los condenados en Toledo, tenía pavimento de piedra, y la luz no estaba excluída por completo.

De repente, una idea terrible arrojó la sangre entorrentes á mi corazón, y durante algunos instantes volví á caer de nuevo en mi insensibilidad. Volviendo en mí, me enderecé de un solo brinco sobre mis pies, mientras me temblaba convulsivamente cada fibra. Extendí locamente mis brazos encima y alrededor de mí, en todos sentidos. No sentía nada; sin embargo, temblaba de dar un paso, tenía miedo de chocar contra las paredes de mi tumba. El sudor brotaba de todos mis poros, y

se detenía en gruesas gotas sobre mi frente. La agonía de la incertidumbre se volvió intolerable, y avancé con precaución, extendiendo los brazos y dilatando mis ojos fuera de sus órbitas, en la esperanza de sorprender algún débil rayo de luz. Di muchos pasos, pero todo estaba negro y vacío. Respiré más libremente. En fin, me pareció evidente que el más horroroso de los destinos no era el que se me había reservado.

Y entonces, mientras que continuaba avanzando con precauciones, mil vagos rumores que corrían sobre los horrores de Toledo, vinieron á apretarse confusamente en mi memoria. Se narraban sobre aquellos calabozos extrañas cosas (yo las había considerado siempre como fábulas); pero sin embargo, eran tan extrañas y tan aterrantes, que no se las podía repetir sino en voz baja. ¿Debía morir de hambre en aquel mundo subterráneo de tinieblas, ó qué destino más horrible todavía me esperaba? Que el resultado fuera la muerte, y una muerte de una amargura escogida, yo conocía muy bien el carácter de mis jueces para dudar de ello; el modo y la hora eran todo lo que me ocupaba y me atormentaba.

Mis manos extendidas encontraron después de algunos instantes un obstáculo sólido; era un muro que parecía construído con piedras, muy liso, húmedo y frío. Lo seguí de cerca, caminando con la cuidadosa desconfianza que me habían inspirado ciertas antiguas historias. Esta operación, no me daba ningún medio de conocer la dimensión de mi calabozo, pues podía recorrerlo y volver al punto de donde había salido sin apercibirme de ello; tan perfectamente uniforme parecía el muro. Es por eso que busqué el cuchillo que tenía en mi bolsillo, cuando se me había conducido al Tribunal; pero

había desaparecido, habiendo sido cambiados mis vestidos por un traje de sarga grosera. Había tenido la idea de hundir la lámina en alguna pequeña grieta de la mampostería, á fin de constatar bien mi punto de partida. La dificultad, sin embargo, era muy vulgar; pero desde luego, en el desorden de mi pensamiento, me pareció insuperable. Desgarré una parte del ribete de mi traje y coloqué el trozo por tierra, en toda su longitud y en ángulo recto con el muro. Siguiendo mi camino á tientas, alrededor de las paredes, no podía dejar de encontrar ese jirón al concluir el circuito. Á lo menos, yo lo creía; pero no había tenido cuenta de la extensión de mi calabozo ó de mi debilidad. El terreno era húmedo y resbaladizo. Fuí vacilante durante algún tiempo, después tropecé y caí. Mi extrema fatiga me decidió á quedar acostado, y el sueño me sorprendió bien pronto en ese estado. Al despertarme y extender un brazo, encontré al lado mío un pan y un cántaro de agua. Estaba muy extenuado para reflexionar sobre esta circunstancia, pero bebí y comí con avidez. Poco tiempo después proseguí mi viaje alrededor de mi prisión, y con mucha pena llegué al jirón de sarga. En el momento en que había caído, llevaba contados ya cincuenta y dos pasos, y en la continuación de mi paseo conté todavía cuarenta y ocho, hasta el instante en que encontré el trapo. Por consiguiente, en todo eran cien pasos; y suponiendo que dos pasos es una yarda, presumí que el calabozo tenía cincuenta yardas de circuito. No obstante, había encontrado muchos ángulos en el muro, y así no había casi medio de conjeturar la forma de la cueva, pues yo no podía impedirme de suponer que era una cueva.

Yo no ponía un muy grande interés en esas investigaciones, tampoco ninguna esperanza; pero una vaga curiosidad me llevó á continuarlas. Dejando el muro, resolví atravesar la superficie circunscrita. Desde luego avancé con una extrema precaución; pues el suelo, aunque pareciendo de una materia dura, era falso y pegajoso. Á la larga, sin embargo, tomé valor y me puse á caminar con seguridad, aplicándome á atravesar en línea tan recta como fuera posible. Había así dado diez ó doce pasos poco más ó menos, cuando un extremo del dobladillo desgarrado de mi traje, se enrosco á mis piernas. Caminé, y caí violentamente con el rostro para abajo. En el desorden de mi caída, no noté de seguida una circunstancia pasablemente sorprendente, que sin embargo algunos instantes después, y cuando estaba todavía extendido, llamó mi atención. Hela aquí: mi barba tocaba el suelo de la prisión, pero mis labios y la parte superior de mi cabeza, aunque pareciendo situadas á una menor elevación que la barba, no tocaban nada. Al mismo tiempo, me pareció que mi frente estaba bañada en un sudor viscoso y que un olor particular de hongos viejos subía hacia mi nariz. Extendí el brazo, y temblé al descubrir que había caído sobre el borde mismo de un pozo circular, cuya extensión no tenía medio ninguno de medir por el momento. Tanteando la mampostería de debajo del brocal, logré desprender un pequeño fragmento y le dejé caer en el abismo. Durante algunos segundos presté el oído á sus rebotes; golpeaba en su caída las paredes del precipicio; al fin hizo en el agua lúgubre zabullida, seguida de ruidosos ecos. En el acto un ruido se produjo encima de mi cabeza, como de una puerta, casi tan pronto cerrada como abierta,

mientras que un débil rayo de luz atravesaba repentinamente la oscuridad y se extinguía casi al mismo tiempo.

Vi claramente el destino que me había sido preparado, y me felicité del accidente oportuno y que me había salvado. Un paso más, y el mundo no me hubiera vuelto á ver. Y esta muerte evidata á tiempo tenía ese mismo carácter que había mirado como fabuloso y absurdo en los cuentos que se hacían sobre la Inquisición. Las víctimas de su tiranía no tenían otra alternativa que la muerte con sus más crueles agonías físicas, ó la muerte con sus más abominables torturas morales. Yo había sido destinado para esta última. Mis nervios estaban distendidos por un largo sufrimiento, hasta el punto que temblaba al sonido de mi propia voz y me había convertido, bajo todos aspectos, en un excelente sujeto para la especie de tortura que me esperaba.

Temblando todos mis miembros, retrocedí á tientas hacia el muro, resuelto á dejarme morir en él antes que afrontar el horror de los pozos que mi imaginación multiplicaba, ahora, en las tinieblas de mi calabozo. En otra situación de espíritu, habría tenido el valor para concluir con mis miserias de un solo golpe, por la inmersión en uno de aquellos abismos; pero entonces era el más perfecto de los cobardes. Y después, me era imposible olvidar lo que había leído respecto á esos pozos, que la extinción *repentina* de la vida, era una posibilidad cuidadosamente excluída por el infernal genio que había concebido su plan.

La agitación de mi espíritu me tuvo despierto durante largas horas, pero al fin me adormecí de nuevo. Al recordarme, encontré á mi lado, como la primera vez,

un pan y un cántaro de agua. Una sed ardiente me consumía, y vacié el cántaro de un trago. Es necesario que esta agua haya estado compuesta, pues apenas la hube bebido, cuando me dormí irresistiblemente. Cuánto tiempo duró, no puedo saberlo; pero cuando abrí los ojos, los objetos eran visibles alrededor mío. Gracias á un resplandor singular, sulfuroso, cuyo origen no pude descubrir desde luego, podía ver la extensión y el aspecto de la prisión.

Yo me había equivocado grandemente sobre sus dimensiones. Las paredes no podían tener más de veinticinco yardas de circuito. Durante algunos minutos, ese descubrimiento fué para mí una inmensa turbación, turbación bien pueril en verdad; porque, en medio de las circunstancias terribles que me rodeaban, ¿qué podía haber en ellas, de menos importantes, que las dimensiones de mi prisión? Pero mi alma tomaba un interés extravagante en las futilidades, y me apliqué fuertemente á darme cuenta del error que había cometido en mis medidas. Al fin, la verdad me apareció como un relámpago. En mi primera tentativa de exploración, había contado cincuenta y dos pasos hasta el momento en que caí; debía estar entonces á uno ó dos pasos del trozo de sarga; en realidad, había casi medido el circuito de la cueva. Me dormí entonces — y al despertarme, es menester que haya vuelto mis pasos — creando así un circuito, casi doble del circuito real. La confusión de mi cerebro me había impedido notar que había empezado mi vuelta con el muro á mi izquierda, y que lo acababa con el muro á mi derecha.

Me había equivocado también relativamente á la forma del recinto. Tanteando las paredes durante mi

camino, había encontrado muchos ángulos, y había deducido de ellos la idea de una gran irregularidad; ¡tan poderoso es el efecto de una oscuridad total para aquel que sale de un letargo ó de un sueño! Esos ángulos eran simplemente producidos por ligeras depresiones ó huecos con intervalos desiguales.

La forma general de la prisión, era un cuadrado. Lo que había tomado por mampostería parecía ahora hierro ó cualquier otro metal, de placas enormes, cuyas suturas y junturas ocasionaban las depresiones. La superficie entera de esa construcción metálica estaba groseramente embadurnada con todos los emblemas horrorosos y repulsivos á que la superstición sepulcral de los frailes ha dado nacimiento.

Figuras de demonios con aires de amenaza, con forma de esqueleto, y otras imágenes de un horror más real, llenaban los muros en toda su extensión. Observé que los contornos de estas monstruosidades eran suficientemente distintos, pero que los colores estaban debilitados y alterados, como por el efecto de una atmósfera húmeda. Noté entonces el pavimento, que era de piedra. En el centro se abría el pozo circular de cuya boca había escapado; pero no había más que uno solo en el calabozo.

Vi todo eso indistintamente, y no sin esfuerzo, porque mi situación física había cambiado singularmente durante mi sueño. Estaba ahora acostado de espaldas, cuan largo era, sobre una especie de armazón de madera muy bajo. Estaba sólidamente atado á él, con una larga venda que se parecía á una cincha. Enrollaba varias veces mis miembros y mi cuerpo, no dejándome en libertad más que mi cabeza y mi brazo izquierdo;

pero todavía me era necesario hacer un esfuerzo de los más penosos para alcanzar el alimento contenido en un plato de barro, colocado á mi lado en el suelo.

Me apercibí con terror que el cántaro había sido arrebatado. Digo con terror, pues estaba devorado por una sed intolerable. Me pareció que entraba en el plan de mis verdugos el exasperar esta sed, pues la comida puesta en el plato estaba cruelmente sazonada.

Levanté los ojos y examiné el techo de mi prisión. Estaba á una altura de treinta ó cuarenta pies, y por su construcción se parecía mucho á los muros laterales. En uno de sus paños, una figura de las más singulares fijó toda mi atención. Era la figura del Tiempo, como es representada de ordinario, salvo que en lugar de una guadaña, tenía un objeto que al primer golpe de vista tomé por la imagen pintada de un enorme péndulo, como se los ve en los relojes antiguos. Había, no obstante, en el aspecto de esta máquina algo que me hizo mirarla con más cuidado. Como la observaba directamente, pues estaba colocada justamente encima de mí, creí verla mover.

Un instante después, mi idea estaba confirmada. Su balanceamiento era corto y naturalmente muy lento. Lo espié durante algunos minutos, no sin cierta desconfianza, pero sobre todo con asombro. Fatigado á la larga de vigilar su movimiento fastidioso, desvié mis ojos hacia los otros objetos de la celda.

Un ligero ruido atrajo mi atención, y mirando al suelo vi algunas ratas enormes que lo atravesaban. Habían salido del pozo, que podía percibir á mi derecha. En el mismo instante, cuando yo las miraba, subieron por montones apresuradamente con ojos voraces,

engolosinadas por el olor de la vianda. Me eran menester muchos esfuerzos y atención para separarlas.

Podía muy bien haber corrido una media hora, ó acaso hasta una hora; pues no podía medir el tiempo sino muy imperfectamente, cuando levanté de nuevo los ojos. Lo que vi entonces me confundió y me dejó estupefacto. El camino recorrido por el péndulo se había acrecido casi de una yarda; su velocidad, consecuencia natural, era también mucho más grande. Pero lo que me turbó principalmente, fué la idea de que había *descendido* visiblemente. Observé entonces, pero inútil es decir con qué terror, que su extremidad inferior estaba formada por una media luna de acero centelleante, teniendo, poco más ó menos, un pie de largo de un cuerno al otro; los cuernos dirigidos para arriba, y el corte inferior evidentemente afilado como el de una navaja de barba. Como una navaja también, parecía pesado y macizo, abriéndose á partir del hilo en una forma ancha y sólida. Estaba ajustado á una pesada lanza de cobre, y el todo *silbaba*, balanceándose á través del espacio.

No podía dudar más tiempo de la suerte que me había sido preparada por la atroz ingeniosidad monacal. Mi descubrimiento del pozo había sido adivinado por los agentes de la Inquisición; *el pozo*, cuyos horrores habían sido reservados á un herético tan temerario como yo; *el pozo*, figura del infierno, y considerado por la opinión como la *última Thule* de todos sus castigos. Había evitado la caída por el más fortuito de los accidentes, y sabía que el arte de hacer del suplicio una trampa y una sorpresa, formaba una rama importante de todo aquel fantástico sistema de ejecu-

ciones secretas. Ahora bien; habiéndose frustrado el del abismo, no entraba ya en el plan demoniaco el precipitarme en él; estaba, pues, consagrado, y esta vez sin alternativa posible, á una destrucción diferente y más dulce. ¡ Más dulce! He sonreido casi en mi agonía, pensando en la singular aplicación que hacía de semejante palabra.

¿ De qué sirve narrar las largas horas de horror más que mortales, durante las cuales conté las oscilaciones vibrantes del acero? Pulgada por pulgada, línea por línea, operaba un descenso graduado y solamente apreciable á intervalos, que me parecían siglos, y siempre descendía, siempre más bajo, ¡ siempre más bajo !

Corrieron días, puede ser que muchos días hayan corrido, antes que viniera á balancearse bastante cerca de mí para azotarme con su soplo acre. El olor del acero afilado se introducía en mis narices. Suplicaba al cielo, lo fatigaba con mi súplica, para que hiciera descender el acero más rápidamente. Me volví loco, frenético, y me esforcé por levantarme, por ir al encuentro de aquella terrible cimitarra móvil. Y después, repentinamente, caí en una gran calma, y quedé extendido, sonriendo á esta muerte chispeante, como un niño á algún precioso juguete.

Hubo un nuevo intervalo de perfecta insensibilidad; intervalo muy corto, pues, volviendo á la vida, no encontré que el péndulo hubiera descendido una cantidad apreciable. Sin embargo, podía ser muy bien que ese tiempo hubiera sido largo, pues yo sabía que había demonios que habían tomado nota de mi desvanecimiento y que podían detener la vibración á su voluntad.

Entrando en mí mismo, experimenté un malestar y una debilidad — ¡ oh ! inexpresables — como por consecuencia de una larga inanición. Hasta en medio de las angustias presentes, la naturaleza humana, imploraba su alimento. Con un esfuerzo penoso, extendí mi brazo izquierdo tan lejos como me lo permitían las ligaduras, y me apoderé de un pequeño resto que las ratas habían querido dejarme. Cuando llevé una parte á mis labios, un pensamiento informe de gozo — de esperanza — atravesó mi espíritu. No obstante, ¿ qué había de común entre la esperanza y yo? Era, digo, un pensamiento informe; — el hombre los tiene á menudo parecidos á esos, que no se han completado jamás. Sentí que era un pensamiento de gozo — de esperanza ; pero sentí también que ella había muerto al nacer. Vanamente me esforzé en concluirlo — en alcanzarlo. Mi largo sufrimiento había casi aniquilado las facultades ordinarias de mi espíritu. Era un imbécil — un idiota.

La vibración del péndulo tenía lugar en un plano que hacía ángulo recto con el largo de mi cuerpo. Vi que la media luna había sido dispuesta para atravesar la región del corazón. Desgarraría la sarga de mi traje — después se volvería y repetiría su operación — todavía — indefinidamente. No obstante la espantosa dimensión de la curva recorrida (algo así como treinta pies, acaso más) y la silbante energía de su descensión, que habría cortado hasta aquellas murallas de hierro ; en suma, todo lo que podía hacer, por algunos minutos, era desagarrar mi traje. Y sobre este pensamiento hice una pausa. No me atrevía á ir más lejos de esta reflexión. Me detuve en ella con una atención obsti-

nada, como si por esta insistencia, pudiera detener *ahí* la descensión del acero. Me apliqué á meditar sobre el sonido que produciría la media luna pasando al través de mi vestido — sobre la sensación particular y penetrante que el frotamiento de la tela produce sobre los nervios. Medité sobre todas esas futilidades hasta que mis dientes se erizaron.

Más bajo — más bajo todavía — se deslizaba siempre más bajo. Encontraba un placer frenético en comparar su velocidad de alto á bajo y su velocidad lateral. A derecha — á izquierda — y después huía lejos, lejos, y después volvía — con el chillido de un espíritu condenado — hasta llegar á mi corazón, con el paso furtivo de un tigre. Yo reía y aullaba, según que la una ú otra idea tomaba la superioridad.

¡ Más bajo — invariablemente, despiadadamente más bajo ! ¡ Vibraba á tres pulgadas de mi pecho ! Me esforcé violentamente — furiosamente — por desatar mi brazo izquierdo. Estaba libre solamente desde el codo hasta la mano. Yo le podia hacer jugar desde el plato hasta mi boca, con un gran esfuerzo — y nada más. Si hubiera podido romper las ligaduras de arriba del codo, habría asido el péndulo y tratado de detenerlo. ¡ Habría también ensayado de detener una avalancha !

¡ Siempre más bajo ! — ¡ incesantemente, inevitablemente más bajo ! Respiraba dolorosamente y me agitaba á cada balanceamiento. Mis ojos lo seguían en su vuelo ascendente y descendente con el ardor de la desesperación más insensata ; se cerraban espasmódicamente en el momento de la descensión, aunque la muerte hubiera sido un alivio — ¡ oh ! ¡ qué indecible

alivio! Y sin embargo, temblaba con todos mis nervios, cuando pensaba que bastaba que la máquina descendiera un punto para precipitar sobre mi pecho aquella hacha afilada, centelleante. Era la *esperanza* que hacía temblar así mis nervios y replegarse todo mi ser. Era la *esperanza* — la esperanza que triunfa hasta sobre el cadalso — que cuchichea al oído de los condenados á muerte, hasta en los calabozos de la Inquisición. — Vi que diez ó doce vibraciones poco más ó menos, ponían el acero en contacto inmediato con mi vestido — y con esta observación entró en mi espíritu la calma aguda y condensada de la desesperación. Por la primera vez desde muchas horas — desde días acaso, *pensé*. Me vino á la imaginación, que la venda ó cincha que rodeaba mi cuerpo, era de un solo trozo. Estaba atado con un lazo continuo. La primera mordedura de la navaja de barba, en una parte cualquiera de la cincha, debía cortarla suficientemente para permitir á mi mano izquierda, desenrollarla alrededor de mí. ¡ Pero cúan terrible se volvía en ese caso la proximidad del acero! ¡ Y el resultado de la más ligera sacudida, mortal ! ¿ Era verosímil, por otra parte, que los infames verdugos no hubiesen previsto ó impedido esta posibilidad ? ¿ Era probable que la venda atravesara mi pecho, en el camino que tenía que recorrer el péndulo ? Temblando de verme frustrado en mi débil esperanza, verosímilmente la última, alcé suficientemente mi cabeza para ver distintamente mi pecho. La cincha envolvía estrechamente mis miembros y mi cuerpo en todos sentidos — *excepto en el camino de la media luna homicida.*

Apenas había dejado caer mi cabeza en su posición

primera, cuando sentí brillar en mi espíritu algo que no sabría definir mejor sino diciendo que era la mitad no formada de esta idea de libertad de que he hablado ya, y cuya otra parte sólo había flotado vagamente en mi cerebro, cuando llevaba el alimento á mis ardientes labios. La idea entera estaba ahora presente — débil — apenas visible, apenas definida — pero en fin completa. Me puse inmediatamente, con la energía de la desesperación, á tentar su ejecución.

Desde hacía muchas horas, la vecindad inmediata del bastidor sobre el cual estaba acostado, hormigueaba literalmente de ratas. Eran atrevidas, tumultuosas, voraces — sus ojos ojos estaban clavados sobre mí, como si no esperaran más que mi inmovilidad para hacer de mí su presa.

— ¿Á qué alimento — pensé yo — han estado acostumbradas en este pozo?

Excepto un pequeño resto, habían devorado, á despecho de todos mis esfuerzos para impedirlo, el contenido del plato. Mi mano había contraído un hábito de va y viene, de balanceamiento hacia el plato; y á lo largo, la uniformidad maquinal le había quitado toda su eficacia. En su voracidad, aquel asqueroso ejército clavaba á menudo sus dientes agudos en mi dedos. Con las migajas de la vianda aceitosa y especiada que quedaba todavía, froté fuertemente la venda por todas las partes que pude alcanzar; después, retirando mi mano del suelo, quedé inmóvil y sin respirar.

Inmediatamente los voraces animales fueron asustados y aterrados del cambio — de la cesación de movimiento. Se alarmaron y volvieron la espalda; muchos ganaron de nuevo en el pozo; pero no duró más

que un momento. No había contado en vano con su glotonería. Observando que quedaba sin movimiento, uno ó dos de los más atrevidos treparon sobre el bastidor y rozaron la cincha. Esto me pareció la señal de una invasión general. Tropas frescas se precipitaron fuera del pozo. Se colgaron de la madera, — la escalaron y saltaron por centenas sobre mi cuerpo. El movimiento regular del péndulo no les turbaba absolutamente. Evitaban su paso y trabajaban activamente sobre la venda aceitada. Se apresuraban — hormigueaban y se agolpaban incesantemente sobre mí; se enroscaban sobre mi garganta; sus labios fríos buscaban los míos; estaba medio sofocado por su peso múltiple: un disgusto que no tiene nombre en el mundo, levantaba mi pecho y helaba mi corazón como un horroroso vómito. Todavía un minuto y sentía que la horrible operación estaba concluída. Sentía positivamente el aflojamiento de la venda; sabía que debía estar ya cortada en más de un paraje. Con una resolución sobrehumana, quedé *inmóvil*. No me había equivocado en mis cálculos — no había sufrido en vano. A la larga, sentí que estaba *libre*. La cincha pendía en jirones alrededor de mi cuerpo; pero el movimiento del péndulo atacaba ya mi pecho; había hendido la sarga de mi traje; había cortado la camisa de debajo; hizo todavía dos oscilaciones — y una sensación de dolor agudo atravesó todos mis nervios. Con un movimiento tranquilo y resuelto — prudente y oblicuo — lentamente y aplanándome — me deslicé fuera de la venda y de los ataques de mi cimitarra. ¡ Por el momento, al menos, *estaba libre!*

¡ Libre! — ¡ y en la garra de la Inquisición! Había

salido apenas de mi lecho de horror, había dado apenas algunos pasos sobre el pavimento de la prisión, cuando el movimiento de la infernal máquina cesó y la vi atraída por una fuerza invisible á través del techo. Fué una lección que me puso la desesperación en el corazón. Todos mis movimientos eran indudablemente espiados. ¡ Libre! — no había escapado á la muerte bajo una especie de agonía sino para ser víctima de la muerte bajo alguna otra especie. A este pensamiento hice girar mis ojos convulsivamente sobre las paredes de hierro que me rodeaban. Algo de singular — un cambio que desde luego no pude apreciar distintamente se producía en el cuarto — era evidente. Durante algunos minutos de una distracción llena de sueños y temblores, me perdí en vanas é incoherente conjeturas.

Durante ese tiempo me apercibí por la primera vez del origen de la luz sulfurosa que alumbraba la celda. Provenía de una hendidura como de media pulgada de ancho, que se extendía alrededor de la prisión en la base de los muros, que parecían así y estaban en efecto, completamente separados del suelo. Traté, pero en vano, como se puede pensar, de mirar por esta abertura.

Cuando me levantaba desalentado, el misterio de la alteración del cuadro, se reveló en el acto á mi inteligencia. Había observado que aunque los contornos de las figuras murales fuesen suficientemente distintos, los colores parecían alterados é indecisos.

Esos colores acababan de tomar y tomaban en efecto, á cada instante un brillo sorprendente y muy intenso, que daba á aquellas imágenes fantásticas y diabólicas, un aspecto que habría hecho estremecer nervios más

sólidos que los míos. Ojos de demonio, de una vivacidad feroz y siniestra, estaban clavados sobre mí, en mil sitios, donde primitivamente no sospechaba ninguno y brillaban con el brillo lúgubre de un fuego, que yo quería absolutamente, pero en vano, mirar como imaginario.

¡*Imaginario!* ¡Me bastaba respirar para atraer á mis narices el vapor del hierro caliente! ¡Un olor sofocante se derramaba en la prisión! ¡Un ardor más profundo se fijaba á cada instante en los ojos clavados sobre mi agonía! ¡Un tinte más rico de rojo se mostraba sobre aquellas horribles pinturas de sangre! ¡Estaba jadeante! ¡Respiraba con esfuerzo! ¡No había que dudar del designio de mis verdugos! — ¡Oh! los más despiadados, ¡oh! ¡los más demoniacos de los hombres! Retrocedí lejos del metal ardiente hacia el centro del calabozo. Frente á esta destrucción por el fuego, la idea de la frescura del pozo, sorprendió mi alma como un bálsamo. Me precipité hacia sus bordes mortales. Tendí mis miradas hacia el fondo. El brillo de la bóveda inflamada iluminaba sus más secretas cavidades. Sin embargo, durante un instante de extravío, mi espíritu se rehusó á comprender la significación de lo que veía. Al fin, eso entró en mi alma — á la fuerza, victoriosamente; se imprimió con fuego sobre mi razón calenturienta. — ¡Oh! ¡una voz, una voz para hablar! — ¡Oh! ¡horror! — ¡Oh! todos los horrores, ¡excepto ese! — Arrojando un grito me separé de la orilla y ocultando el rostro entre mis manos, lloré amargamente.

El calor aumentaba rápidamente y una vez todavía levanté los ojos temblando como en un acceso de fiebre.

Un segundo cambio había tenido lugar en la celda — y ahora este cambio era evidentemente en la forma. Como la primera vez, fué en vano que buscara el apreciar ó comprender lo que pasaba. Pero no se me dejó mucho tiempo en la duda. La venganza de la Inquisición marchaba á gran paso, desorientada dos veces por mi dicha, y no había que jugar más con el rey de los Terrores. El cuarto había sido cuadrado. Me apercibí que dos de sus ángulos de hierro eran ahora agudos — dos consecuentemente obtusos. El terrible contraste aumentaba rápidamente, con un murmullo y un gemido sordo. En un instante el cuarto había cambiado su forma en la de un losange. Pero la trasformación no se detuvo allí.

Yo habría aplicado los muros rojos contra mi pecho, como un vestido de eterna paz. — ¡La muerte — me dije — no importa que muerte, excepto la del pozo! — ¡Insensato! ¿Cómo no había comprendido *que era necesario el pozo*, que *ese pozo solo* era la razón del hierro ardiente que me asediaba? ¿Podía resistir á su ardor? ¿Y hasta, suponiéndolo, podía permanecer firme contra su presión? Y ahora el losange se aplanaba; se aplanaba con una rapidez que no me dejaba el tiempo de la reflexión. Su centro, colocado sobre la línea de su más grande anchura, coincidía justamente con el abismo abierto. Traté de retroceder — pero los muros, apretándose, me estrechaban irresistiblemente. En fin, llegó un momento en que mi cuerpo quemado y — contorsionado, encontraba apenas su lugar; donde lo había para mí fué sobre el suelo de la prisión. No luché más, pero la agonía de mi alma se exhaló en un grande y largo grito supremo de desesperación.

Sentí que vacilaba sobre el borde — desvié los ojos...

¡Pero he aquí un ruido discordante de voces humanas! ¡Una explosión, un huracán de clarines! ¡Un poderoso mugido como el de un millar de truenos! ¡Los muros de fuego retrocedieron precipitadamente! Un brazo extendido asió el mío, cuando caía, desfalleciente, en el abismo. Era el brazo del general Lasalle.

El ejército francés había entrado á Toledo. La Inquisición estaba en poder de sus enemigos.

---

# HOP-FROG

No he conocido nunca persona que tuviese más buen humor ni que se sintiese más inclinado á las cuchufletas que este buen rey. No vivía sino para embromar. Contar una buena historia del género bufo y contarla bien era el camino más seguro para llegar á su favor. He aquí porqué sus siete ministros eran todos personas bien conocidas por su carácter bromista. Todos estaban cortados conforme al real patrón: vasta corpulencia, adiposidad é inimitable aptitud para la bufonería. Que las gentes engordan dando bromas, ó que hay algo en la grasa que predispone á la broma, es cuestión que nunca he podido resolver; pero es lo cierto que un bromista flaco es un *rara avis in terris.*

En cuanto á los refinamientos, ó *sombras* del ingenio, como los llamaba él mismo, el rey se cuidaba poco de ellos. Sentía una admiración especial por la *amplitud* en la broma ó gracia, y hasta á veces toleraba que fuese un poco *larga*, pero las delicadezas le molestaban. Hubiera preferido él *Gargantúa* de Rabelais al *Zadig* de Voltaire, y en general le agradaban mucho

más las bufonadas en acción que las bromas ó las burlas de palabra.

En la época en que ocurre nuestra historia los bufones de profesión no habían pasado de moda por completo en la corte. Algunas de las grandes *potencias* continentales tenían aún sus *bufones;* eran éstos seres desdichados y contrahechos, adornados con el gorro de cascabeles ó caperuza y que debían estar siempre dispuestos á lanzar frases agudas á cambio de las migajas que caían de la mesa real.

*Nuestro* rey naturalmente tenía su bufón. El hecho es que *sentía la necesidad* de algo que se pareciese á la locura, aunque sólo fuese para contrabalancear la pesada sabiduría de los siete sabios que le servían de ministros — sin contarle á él.

Sin embargo, su loco, su bufón de profesión no era solamente un loco. Su valor estaba triplicado á los ojos del rey por la circunstancia de ser enano y cojo. En este tiempo los enanos eran en la corte tan comunes como los bufones; y muchos monarcas hubieran juzgado muy difícil el empleo de su tiempo — el tiempo es más largo en la corte que en ninguna otra parte, — sin un bufón que les hiciese reir y un enano para burlarse de él. Pero, como ya he observado, todos estos bufones en la mayor parte de los casos son gordos, redondos y macizos — de modo que para nuestro rey era un amplio motivo de orgullo poseer en Hop-Frog (1) — tal era el nombre del loco — un triple tesoro en una sola persona. Yo creo que el nombre de Hop-Frog no era su nombre de bautismo,

(1) *Hop* dar saltitos, — *frog* rana.

sino que le había sido dado por el asentimiento unánime de los siete ministros, en razón de su impotencia para andar como los demás hombres. El hecho es que Hop-Frog no podía moverse sino con una especie de marcha *interjecional* — algo así como entre salto y torcedura — una especie de movimiento que era para el rey una recreación perpetua y naturalmente un goce; porque, no obstante la prominencia de su panza y una hendidura constitucional en la cabeza, el rey pasaba á los ojos de toda la corte por un buen mozo.

Pero por más que Hop-Frop, gracias á la torsión de sus piernas no pudiera moverse sino con gran dificultad, la prodigiosa fuerza muscular de que la naturaleza había dotado su brazo, como para compensar la imperfección de sus miembros inferiores, le hacía apto para realizar hazañas de admirable destreza, cuando se trataba de árboles, cuerdas ó algo por donde se pudiese trepar. — En estos ejercicios más parecía ardilla ó mono que rana.

Difícil me sería decir de qué país era Hop-Frog. Sin duda procedía de alguna región bárbara, de la que nadie había oído hablar — situada á gran distancia de la corte de nuestro rey. Hop-Frog, y una joven algo menos enana que él — pero admirablemente formada y excelente bailarina, — habían sido arretados á sus hogares respectivos, en provincias limítrofes y enviados al rey en presente ó regalo por uno de sus generales favoritos de la victoria.

En semejantes circunstancias no había nada de extraño que se hubiese establecido una estrecha intimidad entre los dos pequeños cautivos. En realidad llegaron á ser amigos jurados. Hop-Frog, que á pesar de

todos sus esfuerzos por parecer bufón, no era en manera alguna popular, no podía prestar á Tripetta grandes servicios, pero ella, á causa de su gracia y exquisita belleza — de enana, — era universalmente querida y mimada; poseía, pues, mucha influencia y no dejaba de usar de ella en cualquier ocasión en provecho de su querido Hop-Frog.

En una gran ocasión solemne — no sé cuál — el rey resolvió dar un baile de máscara; y cada vez que tenía lugar en la corte una mascarada ó una fiesta análoga eran con seguridad puestos á contribución los talentos de Hop-Frog y Tripetta. Hop-Frog principalmente era tan inventivo en materia de decoraciones de tipos nuevos y de disfraces para los bailes de máscara que parecía que no podía hacerse nada sin su asistencia.

La noche señalada para la fiesta había llegado. Bajo la inspección inmediata de Tripetta habíase preparado una sala espléndida dispuesta con toda la ingeniosidad posible para aumentar el brillo de la fiesta. Toda la corte esperaba la hora con febril agitación. En cuanto á los trajes, puede suponerse que el que más y el que menos había hecho su elección. Muchas personas habían elegido su traje más de una semana y hasta un mes antes; en suma, no había indecisión ni incertidumbre en el ánimo de nadie, excepto en los del rey y sus siete ministros. ¿Por qué vacilaban? no sabré yo decirlo, á no ser que esto fuese un nuevo género de broma. Lo más verosímil es que como estaban tan gordos, no podía ocurrírseles ninguna idea. Sea como quiera, el tiempo corría, y como último recurso enviaron á buscar á Tripetta y Hop-Frog.

Cuando los dos pequeños enanos se presentaron obedeciendo la orden del rey, halláronle bebiendo regiamente vino con los siete miembros de su consejo privado; pero el monarca parecía de muy mal humor. Sabía que Hop-Frog temía el vino, porque esta bebida excitaba al pobre cojo hasta el delirio; y el delirio ó locura no es una manera de sentir muy agradable. Pero el rey sentía un gran placer en obligar á Hop-Frog á beber, y según la real expresión, á *estar alegre.*

— Ven acá, Hop-Frog, — dijo, cuando entraban en la regia cámara el bufón y su amiga, — échate al cuerpo este vaso á la salud de tus amigos ausentes (aquí Hop-Frog suspiró) y ayúdanos con tu inventiva. — Tenemos necesidad de tipos, de *caracteres*, amigo mío, — de algo que sea nuevo y extraordinario. Estamos cansados de esta eterna monotonía. ¡Ea, bebe! — ¡el vino te inspirará!

Hop-Frog hizo un esfuerzo, como de costumbre, para responder con un rasgo ingenioso á las palabras del rey, pero el esfuerzo fué demasiado grande. Era justamente el aniversario dal nacimiento del pobre enano, y la orden de beber á *la salud de sus amigos ausentes* hizo brotar lágrimas de sus ojos. Algunas gotas amargas rodaron por sus mejillas hasta la copa que recibía humildemente de manos de su tirano.

— ¡Ja! ¡ja! ¡ja! — rugió este último mientras el enano apuraba la copa con repugnancia — ¡mira lo que hace una copa de buen vino! ¡Eh! ¡ya brillan tus ojos!

¡Pobre mozo! Sus grandes ojos centelleaban más bien que no brillaban, porque el efecto del vino sobre su excitable cerebro era tan poderoso como instantá-

neo. Colocó nerviosamente la copa sobre la mesa y paseó sobre la concurrencia su mirada fría y casi extraviada. Todos los concurrentes parecían divertise prodigiosamente del éxito de la *broma* del rey.

— Y ahora, ¡á la obra! — dijo el primer ministro, hombre excesivamente gordo.

— Sí, — dijo el rey. — ¡Ea! Hop-Frog, ayúdanos. ¡Danos tipos y caracteres, buen mozo. ¡Tenemos necesidad de *carácter!* ¡ja! ¡ja! ¡ja!...

Y como esto tenía pretensiones de chiste, los siete ministros hicieron coro á la risa del rey. Hop-Frog también se rió, pero con risa distraída.

— ¡Vamos! ¡vamos! — dijo el rey impaciente — ¿es que no encuentras nada?

— Procuro hallar algo *nuevo*, — respondió el enano completamente turbado por el vino.

— ¡Procuras! — gritó el tirano ferozmente. — ¿Qué entiendes tú por esa palabra? ¡Ah! ya comprendo; necesitas aún más vino. ¡Toma! ¡traga eso! — y llenó una nueva copa y se la alargó llena al cojo, que la miró y respiró falto de aliento.

— ¡Bebe! te digo — gritó el monstruo, — ó ¡por los demonios!...

El enano vacilaba. El rey enrojeció de ira. Los cortesanos sonreían con crueldad. Tripetta, pálida como un cadáver, avanzó hasta el asiento del monarca y, arrodillándose delante de él, le suplicó que dispensase á su amigo.

El tirano la miró durante algunos instantes, como estupefacto de semejante audacia. Parecía no saber qué decir ni hacer — cómo expresar su indignación de un modo suficiente.

Al fin, sin pronunciar una palabra, la rechazó violentamente lejos de sí y le echó al rostro el contenido de la copa llena hasta los bordes.

La pobre niña se levantó lo mejor que pudo y no atreviéndose ni aun á suspirar, volvió á ocupar su puesto junto á la mesa.

Durante medio minuto reinó un silencio de muerte, durante el cual se hubiera podido oir caer una hoja ó una pluma. Este silencio fué interrumpido por una especie de rechinamiento prolongado que parecía salir de todos los rincones de la habitación.

—¿ Por qué? ¿ por qué haces ese ruido? — preguntó el rey volviéndose con furor hacia el enano.

Este ultimo parecía haber vuelto en sí poco á poco de su borrachera, y mirando cara á cara y fijamente, pero con tranquilidad, al tirano, exclamó simplemente:

—¿ Yo? — ¿ yo? ¿ Cómo puedo ser yo?

— El sonido me ha parecido venir de fuera — observó uno de los cortesanos; — imagino que es el loro que aguza su pico en los hierros de su jaula.

— Es verdad, — replicó el monarca, como si esta idea le quitase un gran peso; — pero por mi honor de caballero hubierra jurado que era el rechinar de los dientes de ese miserable.

Al oir esto el enano se echó á reir (el rey era demasiado bromista para hallar nada reprensible en la risa de nadie) y mostró una ancha, poderosa y espantosa fila de dientes. Mas aun declaró que estaba dispuesto á beber todo el vino que se le diese. El monarca se calmó, y Hop-Frog después de haber bebido un nuevo vaso de vino sin el menor inconveniente, entró en seguida con calor á tratar del plan de la mascarada.

— No puedo explicar, — observó muy tranquilamente y como si en su vida hubiese probado el vino, — cómo se ha realizado esta asociación de ideas; pero *justamente después* que *Vuestra Majestad* pegó á la pequeña y le echó el vino á la cara, — *justamente después* que Vuestra Majestad hizo eso, y mientras el loro producía ese extraño ruido detrás de la ventana, me ha venido á la imaginación una diversión maravillosa; — es uno de los juegos de nuestro país, y con frecuencia lo introducimos en nuestras mascaradas; pero aquí será completamente nuevo. Desgraciadamente esto exige una sociedad de ochopersonas, y...

— ¡ Eh! ¡justamente somos ocho! — exclamó el rey, riendo de su sutil descubrimiento; — yo y mis siete ministros. ¡ Veamos! ¿que diversión es esa?

— La llamamos *los ocho orangutanes encadenados*, y es verdaderamente divertida cuando se ejecuta bien.

— *Nosotros* lo ejecutaremos, dijo el rey, irguiéndose y bajando los párpados.

— La belleza del juego consiste — continuó Hop-Frog — en el espanto que causa entre las mujeres.

— ¡ Excelente! rugieron en coro el monarca y su ministerio.

— *Yo soy quien* ha de vestiros de orangutanes — continuó el enano; — fíense de mí para esto. La semejanza será tan asombrosa que todas las máscaras los tomarán por verdaderas fieras, y naturalmente experimentarn tanto terror como espanto.

— ¡ Oh! ¡ admirable! exclamó el rey, — ¡ Hop-Frog, haremos de ti un hombre de provecho!

— Las cadenas tienen por objeto aumentar el desorden con su ruido. Se creerá que se han escapado Vds.

en masa de sus carceleros. Vuestra Majestad no puede figurarse el efecto producido, en un baile de máscara, por ocho orangutanes encadenados, que la mayor parte de los concurrentes toman por verdaderas bestias, que se precipitan con gritos salvajes á través de una multitud de hombres y mujeres coquetas y suntuosamente vestidas. El contraste no tiene igual.

— ¡Así será! — dijo el rey; y el consejo se levantó en seguida, — porque se iba haciendo tarde, — para poner en ejecución el plan de Hop-Frog.

Su modo de disfrazar á todos de orangutanes era muy sencillo y suficiente para su designio.

En la época en que pasa esta historia, se veían rara vez animales de esta especie en las diferentes partes del mundo civilizado; y como las imitaciones hechas por el enano era suficientemente bestiales y más que suficientemente horribles, se creyó que podría fiarse en la semejanza.

El rey y sus ministros se vistieron primeramente con calzones y camisetas de punto pegadas al cuerpo. Después fueron cubiertos con una capa de brea. En este punto de la operación uno de la comparsa sugirió la idea de las plumas; pero fué desde luego rechazada por el enano que convenció bien pronto á los ocho personajes, por medio de una demostración ocular que el pelo de un animal tal como el orangután estaba más fielmente representado por el lino. En consecuencia, se colocó una espesa capa de éste sobre la capa de brea. Buscóse luego una larga cadena. Primero se rodeó con ella el cuerpo del rey, *sujetándole á la misma;* después se hizo la misma operación con los demás. Cuando todo estuvo acabado, separándose unos de otros lo

posible, formaron círculo, y para extremar la semejanza, hizo pasar la cadena á través del círculo en dos diámetros formando ángulos rectos, según el método adoptado por los cazadores de Borneo para la caza de grandes monos.

La gran sala en la que debía tener lugar el baile era una pieza circular muy elevada que recibía la luz del sol por una sola ventana abierta en el techo. Por la noche era iluminada por medio de una gran araña suspendida de una fuerte cadena montada sobre una polea, á fin de poderla subir y bajar; pero para evitar todo lo que pudiese perjudicar á la elegancia, la parte libre de la cadena caía fuera de la cúpula sobre el tejado.

El decorado de la sala había sido dejado al cuidado de Tripetta, pero en algunos detalles había sido probablemente guiada por el tranquilo juicio de su amigo el enano. Según su consejo se quitó la araña por esta vez, pues el goteo de las bujías, que hubiera sido difícil evitar en medio de una atmósfera tan elevada, hubiera manchado los ricos trajes de los invitados, que á causa de la gran concurrencia, no hubieran podido todos evitar el centro, es decir, el lugar que ocupaba la araña. Colocáronse nuevos candelabros alrededor de la sala, y en la mano de cada una de las cincuenta cariátides pegadas contra la pared se colocó una antorcha que despedía perfume agradable.

Los ocho orangutanes, siguiendo el consejo de Hop-Frog, aguardaron pacientemente para hacer su entrada hasta que la sala estuviese llena de máscaras, es decir, hasta la media noche. Pero apenas acababa de sonar el reloj, cuando se precipitaron ó más bien rodaron en

masa, porque como la cadena les sujetaba, algunos cayeron y todos tropezaron al entrar.

La sensación entre las máscaras fué prodigiosa y llenó de alegría el corazón del rey. Como se esperaba, hubo gran número de convidados que creyeron que estos seres de aspecto feroz eran verdaderas bestias, sino precisamente orangutanes. Muchas mujeres se desmayaron de miedo; y si el rey no hubiese tenido la precaución de prohibir toda clase de armas, él y su banda lo hubieran pasado muy mal. En fin se produjo un gran pánico, y todos se dirigieron hacia las puertas; pero el rey había dispuesto que se cerrasen inmediatamente después de su entrada, y conforme al consejo del enano las llaves fueron entregadas en sus manos.

Mientras el tumulto estaba en su apogeo y cada máscara sólo pensaba en su propia salvación — porque realmente á causa del pánico y el tumulto, había un peligro verdadero — se hubiera podido ver bajar la cadena que ordinariamente servía para sostener la lámpara, hasta que su extremo terminado en gancho llegó á unos tres pies del suelo.

Pocos momentos después el rey y sus siete amigos habiendo rodado á través de la sala, se hallaron al fin en el centro en contacto inmediato con la cadena. Mientras se hallaban en esta posición, el enano que había seguido siempre sus pasos, incitándoles, agarró la cadena por el punto de intersección. Entonces con la rapidez del pensamiento sujetó el gancho, y un instante después movida por un agente invisible subió bastante alto para poner el gancho fuera del alcance de las manos y consecuentemente levantó los orangutanes todos juntos unos de cara á los otros.

Las máscaras durante esta operación habían vuelto en sí de su alarma, y como empezaban á tomar todo esto como una broma diestramente concertada, lanzaron una inmensa carcajada al ver la posición de los monos.

— ¡Guardádmelos! — gritó entonces Hop-Frog; y su vez penetrante se hacía oir á través del tumulto — guardádmelos, *yo* creo que los conozco. Si puedo verlos bien, diré quiénes son.

Entonces cabalgando con pies y manos sobre las cabezas de la multitud, maniobró de suerte que llegó á la pared, y después arrancando una de las antorchas de las cariátides, volvió por el mismo camino al centro de la sala, saltó con la agilidad del mono sobre la cabeza del rey — y se encaramó algunos pies por la cadena, — bajando la antorcha para examinar el grupo de los orangutanes y gritando siempre: ¡Yo descubriré pronto quiénes son!

Hecho esto, mientras que toda la asamblea, — inclusos los monos, — se retorcían de risa, el bufón lanzó de repente un silbido agudo; la cadena subió vivamente, — arrastrando consigo á los orangutanes aterrorizados, que se agitaban en el aire, y dejándolos así suspendidos. Hop-Frog aferrado á la cadena conservaba siempre la misma posición con respecto á las ocho mascaras, dirigiendo sus antorcha hacia ellas como si procurase reconocerlas y descubrir quiénes eran.

Toda la concurrencia quedó tan estupefacta ante tal ascensión que se siguió un silencio profundo durante un minuto. Pero fué interrumpido por un ruido sordo, como el que antes había llamado la atención del rey y

de sus consejeros, cuando el primero arrojó el vino al rostro de Tripetta. Pero en el caso presente no había necesidad de indagar de dónde salía el ruido. Brotaba delos dientes del enano que hacía rechinar sus caninos, como si los triturase, y fijaba sus ojos centelleantes de satánica alegría en el rey y sus siete compañeros, cuyos rostros estaban vueltos hacia él.

— ¡Ah! ¡ah! ¡ dijo al fin el enano furioso — ¡ ah! ¡ ah! ¡ya comienzo á ver quiénes son estas gentes!

Entonces, so pretexto de examinar al rey de más cerca, aproximó la antorcha á la vestimenta de lino que le cubría y que se convirtió instantáneamente en una capa de brillantes llamas. En menos de medio minuto los ocho orangutanes ardían horriblemente en medio de los gritos de una multitud que los contemplaba desde abajo, llena de terror é impotente para prestarles socorro.

A la larga la violencia de las llamas obligó al bufón á subir más alto por la cadena, fuera de su alcance, mientras realizaba esta maniobra la multitud quedó de nuevo silenciosa. El enano aprovechó la ocasión y tomó de nuevo la palabra:

— Ahora, — dijo, — veo *distintamente* de qué especie son estas máscaras. Veo á un gran rey y sus siete consejeros privados, á un rey que no tiene escrúpulo en pegar á una joven sin defensa y á sus siete consejeros que le animan en su atrocidad. En cuanto á mí soy simplemente Hop-Frog el bufón — y *¡esta es mi última bufonada!*

Gracias á la extremada combustibilidad del lino y la brea á que estaba adherido, aun no había terminado el enano su corta arenga, cuando ya estaba cumplida la

obra de venganza. Los ocho cadáveres se balanceaban en sus cadenas, formando una masa confusa, fétida, fuliginosa y repugnante. El cojo arrojó su antorcha sobre ellos, se encaramó tranquilamente hacia el techo y desapareció por la claraboya.

Supónese que Tripetta, colocada de centinela en la techumbre de la sala, había servido de cómplice á su amigo en esta venganza incendiaria y que huyeron juntos á su país, porque no se les ha vuelto á ver más.

---

# EL TONEL DE AMONTILLADO

Yo había soportado lo mejor que había podido las mil injusticias de Fortunato; pero cuando llegó al terreno del insulto, juré vengarme. Ustedes, sin embargo, que conocen la naturaleza de mi alma á fondo, supondrán desde luego que no formulé ninguna amenaza. Á la larga yo debía vengarme; era asunto definitivamente resuelto; — pero la misma perfección de la resolución excluía el peligro. Yo debía no sólo castigar, sino castigar impunemente. Una injuria no queda lavada, cuando el castigo alcanza al que intenta lavarla; ni tampoco cuando este último no tiene cuidado de darse á conocer al que la cometió.

Hay que tener en cuenta que yo no había dado á Fortunato ningún motivo para dudar de mi benevolencia, ni con mis palabras, ni con mis acciones. Según mi costumbre, seguía sonriéndole siempre, y él no adivinaba que mi sonrisa no traducía sino el pensamiento de su inmolación.

Este Fortunato tenía un punto flaco, por más que bajo los demás conceptos fuese un hombre respetable

y hasta temible. Gloríabase de ser inteligente en vinos. Pocos italianos lo son en verdad; su entusiasmo es generalmente prestado y acomodaticio según las ocasiones; es un charlatanismo á propósito para impresionar á los ingleses y austriacos ricos.

En materia de pinturas y piedras preciosas Fortunato era tan charlatán como sus compatriotas; — pero en materia de vinos añejos era sincero. Bajo este punto de vista yo no me diferenciaba mucho de él; hasta me tenía por gran conocedor de las bodegas italianas, y compraba cuando podía grandes cantidades de sus vinos.

Una noche, al oscurecer, en medio de la locura del carnaval, encontré á mi amigo. Saludóme con mucha cordialidad, porque había bebido mucho.

Mi hombre estaba disfrazado. Llevaba un traje ceñido, y su cabeza estaba adornada con un sombrero cónico con cascabeles. Me alegré tanto de encontrarle, que creí que no acabaría nunca de estrecharle la mano.

Díjele: Mi querido Fortunato, ¡ le encuentro á Vd. en la mejor ocasión. ¡ Qué excelente humor tiene Vd. hoy! — Pero he recibido una pipa de amontillado, ó por lo menos de un vino que me dan por tal, y tengo mis dudas.

— ¿ Cómo? — dijo — ¿ amontillado? ¿ Una pipa, y en medio del carnaval? ¡ Imposible!

— Tengo mis dudas — repliqué — y he sido bastante torpe para pagar el importe total del amontillado sin consultarle. No me fué posible encontrarle, y temí perder la ocasión.

— ¡ Amontillado!

— Tengo mis dudas.

—¡ Amontillado!

— Y quiero salir de ellas.

— ¡ Amontillado!

— Puesto que Vd. parece que está invitado en alguna parte, voy á buscar á Lucchesi. Si alguien tiene sentido crítico, es él, y me dirá...

— Lucchesi es incapaz de distinguir el amontillado del jerez.

— Y sin embargo hay imbéciles que sostienen que tiene tanto gusto como Vd.

—¡ Ea, vamos!

—¿ Adónde?

— Á su bodega de Vd.

— Amigo mío, no; no quiero abusar de su amabilidad. Veo que está Vd. invitado. Lucchesi....

— No estoy invitado en ninguna parte; —¡ vamos andando!

— Amigo mío, no; no es cuestión ya de la invitación sino del frío cruel que veo siente Vd. Las bodegas están insoportablemente húmedas, como que están cubiertas de nitro.

—¡ No importa, vamos! El frío no me hace nada. ¡ Amontillado! Le han engañado á Vd. — Y en cuanto á Lucchesi es incapaz de distinguir el jerez del amontillado.

Así hablando, Fortunato se apoderó de mi brazo. Yo me puse un antifaz de seda negro y envolviéndome cuidadosamente en mi capa, me dejé llevar hasta mi palacio.

No había criados en la casa; se habían escondido para banquetear en honor de la fiesta. Yo les había dicho que no volvería hasta por la mañana, y les había

dado la orden formal de no moverse de casa. Bastaba esta orden, para que todos desde el primero hasta el último se marchasen, tan pronto como yo hubiese vuelto la cabeza.

Tomé dos candeleros en el espejo, dí uno á Fortunato y le guié con la mayor complacencia á través de una fila de habitaciones, hasta el vestíbulo que conducía á las cuevas. Bajé delante de él una grande y tortuosa escalera, volviéndome y recomendándole que tuviese mucho cuidado. Llegamos, al fin, á los últimos peldaños, y nos hallamos juntos sobre el húmedo pavimento de las catacumbas de los Montresors.

El andar de mi amigo era vacilante, y los cascabeles de su sombrero sonaban á cada paso.

—¿ Dónde está la pipa de amontillado, dijo?

— Está más lejos, — contesté; — pero observe Vd. este blanco encaje que brilla en las paredes de la cueva.

Volvióse hacia mí y me miró con dos globos vidriosos que destilaban las lágrimas de la borrachera.

—¿ El nitro? preguntó al fin.

— El nitro, — repliqué. —¿ Cuánto tiempo hace que cogió Vd. esa tos?

En esto empezó á toser mi pobre amigo y le fué imposible responderme hasta pasados algunos minutos.

—¡ No es nada ! dijo al fin.

— Venga Vd. — dije con firmeza, vámonos de aquí; su salud de Vd. es preciosa para mí. Vd. es rico, respetado, admirado y amado; Vd. es feliz como yo lo fuí en otro tiempo; Vd. es hombre que dejaría un vacío. En cuanto á mí no es lo mismo. Vámonos; va Vd. á ponerse enfermo. Por otra parte ahí está Lucchesi....

— ¡ Basta ! — dijo — la tos no es nada. Esto no me matará. No me moriré por un constipado.

— Es verdad, es verdad — repliqué — y á la verdad no tenía la intención de alarmar á Vd. inútilmente; pero debe Vd. tomar sus precauciones. Un trago de este medoc defenderá á Vd. de la humedad.

— Al decir esto cogí una botella de una larga fila colocada en el suelo y hice saltar el tapón.

— ¡ Beba Vd. ! — dije presentándole el vino.

Llevó á sus labios la botella, mirándome con el rabo del ojo. Hizo una pausa, me saludó familiarmente (sonaron los cascabeles) y dijo :

— ¡ Á la salud de los difuntos que descansan en derredor nuestro !

— ¡ Y yo brindo porque tenga Vd. larga vida!

Volvió á coger mi brazo y nos pusimos de nuevo en marcha.

— Estas bodegas, — dijo — son muy vastas.

— Los Montresors — repliqué — eran una grande y numerosa familia.

— He olvidado las armas de vuestra casa.

— Un gran pie de oro en campo de gules ; el pie aplasta una serpiente, cuyos dientes se hunden en el talón.

— ¿ Y la divisa ?

— *Nemo impune me lacessit.*

— ¡ Magnífico ! — dijo.

El vino centelleaba en sus ojos, y los cascabeles se entrechocaban.

El medoc me había también excitado un poco. Habíamos llegado á través de paredes de huesos apilados mezclados con barricas y piezas de vino, á las últi-

mas profundidades de las catacumbas. Detúveme de nuevo, y esta vez me tomé la libertad de coger á Fortunato por el brazo, encima del codo.

— Ved, — le dije, — como aumenta el nitro. Cuelga como un musgo á lo largo de las paredes. Estamos bajo el lecho del río. Las gotas de humedad se filtran á través de los huesos. Venga Vd., vámonos antes de que sea demasiado tarde. Su tos...

— Esto no es nada — dijo — continuemos. Pero antes venga otro trago de medoc.

Rompí un frasco de vino de Grave, y se lo alargué. Vacióla de un trago.

Sus ojos brillaron con fuego ardiente.

Echóse á reir y lanzó la botella al aire con un gesto que no pude comprender.

Yo le miré con sorpresa. Él repitió el movimiento, un movimiento grotesco.

— ¿No comprende Vd.? — dijo.

— No — repliqué.

— Entonces no pertenece Vd. á la logia.

— ¿Cómo?

— No es Vd. masón.

— Sí, sí, — le dije — sí, sí.

— ¿Vd.? ¡imposible! ¿Vd. masón?

— Sí, masón, — respondí yo.

— ¡Una señal! — dijo.

— Hela aquí, — repliqué, sacando una llana de albañil de entre los pliegues de mi capa.

— Vd. está de broma, — dijo retrocediendo algunos pasos. — Pero vamos al amontillado.

— Sea, dije, volviendo á colocar el instrumento

bajo los pliegues de mi roclo y ofreciéndole de nuevo mi brazo.

Apoyóse en él con fuerza, y continuamos nuestro camino en busca del amontillado. Pasamos bajo una fila de arcadas muy bajas, siempre descendiendo, y después de dar algunos pasos, llegamos á una cripta profunda donde la impureza del aire enrojecía la luz de nuestras antorchas.

En el fondo de esta cripta se descubría otra menos espaciosa. Sus muros estaban revestidos de cuerpos humanos, apilados en las cuevas encima de nosotros, á semejanza de las grandes catacumbas de París. Tres lados de esta segunda cripta estaban decorados de la misma manera. Del cuarto lado habían sido arrancados los huesos que yacían confusamente en el suelo formando un montón de cierta altura. En la pared que había quedado al descubierto percibíamos aún otro nicho, que tenía cuatro pies de profundidad, tres de largo y seis ó siete de alto. No parecía haber sido construído para un uso especial, sino que formaba simplemente el intervalo entre dos pilares enormes que sostenían la bóveda de las catacumbas y se apoyaba contra uno de los muros de granito que servían de límite al conjunto.

Inútilmente intentó Fortunato escudriñar la profundidad del nicho levantando la antorcha indecisa. La luz debilitada no permitía ver el fondo.

—¡Adelante! — dije, — ahí está el amontillado. En cuanto á Lucchesi...

—¡Es un ignorante! — interrumpió mi amigo tomando la delantera y marchando tambaleándose, mientras yo seguía sus huellas. En un momento llegó al fondo del nicho, y hallando su marcha interrum-

pida por la roca, quedó estúpidamente asombrado. Un momento después le había yo encadenado al granito.

En la pared había dos garfios de hierro ó mejor dicho dos anillos de hierro, á dos pies de distancia, y en sentido horizontal. De uno colgaba una cadena y en el otro había un candado. Habiendo rodeado su cuerpo con la cadena, el sujetarle fué cuestión de algunos segundos. Estaba demasiado asombrado para resistir. Saqué la llave y retrocedí algunos pasos fuera del nicho.

— Pase Vd. la mano por encima del muro — dije — no puede Vd. menos de sentir el nitro. Verdaderamente está muy húmedo. *Permítame* Vd. que le *suplique* una vez más que se vaya.

—¿ No?

— Entonces positivamente tengo necesidad de abandonarle. Pero ante todo prestaré á Vd. todos los pequeños servicios que están en mi poder.

— ¡ El amontillado ! — exclamó mi amigo que aun no había vuelto de su asombro.

— Es verdad contesté — el amontillado.

Mientras pronunciaba estas palabras ataqué la pila de huesos de que ya he hablado. Los eché á un lado y no tardé en descubrir una gran cantidad de cascote y mortero ó mezcla. Con estos materiales y con ayuda de mi llana empecé activamente á tapar la entrada del nicho.

Apenas había colocado la primera hilera, cuando observé que la borrachera de Fortunato se había disipado en gran parte. El primer indicio que tuve de ello fué un grito sordo, un gemido que salió del fondo del nicho. *¡ No era el grito de un hombre ebrio !* Después

reinó un largo y obstinado silencio. Coloqué la segunda hilera, después la tercera y la cuarta; entonces oí las furiosas vibraciones de la cadena. El ruido duró algunos minutos, durante los cuales, para recrearme más á mi sabor, interrumpí mi trabajo y me acurruqué sobre los huesos. Al fin, cuando se apaciguó el ruido, volví á tomar mi llana, y acabé la quinta, sexta y séptima hileras. El muro me llegaba ya al pecho.

Hice una nueva pausa y elevando las antorchas por encima de la albañilería hice caer algunos rayos sobre el personaje encerrado.

Una serie de gritos grandes y agudos brotó de repente de la garganta del encadenado, y por decirlo así me hizo retroceder. Durante un momento vacilé y temblé. Saqué mi espada y empecé á dar estocadas á través del nicho; pero un instante de reflexión bastó para tranquilizarme. Coloqué la mano sobre la albañilería maciza del nicho, y me serené por completo.

Acerquéme al muro y respondí á los aullidos de mi hombre haciéndoles eco y acompañamiento, y sobrepujándoles en volumen é intensidad. De esta manera conseguí que quedase tranquilo.

Era entonces media noche, y mi tarea tocaba á su fin. Ya había completado mi octava, novena y décima hilera. Había terminado parte de la décima y última; no me quedaba más que una sola piedra que ajustar y pegar. Movíla con fuerza y la coloqué casi en la posición deseada. Pero entonces se escapó del nicho una risa ahogada que hizo erizarse mis cabellos. Á esta risa sucedió una voz triste que reconocí difícilmente por la del noble Fortunato. La voz decía:

—¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡je! ¡je! —¡En verdad que es una

buena broma! ¡excelente broma! ¡Cómo nos reiremos en palacio de vuestro buen vino! ¡je! ¡je!

— ¡Del amontillado! — dije.

— ¡Je! ¡je! — sí, del amontillado. ¿Pero no es tarde? ¿No nos aguardarán en palacio la señora Fortunato y los otros? Vámonos.

— Sí, sí, — dije. — Vámonos.

— *¡Por el amor de Dios, Montresors!*

— ¡Sí, sí, por el amor de Dios!

Pero estas palabras no tuvieron respuesta; en vano apliqué el oido. Me impacienté y llamé muy alto:

— ¡Fortunato!

No teniendo respuesta llamé de nuevo:

— ¡Fortunato!

Nada. — Introduje por la abertura que quedaba una antorcha y la dejé caer dentro. No oí más que un ruido de cascabeles. Se me oprimió el corazón — sin duda, á consecuencia de la humedad de las catacumbas. Apresuréme á poner fin á mi tarea. Hice un esfuerzo y ajusté la última piedra y la cubrí con mezcla. Contra la nueva albañilería restablecí la antigua capa de huesos. Desde hace medio siglo ningún mortal los ha removido: *In pace requiescat.*

---

# CUATRO BESTIAS EN UNA

## EL HOMBRE CAMALEOPARDO

Cada uno tiene sus virtudes.
(CREBILLÓN, *Xerxès.*)

Antioco Epifanes es generalmente considerado como el Gog del profeta Ezequiel. Este honor, sin embargo, corresponde naturalmente á Cambises, hijo de Ciro. Y, por otra parte, el monarca sirio no tiene verdaderamente necesidad de atavíos ó adornos suplementarios.

Su advenimiento al trono, ó más bien su usurpación de la soberanía, ciento setenta y un año antes de la venida de Cristo, su tentativa para saquear el templo de Diana en Efeso, su implacable odio á los judíos, la violación del santo de los santos, y su muerte miserablemente en Taba, después de un reinado tumultuoso de once años, son circunstancias de tanto bulto y que han debido generalmente atraer la atención de los historiadores de su tiempo más que las impías, cobardes, crueles, absurdas y caprichosas hazañas que hay que

añadir para formar el total de su vida privada y de su reputación.

. . . . . .

Supongamos, amable lector, que estamos en el año del mundo tres mil ochocientos treinta, y por algunos minutos, transportados á la más fantástica de las mansiones humanas, á la notable ciudad de Antioquía. Verdad es que había en Siria y en otras comarcas diez y seis ciudades de este nombre, sin contar la de que vamos á ocuparnos. Pero la *nuestra* es la que se llamaba Antioquía Epidafne, á causa de que estaba próxima á la aldea de Dafne, donde había un templo consagrado á esta divinidad.

Fué edificada (aunque la cosa es discutible) por Seleuco Nicator, primer rey después de Alejandro el Grande, en memoria de su padre Antioco, y se convirtió en breve tiempo en capital de la monarquía siria. En los buenos tiempos del imperio romano, era residencia ordinaria del prefecto de las provincias orientales; y muchos emperadores de la ciudad reina (entre los que merecen especial mención Vero y Valente) pasaron en ella gran parte de su vida.

Pero observo que hemos llegado á la ciudad. Subamos sobre esta plataforma y echemos una ojeada sobre la ciudad y el país circunvecino.

¿Cuál es ese ancho y rápido río que se abre un paso accidentado por inumerables cascadas, á través de un caos de montañas y después á través de un caos de construciones?

— Es el Orontes, y es la única agua que se percibe — á excepción del Mediterráneo, que se extiende como inmenso espejo hasta doce millas al sur. Todo el mundo

ha visto el Mediterráneo; pero permítanme ustedes que les diga que muy pocas personas han disfrutado del golpe de vista que ofrece Antioquía; — quiero decir, muy pocas de las que, como nosotros, han tenido el beneficio de una educación moderna. Por lo tanto dejemos el mar en su sitio y fijemos toda nuestra atención en ese conjunto de edificios que se extiende á nuestros pies. Ustedes recordarán que nos hallamos en el año del mundo tres mil ochocientos treinta. Si fuera más tarde, — por ejemplo en el año mil ochocientos cuarenta y cinco de nuestro señor Jesucristo, nos veríamos privados de este extraordinario espectáculo. En el siglo XIX, Antioquia está, es decir Antioquía *estará* en un lamentable estado de abandono. De aquí á allá Antioquía habrá sido completamente destruída tres veces diferentes por tres terremotos sucesivos. Á decir verdad, lo poco que quede de su primera condición se hallará en tal estado de desolación y ruina que el patriarca transportará su silla á Damasco. Está bien. Veo que sigue Vd. mi consejo, y que aprovecha el tiempo en inspeccionar los lugares y en :

. . . . . saciar sus ojos
Con el recuerdo y los objetos todos
Que de la gran ciudad forman la gloria.

Dispense Vd., había olvidado que Shakespeare no florecerá hasta dentro de 1750 años. Pero el aspecto de Epidafne ¿no justifica el epíteto de fantástica que le he dado?

— Está bien fortificada; bajo este punto de vista debe tanto á la naturaleza como al arte.

— Tiene Vd. razón.

— Hay una cantidad prodigiosa de imponentes palacios.

— En efecto.

— Y los templos son numerosos, suntuosos. magníficos, y pueden sostener el parangón con los más célebres de la antigüedad.

— Efectivamente así es. Sin embargo hay una infinidad de chozas y abominables barracas. También hay que confesar que existe en todas las calles una maravillosa abundancia de inmundicias ; y á no ser por el omnipotente humo del incienso idólatra no podríamos resistir la hediondez. ¿Ha visto Vd. nunca calles tan insoportablemente estrechas y casas tan maravillosamente altas? ¡ Qué negrura proyectan sus sombras sobre el suelo! Es una fortuna el que las lámparas suspendidas en esas interminables columnatas estén encendidas todo el día ; de otro modo tendríamos aquí una segunda edición de las tinieblas de Egipto.

— ¡ Verdaderamente es éste un lugar extraño ! ¿Qué significa ese raro edificio que se ve allá abajo ? ¡Mire Vd.! domina todos los demás y se extiende á lo lejos, al este del que supongo es el palacio real.

— Es el nuevo templo del Sol, que es adorado en Siria con el nombre de Elah Gabalah. Más tarde un muy famoso emperador instituirá este culto en Roma y se llamará Heliogábalo. Me atrevo á afirmar que la vista de la divinidad de este templo le agradaría á Vd. mucho. No tiene Vd. que mirar al cielo; su majestad el Sol, por lo menos el sol adorado por los Asirios, no está allí. Esta deidad se encuentra en el interior del edificio situado allá abajo. Es adorado bajo la forma

de un ancho pilar de piedra, cuya cima está terminada por un cono ó *pirámide* que representa el *fuego* ó *pyr*.

— ¡Mire Vd.! ¡mire Vd.! — ¿Quiénes pueden ser esos ridículos seres, medio desnudos, con la cara pintada, que se dirigen á la canalla con grandes gestos y vociferaciones?

— Algunos, en corto número, son saltimbanquis; otros pertenecen más especialmente á la raza de los filósofos. La mayor parte, sin embargo, especialmente los que apalean al populacho, son los principales cortesanos del palacio que ejecutan, como es su deber, alguna farsa inventada por el rey.

— ¡Calle! ¡otra cosa nueva! ¡Cielo! ¡la ciudad hormiguea de bestias feroces! ¡Qué terrible espectáculo! ¡qué peligrosa rareza!

— Terrible, si Vd. quiere, pero muy poco peligrosa. Cada animal, si Vd. se toma el trabajo de observar, camina tranquilamente detrás de su dueño. Algunos, sin duda, son llevados con una cuerda al cuello, pero son principalmente las especies más pequeñas y tímidas. El león, el tigre y el leopardo andan enteramente libres. Han sidó reducidos á su presente condición sin ningún trabajo y siguen á sus propietarios respectivos como *ayudas de cámara*. Verdad es que hay casos en que la naturaleza reivindica su imperio usurpado; pero un heraldo de armas devorado, un toro sagrado estrangulado, son circunstancias muy vulgares para producir sensación en los Epidáfneos.

— Pero ¿qué extraordinario tumulto oigo? ¡De seguro he aquí un gran ruido aun para el mismo Antioco! Esto indica algún inusitado incidente.

— Sí, indudablemente. El rey ha ordenado algún

nuevo espectáculo, alguna exhibición de gladiadores en el Hipódromo, — ó tal vez el asesinato de los prisioneros Escitas, — ó el incendio de su nuevo palacio, — ó también, á fe mía, la quema de algunos judíos. El estruendo aumenta. Suben por los aires rumores de grandes carcajadas. El aire es desgarrado por los instrumentos de viento y por el clamor de un millón de gargantas. Descendamos y veamos lo que ocurre. Por aquí, — ¡tenga Vd. cuidado! Estamos aquí en la calle principal que se llama calle de Timarco. El populacho, semejante á un mar, llega por este lado y nos será difícil remontar la corriente. Espárcese á través de la avenida de los Heráclidas, que parte directamente del palacio; — según esto, el rey forma parte de la banda. Sí — oigo los gritos del heraldo que proclama su venida con la pomposa fraseología de oriente. Podremos verle bien, cuando pase delante del templo de Ashimah. Pongámonos al abrigo del vestíbulo del santuario; pronto llegara aquí. Entretanto consideremos esta figura. ¿Quién es? ¡oh! es el Dios Ashimah en persona: Vd. ve bien que no es ni cordero, ni macho cabrío, ni sátiro; no tiene ninguna semejanza con el Pan de los Arcadios. Y sin embargo todos estos caracteres han sido — ¡vuelta á equivocarme! — serán atribuídos, quiero decir, por los eruditos de los siglos futuros al Ashimah de los Sirios. Póngase Vd. sus anteojos y dígame lo que es. ¿Qué es?

— ¡Dios me perdone! ¡es un mono!

— Sí verdaderamente, un babuino, pero de ningún modo una deidad. Su nombre es una derivación del griego *simia;* — ¡qué terribles tontos son los anticuarios! Pero, ¡vea Vd.! ¡vea Vd. ese granujilla

desarrapado que corre allá abajo! ¿Adónde va? ¿Que rebuzna? ¿qué dice? ¡Oh! dice que el rey llega en triunfo; que trae el traje de las grandes fiestas; que acaba de dar muerte por su propia mano á mil prisioneros israelitas encadenados. Por esta hazaña el pequeño miserable le pone en las nubes. ¡Atención! he aquí que viene una banda de gentes que parecen todas disfrazadas. Han compuesto un himno latino acerca de la valentía del rey y lo cantan andando:

Mille, mille, mille
Mille, mille, mille
Decollavimus, unus homo!
Mille, mille, mille, mille decollavimus!
Mille, mille, mille!
Vivat qui mille occidit!
Tantum vini habet nemo
Quantum sanguinis effudit(1).

Lo que puede parafrasearse así:

« ¡Mil, mil, mil,
Mil, mil, mil,
Con un solo guerrero hemos degollado mil!
Mil, mil, mil,
¡Cantemos mil para siempre!
¡Hurra! Cantemos
Larga vida á nuestro rey,
Que mató mil hombres tan lindamente.

(1) Flavio Vopisco dice que el himno intercalado aquí fué cantado por el populacho, cuando la guerra de los Sármatas en honor de Aureliano, que había matado con su propia mano novecientos cincuenta hombres al enemigo. (E. A. P.)

¡Hurra! gritemos á voz en cuello,
Que nos ha dado una más copiosa
Vendimia de sangre
Que todo el vino que puede producir la Siria. »

— ¿Oye Vd. esa banda de cornetas?

— Sí, ¡el rey llega! ¡Vea Vd.! ¡El pueblo está lleno de admiración, y levanta sus ojos al cielo con respetuoso enternecimiento! ¡Ya llega! ¡Ya llega! ¡Helo allí!

— ¿Quién? ¿dónde? ¿el rey? — No le veo; juro á Vd. que no le veo.

— Pues es preciso estar ciego.

— Es posible que lo esté. La verdad es que sólo veo una multitud tumultuosa de idiotas y locos que se apresuran á prosternarse delante de un gigantesco camaleopardo, y que se matan por poder depositar un beso en la pezuña del animal. ¡Vea Vd.! La bestia acaba justamente de atropellar fuertemente á uno del populacho; ¡ah! otro ahora, y otro, y otro. En verdad, no puedo menos de admirar al animal por el excelente uso que hace de sus pies.

— ¿*Populacho*, decís? ¡pues son los nobles y libres ciudadanos de Epidafne! — ¿*La bestia*, habéis dicho? — ¡Tenga cuidado que nadie le oiga! ¿No ve que el animal tiene cara de hombre? Amigo mío, ese camaleopardo no es otro que el rey Antioco Epifanes, Antioco el Ilustre, rey de Siria, y el más poderoso de todos los autócratas de Oriente. Verdad es que á veces se le llama Antioco Epimanes, ó el *Loco*, pero es porque no todo el mundo puede apreciar su mérito. Es cierto que por el momento está encerrado en la

piel de una fiera, y que hace lo posible por desempeñar su papel de camaleorpardo; pero lo hace para sostener mejor la dignidad real. Por otra parte, el monarca tiene una estatura gigantesca, y por consiguiente, el traje no le sienta mal ni le está demasiado grande. Podemos, no obstante, suponer que, á no ser por alguna circunstancia solemne, no se lo hubiera puesto. Por ejemplo, el caso presente, ó sea la matanza de mil judíos. ¡Con qué prodigiosa dignidad se pasea el monarca en cuatro patas! Su cola es tenida, como veis, en el aire por sus dos principales concubinas, Eliné y Argeláis; y todo su exterior sería excesivamente simpático, si no fuese por la protuberancia de sus ojos, que acabarán por saltársele, y por el extraño color de su rostro, que se ha vuelto indefinible á causa de la gran cantidad de vino que ha engullido. Sigámosle al hipódromo, á donde se dirige, y escuchemos el canto de triunfo que empieza á entonar él mismo :

« ¿Quién es rey sino Epifanes?
Decid, ¿lo sabéis?
¿Quién es rey, sino Epifanes?
¡Bravo! ¡Bravo!
¡No hay mas rey que Epifanes,
No, no hay otro!
¡Así, echad abajo los templos
Y apagad el sol! »

¡Bien cantado! El populacho saluda al *Príncipe de los poetas* y *Gloria del Oriente*, *Delicias del Universo*, y, por último, *el más maravilloso de los Camaleopardos*. Le hacen repetir su obra maestra, y — ¿oye Vd?

— la vuelve á empezar. Cuando llegue al Hipódromo, recibirá la corona poética como preparación para su victoria en los próximos Juegos Olímpicos.

— Pero, buen Júpiter, ¿qué ocurre en la multitud detrás de nosotros?

— ¿Detrás de nosotros, dice Vd.? ¡Oh! ya comprendo. Amigo mío, me alegro de que haya Vd. hablado á tiempo. Pongámonos en lugar seguro lo más pronto posible. ¡Aquí! Refugiémonos bajo los arcos de este acueducto, y le explicaré el origen de esta agitación. Como me presumía, esto acaba mal. El singular aspecto de este camaleopardo con su cabeza de hombre, debe haber chocado con las ideas de lógica y de armonía aceptadas por los animales salvajes domesticados en la ciudad. De aquí ha resultado un motín, y, como sucede siempre en tales casos, todos los esfuerzos humanos serán impotentes para reprimir el movimiento. Algunos sirios han sido ya devorados; pero los patriotas de cuatro patas parecen unánimemente decididos á comerse el camaleopardo. El *Príncipe de los Poetas* se ha enderezado sobre sus patas traseras, porque se trata de su vida. Sus cortesanos han abandonado el campo, y sus concubinas han seguido tan excelente ejemplo. ¡*Delicias del Universo*, en mal paso te encuentras! ¡*Gloria del Oriente*, estás en peligro de ser comido! Por consiguiente, no mires tan lastimosamente tu cola; se arrastrará por el lodo, no hay remedio. ¡No mires, pues, atrás, ni te ocupes de su inevitable deshonra; sino anímate, pon en juego vigorosamente las piernas, y escapa hacia el hipódromo! ¡Acuérdate de que eres Antioco Epifanes, Antioco el Ilustre! y también¡ el *Príncipe de los Poetas*, las *Deli-*

*cias del Universo* y *el más maravilloso de los camaleopardos!* ¡ Santo cielo ! ¡ Posees unas piernas que son tu mejor defensa! ¡ Así vas bien, camaleopardo! ¡ Glorioso Antioco! ¡ Corre, salta, vuela! ¡ Como una flecha lanzada por la catapulta se aproxima al Hipódromo! ¡ Corre! ¡ Da un grito! ¡ ya llegó! Suerte has tenido; porque ¡ oh, *Gloria del Oriente!* si tardas medio segundo más en llegar á las puertas del anfiteatro, no hubiera habido en Epidafne un solo oso, por pequeño que fuese, que no se cebase en tu osamenta. Vámonos, partamos, porque nuestros modernos oidos son demasiado delicados para soportar el inmenso estrépito que va á empezar en honor de la libertad del rey. ¡ Oid! ya ha empezado. Toda la ciudad está alborotada.

— ¡ He ahí ciertamente la ciudad más populosa de Oriente! ¡ Qué hormigueo de pueblo! ¡Qué confusión de clases y edades! ¡ Qué variedad de trajes! ¡ Qué Babel de lenguas! ¡Qué gritos de bestias! ¡ Qué estrépito de instrumentos! ¡ Qué pandilla de filósofos!

— ¡ Vámonos, vámonos!

— Un momento aún, veo en el Hipódromo una gran algazara; dígame, por favor, ¿qué significa?

— ¿ Esto? ¡ oh, nada! Los nobles y libres ciudadanos de Epidafne, hallándose, según declaran, satisfechos por completo de la lealtad, bravura, sabiduría y divinidad de su rey, y además, habiendo sido testigos de su reciente agilidad sobrehumana, piensan llenar un deber depositando sobre su frente (además del laurel poético), una nueva corona, premio de la carrera á pie, corona que *será preciso* que obtenga en las fiestas de la próxima Olimpiada y que naturalmente le decretan hoy por adelantado.

# EL RETRATO OVAL

El castillo en que mi criado tuvo á bien penetrar por fuerza, antes que permitirme pasar la noche al aire libre, en el estado en que me encontraba, á causa de mis heridas, era uno de esos edificios mezcla de grandeza y melancolía que por largos siglos alzaron su rugosa frente en medio de los Apeninos, lo mismo en la realidad que en la imaginación de mistress Radcliffe.

Según toda apariencia había sido temporal y recientemente abandonado.

Instalámonos en una de las salas ó habitaciones más pequeñas y menos suntuosamente amuebladas.

Dicha habitación estaba situada en una torre aislada del edificio, y su decoración era rica pero antigua y desmantelada.

Cubrían los muros ricos tapices, numerosos trofeos heráldicos de todas formas, así como también una cantidad verdaderamente prodigiosa de pinturas modernas, llenas de estilo, en ricos cuadros de oro de un gusto arabesco.

Á causa sin duda alguna del delirio que empezaba á apoderarse de mi cabeza, experimenté un interés profundo hacia aquellas pinturas que estaban colgadas no solamente en los lienzos principales de los muros sino también en multitud de recodos que hacía inevitables la extraña arquitectura del castillo.

Fué tal el interés, que ordené á Pedro cerrase los pesados postigos de madera de la habitación, — puesto que ya era de noche, — que encendiese un gran candelabro de muchos mecheros ó brazos, colocado cerca de mi cabecera, y abriese por completo las grandes colgaduras de terciopelo negro guarnecidas de anchas franjas, que rodeaban el lecho.

Deseaba yo que se hiciera así para que, si no podía dormir, pudiese al menos consolarme alternativamente con la contemplación de estas pinturas y con la lectura de un pequeño volumen que había encontrado sobre la almohada y que contenía el juicio crítico y análisis de las mismas.

Largo, muy largo tiempo, leí y contemplé devota y religiosamente.

Pasaron rápidas y gloriosas las horas y llegó la media noche.

La posición del candelabro me desagradaba, y extendiendo la mano con dificultad, — para no molestar á mi criado que se había quedado dormido, — coloqué el objeto de manera que sus rayos iluminasen de lleno el libro.

Pero la acción produjo un efecto absolutamente inesperado.

Los rayos de las numerosas bujías (porque había

muchas) cayeron entonces sobre un nicho de la habitación oculto hasta entonces por la profunda sombra que proyectaba una de las columnas del lecho.

En el fondo del mismo se dejó ver en medio de una luz viva una pintura que hasta entonces había escapado á mi observación.

Era el retrato de una joven ya próxima á ser mujer.

Eché sobre la pintura en cuestión una ojeada rápida, y cerré los ojos.

Al principio no me di cuenta de por qué los cerraba, pero mientras mis párpados estaban cerrados analicé rápidamente la razón que me los hacía cerrar.

Era un movimiento involuntario para ganar tiempo y para pensar, — para asegurarme de que mi vista no me había engañado, — para calmar y preparar mi espíritu á una contemplación más fría y más segura.

Al cabo de algunos instantes miré de nuevo la pintura fijamente.

Aunque lo hubiera querido, no podía dudar de que veía con toda la claridad posible, porque el primer reflejo de la luz de las bujías sobre este cuadro había disipado el estupor de que estaban poseídos mis sentidos y me había llamado de pronto á la vida real.

Ya he dicho que el retrato era el de una joven. Consistía en una simple cabeza, con hombros, todo en ese estilo que se llama en lenguaje técnico *de viñeta;* era algo parecido á la manera de Sully en sus cabezas de predilección.

Los brazos, el seno y hasta las puntas de los resplandecientes cabellos se fundían de una manera impalpable en la sombra vaga pero intensa que servía de fondo al conjunto.

El marco era ovalado, magníficamente dorado y taraceado según el gusto morisco.

Como obra de arte no podía hallarse nada más admirable que la pintura en sí. Pero puede ser muy bien que no fuese ni la ejecución de la obra, ni la inmortal belleza de la fisonomía lo que me impresionó tan súbita y fuertemente.

Menos aún debía creer que mi imaginación, al salir de aquel estado de semi-sueño, hubiese tomado la cabeza por la de una persona viva.

Por de pronto ví que los detalles del dibujo, el estilo de la viñeta y el aspecto del cuadro hubieran disipado inmediatamente semejante encanto y me hubieran preservado de toda ilusión, siquiera fuese momentánea.

Mientras hacía estas reflexiones con mucha vivacidad, permanecí medio tendido y medio sentado una hora entera lo menos, con los ojos clavado en el retrato.

Á la larga habiendo descubierto el verdadero secreto de su efecto, me dejé caer en el lecho.

Había adivinado que el *encanto* de la pintura era una expresión vital absolutamente adecuada á la vida misma, que primeramente me había hecho conmoverme y por último me había confundido, subyugado y espantado. Con un terror profundo y respetuoso volví á colocar el candelabro en su primera posición.

Habiendo así ocultado á mi vista la causa de mi profunda agitación, busqué vivamente el volumen que contenía el análisis de los cuadros y su historia. Yendo derecho al número que designaba el retrato oval, leí la vaga y singular relación siguiente :

« Era una doncella de extraodianaria belleza y tan amable como llena de alegría.

« Y fué maldita la hora en que vió, amó y se casó con el pintor.

« Él, apasionado, estudioso, austero, había ya encontrado esposa en su Arte; ella, una joven de rarísima belleza y no menos amable que llena de alegría; no era toda ella más que luz y sonrisas y se parecía en lo alocada á un joven pavo real; gustábanle todas las cosas; no odiaba más que al arte que era su rival; no temía más que á la paleta y los pinceles y demás instrumentos enfadosos que la privaban de la vista de su adorado.

« Fué una cosa terrible para esta dama oir al pintor hablar del deseo de pintar á su joven esposa.

« Pero era humilde y obediente, y se sentó con dulzura durante largas semanas en la sombría y elevada habitación de la torre, en que la luz se filtraba á través de un lienzo, solamente por el techo.

« Entretanto él, el pintor, ponía su gloria en su obra que adelantaba de día en día y de hora en hora.

« Y era este un hombre apasionado y extraño y pensativo, que se perdía en sus divagaciones, hasta tal punto que no quería ver que la luz que caía tan lúgubremente en esta torre aislada secaba la salud y los espíritus vitales de su mujer, que languidecía visiblemente para todo el mundo, excepto para él.

« Sin embargo sonreía siempre, y siempre sin lanzar una queja, porque veía que el pintor (que tenía gran renombre) experimentaba un vivo y ardiente placer en su tarea y trabajaba día y noche para pintar á la que tanto amaba, pero que cada día se ponía más lánguida y débil.

« Y en verdad, los que contemplaban el retrato hablaban en voz baja de su parecido, como de una sorprendente maravilla y como de una prueba no menos grande de la potencia del pintor que de su profundo amor hacia la que estaba retratando tan milagrosamente bien.

« Pero á la larga, como la tarea tocaba á su término, nadie fué admitido á visitar la torre; porque el pintor se había vuelto loco á causa del ardor de su trabajo, y rara vez apartaba sus ojos del lienzo, ni aun para mirar al rostro de su mujer.

« No *quería* ver que los colores que extendía sobre el lienzo eran *sacados* de las mejillas de la que estaba sentada junto á él.

« Y cuando hubieron pasado muchas semanas y no quedaba casi nada que hacer, á no ser un ligero toque en la boca y un glacis en un ojo, el espíritu de la dama palpitó aún, como la llama de una lámpara que va á apagarse.

« Y entonces se dió el toque en la boca y se arregló el glacís; y durante un momento el pintor quedó en éxtasis delante del trabajo que había realizado; pero un minuto después, como la contemplase aún, tembló, se puso pálido y se llenó de terror, gritando con voz fuerte y vibrante:

« — ¡ En verdad es la *Vida* misma!

« Volvióse bruscamente para mirar á su muy amada, y... ¡ estaba muerta! »

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

# ÍNDICE

Páginas.

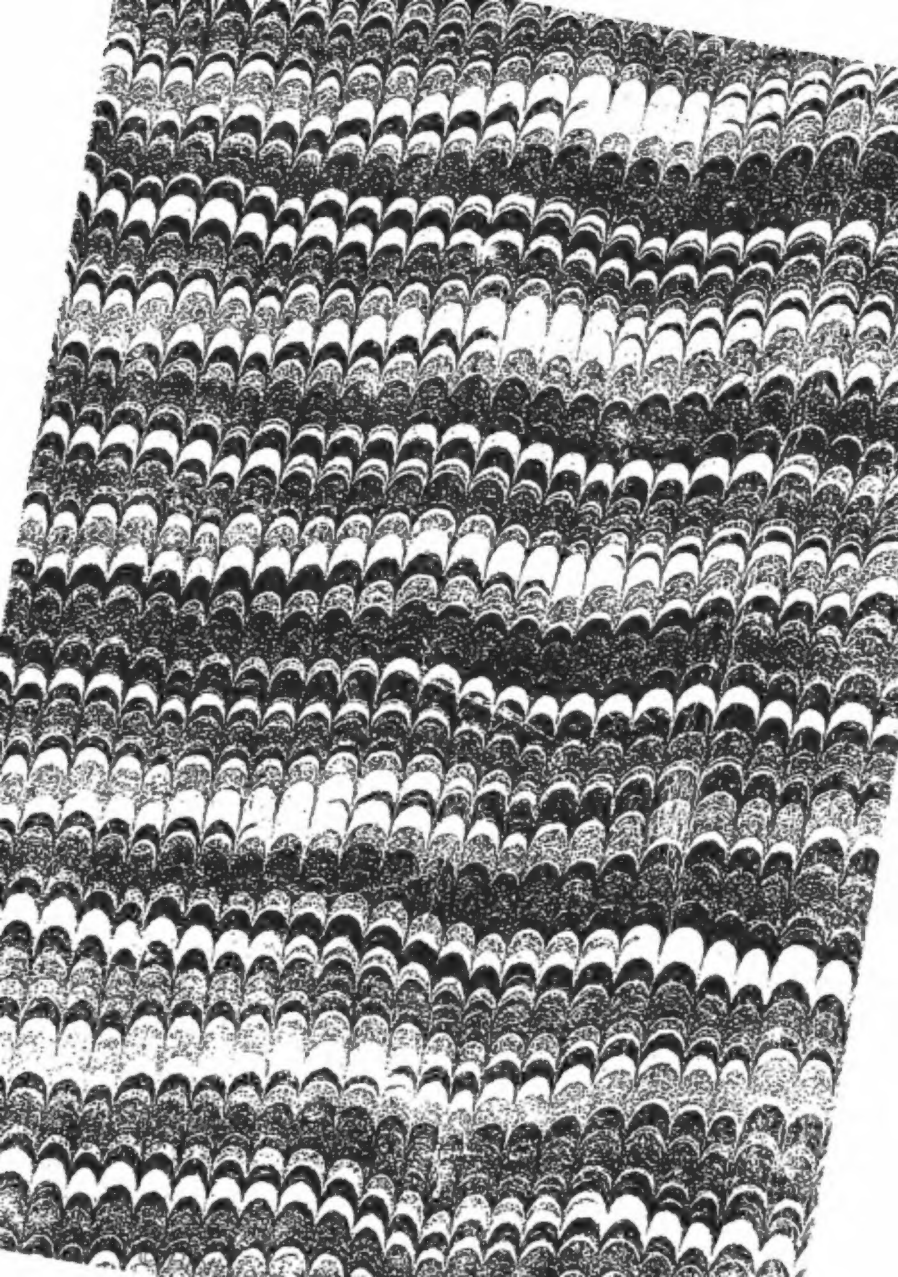
Al lector ..... V

Edgar Poe. — Su vida y sus obras ..... 1

NOVELAS Y CUENTOS

La Máscara de la Muerte ..... 33
Berenice ..... 43
Ligeia ..... 57
Los Crimenes de la calle Morgue ..... 81
El Misterio de María Rogêt ..... 133
La carta robada ..... 207
Mr. Valdemar ..... 235
El Doctor Brea y el Profesor Pluma ..... 249
El Pozo y el Péndulo ..... 277
Hop-Frog ..... 304
El tonel de amontillado ..... 315
Cuatro bestias en una ..... 325
El Retrato oval ..... 337

París. — Tip. Garnier Hermanos, 6, rue des Saints-Pères.



BN
1001320607

9
1189